RITUALES

E INICIACIONES EN LAS

SOCIEDADES SECRETAS

Pierre Maríel

Pierre Mariel (1900-1980), historiador, escritor **francmasón** de" la Orden **Martinista** v Maestro de la Logia Villard de Homnecourt, es un gran especialista en masonería reconocido en todo el mundo. Ha escrito numerosas obras sobre este tema, entre las que cabe destacar *Cagliostro, Paracelso o el tormento del saber, Teresa, Dictionnaire des sociétés secretes, Les Francs-Magons en France, Rituels des sociétés secretes, L'Europe paienne au XXe siécle, Les* ***Carbonari*** y *Les authentiques Fils de la Lumiere.*

Rituales e Iniciaciones en las Sociedades Secretas

Pierre Mariel

Rituales e Iniciaciones en las Sociedades Secretas

Traducción de José Mata Bohigas

ESPASA

Edición original: *Rituels et initiations des sociétés secretes,* Maison Mame, Tours, 1974

Traducción del francés: José Mata Bohigas

Ilustración de cubierta: Corbis
Diseño de cubierta: Paso de Zebra/Juan Pablo Rada
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 47.094-2004
ISBN: 84-670-1697-3

Impreso en España/Print
ed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Complejo Ática - Edificio 4 Vía de las Dos Castillas, 33
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ÍNDIC
E

PRIMERA PARTE

LEER LOS RITOS

SEGUNDA PARTE

RITOS, MITOS Y SÍMBOLOS

CUARTA PARTE

ROSICRUCIANISMO Y

FRANCMASONERÍA

QUINTA PARTE COMPAÑEROS Y

«BUENOS PRIMOS». LA VEHME

SEXTA PARTE MAGIA Y

BRUJERÍA RITUALES

Primera parte

LEER LOS

RITOS

Introducción

El libro de Pierre Mariel que tengo el placer de presentar tiene como tema «los rituales en las sociedades secretas», no las sociedades secretas en su manifestación, sino en sus esencias, es decir, en la manifestación de los ritos y en las iniciaciones. Son estos dos conceptos los que, a modo de preámbulo, intentaremos explicar brevemente.

El rito es, en realidad, una *apertura;* se trata de romper con el mundo, con el exterior, de cortar con lo que es y los que son *profanos,* etimológicamente 'fuera del templo' *(profanum:* ante, en el exterior del templo). El rito es la apertura hacia el interior, hacia lo que por naturaleza debe estar cerrado. La contradicción, como veremos, es tan solo aparente.

Leyendo este libro se sabrá en qué medida, por sus rituales, las sociedades secretas están fundadas sobre: 1) un espacio sagrado en el que unos hombres —unos «iniciados»— se reúnen durante un tiempo dado; 2) el cual escapa al tiempo profano porque está simbólicamente separado del mundo y del siglo por un ritual de apertura y su complemento, un ritual de cierre.

El tiempo y el santuario

El rito como medida del tiempo pasado

El dato inmediato del «tiempo sagrado», o mejor, «sacralizado», es tan evidente para los iniciados, que, en la mayor parte de los ritos o

regímenes de la Francmasonería, el Venerable desde la cátedra (el presidente) de una logia, con ocasión del rito de apertura, hace a sus dos vigilantes (cuyo papel consiste en preservar el espacio medíante su guardia cerca de la puerta del templo) las preguntas siguientes:

El Venerable.—Hermano Primer Vigilante, ¿qué hora es?

El Primer Vigilante.—Hermano Segundo Vigilante, ¿qué hora es?

El Segundo Vigilante.—Es la doceava hora.

El Primer Vigilante.—Venerable Maestro, es la doceava hora.

Y a la clausura de los trabajos:

El Venerable.—Hermano Primer Vigilante, ¿qué hora es?

El Segundo Vigilante, después el Primer Vigilante.—Es medianoche.

Tras algunas fórmulas rituales más —como las del cierre definitivo: «¡Hermanos, la Logia está cerrada!»—, el Venerable pregunta de nuevo la hora a sus vigilantes, que esta vez responden: «Es plena medianoche».

Es decir, EL TIEMPO SAGRADO HA TERMINADO y se puede *des-sacra-lizar* el espacio y el lugar.

Finalmente, y esto es especialmente significativo, tras la última fórmula que se dice con ocasión de la extinción de las tres luces de la logia por el Venerable: «cuando para perfeccionar vuestros trabajos busquéis la luz que os es necesaria, recordad que ella está en el Oriente, y que solamente allí podréis encontrarla», este solicita una última respuesta de sus vigilantes:

El Venerable.—¿Qué hora es al fin? *Los dos Vigilantes.*—Son las X...

Y dan la hora profana, la del reloj de pared o la del suyo propio. En ese momento el templo ha cesado de ser, pues ha cesado de ser el tiempo iniciático: rituales e iniciaciones no pueden existir más que en los límites de una percepción sincrónica del tiempo; todo restablecimiento del tiempo diacrónico implica una vuelta al mundo exotérico.

La etimología viene a confirmar esta primera aproximación a los rituales: de hecho, existe un parentesco de raíces entre los términos griegos *phaneósis* (manifestación), *phainó* (hacer aparecer, manifestar,

revelar) y la palabra latina *fanum* (templo o lugar consagrado). Siendo ciertamente el lugar consagrado aquel en que se encuentra la luz, el dios de la luz: Fanes[1].

El templo, lugar de la «fanía»[2], de la manifestación de los secretos, es también el lugar del «hacer» ritual (vuelve a encontrarse, en efecto, en la palabra latina *fa-cere* —hacer— la raíz FA, de donde provienen las palabras que tienen por significado manifestación y lugar consagrado), puesto que, simbólicamente, el templo es «hecho» cada vez que los iniciados se reúnen allí ritualmente. Y la epifanía, en su pleno sentido, es el tiempo del templo (tomado en el sentido de *fanum:* lugar consagrado), el tiempo mágico que viene de Dios y que, gracias a ciertos gestos, a ciertas fórmulas, a un estado de ánimo particular, les es concedido a los iniciados durante el espacio de un tiempo sagrado que se les retirará en el momento de la clausura de los trabajos rituales, los cuales eran fuente de manifestación de Dios en el hombre, o, si se prefiere, de unión mística entre el Creador y la criatura. De ahí parece proceder la fórmula tan oscura de Cristo: «Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días», pues el hombre, cuando es un iniciado, y en los límites de su tiempo iniciático es el templo de Dios (el receptáculo cuyo simbolismo está frecuentemente asociado al del vaso místico del Grial), el lugar en que se realiza, por la epifanía de las horas místicas, la teofanía sobre la tierra, pero solamente en el lugar sacralizado *(fanum).* La forma superior de la iniciación se consigue cuando un ser realiza en él permanentemente el templo de Dios: está entonces más allá de los rituales, de lo exotérico y de lo esotérico, cumpliendo todos los rituales y asumiéndolos todos. Este hombre es el iluminado de Dios, pues la iluminación es el estadio supremo hacia el que deben tender todos aquellos que se comprometen en la vida ritual de las sociedades secretas.

---

[1] Subrayemos igualmente que en los órficos el nombre del dios de la luz, que es tanto como decir el nombre del Sol, es Fanes, es decir, «el Manifestado», o «Aquel que está en el tiempo». La palabra original griega es *phanos,* brillante, ilustre, manifestado.

[2] El templo, lugar de la búsqueda de la luz interior, está, pues, naturalmente diri
gido hacia el Oriente, ya que es del Oriente de donde viene Fanes, el espíritu de la
luz.

A partir de aquí entran en juego nociones infinitamente más complejas, nociones que permiten una antropología de los rituales [3]. En efecto, el tiempo no es para el iniciado ni homogéneo ni continuo, en la misma medida que tampoco lo es el espacio en el sentido propio: el lugar de culto, el *fanum.* Por lo tanto, los rituales tienen un valor reiterante y rítmico: hay intervalos de tiempo sagrado, el tiempo de las fiestas (en el origen las grandes fiestas periódicas: la masonería especulativa que festeja todavía los dos San Juanes conserva nítida traza de ello); tenemos, por otra parte, esta duración del tiempo profano que definimos como la caída o recaída en la materia, en el mundo de la mancha, del pecado también: pues la noción de tiempo sagrado en el templo implica, a buen seguro, un deseo de escapar del mundo profano porque este último está «manchado».

Lo cual, ciertamente, nos permite decir que existe una solución de continuidad entre estas dos especies de tiempo. Los rituales considerados bajo su aspecto sacral tienen la particularidad de permitirnos comprender el misterio mismo de su origen. Así, nos llama la atención ante todo una diferencia esencial entre esas dos cualidades de tiempo: *el tiempo sagrado es, por su misma naturaleza, reversible,* pues, en su estricto sentido y según la expresión de Rene Guénon[4], se trata de «un tiempo mítico primordial que se hace presente». Toda fiesta religiosa, todo tiempo litúrgico, ritual, consiste en la reactualización de un acontecimiento sagrado que ha tenido lugar en un pasado mítico, «en el comienzo», *in principio...* Para asegurarse de ello no hay sino que pensar en los mitos de la Francmasonería, y más particularmente en el de Salomón y el rey Hiram y la leyenda del arquitecto Hiram-Habif.

Toda una historia que sucede en un tiempo indeterminado, en un lugar indeterminable —estando el Templo de Jerusalén de alguna manera transfigurado y

traspuesto—, justifica la vuelta periódica a esta historia que da lugar a un verdadero misterio iníciático: el de la muerte y «re-nacimiento» místico en el tercer grado de la Francmasonería, cuando se dice al iniciado: «Tú recibirás la vida en el seno de la muerte».

' Cfr. Jean Cazeneuve, *Sociologie du rite,* PUF, París, 1971.

[4] Cfr. Rene Guénon, *Apergu sur I'initiation,* Traditíonelles, París, 1964.

A partir de ahí, participar en un ritual implica salirse de la duración temporal «ordinaria» para reintegrarse al tiempo original, que hemos definido como sincrónico.

Este tiempo sacralizado es indefinidamente recuperable y repeti-ble: no discurre como el tiempo de Heráclito, ni es irreversible. En cada manifestación se encuentra el mismo tiempo sagrado que es actualizado por los ritos, los objetos, las deambulaciones rituales por el templo y los gestos rituales. Es el tiempo creado y santificado por los dioses; y durante la manifestación de un ritual vuelve a encontrarse la primera aparición del Tiempo (el dios Cronos), tal cual se efectuó *ab origine, in illo tempore.*

El iniciado en los misterios, el hombre que ha sufrido las pruebas de la muerte profana y del «re-nacimiento» a lo sagrado, vive así en dos especies de tiempo, de las cuales la más importante, el tiempo sagrado, se presenta bajo el aspecto paradójico de un tiempo circular, reversible y eternamente recuperable, especie de eterno presente mítico que se reintegra periódicamente por medio de los mitos. Es suficiente tan solo este comportamiento respecto al tiempo para distinguir al hombre iniciado del no iniciado, el religioso del no religioso: el primero rehúsa vivir únicamente en lo que en términos modernos se llama el «presente histórico»; se esfuerza por alcanzar un tiempo sagrado que, en determinados aspectos, puede ser equiparado a la eternidad.

Para el iniciado, la duración temporal profana es susceptible de ser periódicamente detenida por la inserción mediante los ritos del tiempo sagrado, no histórico (algunos, como el filósofo místico Hoéné Wronski, inspirador de Balzac para *La búsqueda del Absoluto,* han denominado a este tiempo «metahistórico»). La significación profunda de estos hechos parece ser la siguiente: para el hombre que vive el renacimiento iniciático, el mundo se renueva periódicamente; cada manifestación —epifanía— en el lugar consagrado —*fanum*— devuelve al mundo y al tiempo la santidad original que tenían cuando salieron de la Voluntad del Creador.

Este simbolismo ritual es visible sobre todo en el lugar, el santuario, por su estructura arquitectónica. Puesto que el templo (considerado como *templum,* lugar del culto desde el punto de vista material) es

a la vez el lugar santo por excelencia y la imagen del mundo, santifica el Cosmos todo entero y santifica asimismo la vida cósmica. Ahora bien, en una percepción iniciática esta vida cósmica es imaginada bajo la forma de una trayectoria circular, que los francmasones representan siempre por las circunvalaciones alrededor del tapiz de la logia (que ocupa el lugar del «centro», punto de equilibrio, *omphalos* de la logia); esta trayectoria simboliza no solamente el ciclo anual, sino también el de las existencias, el de todos los organismos comprendidos en el Universo y el movimiento del eterno retorno. De ahí la inevitable dialéctica que se establece entre el *templo* y el *tiempo,* la relación *templum-tempus* de la que nos habla Joseph de Maistre en algunas de sus consideraciones sobre la Francmasonería.

Subrayemos que estas relaciones están fundadas sobre el principio mismo que subyace a todo pensamiento esotérico, el de las correspondencias y las analogías.

¿ES POSIBLE REMONTARSE A LA FUENTE DE LOS RITOS Y LAS INICIACIONES?

Más allá de los datos inmediatos de la antropología contemporánea que, desde Emile Durkeim (en *Les Formes élémentaires de la vie re-ligieuse*[5]*,* Alean, París, 1937) hasta Claude Lévi-Strauss *(La Pensée sau-vage*[6]*,* Plon, París, 1962) y Jean Cazeneuve *(Sociologie du rite,* ob. cit.), parece no tener por estructura fundamental más que la búsqueda de un valor comparativo entre todos los ritos, partiendo, como patrón de valor, de los ritos primitivos todavía practicados hoy en algunas tribus africanas o amerindias, nos ha parecido necesario fundar el conocimiento del rito y de la iniciación sobre bases históricas y arqueológicas. Algunas consideraciones sobre los ritos practicados hace cinco mil años, por ejemplo, en Mesopotamia, nos enseñarán mucho sobre el pensamiento mágico, el único que puede permitir una justa aprehensión de la sociedad secreta y sus rituales.

Las formas elementales de la vida religiosa, *(N. del T.)* El pensamiento salvaje. (TV. *del T.)*

Entre los sumerios encontramos rituales iniciáticos que funcionaban de forma habitual desde el año 2300 a. C. Originalmente se trataba de poemas épicos que, poco a poco, fueron trabajados en forma de ritos y misterios iniciáticos, a fin de dar lugar a ceremonias rituales en los templos.

De creer a S. Langdon, historiador de la demonología mesopotá-mica, inmediatamente antes del Diluvio, el dios Enki habría revelado a los hombres la ciencia de los misterios y de los ritos, el sentido y la función de los símbolos; sería en esta tradición, según Langdon, donde habría que buscar el origen de nuestras sociedades secretas occidentales, las cuales están, en efecto, fundadas sobre prácticas rituales cuyo origen oriental se da por seguro.

Las primeras tradiciones, y ello es digno de interés, parecen insistir en el origen divino de las prácticas y rituales iniciáticos. Se trata siempre de una revelación que permite al hombre alcanzar los dominios de los dioses. El templo, lugar sacralizado, es, por el hecho mismo de escapar al tiempo profano, la primera etapa hacia la reintegración divina a través de iniciaciones sucesivas que son otros tantos grados que permiten poco a poco acceder al saber divino.

En el marco arcaico, como en la evolución de los ritos secretos, parece fundado asegurar que la iniciación comporta generalmente una triple revelación, que es manifestación del hombre realizado, perfecto: la de lo sagrado, la de la muerte y la de la sexualidad, que constituye su corolario.

ENSAYO DE UNA GÉNESIS DE LOS RITOS

El hombre no iniciado está considerado como un niño y, en tanto que niño, lo ignora todo respecto a las experiencias epifánicas del iniciado. La personalidad del iniciado es nueva, regenerada, joven, de una juventud eterna, aquella misma que participa del tiempo circular del que hemos hablado hace poco. Añadamos que si el neófito muere a su vida infantil, profana, no regenerada, para renacer, a través de los ritos y los mitos, en un espacio sagrado, a una nueva existencia santificada, renace igualmente a un modo de ser que hace posible el cono-

cimiento «sobre-humano»: la gnosis, en el más alto sentido de dicho término, la Ciencia de las ciencias, aquella que, con carácter necesario, está considerada como proveniente del dios y que comporta todos los secretos del Universo. Además, el iniciado no es solamente un «recién nacido gnóstico», o, mejor, un resucitado, o, como dicen los hindúes, un «dos veces nacido» (un *Dwija;* cfr. *Les Lois de Manou*[1]*,* Garnier, París, 1926): *es un hombre que sabe,* que conoce los Misterios, pues a este nivel de la percepción espiritual «conocer» es «nacer con», «nacer dentro», o, mejor incluso, «reintegrarse a la Gnosis primordial». Durante su aprendizaje, el neófito, ya sea en la selva africana o en el templo masónico, aprende los mitos, los caminos de paso que van de este mundo al otro, las palabras secretas, los gestos mágicos, etc. La iniciación equivale a la maduración espiritual, y en toda la historia religiosa de la humanidad encontramos este tema: el iniciado, el que ha conocido los misterios, es «aquel que sabe».

Según los países, las épocas y las culturas, los rituales se organizan de formas diferentes: entre los llamados con ligereza «primitivos», el neófito abandona a su familia y se va a un lugar aislado en el que, durante un tiempo bastante largo, meditará, se entregará a la oración y ayunará. Esta retirada es ya por sí misma un símbolo de la muerte: el lugar aislado (desierto, bosque, selva, montaña, etc.) representa las tinieblas, el «tránsito» de una vida hacia la otra, los «infiernos».

Entre los discípulos de Zaratustra, en la Persia de la Antigüedad, los candidatos a la vida mágica eran encerrados durante largas semanas en una celda; de allí se los sacaba de vez en cuando. Entonces se les preguntaba si renunciaban o si persistían; después se les sometía a preguntas y duras pruebas. Inmediatamente se les devolvía a la celda, a la oscuridad, al silencio: a la representación sumaria del vientre maternal. Finalmente, cuando se había alcanzado el tiempo de maceración, amenazantes guardias sacaban de su retiro a estos que no eran ya completamente profanos, pero que tampoco estaban iniciados todavía. Las últimas pruebas eran las más penosas. Poca cosa se sabe de ellas: dación de sangre por una muesca practicada en el seno izquierdo, absorción de drogas alucinógenas, ejercicios físicos especialmente agotadores, etc.

---

[1] Las leyes de Manú. *(N. del T.)*

Entre los antiguos espartanos, esos hombres que, según se dice, eran guerreros en armas desde su pubertad hasta su muerte, la iniciación de los jóvenes consistía en un período de oración de varias semanas en el silencio de los templos y, a continuación, una carrera a través de las calles de Esparta. En esta carrera, que se hacía con armas, los adolescentes debían conseguir un máximo de «victorias». Estas victorias consistían en matar al mayor número posible de esclavos, entregados a este efecto, inermes, sin ninguna defensa, a su furor juvenil y a sus espadas. Entre algunos pueblos de la selva el neófito es conducido hasta una cabana iniciática; allí es donde se sufren parte de las pruebas y donde se imparte la instrucción secreta. Ahora bien, la cabaña iniciática, como el gabinete de reflexión entre los francmasones, como la celda iniciática de los zoroástricos, representa el vientre maternal. La «muerte» profana del neófito significa una regresión al estado embrionario; pero esto no debe entenderse únicamente en el sentido de la fisiología humana, sino también en una acepción cosmológica: el estado fetal equivale a una regresión provisional al modo virtual, precósmico.

Otros rituales sacan a la luz más especialmente el simbolismo de la muerte iniciática. En algunos pueblos los candidatos son enterrados o acostados en tumbas recién excavadas, o bien son recubiertos de ramas, inmóviles como muertos. Este tipo de ritual —que se halla por todas partes, entre todos los primitivos— se encuentra en el tercer grado de la masonería escocesa, en el momento de la iniciación al grado de Maestro: durante un tiempo relativamente largo el candidato se acuesta, sea bajo un trapo negro, sea en un ataúd, antes de ser literalmente arrancado de su sepulcro. Y es un hecho que, en esos escenarios iniciáticos, el simbolismo del «re-nacimiento» bordea siempre el de la muerte. En los contextos iniciáticos, la muerte significa la superación de la condición profana, no santificada, condición del «hombre natural», ignorante de lo sagrado, ciego al espíritu. El misterio de la iniciación descubre poco a poco al neófito las verdaderas dimensiones de la existencia: introduciéndole a lo sagrado, la iniciación le obliga a asumir la responsabilidad de hombre. Hay que retener un hecho que debe guiar toda nuestra percepción de los rituales: están en función de una muerte asumida, sufrida y vencida. El grado de Maestro en masonería, que a veces se le llama el «grado de la Muerte», tiene como divisa en

el Rito Escocés Rectificado (cfr. *infra):* «¡Pensad, pues, en la muerte!», porque no hay nuevo nacimiento sin un simbolismo plenamente asumido de la muerte profana en un lugar sacralizado: el *Fanum.* Es preciso abolir la obra del tiempo, reintegrar el instante auroral anterior a la Creación; en el plano humano esto equivale a decir que es preciso volver a la «página en blanco» de la existencia, al comienzo absoluto, cuando nada había sido aún manchado, cuando nada se había estropeado aún. Ser simbólicamente amortajado, estar encerrado en una cabaña íniciática, equivale a una regresión a la indistinción primordial, a la noche cósmica. Salir de la tumba, de la celda o de la cabana equivale a una cosmogonía. De hecho, la muerte iniciática reitera el retorno ejemplar al caos primordial, de manera que haga posible la repetición de la cosmogonía, que prepare el nuevo nacimiento.

El mismo esquema iniciático (sufrimientos - muerte - resurrección) se encuentra en todos los Misterios, tanto en los ritos de pubertad como en aquellos que dan acceso a las sociedades secretas. El hombre se esfuerza en vencer la muerte superándola, transformándola en «rito de tránsito». En otras palabras, para aquellos que perciben el mundo como el campo de ejercicio de su voluntad iniciática, se muere siempre lo que no era esencial; se muere, sobre todo, a la vida profana. La muerte viene a ser considerada, en fin, como la suprema iniciación, como el comienzo de una nueva existencia espiritual. Aún más, entre los francmasones espiritualistas del siglo XVIII (y pensamos sobre todo en la masonería del Rito Escocés Rectificado de J. B. Willermoz; cfr. *infra),* así como entre los órficos griegos o los fieles de Mithra, generación, muerte y regeneración (o nuevo nacimiento) son comprendidos como los tres momentos de un mismo misterio, y todo el esfuerzo de

quienes elaboraron rituales secretos —como los que se van a descubrir en este libro— se empleó en mostrar que entre estos tres momentos no debe existir ningún corte. Nadie puede detenerse en uno de estos tres momentos. El movimiento iniciático y la regeneración prosiguen infinitamente...

LEYES NATURALES QUE RIGEN LA ORGANIZACIÓN RITUAL DESDE EL ANIMAL HASTA EL HOMBRE

Iniciación, rituales, templo y tiempo: cuatro términos que forman y fundan la ecuación de las sociedades secretas. En este prefacio no hemos podido abordar en profundidad estos temas tan importantes; todo lo más hemos intentado circunscribirlos, fijar sus límites y modalidades. Un ritual no se improvisa; responde a necesidades, a esquemas de impulsos, a ciertos influjos nerviosos y, más que nada, es el resultado de ciertos arquetipos que, inevitablemente, son la marca de separación, de las diferencias entre los grupos étnicos. A pesar de las líneas profundamente parecidas, los rituales se diferencian en que están adaptados a unos tipos precisos de humanidad, a unas afectividades y emotividades determinadas. Sería deplorable que un francés buscara la «luz» iniciática en un ritual tibetano, por muy bello y sublime que este sea. No juzgamos cualitativamente las diferentes formas de rituales que puedan existir; subrayamos solamente que los rituales responden a necesidades funcionales, emotivas, pasionales, a un deseo de protección (sintomático en la fase de la muerte mística y del «retorno» al vientre de la madre), que registran un cierto número de elementos originales según los pueblos y las épocas.

No creemos que un grupo de hombres que se reúna deliberadamente con el fin de «hacer un ritual» pueda llegar a ello, por grandes que sean las cualidades de cada uno de los miembros del grupo. El ritual se impone al hombre en un momento dado como una manifestación completamente funcional y racional. El hombre no realiza, no crea los rituales que practica; son los rituales los que, poco a poco, al paso de los acontecimientos, los siglos, las guerras, las ruinas, las invasiones y las migraciones, se realizan en él en secreto. No son en principio sino gestos y palabras cada vez más reiterados; después, estas palabras y estos gestos llegan a convertirse en códigos particulares que permiten el reconocimiento rápido de los miembros de un mismo grupo. Posteriormente, al hacerse cada vez más elaborada la concepción del mundo, la visión de la naturaleza y la percepción del Universo, el ritual se complica, se diversifica, pero siempre según las necesidades de los miembros del grupo, de sus propios afectos y del destino de la raza a que

pertenece. Sucede que todos los hombres tienen en común un número bastante grande de preocupaciones y que sus arquetipos (en el sentido inglés de *pattern)* psicológicos son, a pesar de todo, bastante limitados; y si a ello se añade que la existencia comienza por el traumatismo del nacimiento y que esta no prepara al hombre más que para la más formidable frustración que se pueda imaginar, la de la muerte física, se puede fácilmente comprender por qué la mayor parte de los rituales que conocemos responden a las mismas estructuras y a los mismos mecanismos. Al operarse la diferenciación al nivel de capas profundas del inconsciente, aquel que tan bien ha definido C. G. Jung en *Métamor-phoses de I'ame et ses symboles* (Georg, Ginebra, 1967)[8], o Mircea Eliade en *Mythes, revés et mystéres* (Gallimard, París, 1967)[9], según nuestro origen, el lugar permanente de nuestra existencia, resultamos más aptos para un ritual, para un modo de iniciación, que para otros. Si no, ¿cómo explicar, por ejemplo, las numerosas diferenciaciones que existen entre prácticas y ritos masónicos con un origen común, pero que se practican ora en Inglaterra, ora en Francia, ora en Alemania?

Están también los apasionantes estudios realizados bajo la dirección de sir Julián Huxley sobre las sorprendentes analogías que existen entre el comportamiento ritual del hombre y el del animal[10]. Este nuestro marco apenas se presta a estudios analógicos; sin embargo, y aunque dichos exámenes de comportamientos rituales no se refieran en modo alguno a las sociedades secretas, nos abren singulares horizontes.

A través de rituales amorosos, de ataque y de defensa, jerárquicos, individuales y colectivos, las analogías son ciertas entre los comportamientos del hombre y del animal. En la obra más arriba citada, Konrad Lorenz hace

amplia mención de ello en el artículo titulado «Evolución de la ritualización en los dominios de la biología y de la cultura».

A fin de cuentas, nada en nuestra vida, en momento alguno, escapa a la ritualización: somos seres rituales. ¿Por qué? Porque la Natura-

---

8 Metamorfosis del alma y sus símbolos. (TV. *del T.)*

9 Mitos, sueños y misterios. *(N. del T.)*

10 Véase *Le comportement rituel chez l'homme et chez I'animal* [El comportamiento ritual en el hombre y en el animal], obra colectiva bajo la dirección de sir Julián Huxley, Gallimard, París, 1971.

leza es así. ¿Azar y necesidad? Fórmulas demasiado fáciles. Cierto, la parte de la biología no es pequeña; sin duda estamos, en efecto, tanto por nuestro sistema nervioso como por los ácidos más ínfimos que componen las estructuras de nuestro ser químico y físico, «programados» de tal manera que no podemos evitar determinados tipos de rituales. Los condicionamientos sociales, las relaciones entre empresas, así como la jerarquía secreta de una logia masónica, responden a impulsos instintivos que conocemos aún bastante mal; los mismos que permiten establecer ciertas relaciones con el comportamiento de los animales, desde la araña hasta los monos superiores...

En este orden de ideas hoy nos está permitido decir que las sociedades secretas, no pudiendo en modo alguno huir de la noción de ritual, sin duda son también, a su nivel, necesidades de nuestra condición humana. Si el *Zohar*, libro clave de la Cabala hebraica, nos dice que «el mundo no subsiste más que por el secreto», es también porque ese secreto es una necesidad orgánica de nuestro ser. A partir de ahí, una sociedad que tendiera a una supresión de la noción misma de secreto, con todo lo que ella comporta (jerarquía, orden, relaciones humanas altamente ritualizadas, etc.), se condenaría a un fin rápido y anárquico, al igual que un organismo microscópico en cuyo seno se hubiera introducido una insubordinación tal, que ya no se diesen ni dos glóbulos acordándose la cortesía recíproca de un ritual químico bien ordenado.

JEAN-CLAUDE FRÉRE

Segunda parte

RITOS, MITOS Y SÍMBOLOS

1
¿QUÉ ES LA INICIACIÓN?

La personalidad, el *Yo* del hombre ordinario, se compone de numerosos elementos no coordinados, a menudo contradictorios y en lucha los unos con los otros. En particular, el consciente está constantemente desorientado por oscuras fuerzas que provienen ya del exterior, ya del subsuelo de la individualidad, del inconsciente. De este modo, como se lamenta san Pablo, «no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco».

En un gran número de humanos los conflictos psicológicos conducen a la neurosis.

Los hombres ordinarios escapan a la angustia metafísica por el hecho de no tratarse de individualidades marcadas, puesto que son robots.

• Solo una minoría está predestinada al intento de resolver armoniosamente el desorden del yo. Por una gracia particular, algunos humanos (hombres o mujeres) se empeñan en el sendero de la Iniciación.

Presienten que en medio de los elementos confusos y complejos del *Yo* existe un *Ello,* un Centro, un Corazón, una Rosa mística. La metafísica india le llama *Atman* y afirma que es una chispa divina.

Ser iniciado es alcanzar ese Ello, despertar el Corazón, coger la Flor de Oro, volver a encontrar la Palabra Perdida. Todas estas metáforas (y también muchas otras) tienen el mismo sentido: despertar lo divino que hay en nosotros, lo que vuelve al iniciado plenamente consciente.

Conciencia que es diferente del conocimiento intelectual, pero de la que nos ofrece una aproximación la obra de arte. No se trata en modo alguno de seguir una enseñanza libresca ni oral, sino de tener el valor de obligarnos a una experiencia personal cuyo proceso escapa a las palabras.

Los ritos son, de algún modo, unos «guías» en esta carrera aventurada. Indican el buen camino; no dispensan de recorrerlo.

Aventura identifícable a viajes, a combates, a «búsquedas», y de la que ciertos videntes nos han dejado simbólicos relatos, como por ejemplo *La Divina Comedia, La búsqueda del Grial,* o el *Viaje de los Príncipes afortunados* [1].

Pero la experiencia íniciática acumulada durante milenios por el Genio de la Especie está también escondida en el folclore: cuentos de hadas y mitologías.

Se trata, pues, de empeñarse en una vía difícil en la que se encuentran obstáculos, por la que se entrecruzan falsas pistas, en que se han tendido trampas, en que se combate a enemigos, pero también se reciben ayudas sobrenaturales. Así, de etapa en etapa, se libera a la Princesa, se encuentra el Grial, etc.

Para arriesgarse a esta experiencia resulta esencial la ayuda de un Maestro que haga suya la divisa del Maestro Janus: «Yo no enseño; despierto»[2].

Al final de un cierto aprendizaje, el buscador debe trabajar solo. A veces, el Maestro vuelve durante el último combate y asegura la victoria definitiva.

Al principio el neófito siente cuan complejo es su YO. Descubre que la razón, la voluntad, la erudición, no le prestarán socorro alguno. Mira de frente sus SOMBRAS. Después lucha, se confronta con cada elemento de su YO. También combate con monstruos interiores. Vence, no para eliminar, sino para disciplinar.

Tras alternativas de victorias y derrotas, alcanza al fin su Ello. Entonces una transmutación instantánea se produce en él. Todos los metales se convierten en oro. Lo que estaba disperso se ordena y jerarqui-

[1] De Bersalde de Verville.
[2] *Axél,* de Villiers de l'Isle-Adam.

za El YO y el ELLO se unen estrechamente, amorosamente, como el Rey y la Reina de las leyendas alquímicas. Estado trascendente que se califica de Paz Profunda, de Santo Imperio, de Jerusalén celeste, etc. Lo que está arriba es como lo que está abajo.

Diremos que un iniciado es un hombre reconciliado consigo mismo y que esta reconciliación tiene lugar en torno a la chispa divina que brilla en cada uno de nosotros.

El Caballero ve intervenir a lo largo de esta búsqueda, a su favor o en su contra, a ciertas Entidades, que provienen ya de otros planos cósmicos, ya de zonas oscuras del Yo. Estos «Agentes Desconocidos» son un espíritu vivo (Vírgenes, Guerreros, Monstruos, Sabios, Ogros, etcétera), o bien se simbolizan en la visión interior por figuras misteriosas y números sagrados (el Círculo, el Triángulo, el Tres, el Cinco, el Siete, el Doce, etc.). Por último, otras potencias cósmicas escapan a toda imagen o símbolo. Se las siente sin poderlas nombrar. Estas «Fuerzas» escapan a las tiranías del Tiempo y del Espacio y de las limitaciones racionales.

Quien se compromete en la Vía no puede saber de antemano dónde terminará, cuándo y cómo triunfará. Pero ningún esfuerzo será baldío.

El proceso iniciático no está, por otra parte, exento de riesgo. Al comienzo causa una sacudida del YO y puede poner en cuestión falsos valores. En ese caso es muy de temer el amedrentarse, así como abandonar.

Aún más grave por más sutil: engañarse y tomar un elemento superior del YO por el ELLO.

Se pierde uno también en una vía sin salida cuando se abandona el objeto esencial por ventajas secundarias; cuando se contenta con adquirir poderes de vidente, de curación, etc., en lugar de tender al Fin.

Por otro lado, la obediencia afectuosa a los Guías, la lucidez, la sinceridad hacia uno mismo apartan esos riesgos.

Cuando el buscador, tras haber perseverado y sufrido, llega a ser un Iniciado, cuando el Hombre del torrente, tras haber sido Hombre del Deseo, alcanza el estado de Hombre-Espíritu, ¿qué sucede?

Adquiere, sin haberlo buscado, una intuición infalible. Sobre todo, escapa a las servidumbres de la condición humana. ÉL ES.

En un plano menos elevado, esta plenitud existencial, esta liberación, da al iniciado un tono vital que le permite vivir mejor y a quien dicen mucho los niños, los animales, los intuitivos... Lejos de atrincherarse en una torre de marfil, se incorpora a la vida, donde tiene éxito en todo, porque, como ha dicho un iniciado, «lo que queremos se cumple porque queremos lo que debe ser»[3].

La voluntad individual no es entonces más que una emanación de la voluntad de Dios. No se plantea ya los problemas correspondientes al libre albedrío, así los de la tentación y el pecado. Se ignora el terror de la Muerte.

El iniciado resplandece sobre su entorno inmediato y mediato. Es un justo, uno de esos justos cuya presencia hubiera salvado a Sodoma de la destrucción. Descuida el Poder Temporal, pero detenta la Autoridad Espiritual.

Entre los iniciados de todos los tiempos y de todos los países existe una unión mística que no tiene, claro está, ninguna expresión administrativa. Ella es la que mantiene en este mundo una vibrante armonía. Es ella la que construye el Arca que dispondrá los mundos futuros tras la liquidación del presente ciclo. Los iniciados están ligados entre sí por el secreto, el cual, por esencia y no por disciplina, es incomunicable a los hombres comunes.

[3] Cfr. *Philosophia perennis,* de Aldous Huxley.



UNIVERSALIDAD DEL RITO

El rito es universal. Es una constante de la sociedad humana, en todos los tiempos y en todos los lugares. ¿Cómo definirlo?

Jean Cazeneuve escribe: «El rito es una acción que se repite según unas reglas invariables. Su eficacia (real o pretendida) no se agota en el encadenamiento de causas y efectos... Cuando uno se pregunta lo que pudo crear en las sociedades la necesidad de recurrir a los ritos, se inclina a pensar que el hombre angustiado por sentirse un misterio para él mismo quedó dividido entre el deseo de definir por ciertas reglas una condición humana inmutable y, por otra parte, la tentación de hacerse más poderoso que las reglas, de sobrepasar todos los límites...» '.

Como ha dicho Rimbaud, «Mi Yo es un Otro».

Nosotros nos dedicaremos exclusivamente al estudio de los ritos de las sociedades iniciáticas, que, por otro lado, son, en su mayor parte, sociedades secretas.

El rito iniciático es un medio, una «vía» para asegurar la comunicación intuitiva entre el mundo profano y lo Sagrado; permite al hombre elegido trascender el *mysterium tremendum.* Según la clasificación establecida por Louis-Claude de Saint-Martin, el rito hace del *hombre del torrente* un *hombre del Deseo,* el cual puede acceder al estado de *Hombre-Espíritu.* En una palabra, el hombre ordinario se convierte en

Le rite et la condition humaine (PUF).

un «hombre verdadero»[2], respondiendo a la definición de Paracelso: *Alterius non sit, qui suus esse potest*[3].

Paul Valéry, en su ensayo *Yo decía a Stéphane Mallarmé*[4], ha escrito con genial intuición:

«Se ha creído durante largo tiempo que ciertas combinaciones de palabras podían estar cargadas de más fuerza que de sentido aparente; que eran mejor comprendidas por las cosas que por los hombres; mejor por las rocas, las aguas, las bestias, los dioses, los tesoros escondidos, los poderes y resortes de la vida que por el alma razonable. Más claras para los espíritus que para el Espíritu».

Teniendo en cuenta que todo rito está constituido por un conjunto de símbolos, los ritos son, según Rene Guénon, símbolos actuantes. Todo ritual —palabras, gestos, actitudes— se convierte en una sinfonía de símbolos «en acción». Los actos rituales son el eco de principios atemporales, «agentes condensadores» obrando por sugestión, liberación y encantamiento.

En general, los rituales son psicodramas que tienen un mito por tema: biografía fabulosa, viaje fantástico de un héroe.

Estudiando desde su interior los Misterios de la Hélade, Thassila de Scheffer[5] escribe:

«La enseñanza no juega más que un papel muy restringido en los misterios. Es sobre todo por la simbólica... como ellos operan sobre el hombre...». Y este autor precisa: «Toda religión, todo mito es simbólico; esto no quiere decir que el símbolo constituya su elemento final, sino que, tras el símbolo, se encuentra una realidad superior a la inteligencia humana, y el hombre mejor dotado no sabría percibirla más que indirectamente, por medio del símbolo y del mito».

Dicho de otro modo, «explicar» el mito (el símbolo también) deforma (o esconde) la significación profunda.

«Por ser ellas vivientes —dice Heinrich Zimmer—, poseyendo el poder de hacer revivir, de ejercer una influencia efectiva, siempre reno-

[2] *Tchenjenn* de la tradición taoísta.

vable, indefinible y, sin embargo, consecuente con ella misma (en el plano del destino humano), es por lo que las imágenes, los episodios del mito desafían todo intento de sistematización. No se trata de cadáveres, sino, ciertamente, de *daimones* activos. Lo que exigen de nosotros no es el monólogo del inquisidor suspicaz, sino el diálogo de una conversación viva...»[6].

Disección, sistematización y clasificación son métodos que alejan de la «lección del mito».

Debemos amar a los personajes de los mitos. Descienden a nosotros desde el fondo del pasado más remoto. Llegados a nosotros por mediación del folclore, son los oráculos eternos.

«Es preciso —continúa Heinrich Zimmer— consultarlos y consultarlos constantemente, en cada época, pues cada época les aborda con su propia variedad de ignorancia y de comprehensión, su propia serie de problemas y sus propias preguntas inevitables...».

Nosotros nos limitaremos a evocar algunos grandes mitos occidentales de las tradiciones de oficio, cofradía y francmasonería, así como dos mitos rosicrucianos:

— La pasión de Hiram.
— Los Cuatro Coronados.
— Vida y viajes de Christian Rosenkreuz.
— El Maestro Santiago y el Maestro Soubise.
— El Arca Santa Real de Jerusalén.

[3] Que quien lo pueda sea él mismo.

* *Oeuvres completes,* tomo III, col. La Pléiade, Gallimard, 1958. [5] *Mystéres et órneles helléniques,* PUF, 1955.

[6] H. Zimmer, *Le roi et le cadavre* [El rey y el cadáver], traducción al francés de Léon-Gabriel Gros, Fayard, 1972.

3
ALGUNOS GRANDES MITOS DE LOS RITUALES DE OCCIDENTE

EL MITO DE HIRAM

lie aquí este mito (que es el fundamento de la masonería iniciática) tal como aparece puesto en acción según el ritual del grado de *maestro*[1]*:*

Habiendo llegado el tiempo en que Salomón debía levantar un Templo a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo —según los planos trazados por una mano celeste, que habían sido entregados a David, su padre —, fue ayudado en esta gran empresa por el rey de Tiro. Este príncipe le suministró con abundancia los materiales más ricos y le procuró un gran número de excelentes obreros; pero le hizo un don mucho más precioso enviándole a Hiram, tirio de nación, muy hábil en todas las obras de arte. Salomón, estando dotado de la más alta sabiduría, reconoció el precio de los talentos y de las luces de Hiram; le dio su confianza y le nombró jefe de todos los obreros. Hiram separó a estos en tres clases a fin de que cada uno pudiera recibir una paga proporcionada a su mérito y a sus talentos; dio a cada clase signos, palabras y toques diferentes; los primeros, o *Aprendices,* eran llamados a la *Columna],* donde les daba el salario; los *Compañeros,* a la *Columna B;* pero introdujo a los *Maestros* en la *Cámara del Medio* para allí ser pagados dignamente. Un orden tan bien establecido aseguraba a cada

---

Ritual masónico de finales del siglo XVIII.

uno su justa recompensa; pero el orgullo, la envidia y la codicia arrastran tras ellos el desorden, la confusión y el crimen.

Tres pérfidos compañeros concibieron el execrable designio de forzar a Hiram a darles la palabra[2] de Maestro para procurarse tal salario. Con esa intención, se situaron en las tres diferentes puertas del Templo a la hora en que el Maestro de obra, después que los obreros se habían retirado, tenía costumbre de ir, solo, a verificar los trabajos. Habiendo entrado Hiram por la puerta de Occidente y queriendo retirarse por la puerta del Mediodía, encontró allí a uno de los compañeros que le pidió la palabra de Maestro, amenazando matarle si se resistía a su petición, y, ante su negativa, aquel perverso le dio un gran golpe con un martillo sobre el hombro izquierdo.

Hiram buscó su salvación en la huida y quiso escaparse por la puerta Norte; allí encontró al segundo asesino, que le hizo la misma petición, y, ante su negativa, el monstruo le asestó un gran golpe con una palanca sobre el hombro derecho, del que quedó casi abatido.

Sin embargo, Hiram tuvo aún fuerzas para huir hacia la puerta de Oriente, pero allí encontró al tercer compañero, que, viéndole ya debilitado por los golpes que había recibido, le pidió imperiosamente la palabra de Maestro. Hiram no pudo engañarse respecto al extremado peligro en el que se encontraba, si no accedía, pero antepuso su deber a la conservación de su vida, y el compañero maldito le asestó un gran mazazo sobre la frente que le hizo caer muerto.

Aquellos poseídos se reunieron y resolvieron enterrar el cadáver, esperando que su crimen quedara ignorado; pero como aún era de día, lo escondieron en principio bajo un montón de piedras, y después aprovecharon las tinieblas de la noche para llevarle a un lugar elevado, en los alrededores del Templo, donde lo enterraron.

Transcurridos siete días, Salomón, inquieto por la suerte del Maestro Hiram, ordenó a nueve Maestros buscarle en todos los talleres y en el recinto que había trazado para la construcción del Templo. Los nueve Maestros se dividieron en tres grupos; tres hombres salieron por la puerta del Mediodía, tres por la del Norte y, finalmente, otros tres tomaron su ruta por la puerta de Oriente.

---

[2] Palabra contraseña con función de credencial del título correspondiente. (TV. *del T.)*

Llamaron en vano al Maestro Hiram en sus búsquedas; pero aquellos que se habían dirigido por el lado de Oriente, atraídos por el resplandor de una luz extraordinaria que partía de un lugar elevado, hicieron los mayores esfuerzos para llegar hasta él. Allí, agotados de fatiga y cansancio, se sentaron y divisaron una eminencia que les hizo darse cuenta de que la tierra había sido recientemente removida en aquel lugar. Se pusieron a excavar y encontraron un cadáver que reconocieron, por la lámina triangular de oro con la que se adornaba, como el cuerpo del Maestro Hiram. Entonces lanzaron gritos de dolor y se hicieron oír por los otros dos grupos de Maestros. Acudieron estos inmediatamente y, habiéndose reunido, verificaron juntos que aquel era el cuerpo de Hiram y que había sido asesinado; tuvieron por sospechosos de este crimen abominable a algunos malos compañeros que hubieran querido arrancarle la palabra de Maestro; por el temor que tuvieron de que se le hubiera forzado a revelársela, convinieron en no emplear nunca más la antigua palabra y sustituirla por la primera que pronunciaran entre ellos al exhumar el cadáver.

Tras este acuerdo, plantaron sobre la eminencia una rama de espinas llamada *Acacia* para reconocer el lugar en que le habían descubierto y se presentaron ante el rey Salomón, a fin de comunicarle esta triste noticia.

El rey, para testimoniar la tierna amistad que tenía hacia Hiram, ordenó a los nueve Maestros exhumar su cuerpo y transportarle al Templo y, para honrar su memoria, ordenó que fuesen acompañados por todos los otros Maestros.

Habiendo llegado los primeros a la eminencia que cubría el cadáver del Maestro Hiram los nueve Maestros encargados de hacer las primeras investigaciones, uno de ellos le cogió por el índice, pero la piel se desprendió del hueso y le quedó en la mano; otro le tomó por el dedo medio, mas la carne le quedó también en la mano; finalmente, el tercero intentó levantarle tomándole por la muñeca, pero, como había sucedido a los dos primeros, la carne le quedó en la mano; entonces gritó: *«¡Mak-Benah!»,* que significa «el cuerpo está corrompido», o «la carne abandona los huesos», y se dispuso a exhumar el cadáver; los otros ocho Maestros se reunieron con él para alzarle en presencia de todos los otros Maestros, y llevaron con gran pompa el cuerpo de Hiram al Templo.

El rey Salomón encargó unas exequias magníficas y, para honrar el celo y la firmeza de la víctima, mandó poner sobre la tumba la lámina triangular de oro en que estaba grabada la palabra sagrada de los Maestros y confió su custodia a sus más íntimos seguidores.

Tras haber aprobado Salomón la resolución tomada por los nueve Maestros de no emplear más la palabra del grado y sustituirla por la primera que hubieran pronunciado al desenterrar el cadáver, todos los Maestros se situaron en círculo alrededor de la tumba para realizar el proyecto.

Entonces, el Maestro que había levantado el cuerpo de Hiram transmitió la palabra *Mak-Benah* al que se hallaba a su derecha para pasarla de Maestro en Maestro, hasta que fuera conocida por todos, y esta palabra les sirvió después para reconocerse entre ellos.

En su *Viaje a Oriente,* Gérard de Nerval (cuya iniciación auténtica no deja ninguna duda)[3] recoge el personaje mítico de Hiram, pero hace de él un rival del rey Salomón, revelando así una leyenda esotérica del Próximo Oriente, probablemente de fuente nestoriana.

Hiram está citado varias veces en la Biblia, pero allí no desempeña el papel que le atribuye el mito masónico.

En primer lugar aparece como rey de Tiro:

«Hiram, rey de Tiro, envió unos mensajeros a David, con madera de cedro, carpinteros y canteros, que construyeron

I»

un palacio para David: (II Samuel, V, 11).

I Reyes, V, es más explícito:

«Hiram, rey de Tiro, mandó embajadores a Salomón cuando supo que había sido ungido rey sucediendo a su padre, pues siempre fue amigo de David. Salomón, por su parte, envió a decir a Hiram: "Tú sabes que David, mi padre, no ha podido construir una casa a la Gloria del Eterno, su Dios, a causa de las guerras con las que los enemigos le cercaron hasta el día en que el Eterno los puso bajo la planta de sus pies. Pero ahora, por todos los lados, el Eterno, mi Dios, me ha asegu-

[3] Cfr. *Gérard de Nerval et les doctrines ésotériques deJean Richer,* Le

Griffon d'Or, París, 1947.

rado el reposo: ni adversarios ni sorpresas enojosas; me propongo, pues, construir una casa a la gloria del Eterno, mi Dios. El Eterno, en efecto, había hablado de ello a David mi padre cuando le dijo: '¡Tu hijo, aquel que pondré en tu lugar sobre tu trono, será quien construya una casa a la gloria de mi Nombre!'. Así pues, ten a bien ordenar que se corten para mí cedros en el Líbano. Mis servidores trabajarán con tus propios servidores y yo te daré para estos el salario que tú pidas, pues yo sé que nadie entre nosotros es diestro en cortar la madera como los sidonios"».

Cuando Hiram oyó las palabras de Salomón tuvo una gran alegría y dijo: «¡Bendito sea hoy el Eterno que ha dado a David un hijo lleno de sabiduría, capaz de reinar sobre ese gran pueblo!».

Después mandó que se respondiese a Salomón: «He recibido tu mensaje. Haré todo lo que deseas en cuanto concierne a la madera de cedro y a la madera de ciprés. Mis servidores los descenderán del Líbano al mar. Los expediré por medio de mis balsas hasta el lugar que tú me designes. Allí los haré desatar y tú recogerás la entrega. Por tu parte, responderás a mis deseos proveyendo de víveres mi casa».

Hiram dio tanta madera de cedro y madera de ciprés como Salomón quiso. Y Salomón dio a Hiram veinte mil kors[4] de trigo para el mantenimiento de su casa y veinte kors de aceite virgen.

Así el Eterno dio la sabiduría a Salomón, como le había prometido. Hubo paz entre Hiram y Salomón e hicieron alianza el uno con el otro.

El mismo relato se vuelve a encontrar en I Crónicas, XIV, y II Crónicas, II.

Pero en I Reyes, VII, 13, se trata de otro Hiram, tirio también él:

«El rey Salomón había hecho venir de Tiro a Hiram, obrero en bronce, hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de padre tirio. Estaba lleno de sabiduría, de inteligencia y de habilidad para hacer toda suerte de obras en bronce. Se presentó ante el rey Salomón y ejecutó todo el trabajo».

La continuación de este capítulo de los Reyes enumera entre las obras de Hiram las dos columnas, Jakin y Boaz, que desempeñan un

[4] Medida de capacidad que equivale a 400 litros aproximadamente.

importante papel en el ritual masónico, así como el Mar de Bronce y diversas obras de fundición.

Y en II Crónicas, IV, se habla de un fundidor de nombre Hiram-Abi, que parece ser el mismo que el de I Reyes, VIL Un tal Adonhiram es también mencionado en otro versículo.

Ninguno de estos personajes hace alusión al asesinato de Hiram ni, claro está, a su resurrección.

Pues es en el ritual al que nos referimos donde prosigue en acción el mito de Hiram:

El candidato representa a Hiram. Está inmóvil, silencioso, tendido en un féretro, cerca del cual reposan una rama de acacia y un triángulo de oro.

He aquí cómo se desarrolla la escena final de este «psicodrama». El Venerable'pronuncia:

—Hermanos, la tierra parece, aquí, nuevamente removida; la luz que ahí se destaca (mostrando la lámina de oro triangular) me es indicio de que encontraremos aquí el cuerpo de nuestro Respetable Maestro Hiram, pero todo nos anuncia la violencia y la perfidia; señalemos este lugar con una rama de acacia.

(Recoge la rama de acacia que está al pie del féretro y la deposita sobre la tela que cubre al candidato.)

—Antes de excavar esta tierra, convengamos juntos en no servirnos más de la antigua palabra de los Maestros y sustituirla por una nueva palabra para desbaratar el plan de la persecución y chasquear la codicia de los asesinos. Primero, reunámonos con nuestros Hermanos que buscan al Norte y al Mediodía y juntos nos pondremos de acuerdo.

El Primer Vigilante se coloca a la derecha del Venerable Maestro, el Segundo Vigilante se sitúa a la izquierda; el Venerable Maestro hace circular la palabra sagrada, habiendo hecho la cadena; después la rompe, y los otros seis Maestros quedan alrededor de la tumba.

Entonces el Venerable Maestro, ayudado por los dos Vigilantes que están a sus costados, levanta el tapiz negro y el lienzo ensangrentado que cubrían al candidato. En el momento que el cuerpo es descu-

[5] Presidente de la Logia.

bierto, los tres juntos, así como los seis Maestros, hacen un gesto de horror.

El Segundo Vigilante toma al candidato por el dedo índice de la mano derecha, que después deja ir como si quedara en la mano, pronunciando la palabra *Jakin.*

El Primer Vigilante le toma a continuación por el dedo medio, que deja ir de la misma manera, pronunciando la palabra *Boaz.*

Finalmente, el Venerable Maestro toma la muñeca derecha con la mano derecha, le pasa la mano izquierda bajo el hombro derecho, manteniendo el pie derecho junto al pie derecho del candidato, rodilla contra rodilla y pecho contra pecho; en esta actitud, ayudado por los dos Vigilantes, le levanta, diciendo en voz alta:

—Ha recibido la Vida en el seno de la Muerte.

Cuando está de pie, le da la palabra de Maestro: mitad en un oído y mitad en el otro[6].

El Venerable Maestro vuelve a su lugar, así como los dos Vigilantes y los seis Maestros que rodean la tumba.

El Venerable Maestro, habiendo vuelto al Oriente, dice en voz alta:

—Hermanos, que nuestra alegría sea grande en este día; aquel que era parecido a los muertos ha renunciado a los vicios que podían corromperle y ha recibido una nueva vida.

Los Cuatro Coronados[7]

Los Cuatro Coronados fueron los santos mártires Siverio, Siveria-no, Corpofón y Victoriano, que por orden de Diocleciano fueron golpeados hasta la muerte con azotes armados con bolas de plomo.

Se ignoraron largo tiempo sus nombres hasta ser revelados por un ángel. El pontifical romano decidió

que su fiesta se confundiría con la de los otros cinco mártires: Claudio, Castor, Nicóstrato, Sinforiano y Simplicio, que sufrieron igual martirio que los Cuatro Coronados.

Mak-Benah.

Relato gremial en el que podrá apreciarse un estilo ingenuo.

Ejercían la profesión de escultores, y como rehusaron esculpir el ídolo que había encargado Diocleciano, así como sacrificar a los falsos dioses, fueron encerrados vivos en féretros de plomo y precipitados al mar el año del Señor de 287.

Fueron honrados con los otros cuatro mártires de quienes se ignoraba el nombre y que el papa Melquíades ordenó designar bajo la indicación de los Cuatro Coronados. Cuando se supieron más tarde sus nombres, la costumbre continuó dándoles esta denominación. Su fiesta se celebra el 8 de noviembre. Están representados sobre la cara principal del monumento de san Agustín, en la catedral de Pavía. Cada estatua tiene su nombre, que difiere de los enumerados por Jacobo de Vorágine: Claudio, Nicóstrato, Simplicio, Sinforiano. Cada uno de ellos tiene un útil de constructor.

El manuscrito *Regius,* que data de finales del siglo XIV, es uno de los más antiguos documentos que hayan sido conservados sobre la francmasonería de «oficio» (u «operativos») de Gran Bretaña. La quinta parte de este poema glorifica a los Cuatro Mártires Coronados, pero reenvía, para más detalles, a la *Leyenda Dorada* de Jacobo de Vorágine.

Robert Freke Gould[8] admite:

«Es bien sabido que los masones ingleses no tomaron jamás como patronos a los Cuatro Coronados, mientras que eran, de forma indiscutible, los patronos de los masones de Alemania».

Según R. F. Gould, los cuatro mártires habrían sido unos oficiales subalternos de las legiones romanas *(cornicularii)* convertidos al cristianismo, que sufrieron el martirio en el año 300.

En el siglo VIH, el papa Honorio I les dedicó una basílica romana sobre el monte Caelius.

El historiador masónico concluye:

«Ha surgido una cierta confusión y los cuatro oficiales se han convertido en los patronos protectores del oficio de la construcción, reemplazando a los cinco albañiles, mientras que la profesión de estos últimos ha sido unida al nombre de los otros cuatro...».

Los Cuatro Coronados son uno de los mitos fundamentales (como el de Hiram) de las diversas gildas, corporaciones, *hütten,* que han precedido al establecimiento de la Francmasonería propiamente dicha.

Goblet de Alviella precisa qué gildas de los Cuatro Coronados existían en Bruselas y en Amberes desde el siglo XV. Sus miembros eran conocidos bajo el nombre de «compañeros de las Logias».

La *Leyenda Dorada* revela (en los dos sentidos de este verbo) alguna verdad más profunda, tradicional.

Sin poder decir más sobre este asunto «reservado», recordemos que algunos Evangelios gnósticos hablan de los Cuatro Arcontes regentes de los puntos cardinales, y que el Espacio está gobernado (en la tradición taoísta) por Cuatro Maestros que orientan todas las cosas a partir del Centro.

Ahora bien, edificar un edificio consagrado es, en primer lugar, orientarlo...

Señalemos que en la iglesia de Notre-Dame-du-Fort, en Étampes, una de las claves de bóveda de los laterales del coro lleva las efigies de los Cuatro Coronados. Se los encuentra también sobre una clave de bóveda de la iglesia de San Sulpicio, en Chars (Seine-et-Oise).

Clave de bóveda...., piedra angular... «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular»[9].

Christian Rosenkreuz

Sobre los rosicrucianos se puede leer la obra exhaustiva de Jean-Claude Frére[10]

He aquí el mito resumido de su fundador epónimo.

Nacido en 1378 de padres pobres, pero de noble estirpe, Christian Rosenkreuz es enviado a la edad de seis años a un monasterio donde se le enseña griego, latín y donde es iniciado en la magia.

A los diecisiete años parte para Tierra Santa con un compañero, P. A. L., que muere en Chipre. Prosigue, pues, solo su viaje, pero la en-

[8] *Histoire de la Franc-Maconnerie* [Historia de la Francmasonería], traducido del inglés por Louis Lartique, Lebégue, Bruselas, 1910.

[9] Cfr. ritual de Mark-Masón.

[10] Jean-Claude Frére, *Vie et mystéres des Rose + Croix* [Vida y misterios de los Ro
sicrucianos], col. Pensées et Sociétés secretes, Maison Mame, 1973.

fermedad le obliga a detenerse en Damasco, donde recibe las enseñanzas de los «Sabios de Damcar».

Le curan, le enseñan los secretos de la Naturaleza y le conducen a su «ciudad filosófica», donde pasa tres años estudiando.

Después viaja por Egipto, Libia y Marruecos; en Fez, nueva estancia de dos años. Entra en relación con unos *Fassis,* llamados «Elementales», que le hacen su prosélito.

En adelante, Christian Rosenkreuz es llamado PADRE. Recibe la misión de comunicar a Europa la sabiduría que acaba de adquirir y de fundar una sociedad oculta «que tendrá oro y piedras preciosas hasta la saciedad y podrá comunicar el secreto a los monarcas...».

El Padre desembarca en España. Incomprendido por los sabios de este país, lo abandona precipitadamente y vuelve a fijar su residencia en Alemania, su patria.

En una apartada mansión estudia, medita, experimenta. Al cabo de cinco años reúne en torno a él tres *Mitbrüder*[11]*:* el Hermano C. V., el Hermano I. A. y el Hermano I. O., que le juran fidelidad absoluta, celo y silencio, y redactan escritos fundamentales bajo su dirección. Terminan el «nuevo edificio del Espíritu Santo» y curan a numerosos enfermos.

El Padre llama a otros estudiantes de la Santa Ciencia y constituye así la *Sociedad y Fraternidad.* Para ser admitido en ella es necesario ser célibe y hacer voto de castidad.

Los hermanos, nobles viajeros, parten en misión a través de todo el mundo, pero se reúnen anualmente. Según dice el texto, «estos hombres, dirigidos por Dios y por toda la máquina celeste, escogidos entre los más sabios de muchos siglos, han vivido entre ellos y con los otros en la unión más perfecta, el mayor mutismo y la mayor bondad».

Al cabo de varios años, I. O. muere en Engelland [I2],1. A. muere en la Galia Narbonense. El Padre les ha precedido en la tumba a la edad de ciento seis años.

Tenía entonces algunos nuevos adeptos junto a él: R. C, su sobrino; B., pintor; G. G. y P. D.

La enseñanza estaba condensada en tres manuscritos:

— *Axiomata,* el más docto;
— *Rota Mundi,* el más sutil;
— *Protheus,* el más útil.

Largo tiempo después de la muerte del Padre es cuando la Fraternidad se manifiesta públicamente, hacia 1604. Su sucesor había sido A.; después de la muerte de este, N. N.

El Imperator N. N., cuando efectuaba trabajos en la Casa de la Orden, descubrió el mausoleo (escondido hasta entonces) de Christian Rosenkreuz.

He aquí su descripción según Thomas Vaughan:

«Ocupa el centro de la Casa del Espíritu Santo. Tiene siete lados. Cada lado tiene una anchura de cinco pies y una altura de ocho. En lo alto resplandece un Sol artificial. En el centro, un altar redondo con la inscripción A. C. R. C. *Hoc universi compendium vivus mihi sepulchrum feci,* con el exergo: *Jesús mihi omnia.* Después, cuatro figuras inscritas en unos círculos y llevando estas divisas: *Nequáquam vacuum.—Legis.—Libertas Evangeliis.—Dei gloria intacta.*

»La bóveda está dividida en triángulos con figuras misteriosas y extractos del libro *Concentratum.* El cuerpo momificado del Padre sostiene en su mano derecha el *Libro T.,* que reemplaza a todos los otros. A sus costados una Biblia, un Vocabulario, su Itinerario y su Biografía.

»Se lee también la divisa de la Fraternidad: *Ex Deo nascimur, In Jesu morimur, Per Spiritum reviviscimus».*

Entre las inscripciones, una hace alusión a *«quartam monarchiam»,* lo que nos conduce a los Cuatro Coronados.

Se encuentra un simbolismo complejo pero análogo en *Las bodas químicas de Christian Rosenkreuz,* de Johann Valentín Andrea[13].

[11] Cofrades, compañeros.
[12] *Nomen mysticum* de Inglaterra.

" Cfr. Jean-Claude Frére, *Vie et mystéres des Rose + Croix,* ob. cit.

El Maestro Santiago y el Maestro Soubise

Los diversos «deberes» gremiales han guardado mejor que otras asociaciones iniciáticas de Occidente la tradición del Secreto.

Sus rituales no se han impreso jamás, ni escrito, sin duda. Su tradición se transmite a través de las generaciones por vía oral.

Pero dos mitos «dramatizados» durante las iniciaciones gremiales nos son conocidos a grandes rasgos. El primero de estos mitos fue reasumido y modificado por la Francmasonería, pero con espíritu bastante diferente.

La Fidelidad de Argenteuil, compañero picapedrero de la cantera de Lyon[14], reconoce:

Remontamos nuestros orígenes a la construcción del Templo de Salomón; algunos incluso, pensando afinar más, los remontan más allá todavía. Qué importa; el tiempo para nosotros no cuenta, ni la distancia, pues el corazón del hombre, y con mayor razón el del compañero, franquean esos obstáculos con facilidad, y no hay límites para sus contactos y sus resonancias. Pero ¿cómo presentar la cosa al profano y al simple, cómo transmitirla a pesar de los siglos a generaciones de obreros que no tuvieron otra lectura que esas imágenes de piedra y madera o, para ser descifradas, las luminosas maravillas de las vidrieras, para lo que la inteligencia de aquellos hombres mantuvo un tacto y un frescor que nosotros no hemos vuelto a conocer?

¿Cómo enseñar lo que es la Cofradía, sino por un lenguaje transmitido de boca a oído, repetido, memorizado brizna a brizna, envuelto en lo maravilloso, alimentado de leyendas sobre cuya divulgación, desde la invención de la imprenta, pesará un terminante veto? Vamos a contar una de esas leyendas.

Cuando Salomón hizo construir el Templo, hubo de llamar a su poderoso vecino, el rey de Tiro, Hiram. Le pidió madera de cedro y de ciprés para su obra, que fue la *Obra de las obras.* Estas maderas le fueron enviadas del Líbano en balsas por el mar. Salomón ofreció a cambio trigo y aceite. Esto duró varios años. En cuanto a la mano de obra,

[14] *Compagnonnage,* obra colectiva publicada bajo la dirección de Raoul Dautry, Plon.

Salomón hizo una leva de treinta mil hombres para el trabajo. Un maestro, llamado Adoniram, era su jefe [15]. Además, Salomón disponía de setenta mil hombres que llevaban los fardos y ochenta mil que tallaban las piedras de las montañas, sin contar los maestros comisionados para los trabajos por Salomón, que eran tres mil trescientos. Esto según el *Libro de los Reyes.* Pero el *Libro de las Crónicas* precisa que Salomón contó todos los extranjeros que había en el país de Israel. Se hallaron ciento cincuenta y tres mil para llevar los fardos, ochenta mil para tallar las piedras en la montaña y tres mil trescientos para la conducción de la obra.

El número de estos obreros nos desconcierta ahora. Pero se ha de pensar en la manera que ellos trabajaban. Todo era extraído, arrastrado, trabajado por la mano del hombre. Resultaba muy largo transformar la materia con un rudimentario utillaje. El tiempo y el número ayudaban a la técnica primitiva, sin duda parecida a la de los egipcios. Para tal multitud de hombres reunidos en una misma empresa, un orden establecido, una jerarquía, eran indispensables. La leyenda pretende que Salomón lo instituyó a fin de construir el primer templo al verdadero Dios y que fue allí el comienzo de nuestra orden y de sus ritos. Esta ordenación gremial despertaría, según se dijo, la admiración de la reina de Saba. Se quiere creer, en efecto, que esta princesa no vino a ver a Salomón con el solo objeto de *probarle con enigmas y para decirle todo lo que ella tenía en el corazón,* como lo relata la Biblia. Ciertamente debía haber bajo todo ello algún asunto de gobierno o «de orden nuevo»; se comprende que el gran rey haya querido dar a conocer la disciplina de esta extraordinaria e inconmensurable obra.

Volviendo a ello, es probable que Salomón no pudiera encontrar, entre esas multitudes, al hombre capaz de asumir la parte más delicada: nos referimos a esos trabajos en bronce que la Biblia nos describe tan minuciosamente y que, para la época, debían ser de una técnica muy audaz. Por ello llamó de Tiro a otro Hiram, que no era el rey del mismo nombre, ese obsequioso vecino propietario de los inagotables

---

[15] Esta parte del mito prueba perfectamente el común origen de las cofradías y de la Francmasonería, y define también las diferencias entre estas asociaciones.

bosques del Líbano, sino más simplemente el hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de un padre tirio que trabajaba el bronce.

Este Hiram hizo tales maravillas que llegó al punto de incorporarse rápidamente a la orden de los Compañeros y que tres aprendices, celosos y furiosos por habérseles negado la Maestría, resolvieron obligarle a que les revelara lo que ellos no debiesen haber obtenido sino por su trabajo. Se apostaron cada uno en una puerta de la obra y cuando Hiram se presentó en la de Occidente fue golpeado en el hombro con una regla; en la puerta de Mediodía recibió un mazazo, y en la de Oriente fue muerto de un golpe de palanca. Los asesinos transportaron durante la noche el cuerpo de Hiram y excavaron tres fosas, una para el cadáver, la segunda para sus vestimentas, la tercera para el bastón de Hiram, que era de junco. Plantaron una acacia sobre su tumba, etc. [...]

Nacido en el Comtat Venaissin en 1805, Agrícol Perdiguier murió en París en 1875.

Carpintero, fue admitido compañero del Deber de Libertad bajo el nombre de *Avignonnais la Vertu*[16] en 1839. Ha trazado en un estilo vivo e ingenuo las etapas de su Vuelta a Francia. Editado, este relato tuvo un éxito resonante y le valió la amistad de George Sand, de Lamartine y de la condesa de Agoult. Algunos años más tarde, Perdiguier publicó el *Libro de la Cofradía,* del que extraemos la leyenda que sigue a continuación.

Diputado bajo la Segunda República, Perdiguier fue proscrito el 2 de diciembre. Tras haber permanecido en Ginebra, volvió a París ya en las primeras semanas de la Tercera República.

El Maestro Santiago («Maítre Jacques») era uno de los maestros artesanos de Salomón y el colega de Hiram.

Habría nacido en Galia y viajado, desde su juventud, a Grecia y Egipto, visitando los altos lugares. Después, habría llegado a Jerusalén a la edad de treinta y seis años tras

haber peregrinado veintiún años. Allí trabajó en la construcción del Templo y fue nombrado Maestro de los canteros, de los albañiles y de los carpinteros. Acabada la construcción

[16] Aviñonés la Virtud. *(N. del T.)*

del Templo, el Maestro Santiago abandonó la Judea en compañía de Soubise, otro Maestro, del que se separó pronto a raíz de una querella. Desembarcó en Marsella con trece compañeros y cuarenta discípulos.

A partir de ese momento su vida parece identificarse con la de Cristo. Viajó aún tres años, durante los cuales tuvo que defenderse de las emboscadas de los discípulos de Soubise, que, un día, le asaltaron y lanzaron a una ciénaga; consiguió esconderse tras unos juncos que le salvaron.

Finalmente, el Maestro Santiago se retiró a la Provenza, a Sainte-Baume, con sus discípulos; son los descendientes de estos, adoctrinados en la fe cristiana, quienes habrían recogido a María Magdalena. El Maestro Santiago, retirado en su ermita, pereció asesinado. Como Cristo, el beso de un traidor le entregó a sus asesinos: cinco hombres se lanzaron sobre él y le atravesaron con cinco puñaladas que recuerdan las cinco llagas de Cristo. Vivió aún algunas horas y, antes de expirar, se despidió de sus compañeros y perdonó a sus enemigos. Sus discípulos le enterraron en una gruta, la misma que después dio abrigo a María Magdalena. Encontraron sobre él un junco pequeño que llevaba siempre en recuerdo de aquellos juncos que le habían salvado la vida ocultándolo a la vista de sus enemigos. Fueron repartidas sus vestiduras. De este modo su sombrero habría ido a parar a los sombrereros, su túnica a los picapedreros, sus sandalias a los cerrajeros, su manto a los carpinteros, su cinto a los constructores de andamiajes y su bastón a los carreteros. El que le había traicionado, que se llamaba Gerón, fue a lanzarse a un pozo que rellenaron luego.

Unos dicen que Soubise fue acusado como instigador de la muerte del Maestro Santiago. Según otros, quedó, por el contrario, muy afectado por su muerte. En memoria del Maestro Santiago y de María Magdalena los *Compañeros del Deber* van a Sainte-Baume al menos una vez en su vida.

Existe otra leyenda relativa al Maestro Santiago. Dicha leyenda le identifica con Jacques de Molay, último gran maestre de los Templarios, quemado vivo por orden de Felipe el Hermoso.

Finalmente interviene una tercera figura que parece superponerse a la del gran maestre de los Templarios: Santiago sería, simple-

mente, uno de los maestros de aquellos compañeros que organizaron las obras de la Edad Media, las catedrales, entre otras. Su nombre sería Santiago Moler y habría construido las torres de la catedral de Orleans.

En cuanto a Soubíse, su leyenda, paralela a la del «Maitre Jac-ques», es, por así decirlo, inseparable de ella. Se le tiene por un maestro de los compañeros de Salomón, colega del Maestro Santiago; o por un benedictino, constructor de iglesias y también contemporáneo de un Jacques de Molay o Jacques Moler.

El Arca Santa Real de Jerusalén [17]

Mucho tiempo después de la muerte de Hiram y de Salomón y de todos sus contemporáneos, después de que los ejércitos de Nabucodo-nosor hubieran destruido el reino de Judá, arrasado la ciudad de Jerusalén, derribado el Templo, conducido al cautiverio al residuo no exterminado de las poblaciones, cuando la montaña de Sión no era más que un desierto árido donde pacían algunas cabras macilentas, guardadas por beduinos famélicos y ladrones, una mañana tres viajeros llegaron al paso lento de sus camellos.

Eran unos Magos, unos Iniciados de Babilonia, que venían en peregrinación a las ruinas del antiguo Santuario.

Tras un frugal almuerzo, los peregrinos se pusieron a recorrer el devastado recinto. El aplastamiento de los muros y los fustes de las columnas les permitieron determinar los límites del Templo. Después examinaron los capiteles que yacían por tierra y recogieron piedras para descubrir en ellas inscripciones o símbolos. Mientras procedían a estas exploraciones, bajo un paño del muro caído y en medio de las zarzas descubrieron una excavación.

Se trataba de un pozo situado en el ángulo sudeste del Templo. Limpiaron el orificio, tras lo cual uno de

ellos, el de más edad, su jefe, poniéndose de bruces, miró en el interior.

---

[17] Mito del rito masónico de York, o *Emulación,* tal como se evoca con ocasión de la *exaltación* de un Maestro masón.

Era mediodía, el Sol brillaba en su cénit y sus rayos caían casi verticalmente en el pozo. Un objeto brillante sorprendió los ojos del Mago. Llamó a sus compañeros, que se situaron con él y miraron. Evidentemente, había allí un objeto digno de atención, sin duda una joya sagrada. Los tres peregrinos decidieron recogerlo. Desataron los cinturones que llevaban puestos, ataron los unos con los otros y lanzaron una extremidad al pozo. Entonces, dos de entre ellos, apoyándose con fuerza, se pusieron en situación de sostener el peso del que descendía. Este, el jefe, empuñando la cuerda, desapareció por el orificio.

Mientras efectúa su descenso daremos noticia de cuál era el objeto que había atraído la atención de los peregrinos. Para ello debemos remontarnos varios siglos atrás, hasta el asesinato de Hiram.

Cuando el Maestro Hiram, ante la puerta de Oriente, hubo recibido el golpe de palanca del segundo mal Compañero, huyó intentando alcanzar la puerta Sur; pero, a la vez que se precipitaba, temió o bien ser seguido, o bien (como iba a suceder) topar con un tercer mal Compañero. Quitó de su cuello una joya que tenía allí suspendida por una cadena de setenta y siete anillos, y la lanzó al pozo que había en el Templo, en el rincón de los lados Este y Sur.

Esta joya era un delta de oro de un palmo de lado sobre la cual Hiram, que era un Iniciado perfecto, había grabado un Nombre inefable y que llevaba con él, la faz hacia dentro, expuesto a las miradas únicamente por el envés, no mostrando más que una cara lisa.

Mientras, ayudándose con pies y manos, el Mago descendía por la profundidad del pozo, constató que la pared de este estaba dividida en anillos hechos de piedras de diferentes colores de aproximadamente un codo de altura cada uno. Cuando estuvo abajo, contó esas zonas y encontró que eran diez. Bajó entonces su mirada hacia el suelo, vio la joya de Hiram, la recogió, la miró y constató con emoción que llevaba inscrito el Nombre inefable que conocía ya, pues él también era un Iniciado perfecto.

Para que sus compañeros (que no tenían como él la plenitud de la Iniciación) no pudiesen leerlo, suspendió la joya de su cuello con la cadeneta, escondiendo la cara grabada, tal como lo hiciera el Maestro difunto.

Miró enseguida a su alrededor y constató la existencia en la muralla de una abertura por la cual un hombre podía entrar. Entró allí, caminando a tientas en la oscuridad. Sus manos encontraron un tabique de bronce. Retrocedió entonces, regresó al fondo del pozo, advirtió a sus compañeros para que sostuviesen con fuerza la cuerda y ascendió.

Al ver la joya que ornaba el pecho de su jefe, los dos Magos se inclinaron ante él; comprendieron que acababa de recibir una nueva ' consagración. Les contó lo que había visto y decidieron ir juntos a la exploración.

Pusieron una extremidad de la cuerda hecha de los tres cinturones sobre una piedra plana existente cerca del pozo y sobre la que se leía la palabra J*achin.* Rodaron encima un fuste de columna en el que se veía la palabra *Boaz;* después se aseguraron de que así sostenida la cuerda podía soportar el peso de un hombre.

Dos de entre ellos hicieron a continuación un fuego sagrado con la ayuda de un bastoncillo de madera dura que frotaron entre las manos e hicieron girar en un orificio hecho en un trozo de madera tierna. Cuando la madera tierna estuvo encendida, soplaron encima para provocar la llama. Mientras tanto, el tercero había ido a coger, en los hatos sujetos a la grupa de los camellos, tres antorchas de resina que habían traído para ahuyentar a los animales salvajes de sus campamentos nocturnos. Las antorchas se aproximaron sucesivamente a la madera en llamas y se encendieron. Cada Mago, llevando su antorcha en la mano, se dejó deslizar hacia el fondo del pozo.
Una vez allí, se internaron, guiados por su jefe, en el pasillo que lleva a la puerta de bronce. Llegados ante esta, el viejo Mago la examinó atentamente al resplandor de su antorcha. Constató, en el centro, la existencia de un ornamento en relieve con forma de corona real, en derredor de la cual había un círculo compuesto de veintidós puntos. El Mago se absorbió en una meditación profunda; después pronunció la palabra *Malkuth* y, de pronto, la puerta se abrió...

Los exploradores se encontraron entonces ante una escalera que se internaba en el suelo; allí se introdujeron, antorcha en mano, contando los escalones. Cuando hubieron descendido tres de ellos, encontraron un rellano triangular, en cuyo lado izquierdo comenzaba una nueva escalera. Se metieron por esta y tras cinco escalones encontraron

un nuevo rellano de igual forma y dimensión. Esta vez la escalera continuaba por el lado derecho y se componía de siete escalones.

Después de franquear otro rellano, descendieron nueve escalones y se encontraron ante una segunda puerta de bronce.

El viejo Mago constató la existencia de otro ornamento en relieve representando una piedra angular, rodeada también de un círculo de veintidós puntos. Pronunció la palabra I*ésod* y esta puerta se abrió a su vez.

Los Magos entraron en una vasta sala abovedada y circular, cuya pared estaba decorada con nueve nervaduras fuertes que partían del suelo y se encontraban en la cumbre en un punto central.

La examinaron al resplandor de sus antorchas, la recorrieron para ver si no había otra salida que aquella por la que habían entrado. No encontraron absolutamente nada y pensaron en retirarse; pero su jefe volvió sobre sus pasos, examinó las nervaduras una tras otra, buscó un punto de referencia, contó las nervaduras y de pronto llamó. En un rincón oscuro había descubierto una tercera puerta de bronce. Esta llevaba como símbolo un Sol radiante, como siempre inscrito en un círculo de veintidós puntos. El jefe de los Magos pronunció la palabra *Netzah* y, de nuevo, la puerta se abrió, dando acceso a una segunda sala.

Sucesivamente, los exploradores franquearon otras cinco puertas igualmente disimuladas y pasaron a nuevas criptas.

Sobre una de esas puertas había una Luna resplandeciente, una cabeza de león, una curva graciosa, una regla, un rollo de la Ley, un ojo y una corona real.

Las palabras pronunciadas fueron, sucesivamente: *Hod, Tiphereth, Chesed, Geburah, Chochmah, Binah* y *Kether*[1&].

Cuando entraron en la novena bóveda, los Magos se detuvieron sorprendidos, deslumhrados, espantados. Dicha bóveda no estaba en absoluto sumergida en la oscuridad; aparecía, por el contrario, brillantemente iluminada. En el medio estaban situados tres candelabros de una altura de once codos y tenían tres brazos. Estas lámparas, que la destrucción del reino de Judá, la ruina de Jerusalén y el hundimiento

---

Los diez nombres misteriosos son los de los Sephirot del Árbol de la Cabala.

del Templo no habían extinguido, iluminaban todos los detalles de esta bóveda admirable tallada en la roca viva.

Los peregrinos apagaron sus antorchas, las depositaron cerca de la puerta, se quitaron sus sandalias y después avanzaron inclinándose nueve veces hacia los candelabros.

En la base del triángulo formado por estos había construido un altar cúbico de mármol blanco de dos codos de alto. Sobre el frente, mirando el vértice del triángulo, estaban representados en oro los útiles sagrados de la Masonería: la Regla, el Compás, la Escuadra, el Nivel, la Paleta, la Maza. Sobre la cara lateral izquierda se veían unas figuras geométricas: el Triángulo, el Cuadrado, la Estrella de cinco brazos, el Cubo. Sobre la cara lateral derecha se leían los siguientes números: 11, 27, 125, 343, 729, 1331. Finalmente, sobre la cuarta cara estaba representada la Acacia.

Sobre el altar estaba puesta una piedra de ágata de tres palmos de lado; encima se leía, escrita en letras de oro, la palabra *Adonai.*

Los dos Magos, discípulos, se inclinaron y adoraron el nombre de Dios; después su jefe ordenó:

«Ya es tiempo para vosotros de recibir la suprema enseñanza que hará de vosotros unos Iniciados perfectos. Este nombre es un símbolo que no expresa realmente la idea de la Concepción Suprema».

Tomó entonces con las dos manos la piedra de ágata; se volvió hacia sus discípulos diciéndoles: «Mirad la Concepción Suprema, hela aquí. Vosotros estáis en el Centro de la idea».

Los discípulos deletrearon las letras *lod, He, Vau, He*[19] y abrieron la boca para pronunciar la palabra, pero él les gritó:

«¡Silencio! Esa es la palabra inefable que no debe salir de labio alguno».

Reposó después la piedra de ágata sobre el altar,

tomó de su pecho la joya del Maestro Hiram y les mostró que los mismos signos se encontraban grabados allí.

«Aprended ahora —les dijo— que no fue Salomón quien hizo excavar esta bóveda hipogea, ni construir las ocho que la preceden, del mismo modo que él no escondió la piedra de ágata. La piedra fue colo-

[19] Las letras hebreas del tetragrama sagrado.

cada por Enoch, el primero de todos los iniciados, que no murió en absoluto, sino que sobrevive en sus hijos espirituales. Enoch vivió mucho tiempo antes de Salomón, antes incluso del Diluvio. No se sabe en qué época fueron construidas las ocho primeras bóvedas y esta excavada en la roca viva.»

Los nuevos Grandes Iniciados apartaron su atención del altar y de la piedra de ágata; miraron el cielo de la sala, que se perdía en una altura prodigiosa; recorrieron la vasta nave, donde sus voces despertaban ecos repetidos. Llegaron así ante una puerta cuidadosamente disimulada, sobre la que había grabado un vaso roto. Llamaron a su Maestro y le dijeron:

«Ábrenos también esta puerta; ahí detrás debe de haber un nuevo misterio».

«No —les respondió él—; de ningún modo debe abrirse esa puerta. Ahí hay un misterio, pero es un misterio terrible, un misterio de muerte.»

«Tú quieres ocultarnos algo, reservártelo para ti; pero nosotros queremos saberlo todo, ¡la abriremos nosotros mismos!»

Se pusieron entonces a pronunciar todas las palabras que habían escuchado de boca de su Maestro. Como esas palabras no producían ningún efecto, dijeron todas aquellas que les vinieron a la mente. Iban a renunciar cuando uno de ellos habló así:

«Sin embargo, no podemos continuar al infinito». Ante esta palabra *(En Soph),* la puerta se abrió con violencia, los dos imprudentes fueron derribados al suelo, un viento furioso sopló en la bóveda, las lámparas mágicas se apagaron.

El Maestro se precipitó sobre la puerta, pidiendo ayuda a sus discípulos; estos acudieron a su voz, empujaron con él, y sus esfuerzos reunidos consiguieron cerrar nuevamente la puerta.

Pero las luces ya no volvieron a encenderse y los Magos quedaron sumidos en las tinieblas. Se reunieron a una voz de su Maestro. Este les dijo: «¡Ay, este terrible acontecimiento era de prever! Estaba escrito que cometeríais esta imprudencia. Henos aquí en grave peligro de perecer en este lugar subterráneo ignorado por los hombres. Intentemos, sin embargo, salir, atravesar las ocho bóvedas y llegar al pozo por el que hemos descendido. Vamos a cogernos de la mano, y caminare-

mos hasta dar con la puerta de salida. Recomenzaremos en todas las salas hasta que hayamos llegado al pie de la escalera de veinticuatro peldaños. Esperemos conseguirlo».

Así lo hicieron. Pasaron dos horas de angustia, pero no desesperaron en absoluto. Llegaron al pie de la escalera de los veinticuatro peldaños. Los subieron contando 9, 7, 5 y 3, y se encontraron de nuevo en el fondo del pozo. Era medianoche, las estrellas brillaban; los cintu-rones colgaban aún.

Antes de permitir a sus compañeros que ascendieran, el Maestro les mostró el círculo recortado en el cielo por la boca del pozo y les dijo: «Los diez círculos que hemos visto al descender representan también las bóvedas de la escalera; la última corresponde al número once, aquella de la que ha soplado el viento del desastre; es el cielo infinito con luminarias que lo pueblan fuera de nuestro alcance».

Los tres Iniciados regresaron al recinto del Templo en ruinas; movieron de nuevo el fuste de la columna sin ver allí la palabra *Boaz;* desataron sus cinturones, se los pusieron y montaron en sus cabalgaduras; después, sin intercambiar una palabra, sumergidos en profunda meditación, bajo el cielo estrellado, en medio del silencio nocturno, se alejaron al paso lento de sus camellos, en dirección a Babilonia...

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL RITO

Los ritos tradicionales, en todas las latitudes, en todas las etnias, están sometidos a unas «constantes» que vamos a definir.

El número

Todo rito está regido por los números. Se puede incluso decir que el rito es un número representado.

El número no sirve para medir lo real, sino para manifestar su estructura. El número pitagórico sobre el que el Universo entero reposa, aquel que engendra la música de las esferas.

Louis-Claude de Saint-Martin dice: «El número es la envoltura invisible de los seres, como el cuerpo es la envoltura visible»'. Y el Consejero de Eckarthausen ha escrito: «Quien sabe calcular con los números de la Naturaleza encuentra las relaciones eternas de las cosas, la progresión de la Unidad, las leyes de la Naturaleza, las relaciones de lo corporal y de lo espiritual, de las fuerzas de los efectos y de las causas. Define el espacio y la duración de las cosas y calcula el pasado y el porvenir».

Ciertamente, no se trata en modo alguno de profundizar aquí en las relaciones entre los números y los ritos; para ello harían falta volú-

Des n*ombres* [De los números], Niza, 1948.

menes. Citaremos, con todo, algunos ejemplos característicos. Cosa curiosa, los números impares tienen un lugar mayor en los ritos que los pares. ¿Coincidencia? No lo creemos. El doctor Allendy nos va a iluminar. En su *Tratado de Aritmosofía*[2] escribe:

«El número par significa un principio de equilibrio, una correspondencia estática entre dos términos análogos. Los impares, por el contrario, expresan un dinamismo transitorio, un movimiento, una revolución».

En el mismo sentido, los chinos dicen que los números pares son blancos o vacíos, y los impares, negros o llenos. Y Eckarthausen dice que el número par es pasivo, imperfecto, femenino.

A título de ejemplo, nos detendremos sobre el *Cinco* en la tradición china.

Para los chinos, Cinco es el número del Hombre.

Como la música es el Arte por excelencia, se escribirá con cinco notas y el instrumento fundamental se compondrá de cinco tubos huecos.

Hay en el hombre cinco elementos o *Hing.* Cada uno de los Hing rige, en un orden inmutable, las dichas, las calamidades, las facultades del alma, las direcciones del espacio, los nombres celestes, los trabajos agrarios, los perfumes, los colores, las gamas, etc.

¿Tal rito está colocado bajo el vocablo del segundo Hing? Deberá, en consecuencia, practicarse en Verano, estar orientado hacia el Sur, sonorizarse según la nota Tche, exigir un Fuego, perfumarse con Ámbar, porque el Verano, el Sur, el Tche, el Fuego, el Ámbar, son los segundos términos de cada una de las series en que están integrados. Así, el número chino, en su acepción sagrada, es ordinal, cualitativo.

Lo mismo que el Hombre es mediador entre la Tierra y el Cielo, de igual manera el número Cinco es mediador según la escuadra entre el cuatro y el tres. Y es esta relación de hipotenusa la que regirá la construcción de los

templos. Para terminar, señalemos que el carácter escriturario del Hombre Verdadero —Tchen-jen— tiene cinco rasgos: A.

Demos un salto en el tiempo y en el espacio. El Cinco jugaba un gran papel en los misterios helénicos. El ritual de Eleusis estaba dividi-

---

[2] *Le symbolisme des nombres. Traite d'Arithmosophie* [El simbolismo de los números. Tratado de Aritmosofia], Chacornac, París, 1926.

do en cinco secciones: purificación previa, recepción de ritos sagrados, *epoptes,* colocación de coronas y, finalmente, comunicación directa con el Divino.

En las catacumbas cristianas un dado de cinco puntos, pintado o grabado sobre la tumba, significaba: «Vida dichosa». A veces se encuentran cinco dados que tienen cinco puntos cada uno.

La orientación

El segundo elemento del rito es la Orientación. Todos los lugares consagrados están orientados. Las iglesias románicas, al Este; las mezquitas, hacia La Meca; las pirámides, según una topografía precisa; el fuego sagrado se encendía al Este. Los altares de los dioses helenos estaban construidos según datos de *gnomons* particulares.

Mientras realiza el rito, el celebrante está orientado en función del edificio o según los cuatro puntos cardinales.

Las Leyes de Manú y los Vedas consagran páginas a estas prescripciones minuciosas. Su uso está de tal manera arraigado en los países con sustrato tradicional, que un campesino chino no habla apenas de su derecha y de su izquierda, sino del Este y del Oeste.

Orientación terrestre en principio, orientación
cósmica después.

Orientación, finalmente, en relación al oficiante mismo: a derecha, a izquierda, delante, detrás de él. Se ha dicho que todos los ritos guardaban como una nostalgia de la era primordial, cuando el Polo era el lugar sagrado de la Tradición, antes de que los trastornos cósmicos hubiesen arrastrado la precisión de los equinoccios…

Una precisión se impone: cuando se habla de la derecha o de la izquierda de una figura simbólica, se puede entender o bien realmente las de esta figura misma, o bien las del espectador que se sitúa delante de ella.

Así, en heráldica, cuando se describe un blasón, la diestra del escudo corresponde a la siniestra del barón.

Las circunvalaciones son frecuentes en numerosos ritos. Esos paseos circulares se efectúan en el sentido de las agujas del reloj en los países de Occidente y según el giro inverso en los países de Oriente, lo

mismo que la escritura de Occidente va de izquierda a derecha y la de Oriente de derecha a izquierda.

En general, el primer pie que se avanza es el que se encuentra más exterior al círculo. En la India se honra a una persona girando alrededor de ella de forma que siempre se le presente el hombro izquierdo *(Pradakshina).*

El tiempo

Otra orientación importante es relativa al Tiempo.

Los principales ritos se practican en Jos equinoccios y en los solsticios. La misa cristiana primitiva, al decir de san Justino, debía coincidir con el inicio de la aurora. Las Bacantes se desencadenaban con la Luna Nueva. La mayor fiesta egipcia se celebraba cuando la estrella Sether se elevaba por encima del NiJo.

La cualificación

El rito solo es eficaz cuando quien lo ejecuta está cualificado.

Hay ritos que están reservados a uno de los dos sexos, o a un oficio, o a una casta. Las Bacanales estaban estrictamente reservadas a las mujeres.

Los ritos cabiros estaban abiertos únicamente a los artesanos del fuego. La Caballería convenía a los guerreros y la Cofradía a los artesanos.

Hay otras cualificaciones... o descualificacíones. Transgredirlas, es decir, llevar a cabo un rito para el cual no se está designado en modo alguno, lleva consigo no solamente la nulidad, sino que es un verdadero sacrilegio que pone en acción fuerzas peligrosas.

Y he aquí la más imperiosa de las cualificaciones: la transmisión iniciática.

La transmisión

Podríais cantar la misa como un canónigo, hacer el *zikr* como un sufí, recolectar el jugo de la soma como un brahmán, evocar al ángel Anael como un mago; no seréis, sin embargo, ni sacerdote, ni sufí, ni brahmán, ni mago, si os falta lo esencial: la transmisión de poderes.

Cada celebrante debe ser el anillo de una cadena. Es necesario que en el curso de un rito —ordenación, iniciación, consagración— el efluvio pase del maestro al discípulo, del *gurú* al *chellag,* del padre espiritual al hijo espiritual. Sin transmisión, imposible eficacia.

Las cofradías musulmanas atribuyen una importancia muy especial a la cadena iniciática.

También la Iglesia romana concede una importancia primordial a la Sucesión apostólica. La teología clásica considera que un obispo no posee la plenitud del sacerdocio sino en tanto que desciende, sin interrupción, de uno de los doce apóstoles y, por ellos, de Cristo y de Melquisedec, rey de Salem[3], consagrador de Abraham.

El brujo rural es también destinatario de una transmisión. Frédé-ric Lefévre lo ha establecido con toda claridad en su novela *Sansón, hijo de Sansón.*

Sin transmisión iniciática, sin «regularidad», no hay rito en el sentido exacto de la palabra. Puede haber en ello una ceremonia, una conmemoración, pero de ningún modo un rito. Es decir, un rito no se crea artificialmente.

La transmisión ha de ser directa, efectiva. Es necesario que el iniciador esté en contacto corporal con el iniciado. Salvo casos muy excepcionales.

He aquí el testimonio de Djellal-Ed-Dine Roumi, fundador de los derviches torneros:

«Si alguno, por una rara excepción, ha recorrido solo la vía iniciática, es que lo ha logrado con la ayuda

del corazón de los *Pirs* [Maestros] . La mano del *Pir* no se le rehusa al ausente. Esta mano no es otra cosa que el abrazo de Dios».

Génesis, XIV.

El secreto

Por doble motivo, el rito debe quedar secreto: primero, para evitar que quien no tiene cualificación para practicarlo cometa un sacrilegio

Pero la esencia del secreto es más profunda. Lo mismo que el cálculo analítico es inaccesible para el que no ha sobrepasado las cuatro reglas, no entenderá el rito quien no supere una concepción superficial de las cosas.

Digamos que el rito es secreto porque es inexpresable. Por el hecho de ser símbolo puesto en acto, escapa a las definiciones humanas. Está por encima de lo que se ve.

Aldous Huxley escribe que lo importante en un poema es lo que un espíritu sensible lee entre líneas desiguales. Lo mismo sucede con el rito.

La impersonalidad

El rito no depende del oficiante. Este actúa a partir de su cualificación y no desde su persona. Si la intención que a ello aporte puede, quizá, acentuar el efecto del rito, no es menos cierto que el rito está por encima de él. Alguien cualificado que no comprenda nada puede, muy válidamente, transmitir sus poderes. A los ojos de la Iglesia católica, un sacerdote, incluso retirado de su ministerio, guarda todos sus poderes sacramentales: *Tu es Sacerdos in aeternum* [4]. El que ha sido marcado por un rito guarda ese carácter para siempre, incluso si es expulsado del grupo, anatematizado, suspendido en sus funciones, condenado a ostracismo, etc.

La exactitud

Ya que el celebrante no aporta nada de él mismo a la eficacia del rito, ya que él no es más que un soporte, instrumento, como escribe

Dante, de un Dios más fuerte que él, no debe modificar absolutamente nada de lo que se le ha transmitido. La exactitud minuciosa es una de las exigencias de la impersonalidad del rito. El profesor Masson-Oursel ha precisado a propósito de los ritos védicos:

«La condición necesaria y suficiente del éxito que produce el rito es su exactitud. El término brahmánico del *satyam,* demasiado a menudo traducido a la ligera por "verdad" significa simplemente la exactitud ritual»[5].

La muerte iniciática

No hay apenas rituales que no lleven consigo (o que no hagan alusión) a una muerte y a una resurrección[6]. Se trata de una muerte sagrada que, *in illo tempore,* da su sentido verdadero a la muerte profana,
natural, física.

La muerte y la resurrección sagradas no solo enseñan simbólicamente al neófito lo que pasará «más tarde», sino que además le entregan, desde ahora, las llaves con que abrirá las puertas de marfil que le situarán ante la Verdad, de la que este mundo no es más que una apariencia, o incluso una caricatura. Ellas le protegerán contra la angustia esencial, la de la agonía, del fallecimiento y de los primeros pasos en la «zona intermediaria» descrita por el *Bardoe Thodol* del Tíbet.

Mircea Eliade resume así lo dicho:

«La iniciación es coexistente con toda existencia humana auténtica... corresponde a la eterna nostalgia del hombre que busca el sentido positivo de la Muerte, que acepta la Muerte como un rito de paso hacia una forma superior de vida»[7].

Según Mircea Eliade, el nacimiento y toda la creación (material o espiritual) se expresan de modo cosmogónico. Ello explica el simbolismo esencial de los rituales. El neófito, el profano, vuelve al origen, después sufre la prueba de la Muerte y a continuación «revive el drama

[4] Barbey d'Aurevilly ha escrito sobre esto páginas admirables en *Un prétre marié* [Un sacerdote casado].

[3] *L´inde Antique* [La India antigua], Albín Michel, París, 1933.

[6] Cfr. *supra* «El mito de Hiram».

[7] *Forgerons et alchimistes* [Herreros y alquimistas], NRF.

cosmogónico». Mircea Eliade precisa: «Se vuelve al estado primero, el estado germinal de la materia, y la "resurrección" corresponde a la creación cósmica».

«Para utilizar la terminología moderna, por la muerte iniciática son abolidas la Creación y la Historia, teniendo lugar la liberación de todos los fracasos y de todos los "pecados", es decir, a fin de cuentas, del desgaste inseparable a la condición humana»[8].

La simbología alquímica

Frecuentemente los rituales iniciáticos toman su terminología de la Alquimia, hacen alusión a los Cuatro Elementos[9], a la Sal, al Azufre y al Mercurio, y a las diversas operaciones de la Gran Obra.

Por el conducto de la Rosa-Cruz, la Francmasonería, a partir del grado de Maestro (y casi todas las otras sociedades secretas de Occidente), ha sido impregnada, en efecto, por una cierta concepción de Dios, del Cosmos y del Hombre que históricamente se remonta a Pitá-goras, a los Orficos y a los Neoplatónicos.

No es nuestra intención hacer aquí el estudio de dicha corriente de pensamiento, tumultuosa, pero fecunda. Quien quiera navegar por este «mar tenebroso» [10] , deberá apoyar sus meditaciones en las obras de Fulcanelli, Rene Alleau, Canseliet, André Savoret, Grillot y Givry, Cari Gustav Jung, Julius Evola, Rene Guénon, Claude de Ygé, por no citar más que a contemporáneos.

Por nuestra parte, nos contentaremos con señalar un simple acercamiento, una aproximación a la Alquimia Espiritual. Pues hay, al menos, dos maneras de comprender la Alquimia. La primera, completamente material, pretende transmutar los metales —y especialmente el plomo— en Oro, gracias a la Piedra Filosofal. La otra es una ascesis

[8] *Forgerons et alchimhtes,* ob. cit.

[9] Aire, Fuego, Agua, Tierra.

[10] *Agressi sunt mare tenebrarum quid in eo esset exploraturi* (Ptolomeo Hefestión).

Consúltese, en la misma colección, Arnold Waldstein, *Lumiéres de l'Alchimie* [Luces de la Alquimia], Maison Mame, 1973.

que busca transformar al hombre profano en iniciado y después en adepto, o, si se prefiere la terminología de Claude de Saint-Martin, transmutar al Hombre del Torrente en Hombre del Deseo y, después, en Hombre-Espíritu [11].

En un notable folleto, *¿Qué es la Alquimia?,* André Savoret escribe:

«La Alquimia verdadera, la Alquimia tradicional es el conocimiento de las leyes de la vida en el hombre y en la Naturaleza y la reconstitución del proceso por el cual esta vida adulterada aquí abajo por la caída adánica ha perdido y puede recobrar su pureza, su esplendor, su plenitud y sus prerrogativas primordiales...

»Su dominio abarca todo lo Creado y, para la Humanidad militante, toda la porción de lo Creado que arrastró consigo en su decadencia y que debe resucitar con ella y por ella, tal como fue antes de la Transgresión.

»Aunque su aspecto más importante sea el plano espiritual, la Alquimia conoce mil aplicaciones más o menos contingentes, en todos los grados y bajo todos los aspectos de la vida».

Recordadas estas generalidades, enumeramos los símbolos primordiales de la Alquimia:

Elementos y metales

La tradición alquímica está basada en las propiedades de los cuatro elementos: Fuego, Aire, Tierra y Agua, y de los tres «cuerpos»: Azufre, Mercurio y Sal.

Se incurriría en un peligroso contrasentido tomando los términos referidos por sus acepciones actuales.

Como lo precisa Marcelin Berthelot en sus *Origines de l'Alchimie* [u]*:*

«Los cuatro elementos corresponden a las apariencias y los estados generales de la Materia. *La Tierra* es el símbolo y el soporte del estado sólido. *El Agua* es el símbolo y el soporte de la liquidez. *El Aire* es el símbolo y el soporte de la volatilidad. *El Fuego* es el soporte simbóli-

[11] Cfr. *supra.*

[12] *Origines de l'Alchimie,* París, 1885, cit. por S. Hutin en *L'Alchimie,* PUF, 1960.

co de la luz, del calor, de la electricidad». Algunos alquimistas han presentido los estados radiactivos de la Materia imaginando un *Éter* o *Quintaesencia.* Lejos de designar unos cuerpos químicos, Azufre, Mercurio y Sal representan unas cualidades de la Materia (o del alma humana).

El *Azufre* es activo, fijo, estable, centrípeto, masculino, etc. Corresponde al *Yang* del Taoísmo. También es la Forma.

El *Mercurio* es pasivo, inestable, volátil, centrífugo, femenino. Es el *Yin* del Taoísmo. También es la Materia.

La *Sal* es el término medio gracias al cual el Azufre anima al Mercurio y el Mercurio acepta al Azufre. Es el Hijo filosófico del que Azufre y Mercurio son Padre y Madre.

La Gran Obra

La Gran Obra, o *crisopoiké,* sea tomada en sentido material, sea en sentido espiritual, obedece a un proceso constante que se divide en fases u operaciones de que se encuentran fácilmente alusiones en ciertos rituales masónicos; así, los de los grados decimoctavo y vigésimo sexto.

El comienzo de la Obra consiste en identificar y descubrir la *Materia Prima.*

Los tratados alquímicos solo hablan de ello en forma alusiva, prueba de que los documentos escritos no eran más que los «soportes», los extractos (mnemotécnicos) de una enseñanza oral, transmitida secretamente.

He aquí, por ejemplo, una definición de la Materia Prima según Sincerius Renatus[13], que vivía en Breslau hacia 1710:

«La materia de la obra es mineral, animal y vegetal; por ello es, una vez purificada, la medicina de los tres reinos. Ella es tan secreta como común; todos la conocen, jóvenes y

cuesta el esfuerzo de recogerla y su preparación puede ser hecha por un niño, si es bendecido por Dios...».

Esta *Materia Prima* debe sufrir un cierto número de operaciones cuya enumeración difiere según los autores, pero que pueden resumirse en los dos esquemas siguientes que se complementan mutuamente.

El *huevo filosófico,* o Materia elegida, pasa del Negro al Blanco y después al Rojo. Como el iniciado, muere; después, resucita.

De ahí el célebre axioma masónico: *Visita Interiora Terrae Rectificando Inveniens Occultam Lapidem,* que se resume en *Vitriol* y se traduce: «Visita las partes interiores de la Tierra; por rectificación, encontrarás la piedra escondida...».

He aquí otro esquema admitido por los «Filósofos de la Unidad»:

viejos, ricos y pobres; solo

Putrefacción

Calcinación

Fermentación

Obra en el Negro

Congelación

Coagulación

Purificación

Fijación

LOS GESTOS DE OFICIO

Disol

ución Solución

Obra en el Blanco

Digestión
Destilación

Sublimación

Obra en el Rojo

[13] Samuel Richter, probable fundador de la Rosa + Cruz de Oro. Cfr. Jean-Claude Frére, *Vie et mystéres des Rose + Croix,* ob. cit.

Cuerpo físico

Cuerpo etérico Cuerpo astral

Alma animal

Alma humana
Alma angélica

Alma divina

Los adeptos de las sociedades iniciáticas están obligados a la ejecución, durante las ceremonias, de gestos, signos y toques que deben ser ejecutados en conjunción y según un ritual riguroso. Gran número

de estos signos son (o parecen ser) reminiscencias de gestos de oficio-encender el fuego entre los carbonarios, tallar una piedra entre los francmasones, desenvainar la espada en los grados caballerescos.

¿Pero acaso no obedecen también a una necesidad interna menos superficial? Es lo que congruentemente se pregunta el curioso y (misterioso) autor de los *Archivos de Trans* [14], revista confidencial que ha publicado estudios sobre la Francmasonería. El abre a los investigadores una vía fecunda y casi virgen cuando escribe:

«Los gestos, signos y toques rituales, comunes a las sociedades secretas de gran antigüedad, tienen una significación que desgraciadamente no es ya conocida. Lo poco que de ello se sabe muestra que no son únicamente unas marcas de reconocimiento; los hay que tienen un alcance psicológico, quizá incluso fisiológico...».

¿Están en relación con esos centros de fuerzas psíquicas (que los iniciados de la India llaman *chakras)* por donde el hombre recibe y transforma el fluido universal, *o prána?*

Eso es lo que C. W. Leadbeater ha intentado demostrar en su obra *El lado oculto de la Francmasonería* [15]. Si no es del todo convincente, su libro merece al menos ser leído.

UN EJEMPLO DE EXPLICACIÓN RITUAL: EL SIMBOLISMO DEL PUNTO

En el centro, en el corazón del símbolo misterioso que caracteriza la Francmasonería, se encuentra un *Punto.* El hecho mismo de que ese punto se sitúe en el lugar donde otros situaron el Tetragrama divino prueba su importancia íniciática.

Generador dinámico de la Recta, esta misma

generatriz del Plano y del Volumen, el Punto se sitúa en el límite extremo de la condición especial. Es el átomo, la mónada de la Forma que engendra por su desplaza-miento, y no por su multiplicación. Es intermediario entre lo que es y lo que no es, aun careciendo de uno de los elementos esenciales de la *Mate-*

---

[14] **7>WM(83-var),enl931.**

[15] *Le Cóté occulte de la Vranc-Magonnerie,* Adyar.

ría Secunda: la Extensión. De modo, por otro lado, que sus representaciones gráficas no son más que aproximaciones, «vulgarizaciones».

En otros términos, el Punto no es espacial, pero contiene en sí una virtualidad de la Extensión. Genera las Formas por su dinamismo, a la vez que escapa a la triple servidumbre dimensional. De los dos elementos de la sustancia —el Nombre y la Forma— no posee, *in se,* más que
el primero.

Puede decirse otro tanto de Dios. Nombrable pero no Mensurable; Generador de todo, quedando a la vez como la Libertad misma, trascendiendo lo Formal, Dios, el Dios Creador (el Logos), no puede ser mejor simbolizado que por el Punto. Punto.

Logrado este dato fundamental, examinemos el Punto a la Luz de diversas tradiciones esotéricas. Su estudio permitirá descubrir una misma base metafísica a enseñanzas separadas, en apariencia, por el tiempo o la distancia.

El exoterismo musulmán ha estudiado el Punto de forma más
exhaustiva.
Nos referiremos a un *hadith* atribuido a Seyedna Alí: «Todo lo que está en el Corán está contenido en la *Fatiha* [la primera Surata]; todo lo que está contenido en la primera surata está contenido en el primer versículo: *Bismillah-er-Rahman er-Rohim;* todo lo que está contenido en el Bismillah está contenido en la Bu de Bism...; todo lo que está contenido en la B está contenido en el punto diacrítico que está bajo la B. Y yo, Alí, soy ese punto». Hadith'Sufí esencial, que tiene numerosos sentidos. He aquí uno: ¿Qué es la letra B sin su punto? Un signo cualquiera, un signo sin cualificación. Una potencialidad sin Ser. El Punto, diferenciándola de las otras letras, le da el Ser, le hace pasar de lo Informe a lo personal, del Caos a lo Organizado. Y como el alfabeto entero es un símbolo de la creación y un elemento incluso del *Fiat,* se comprende lo que ha enseñado el Príncipe de las
Abejas.

Para hablar un lenguaje escolástico: la curva de la B u es la Sustancia, y el Punto . la Esencia.

Vayamos más lejos en la doctrina sufí. Recordemos que «Dios es un tesoro escondido. Quiso ser conocido y creó el Mundo para ser conocido de él».

Ese deseo divino (análogo al Logos neoplatónico) es la Primitiva Voluntad. El Cosmos proviene de allí todo él, y allí debe retornar. De donde dos «movimientos» metafísicos: un descenso de la Primitiva Voluntad hacia la Criatura y una ascensión de la Criatura hacía la Voluntad Primitiva.

Si se representa gráficamente esta evolución por un círculo y se corta ese círculo por un diámetro horizontal, se tendrá en lo alto el punto de partida de la Primitiva Voluntad y abajo su llegada. Este último punto coincide con el punto de partida del ascenso de la Criatura, ascensión que termina donde comienza la Primitiva Voluntad. Esta interdependencia de los mundos divino y cósmico, de lo Espiritual y lo Formal, nos ofrece una de las interpretaciones esotéricas más profundas del Simbolismo puntual.

La *Cábala* será nuestra segunda etapa en esta búsqueda a través de diversas tradiciones. Está escrito en el *Zohar*[16]*:*

«A partir del misterioso punto supremo hasta el más oscuro grado de la Creación, todo sirve de vestimenta a alguna cosa superior, y así sucesivamente» (I, 19b, 20a).

He aquí, pues, el Punto, arranque de las Emanaciones. Y el pasaje siguiente va a conducirnos al umbral mismo del *Mysterium magnum:* «Así, por un misterio de los más secretos, el Infinito golpea el vacío con el sonido del Verbo, aunque el sonido no sea transmisible en el Vacío. Pero esta materialización habría quedado para siempre en estado potencial si, en el momento de golpear el Vacío, el Sonido del Verbo no hubiera hecho brotar el punto centelleante, origen de la Luz que es el misterio Supremo».

También el *Zohar* enseña:

«Cuando el Desconocido de los Desconocidos quiso manifestarse comenzó por producir un punto. En tanto que ese punto no hubo salido de su seno, el Infinito permaneció totalmente ignorado».

Un cabalista ha dicho que el Punto es la Vía que conduce de Ain-Soph a Aur.

[16] *El Sepher Zohar* [El Libro del Esplendor] es un tratado fundamental de la Cabala judía; traducido al francés por De Pauly, está publicado por Maisonneuve y Larose, París, 1970.

Entre los magos occidentales el Punto está considerado sobre todo en su función de centro de la circunferencia. También Cornelio Agrip-
pa dijo:

«El centro del círculo se refiere al Dios supremo, el cual, siendo uno e innumerable, crea, sin embargo, las cosas numerables y las contiene en sí».

Recogida por Louis-Claude de Saint-Martin, llamado *el Filósofo Desconocido,* en *De los números* [17]*,* esta idea se enriquece con resonancias profundas en todos los dominios del pensamiento. Según el método dialéctico del Filósofo Desconocido, la verdad es dicha como de pasada y sin insistir en ello. Así resulta más rica en armonías.

«Todo acto por parte del Eterno constituye un centro con tres ángulos. El centro emanado es la imagen del ser producido; los tres ángulos, la imagen de sus facultades o potencias. En todos los seres no hay nada fijo más que los centros. Todas sus potencias son móviles.»

«El Ser Supremo es el único ser en el que todas las potencias están tan fijas como su propio centro.»

Aplicada a la tragedia cósmica de la Reintegración, esta mística del Punto Central viene a concluir:

«Consideremos el Tiempo como el Espacio contenido entre dos líneas que forman un ángulo. Cuanto más alejados están los seres del vértice del ángulo, más obligados están a subdividir su acción para completarla o para recorrer el espacio de una línea a la otra; por el contrario, cuanto más próximos están del vértice, más su acción se simplifica; juzguemos a partir de ahí cuál debe ser la simplicidad de ac-

---

[17] Louis-Claude de Saint-Martin, llamado *el Filósofo Desconocido* (Aboise, 1743-Aulnay, 1803). Desciende de la pequeña nobleza de la Touraine. Primero alumno aventajado de los jesuítas de Pont-Levoye, después comienza estudios de Derecho. Oficial en el regimiento de Foix, con guarnición en Burdeos. Iniciado en la Francmasonería en 1768; discípulo del misterioso adepto Martínez de Pasqually. En 1771 abandona el Ejército para consagrarse enteramente al iluminismo. Su primer libro, *Des erreurs et de la vérité* [De los errores y de la verdad], tiene un gran éxito. Reside temporalmente en Lyon, Estrasburgo, Evry, París, y discretamente reúne en su entorno a unos discípulos fervientes. Traduce a Jacob Boehme (1788). Obras más importantes: *Le tablean naturel* (1782), *L'Homme de Désir* (1790), *Des nombres* (postumo). Su obra na tenido una profunda influencia sobre los románticos; *Séraphita,* de Honoré de Bal-zac, está impregnada de ella. El Martinismo actual proclama su dependencia de él.

ción del Ser Principio que es él mismo el vértice del ángulo. Para este Ser, no habiendo de recorrer más que la unidad de su propia esencia para alcanzar la plenitud de todos sus actos y de todas sus potencias, el tiempo es absolutamente nulo *(Cuadro natural)*»[18].

En *El Hombre del Deseo*[19], *el Filósofo Desconocido* dice magníficamente:

«Todo es individual y, sin embargo, todo es uno. ¿Cuál es, pues, este Ser inmenso que, desde su centro impenetrable, ve todos los seres, todos los astros, no representando el Universo entero más que un punto de su inconmensurable esfera?

»E1 Centro del Ser es, propiamente, el fin de todo conocimiento tradicional, y de toda Iniciación».

Hay profundas analogías entre las concepciones puntuales de Saint-Martin y las de Novalis. Este último ha escrito:

«Nosotros somos unos puntos personificados, unos puntos todopoderosos».

Pero es más preciso en *Enrique de Ofterdingen,* cuando pone en boca del «muchacho sideral» de Astralis esta declaración:

«Yo soy el Punto Central, soy la fuente santa de la que todo deseo brota impetuosamente, en la que todo deseo, de muchas maneras roto, se congrega silenciosamente de nuevo».

[18] *Tableau naturel,* Éd. de l'Initiation Ollendorff, 1901.

[19] *L'Homme de Désir,* reeditado en la colección 10/18-Plon por Robert Amadou.

El esquema ritual: un ejemplo

En Occidente, la mayor parte de los rituales iniciaticos están elaborados según esquemas que prueban su tradicional regularidad.

Según G. Persigout, en su obra *Le Cabinet de reflexión* [1], son los siguientes:

a) Una serie de actos que relajan y después disuelven los lazos que atan al neófito al mundo profano.

b) Una nueva fase del drama «litúrgico» que admite al neófito al mundo sagrado.

c) Una exhibición de objetos rituales o el desarrollo de un relato mítico.

d) Un juramento que compromete al nuevo iniciado.

e) Unos ritos de retorno que marcan la vuelta del nuevo iniciado al mundo profano sin por ello hacerle perder la cualidad iniciática que acaba de adquirir y que, por otro lado, le ha sido conferida *in aeternum.*

Persigout compara también la ascensión iniciática a

las diversas fases de la Gran Obra alquímica:

— *Purificación* del sujeto que «muere» a sus voliciones profanas para llegar a ser una criatura tan perfecta como el oro es un metal perfecto en relación a los otros metales.

[El gabinete de reflexión], Méré, París, 1946.



— *Iluminación* que permite comprender más allá de las apariencias sensibles, y que religa, por una vía misteriosa, al Centro tradicional, o a la Divinidad o a un Gran Antepasado.

— *Reintegración* de los privilegios que poseía el Hombre anteriormente a lo que el Génesis denomina la Caída original, y los discípulos de Martínez de Pasqually, la «Prevaricación».

Según otra clasificación, los rituales íniciáticos presentan la totalidad o una parte de los elementos siguientes:

— Elección y consagración de un lugar sagrado, de un *templum* que puede ser o bien definitivo, o bien temporal.

— Alejamiento de los profanos, de los «indignos» y, a veces, de los catecúmenos.

— Apertura de la ceremonia que crea un Espacio Sagrado y un Tiempo Sagrado.

— Muerte y resurrección del neófito, que es guiado por un padrino o un personaje «psicopompo».

— Diversas pruebas que a menudo toman la forma de «viajes» más o menos figurados, pero siempre simbólicos.

— Juicio del candidato por sus futuros pares, que le aceptan o le rechazan.

— Prestación de un juramento solemne, acompañado de amenazas para el caso de que fuera violado.

— Entonces el neófito es admitido para llevar los distintivos de una nueva personalidad: un nuevo nombre, una vestidura particular, una edad simbólica, un oficio «sagrado».

— Se le confía, bajo el sello del secreto, los medios para darse a conocer a los iniciados llegados a su mismo grado de jerarquía espiritual: signos, gestos, conducta, etc.

— La ceremonia se termina por *el cierre,* análogo a *la apertura.*

La primera fase de la iniciación masónica (al grado de aprendiz) nos proporcionará un ejemplo concreto de lo que acabamos de exponer en esquema.

ALEJAMIENTO DE LOS PROFANOS, DE LOS «INDIGNOS»

El Venerable[2].—Hermano Primer Vigilante, ¿cuál es el primer deber de un vigilante en la Logia?

Primer Vigilante[7]".—Venerable Maestro, ver si la Logia está cubierta, tanto en el exterior como en el interior.

El Venerable.—¡Asegúrese de ello, hermano!

Primer Vigilante.—Hermano techador, cumplid con vuestro deber.

> *Armado con una espada, el Techador*[4] *sale de la Logia; examina el atrio* [el exterior], *vuelve a la Logia y da cuenta al Primer V.*

Primer Vigilante.—Venerable Maestro, el templo está cubierto exteriormente.

El Venerable.—Hermano Segundo Vigilante, ¿cuál es el segundo deber de un vigilante en la Logia?

Segundo Vigilante[5].—Venerable Maestro, comprobar si todos los que componen esta asamblea son verdaderamente masones.

El Venerable.—Aseguraos de ello, hermanos Primer y Segundo Vigilantes, y dadme cuenta de ello. De pie, hermanos, cara al Oriente.

> *Todos los asistentes se levantan y se «ponen a la orden», es decir, toman una posición ritual que los profanos ignoran. Los Vigilantes les pasan revista y verifican así la sacralización de las personas presentes. Dan cuenta de ello al Venerable.*

CONSAGRACIÓN DEL «TEMPLUM» [6]

El Venerable.—Hermanos Primer y Segundo Vigilantes, prevenid a vuestras columnas que voy a abrir los trabajos.

---

[2] *Venerable:* presidente de la Logia.

[3] *Primer Vigilante:* vicepresidente, que tiene a su cargo la instrucción de los com

pañeros.

[4] *Guardia armado:* encargado de la defensa exterior e interior.

[5] *Segundo Vigilante:* segundo vicepresidente, que tiene a su cargo la instrucción de los aprendices.

[6] O conmemoración de una consagración precedente.

Los dos Vigilantes repiten este anuncio a sus columnas respectivas, es decir, a las hileras que bordean la Logia, la cual está construida en forma rectangular. El Estrado donde se halla la sede del Venerable se llama el Oriente.

El Venerable.—¡En pie y a la Orden, hermanos! Hermano Experto y hermano Maestro de ceremonias, cumplid con vuestros oficios.

Estos dos «oficiales» (que están revestidos de insignias particulares) encienden solemnemente los tres candelabros que se encuentran en el centro de la Logia y pronuncian:

¡Que la Sabiduría presida nuestros

trabajos! ¡Que la Fuerza los termine!
!Que la Belleza los adorne!

Después, descubren en el centro del espacio limitado por las tres luminarias una figura simbólica, el «cuadro» de la Logia. Entonces, el Venerable *pronuncia estas dos invocaciones, punteadas por golpes de maza:*

1 = ¡Oh Sublime Arquitecto del Universo, fuente de toda vida y de toda perfección, Tú del que una chispa se encuentra en cada uno de nosotros, nos consagramos, a pesar de nuestra naturaleza imperfecta, a comprender tu obra de armonía, de sabiduría y de amor, y a asociarnos a ella, a fin de que resplandezca tu Gloría!

2 = A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo, en el nombre de la Francmasonería universal, bajo los auspicios de nuestra obediencia, en virtud de los poderes que me han sido confiados, declaro abierta, al grado de aprendiz, esta Respetable Logia de San Juan...

El Venerable asocia a todos los presentes a esta consagración, haciéndoles ejecutar en conjunto ciertos gestos y pronunciar a coro unas palabras rituales.

Muerte iniciática del neófito

El candidato es conducido a una sala oscura —una bodega— llamada «gabinete de reflexión»', iluminada solamente por un débil resplandor. Sobre las paredes están dibujados un gallo, un reloj de arena y la inscripción V.I.T.R.I.O.L.[8].

Ante una tosca mesa, un bloque de piedra en bruto sirve de escabel. Sobre esta mesa hay un cráneo humano, un cántaro de agua y tres copas pequeñas que contienen, respectivamente, Mercurio, Sal y Azufre.

El candidato queda largo tiempo solo en este lugar silencioso y angustiador. Después se le lleva recado de escribir y se le invita a responder a las preguntas siguientes:

—¿Quién soy?

—¿De dónde vengo?

—¿Dónde voy?

Debe redactar también su testamento espiritual.

Todavía ha de transcurrir un largo lapso de tiempo (alrededor de una hora y media). Un preparador se presenta. Sin decir palabra, recoge las respuestas del candidato, que lleva al Venerable. Después vuelve y así «prepara» al candidato:

— Le retira todos los objetos metálicos que lleva.
— Le venda los ojos.
— Le descalza y le desviste parcialmente.
— En algunos ritos, le pasa por el cuello un nudo corredizo.

Teniéndole estrechamente cogido por el brazo, el preparador conduce a la Logia a ese «muerto simbólico».

El juicio

Durante ese tiempo, en la Logia se ha votado la admisión definitiva del candidato. Este voto debe ser conseguido por unanimidad.

[7] «Reflexión», en singular.

[8] ***Visita*** *Interiora Terrae Rectificando Inveniens Occultatn Lapidem.* Cfr. *supra.*

El secretario da los detalles sobre el estado civil y la vida profana del futuro neófito. Se leen y comentan sus respuestas al cuestionario místico y su testamento espiritual.

Cuando el candidato penetra en la Logia, se le hace bajar la cabeza o incluso arrastrarse[9]. A continuación, el Venerable, con una serie de preguntas, se asegura de su sinceridad y buena voluntad.

Las pruebas iniciáticas

Después se le somete a las pruebas de los elementos tradicionales:

— Prueba del Aire (ruido de trueno).

— Prueba del Agua (mojar la mano en un barreño de agua).

— Prueba del Fuego (se quema pólvora de licopodio).

La estancia en el gabinete de reflexión representa la prueba de la Tierra.

Las «pruebas» se acompañan con «viajes», es decir, dando vueltas por la Logia, según orientaciones precisas y sorteando obstáculos.

La resurrección

Se «da la luz» al neófito retirándole su venda ocular. Se le explica sucintamente el simbolismo de la ceremonia que acaba de sufrir. Se le protege; después, se le amenaza con espadas vueltas hacia él o dirigidas al cielo.

Consagración

El neófito es conducido ante el Venerable, que, habiendo descendido de su cátedra, sosteniendo en la

mano izquierda —según los ritos— un compás o una espada, pronuncia:

«Heos aquí comprometido en una Orden respetable, pero os queda sufrir la última y más dura prueba de vuestra recepción. Debéis sellar aquí con vuestra sangre el compromiso que acabáis de contraer. Consentid que sea derramada para volver indisolubles los lazos de fraternidad que en adelante os unirán a la Orden. ¿Consentís en ello?».

Luego de la respuesta afirmativa del neófito, el Venerable le punza en el seno derecho, sea con la espada o con una de las puntas del compás. La sangre corre...

EL JURAMENTO SOLEMNE

Diversas son las fórmulas de juramento pronunciadas por el nuevo francmasón. He aquí la que está en uso en Francia, dentro de un rito escocés:

«Yo, N..., por mi libre voluntad y en presencia del Gran Arquitecto del Universo y de esta respetable asamblea de francmasones, juro y prometo solemne y sinceramente nunca jamás revelar ninguno de los misterios de la Francmasonería, ni hablar de ello más que con buenos y legítimos masones o en una Logia regularmente constituida.

»Prometo amar a mis hermanos, socorrerlos y ayudarlos en sus necesidades.

»Preferiré ser degollado a faltar a mi juramento.

»¡Que el Gran Arquitecto del Universo me ayude!».

En el Régimen Escocés Rectificado, que se reserva a los cristianos bautizados, la fórmula es más solemne:

«Prometo sobre el Santo Evangelio, en presencia del Gran Arquitecto del Universo, y a ello me comprometo bajo mi palabra de honor ante esta respetable asamblea, que seré fiel a la Santa Religión Cristiana, al jefe del Estado y a las leyes del Estado, y benéfico para con todos los hombres...».

Esta fórmula se termina de modo semejante a la precedente.

Símbolo del nacimiento carnal.

LOS SIGNOS DE RECONOCIMIENTO

Entonces es cuando el Venerable enseña al nuevo aprendiz las «palabras, signos y toques» que constituyen *stricto sensu* los secretos de la francmasonería —«secretos» que, por otro lado, se describen claramente en numerosas obras que cualquier «profano» puede procurarse por un módico precio en las librerías especializadas.

Estos secretos varían según los ritos. Tampoco los enumeramos. Se dividen esencialmente en recuerdos esquematizados de antiguos oficios de la construcción de los que la actual masonería ha salido, y la designación de lugares del cuerpo humano donde se encuentra eso que los hindúes llaman *chakras:* zonas de conexión entre la envoltura carnal y «los cuerpos sutiles» invisibles al ojo, pero perceptibles en algunas condiciones de videncia[10].

Se reviste al nuevo iniciado con la vestidura tradicional: un mandil de piel blanca cuyo peto está levantado. Cuando, algunos meses más tarde, llegue a ser compañero, bajará este peto y tendrá noticia de otros «secretos».

Su entusiasmo se atenúa cuando, durante una próxima reunión, asíste como espectador a la iniciación de otro aprendiz.

Si está dotado de sentido crítico, sonríe divertido ante la decoración barata y el tono inseguro de los oficiantes que leen penosamente el ritual; entonces es cuando constata en qué medida las «pruebas» resultan pueriles.

Si tiene un innato sentido de lo sagrado, adivina que estos ritos no son más que puntos de referencia; que le corresponde a él encontrar en la vida, con ocasión de verdaderas pruebas, una comunión espiritual con el Cosmos y lo Divino.

Por otro lado, actualmente un simulacro quita a la iniciación francmasónica su carácter auténtico. Se reemplaza la efusión de sangre por un colorante químico. Se imita, no se actúa: lo cual es *ineficaz,* si no sacrilego.

Pues no hay iniciación auténtica sin sacrificio sangriento; lo cual está confirmado por todas las tradiciones, tan lejos como uno se remonte hacia la Prehistoria.

LA CLAUSURA

La clausura es, *mutatis mutandis,* análoga a la apertura de los bajos.

tra-

Generalmente, la ceremonia se acaba con un banquete, llamado ágape o logia de mesa [11].

LA SANGRE

En general, el neófito está profundamente impresionado por este conjunto de ritos. Se considera iniciado, y un «superyó»[12] germina en él.

[10] Cfr. *supra.* [11] **Cfr.** ***infra***

[12] Según la terminología de los psicoanalistas.

Tercera parte

RITOS DE LA FRANCMASONERÍA

LAS LOGIAS DE MESA

Desde la introducción de la Francmasonería en Francia, hacia 1730, los hermanos se repartieron en dos tendencias. La primera, poco numerosa, era la de los iniciados que tomaban en serio las ceremonias de la Logia. Los otros —la mayoría—, calificados irónicamente como «hermanos del estómago», veían en la *Orden de los francmasones* una amable distracción y la ocasión de hacer excelentes ágapes, copiosa y abundantemente rociados. Dicho de otra manera, aquellos epicúreos concedían más importancia a las «logias de mesa» que a los «trabajos» rituales.

Las logias de mesa se celebraban en casa de los más costosos fondistas. Las repetidas recomendaciones contra la glotonería y la borrachera son, como precaución, elocuentes.

En nuestros días, habiéndose democratizado la masonería, las logias de mesa son menos «gastronómicas», pero no están menos caracterizadas por una franca alegría. El «calor comunicativo de los banquetes» está ampliamente extendido. Los hermanos del estómago son todavía numerosos.

En las logias británicas se sigue llevando tostadas al soberano reinante, a su familia, etc. En Francia se honra, vaso en mano, al presidente de la República o a la «autoridad legal». Casi en todas partes se ha suprimido el papel de embajador.

He aquí un ritual del siglo XVIII:

«Se dispone una mesa en forma de herradura, lo bastante grande como para que todos los convidados estén en la parte de fuera. El Ve-

nerable se sitúa al Oriente, teniendo al Orador a su derecha. Los Vigilantes están en los dos extremos, al Occidente. Los Maestros ocupan el Mediodía, teniendo cuidado de ceder su cabecera a los visitantes. Los nuevos iniciados deben estar al Norte y los Compañeros llenan el resto de esta parte.

»Todo el servicio de mesa está colocado en tres líneas paralelas: es decir, los platos forman la primera línea, las botellas y los vasos la segunda, las fuentes y las luminarias la última.

»Durante el banquete, a los vasos se les llama *cañones,* a las botellas *barricas,* al vino tinto *pólvora roja,* al vino blanco *pólvora fuerte,* y al agua *pólvora blanca.* Al pan se le llama *piedra bruta,* a los manjares *materiales,* a las luces *estrellas,* a los platos *tejas,* a los cuchillos *espadas* y a la sal *arena.*

»Mientras duran los ágapes no está permitido hablar de asuntos amorosos o de intereses materiales, ni en esta Logia de mesa ni tampoco en las otras. En ella se castiga la menor falta contraria al decoro: la borrachera y la gula son tratadas como merecen, es decir, como grandes vicios. No es una virtud ser sobrio y temperante, sino un deber. El hombre sensual que, olvidando el propio respeto, olvida el respeto que debe a la sociedad no merece más que el desprecio general...».

Para abrir la Logia de mesa el Venerable hacía al principio el primer brindis [1] obligado: a la salud del Ilustrísimo Hermano, el Serenísimo Gran Maestro.

Es entonces cuando entra en escena el *Embajador.* Se sitúa frente al Venerable, en el interior de la herradura.

El Venerable da un golpe. Los Vigilantes hacen otro tanto. Después, el Venerable dice:

«Hermanos Primer y Segundo Vigilantes, haced alinear y cargar las armas para un "brindis" obligado, muy interesante para la Orden». El Primer Vigilante responde:

[1] *Porter la santé* se ha traducido por «hacer el brindis», de acuerdo con el uso corriente en castellano. De este modo no se expresa en la traducción más que el gesto, quedando oculto gran parte de su sentido en el original: «hacer votos por la salud» («salud» en la acepción más amplia), lo que, para una correcta comprensión, ha de tenerse en cuenta en este caso y en todos los siguientes. *(N. del T.)*

«Hermanos, en mi columna, por vuestros grados y cualidades, alineaos y cargad vuestras armas para el primer "brindis" obligado, de

gran interés para nuestra Orden y que va a proponer el Venerable».

El Segundo Vigilante repite esta fórmula. Además, repite todas las respuestas del Primer Vigilante, y no volveremos por lo tanto sobre ello.

Después que el Vigilante ha terminado, se cargan los cañones de pólvora roja, tan fuerte o moderadamente como cada uno lo juzgue oportuno, y una vez que las barricas están repuestas, el Venerable dice:

«Hermanos Primer y Segundo Vigilantes: ¿Los cañones están careados y alineados?».

Después que los Vigilantes han respondido, el Venerable se levanta y se pone a la orden; otro tanto hace toda la asamblea; después anuncia el «brindis» de la manera siguiente:

«Hermanos Primer y Segundo Vigilantes, anunciad a todos nuestros queridos Hermanos que el "brindis" que tengo el placer de proponer es por el Rey, nuestro ilustre monarca, gloriosamente reinante y por cuya conservación nosotros no cesaremos de hacer votos, así como por la prosperidad del Estado y de las fuerzas armadas. Incluimos en estos deseos a nuestra augusta Reina, a la Familia Real y a todo aquello que tiene la dicha de pertenecerles. Por brindis tan entrañables es por lo que hay que disparar cañonazos de pólvora roja, con el celo de una amistad respetuosa, haciendo buen fuego, gran fuego y perfecto fuego».

Los Vigilantes repiten la fórmula. Y a continuación, el Venerable ordena con fuerte voz:

—¡Mano derecha a las armas! *(Llevan la mano al vaso.)*

—¡Armas en alto! *(Levantan el vaso delante de si a la altura del pecho.)*

—¡Apunten! *(Acercan el vaso a la boca.)*

—¡Fuego! ¡Gran Fuego! ¡Perfecto Fuego! *(Beben en tres veces.)*

Había que vaciar cada uno su vaso hasta la última gota. Después, el rito continúa:

—¡ Armas al frente!

Cada cual se lleva el vaso al pecho izquierdo, después al derecho; a continuación se vuelve a llevar el vaso a la altura del rostro, haciendo un triángulo. Se repite este ejercicio tres veces y después se pone el

vaso en tres tiempos sobre la mesa; en el primer tiempo se le sitúa un poco a la izquierda; en el segundo, un poco a la derecha; finalmente en el centro, esta vez depositándolo con fuerza contra el mantel. Tras todo lo cual se dan tres veces tres golpes en sus manos, gritando tres veces: ¡Viva! Este ejercicio se realiza con una rigurosa precisión, muy militar.

Mientras tanto, el Embajador se ha levantado, empuñando su espada. Finalizado el brindis, vuelve su espada a la vaina y agradece en los siguientes términos:

«Venerable Maestro, tan digno del rango al que os veo elevado, HH. Primer y Segundo Vigilantes; HH. dignatarios; HH. Visitadores; HH. Miembros y HH. recientemente iniciados, HH. míos: El Rey, mi señor, sensible a los cuidados que os tomáis por su salud, ha tenido a bien proponerme para testimoniaros su justo reconocimiento. Así que, no pudiendo cumplir mejor con sus sentimientos hacia vosotros y haceros saber los que vosotros me inspiráis que sirviéndome de las armas de los Masones, voy a tirar este cañonazo de pólvora roja por vuestra gloria y hacer buen fuego, gran fuego y perfecto fuego».

A continuación, con fórmulas parecidas, se proponían brindis por otros soberanos y por el Gran Maestro.

Luego venía el brindis por el Venerable, propuesto por el Primer Vigilante... Después el Venerable brindaba por los Aprendices. Estos lo agradecían y brindaban por los otros hermanos.

El banquete, tan bien comenzado, se terminaba con un «brindis» de clausura. Y, finalmente, la velada se animaba con cantos masónicos, entonados en coro, de los que un cierto número se han conservado, pero de los que ya no tenemos, en general, la música. Sus buenas intenciones son superiores a su prosodia.

MARK-MASÓN

La francmasonería inglesa se arroga el privilegio de juzgar sobre la regularidad» de todas las otras obediencias. Tiene establecidas unas ;las, o *landmarks,* imperativas. Y, entre ellas, la obligación de no practicar más que tres grados: aprendiz, compañero y maestro. Sin embargo, los británicos reconocen otras graduaciones. Estas constituyen la *Masonería del Royal Arch* y admiten tres grados: *Past Master, Roy al Arch y Mark-Masón.*

La paradoja legalista es elegantemente resuelta. La Masonería del Royal Arch, afirman los ingleses, es «complementaria» del grado de maestro. Le explica y le precisa, pero formando parte...

He aquí, por otra parte, su historia, tomada de Robert Freke Gould, historiador masónico cuyos trabajos hacen autoridad en Gran Bretaña y Estados Unidos.

«El *Royal Arch* fue el primero de los grados adicionales extraños al sistema de la pura y antigua masonería, y no puede ponerse en duda que la alteración del dogma masónico, que surgió en 1723 ', fuera el germen que le dio nacimiento. Este grado fue ciertamente practicado hacia 1740 y probablemente con anterioridad a esta fecha.»

Los miembros de esta orden son descritos en 1744

como «una reunión de hombres que ha pasado el "sillón de maestro". Parece... que la comunicación de los secretos de la Royal Arch fue la forma más

Alusión a una refundición de las *Constituciones* de Anderson.



antigua en que una especie de enseñanza esotérica se unió especialmente a la aparición de las Logias de Maestro».

He aquí lo esencial del ritual de una Logia de Maestro Mark-Masón:

LA LOGIA Y LOS ORNAMENTOS

El tapizado de la Logia es verde; hay una paloma en cada rincón. En el interior del cuadrado se han situado nueve luces dispuestas en triángulos y agrupadas en tres veces .'. tres ."., haciendo el número nueve.

Cada *Perfecto Mark-Masón* lleva una larga banda verde de moaré del hombro derecho a la cadera izquierda o al cuello que cae sobre su pecho. Al final de la cinta hay un lazo del mismo color. El mandil es de piel blanca, bordeado de blanco, así como el peto.

La joya se lleva sobre el corazón, atada a una pequeña cinta verde de moaré; tiene un lazo.

La joya es un triángulo rodeado de piedras verdes; en medio del triángulo hay un círculo alrededor del cual están grabadas las ocho letras siguientes, a saber: H.W.D.S.T.T.K.S., iniciales de las palabras inglesas: *Hiram, Wis Doir, Sed This To King Salomón.* Lo que en castellano quiere decir: «Hiram, hijo de la Viuda, envía esto [la joya] al rey Salomón».

Por un lado de la joya y en medio del círculo hay un signo grabado que ha escogido el hermano a quien pertenece, por ejemplo, dos manos juntas, una espada, una balanza, y por el otro lado se encuentra la cifra del hermano y el grado que posee.

El triángulo es de oro; el círculo, de plata; las letras son negras.

El Signo de Orden se hace poniendo dos dedos de la mano derecha (índice y medio) detrás de la oreja derecha.

Para el *signo ordinario* se lleva la mano derecha hacia delante, con el dedo meñique y el anular en el interior de la mano cerrada.

El *toque* consiste en entrelazar los dedos meñiques de la mano derecha y unir los pulgares a la vez cerrando los otros dedos; el que pregunta da un golpe con la uña sobre la uña del hermano y el otro responde dando otro golpe con la uña por

debajo.

La *Marcha* se hace con cuatro pasos iguales y ordinarios hacia delante; en el último se lleva las manos hacia delante, como si a alguien se le presentara una gran piedra.

TÍTULOS

El Venerable se llama *Perfectísimo Maestro Mark.*

Los Vigilantes: *Perfectos Hermanos Vigilantes.*

Finalmente, la cualidad de *Perfecto* se añade al título de cada oficial dignatario de la Logia.

El número de oficiales es el mismo que en Logia de Maestro.

Para conferir el grado de Mark-Masón es preciso que estén nueve Hermanos al menos, a saber: los tres lampareros, el tesorero, el secretario, los dos diáconos y dos hermanos Mark-Masón.

APERTURA

El Venerable Perfecto Maestro Mark, *a la cabeza del Capitulo, da un golpe y dice al segundo diácono* [z]*:*

P.—Hermano segundo diácono, ¿cuál es vuestro deber?

R.—Ver si la Logia está cubierta.

P.—Hermano segundo diácono, cumplid con vuestro deber.

Cuando se ha asegurado que el templo está cubierto, dice al Perfecto Maestro Mark:

R.—Perfecto Maestro, el templo está cubierto.

El Perfecto Maestro Mark continúa:

P.—Perfecto Hermano Primer Vigilante, ¿qué es un Mark-Masón? *R.*—Es un diligente Masón que ha merecido ese grado.

O vigilante.

P.—¿Cómo habéis recibido ese grado?

R.—Por gentileza del Perfecto Maestro Mark, que ha tenido a bien admitirme a pesar de la imperfección de mis obras, como recompensa a mi celo.

P.—Hermano Segundo Vigilante, ¿qué hora es?

R.—Las cuatro de la mañana.

P.—¿Qué edad tenéis?

R.—Nueve años, Perfecto Maestro Mark.

El Perfectísimo Maestro da cuatro golpes y dice: —La Logia de Mark-Masón queda abierta; tomad asiento, hermanos.

Recepción

El Perfecto Maestro Mark dice al Primer Vigilante:

P.—¿Cómo reconoceré que sois Perfecto Mark-Masón?

R.—En el signo *(lo hace)* que todos los Masones reconocen y verifican.

P.—¿Por qué decís verificar el signo?

R.—Porque ese signo puede hacerse ante Masones que no posean ese grado, pero entonces tiene lugar la verificación de modo que no es comprendida. Si un Masón no Mark-Masón se permite hacer ese signo merece un salario indebido; entonces recibirá por la espada el castigo que mereció.

P.—¿Cómo se hace ese signo, o más bien la verificación de ese signo?

R.—Los Perfectos Mark-Masones al ir a recibir su paga en la cámara del M .'., pasaban su mano derecha por una pequeña abertura cerrada por una corredera tras la cual se encontraban los oficiales encargados de darles su salario; cuando se percibía una mano que

estaba en esta posición (los dedos extendidos, exceptuado el pequeño y el anular) bajo los cuales se colocaba la medalla del grado, el Muy Venerable comenzaba por separar los dos dedos de la palma de la mano para ver

si el Hermano tenía allí la medalla; si se encontraba allí, colocaba la paga en la mano; pero si la joya no estaba, un hermano armado con una espada entonces tajaba, cortaba la mano imprudente que había osado introducirse por el agujero, y el profano, o el hermano no iniciado en ese grado, recibía un castigo merecido. Así, el signo hecho, se le verifica. Solo los Perfectos Mark-Masones saben de qué manera se hace la verificación que acabo de explicar.

P.—Hermano Maestro de Ceremonias, id a aseguraros de que el profano está preparado y se le ha conducido a la puerta del Templo.

El Hermano designado sale y va a cumplir las funciones que le han prescrito.

Al candidato se le despojó de todo objeto metálico; está en camisa, sin chaleco, sin vestido; su cuerpo se ciñe por una cuerda que le da la vuelta.

El Hermano Experto le pone entre las manos una piedra bruta y le recomienda guardarla y hacer de ella el uso que le será prescrito.

El candidato no tiene los ojos vendados.

El Hermano Experto le conduce a la puerta del Templo y llama cuatro veces.

El Perfecto Maestro dice:

P.—Hermano Primer Vigilante, ved quién llama así.

El Primer Vigilante entreabre la puerta del Templo y pregunta quién llama.

R.—Es un Maestro que desea obtener la entrada en el Templo; tiene una obra maestra para presentar en el taller y solicita la gracia de ser iniciado en los misterios de los Perfectos Mark-Masones.

P.—Que se le introduzca inmediatamente, que se le haga dar la vuelta a la Logia a fin de que cada Hermano Perfecto Mark-Masón pueda apreciar la obra maestra que presenta. Que se le conduzca después al Hermano Perfecto Segundo Vigilante para que haga el examen de la obra maestra y me dé cuenta.

El Guardián introduce al Hermano postulante, le hace dar la vuelta a la Logia, estando cada Mark-Masón sentado. Cuando el viaje ha termina-

do, le hace pasar detrás del Segundo Vigilante y le da cuatro golpes igua-les sobre el hombro derecho. El Segundo Vigilante dice:

P.—¿Quién está ahí? ¿Qué queréis?

R.—(Las mismas respuestas que a la puerta.)

P.—Dadme esa obra maestra, hermano, para que la examine y vea si sois un obrero perfecto como anunciáis.

El candidato le da la piedra bruta que tiene en la mano y le dice: —Ved; examinad; es una obra maestra.

El Vigilante toma la obra maestra, la examina con cuidado y dice:

—Estoy lleno de extrañeza, hermano. Esta piedra bruta encierra sin duda algunas bellezas muy escondidas que no puedo descubrir. Quizá el Hermano Primer Vigilante sea más afortunado que yo; así pues, no puedo pronunciarme sobre esta piedra; llevádsela a fin de que la examine y dé su respuesta.

El candidato es conducido de la misma manera que antes ante el Hermano Primer Vigilante, que, tras haberla examinado, dice:

—No sé realmente en qué consiste la belleza de esta piedra; solo vos, sin duda, hermano, tenéis la clave de ello. En cuanto a mí, por más que busco, no descubro nada en ella. Id al Perfecto Maestro Mark que nos dirige en nuestros trabajos; espero que llegue, por sus luces, al descubrimiento que demostrará que no sois un obrero ordinario y que sin duda habéis querido esconder

grandes bellezas bajo la más grosera envoltura. Nada puedo, pues, decir sobre el mérito de esta obra maestra; id, pues, hermano, encaminaos hacia la primera Luz de este Taller y, si lo merecéis, recibiréis el precio de vuestros trabajos.

El Hermano Experto conduce entonces al candidato al altar y hace observar el mismo ceremonial. El Perfecto Maestro Mark, que sostiene la

maza, toma la piedra, la lleva sobre el altar, la cubica, la mide, la sondea, la golpea con su maza, busca, en fin, por todos los modos descubrir si es materia informe y no encierra algunos secretos ocultos. Cuando ha terminado sus investigaciones infructuosas, dice:

—¿Cómo, hermano? ¿Habéis tenido la intención de engañarnos, o mas bien sois acaso un obrero que, sin reflexión, viene a presentarnos una de las creaciones más informes de la Naturaleza como una obra acabada... en una palabra, como una obra maestra? Este Taller no puede sino indignarse por vuestro proceder culpable y debe pensar con razón que habéis querido fijar su atención sobre un objeto cualquiera a fin de esconderle vuestra escasez de celo y de ciencia; si tuvierais ahora la respuesta que tanta insolencia merece, seríais expulsado del Templo en este mismo instante y declarado indigno de poseer jamás el sublime grado de Mark-Masón. Esta piedra informe que llamáis obra maestra es una producción imperfecta y bruta de las manos de la Naturaleza, semejante al hombre todavía no formado por el trabajo y la educación, al que se deja de lado hasta que sus facultades estén desarrolladas. Esta piedra, que no ha recibido mejora alguna de las que el cincel del artista puede darle y de donde puede nacer, quizá, una obra maestra producida por su trabajo y su talento, debe ser arrojada a un lado.

Entonces el Perfecto Maestro Mark añade estas

palabras: —Eve over...

y lanza la piedra detrás de él. Continúa después:

—Justificaos, hermano. ¿Qué habéis pretendido hacer al venir aquí? Evitad con una explicación franca y fraternal un trato que nos repugna, pero que no podríais evitar.

El Hermano Experto susurra la siguiente respuesta al candidato, que

dice:

—Perfecto Maestro Mark, dispensad mi imprudencia; solo mi celo es causa de la falta que he cometido; esta piedra me ha sido confiada

en el atrio del Templo; novicio en el arte sublime que profesáis, me guardé de mezclar ninguna observación a las órdenes que me fueron dadas. Obedecer es el deber de un obrero; así pues, obedecí ciegamente lo que se me ordenó; oso ahora interpretarlo: la instrucción que se me ha dado, mí conducta en este Templo y los reproches que me dirigís, todo ello no es, sin duda, más que una prueba. Vuestras palabras amenazantes no son más que una advertencia paternal por las faltas que pueda cometer en el futuro. Sed, pues, para mí la estrella favorable que debe guiar mis pasos vacilantes y dignaos iniciarme en los misterios del grado de Perfecto Mark-Masón.

El Muy Perfecto Mark-Masón responde entonces al candidato:

—Vuestra sabiduría, hermano, os ha hecho descubrir la verdad sobre lo que acaba de suceder; se trataba, efectivamente, de una prueba. Antes de poder conducir a los otros es preciso instruirse uno mismo; continuad, reflexionad sobre vuestras acciones y que cada uno de vuestros procederes merezca la aprobación de vuestros hermanos y la vuestra, entonces nos felicitaremos de haberos acordado este grado objeto de vuestros deseos.

Antes de proceder a la iniciación, el Perfecto Maestro Mark-Masón pregunta al Taller, de la forma acostumbrada, si consiente en recibir entre sus miembros al hermano allí presente.

Dado el asentimiento, el Perfecto Maestro Mark examina al candidato sobre los grados precedentes y principalmente sobre el de Maestro Masón.

Terminado el examen, le dice:

P.—En recompensa a vuestro celo, hermano, y para probaros nuestra opinión favorable, vamos a conferiros

el grado de *Mark-Masón,* grado muy en uso y extendido por Inglaterra y América. Los pueblos del Levante le prestan mucha atención y lo practican con la mayor reverencia. Antes de indicaros los signos y otras marcas distintivas del grado, vais, hermano, a prestar un juramento indispensable a dicho grado. ¿Consentís en ello, hermano?

R.—Sí, Perfecto Maestro Mark-

Masón. *El Perfecto Maestro*

Mark-Masón dice:

—Hermano Experto, conducid al candidato al altar y disponedle para el juramento.

El Hermano Experto le hace ponerse de rodillas, la mano iz sobre el corazón y la mano derecha sobre los reglamentos de la Logia y la Biblia abierta.

Cuando está así colocado, el Perfecto Maestro Mark-Masón dice:

—En pie y a la orden; hermanos, rodead al candidato. Hermanos Primer y Segundo Vigilantes, guardad vuestros lugares y prohibid la entrada al Templo a quienquiera que sea.

Obligaciones

«Juro y prometo, en presencia del Gran Arquitecto y de esta Respetable Logia de Mark-Masones reunidos bajo el número nueve, no revelar jamás los secretos que me van a ser confiados a ningún hermano no revestido de este grado, bajo pena de que se me corte el puño *(en ste momento cada Mark-Masón agita su espada y la golpea con la de su ecino)* y de ser reputado perjuro por todos los oficiales. Juro y prometo también conservar toda mi vida la marca de Mark-Masón que me va a ser dada por este acto y de no empeñarla jamás sin una necesidad absoluta.

»¡Que Dios venga en mi ayuda! Amén *(cuatro veces).*»

Todos los hermanos repiten cuatro veces Amén. El Hermano da a besar cuatro veces la Biblia al candidato. El Perfecto Maestro Mark continúa y dice:

—Hermano Experto, levantad al Hermano; y vosotros, hermanos, volved a vuestros puestos.

Una vez que cada Hermano ha vuelto a su sitio, el Perfecto Maestro Mark ordena al Hermano Experto que aproxime al Hermano al Trono

—Hermano, los Perfectos Mark-Masones tienen signos, palabras un taller, una marca y jeroglíficos para reconocerse entre ellos *(se los da).* Los jeroglíficos o escritura de los Perfectos Mark-Masones son como los de los primeros grados; vos los conocéis, hermano. Trazad, pues, esos caracteres desconocidos por los profanos y grabad sobre esta teja el santo y seña.

El candidato toma un punzón y graba las palabras, y presenta su tra-t'o, que el Perfecto Maestro Mark-Masón aprueba diciendo:

—¡Perfecto! Estoy contento de este esbozo.
Los trabajos se clausuran según un ritual simétrico al de su apertura.

8
MlSRAIM Y MENFIS

Oethos, del padre Terrasson, fue un *best setter* de los años sesenta del siglo XVIII. Ofreció, en una época hambrienta de misterio y esoterismo, una descripción, cierta o supuesta, pero singularmente evocadora, de una iniciación en las pirámides de Egipto durante el tiempo de los Faraones.

Algunos años más tarde, Karl-Freid Kóppen publicó en alemán *Crata Repoa* o *Iniciaciones a los antiguos Misterios de los sacerdotes de Egipto* y creó un rito masónico, el de los *Arquitectos Africanos* (entiéndase egipcios), cuya simbología está tomada del *Crata Repoa.*

En 1787 aparecían las *Confesiones del conde de C... con sus viajes... a las Pirámides de Egipto*[1]*.*

Anteriormente, hacia 1780, el padre Charles-Cesar Robin había publicado sus *Investigaciones sobre las iniciaciones antiguas y modernas,* que confirmaban el mensaje de *Sethos,* precisándolo.

Así, en esta época se admitía —y hasta en 1840— que Egipto era la cuna del esoterismo.

[1] *Confessions du comte de C... avec ses voy ages... dans les Pirámides [sic] d'Égypte* (nótese que en francés «pirámides» se escribe

pyramides). (N. del T.)

En 1813 los tres hermanos Bédarride, Michel, Marc y Joseph crean o vuelven a dar fuerza y vigor a una obediencia masónica, el *Rito de Misraim,* nombre tomado de los faraones de las primeras dinastías, según la Biblia.

La historia y la filosofía de este «Régimen» están llenas de afirmaciones sorprendentes.

Mientras que el Rito Escocés Antiguo y Aceptado admitía ya treinta y tres grados, el nuevo rito comprendió noventa, de los que la mayor parte, por otro lado, no se conferían más que «por comunicación», es decir, virtualmente.

Los grados estaban repartidos en cuatro series:

— la *serie simbólica* del primero al trigésimo tercero;

— la *serie filosófica* del trigésimo cuarto al sexagésimo sexto;

— la *serie mística* del sexagésimo séptimo al septuagésimo séptimo;

— la *serie cabalística* del septuagésimo octavo al nonagésimo.

Un manifiesto afirma: «La orden se sitúa en la línea de la Masonería iniciática y tradicional... Su existencia asegura la permanencia en el mundo de un antiguo mensaje de fe, de confianza en los destinos postumos del Hombre».

El nuevo régimen tuvo rápidamente un gran éxito... quizá menos por el valor de su enseñanza que por una causa muy humana.

Por aquel entonces el Gran Oriente era totalmente adicto al Poder. Reclutaba sus miembros entre los altos funcionarios y los grandes burgueses conservadores.

Por contra, los «media paga»[2], los bonapartistas, los raros republicanos, se afiliaron a las logias de Misraim. El esoterismo egipcio sirvió de cobertura a conspiraciones como la del general Berton. Se establecieron estrechas alianzas entre Misraimitas, Carbonarios, afiliados al Alfiler Negro...

Esta nueva orientación tuvo sobre la Masonería importantes consecuencias, resumidas por Gastón Martin en su *Manual de historia de la francmasonería francesa*[3].

«Ellas [las logias de Misraim] tienden a agrupar, bajo las prácticas tradicionales, a los masones que el Imperio había ya habituado a una especie de liberalismo anticlerical… Pretenden, sobre todo, utilizar, para fines extramasónicos, los modos secretos característicos de la vida masónica...»

Hay, por otra parte, un curioso documento, muy ilustrativo, sobre la verdadera orientación de Misraim.

De un informe depositado en los Archivos Nacionales, en los expedientes de la policía política de la Restauración, extraemos este pasaje concerniente a la Orden de Misraim, documento que demuestra al menos que la policía de Luis XVIII tenía excelentes confidentes[4]. Según se cree, se puede datar este documento en 1823.

[2] En francés, *demi-soldes.* Se refiere concretamente a los oficiales del Primer Imperio puestos en situación de excedentes y paga reducida por la Restauración. *(N. del T.)*

«... ha Asociación masónica de Misraim, también llamada del rito egipcio, ha sido fundada en París, en 1814, por los tres hermanos Bédarride (Michel, Marc y Joseph), originarios del departamento de Vau-cluse, antiguos guardalmacenes de forraje en el reino de Napóles bajo el gobierno de Murat, y que actualmente se dicen negociantes. Todos los papeles que forman los archivos de la asociación han sido secuestrados en los últimos meses de 1822, tanto en París como en las logias establecidas en provincias. Así se conocen, del modo más positivo, su organización, funcionamiento y doctrina secreta. La sociedad de Misraim es de un tinte puramente masónico, pero está organizada en un plan mucho más vasto que la masonería ordinaria. Está dividida en cuatro series, las cuales se subdividen en diecisiete clases que comprenden noventa grados.

»Cuando en una misma ciudad existen varias logias, se las designa con títulos distintivos. Aunque los hermanos Bédarride —primeros fundadores del Misraim— no tengan instrucción ni fortuna y no gocen

[3] *Manuel d'histoire de la Franc-Maconnerie franqahe,* PUF, París, 1934.

[4] Archivos Nacionales, expediente F7 6666. Este informe se debería a Simón Duplay, *Duplay jambe de bois* [Duplay Pata de Palo], antiguo secretario de Maximilien de Robespierre.

de mejor reputación bajo el punto de vista de la moral que el de las opiniones políticas, la sociedad *Misraim* se ha propagado con una increíble actividad, no solamente en el interior de Francia, sino también en el extranjero, a pesar de los obstáculos que no ha cesado de oponer a su desarrollo el Gran Oriente de Francia.

»Varias causas han concurrido a estos rápidos progresos: el atractivo de la novedad; la actividad de los propagandistas; la tolerancia que la nueva sociedad afectaba respecto a todos los otros masones que admitía en su seno sin dificultad, de cualquier rito que fueran; finalmente, la influencia de los personajes que los hermanos Bédarride tuvieron el cuidado de incorporar; pero sus progresos deben atribuirse sobre todo a la indulgencia o a la negligencia de las autoridades, aunque esta irregular asociación propagara doctrinas altamente subversivas, lo que probarán los hechos que siguen.»

He aquí las principales preguntas a las que fue sometido un joven estudiante de Derecho, admitido en la asociación el 29 de julio de 1822, y las respuestas que determinaron su admisión:

1. ¿Qué creía?
2. ¿Qué debía hacer?

«Yo creo —respondió el candidato— que uno debe sacrificar sus sentimientos más queridos por la salud de la patria.

»¿Lo que debo hacer? —añadió—. Todo por la independencia nacional y la libertad.»

Otro candidato, admitido el mismo día, a quien se le presentaba la exigencia de cambiar de religión como una condición indispensable, respondió sin titubear «que no tenía mayor interés por unas que por otras y que haría todo lo que se le pidiera».

«Según va ascendiendo de grado, el adepto recibe nuevas luces sobre los verdaderos principios de la

asociación; y, antes incluso de llegar a los grados más elevados, aprende que el verdadero fin de los sectarios es establecer el ateísmo y una república universal.

»Uno de los más ardientes propagandistas de la Orden, el señor *Morisson de Greenfield,* médico jefe de los ejércitos ingleses y agregado en calidad de tal a la Casa de S. A. R. el duque de Sussex, encontrándose en París en el mes de julio de 1822, decía a un iniciado que con el

primer cañonazo disparado en Europa se sabría el resultado de las asociaciones. El doctor Morisson es un hombre instruido, que conoce perfectamente la historia y los progresos de Misraim; es el director de la asociación en Lausana, donde tiene su residencia habitual.

»Finalmente, se han encontrado en los archivos de la Logia de Montpellier varios cuadernos consagrados al desarrollo de la doctrina política y religiosa de la sociedad misraimita. Los más violentos apóstoles del ateísmo y de la demagogia no han escrito nunca nada más audaz. Por lo demás, esta asociación no ofrece ya hoy los mismos peligros; su organización, su marcha, su fuerza, todos sus jefes, todos sus secretos y la casi totalidad de sus miembros son perfectamente conocidos. Una sentencia del tribunal de policía correccional de París con fecha 18 de enero de 1823 ordena su disolución. Sin duda, aún se reunirá clandestinamente; pero, en mucho tiempo, no podrá volver a tener una organización estable, ni dará a sus maniobras la amplitud y actividad que tenían por el momento en que la autoridad cayó sobre ella.»

El rito de Menfis

Pronto aparece un nuevo rito egipcio: el *Rito de Menfis,* cuyo «Gran Hierofante» se llama Marconis de Négre. Pretende continuar las iniciaciones antiguas, pero se dice también vinculado a los Templarios. Asegura no tener ninguna pretensión política, sino que, por el contrario, quiere consagrarse a la Ciencia Secreta. En esta ocasión el rito se compone de noventa y dos grados; posteriormente tendrá noventa y cinco.

He aquí la parte esencial de su Constitución:

«El rito masónico de Menfis es la continuación de los Misterios de la Antigüedad. Enseñó a los primeros hombres a rendir homenaje a la Divinidad. Sus dogmas descansan sobre los principios de la Humanidad; su misión es el estudio de la sabiduría que sirve para discernir la verdad; la aurora bienhechora del desarrollo de la razón y de la inteligencia; el culto a las cualidades del corazón humano y la represión de sus vicios; el eco, en fin, de la tolerancia religiosa, la unión de todas las creencias, el vínculo entre todos los hombres, el símbolo de las suaves

ilusiones de la esperanza, predicando la fe en Dios que salva y la caridad que hace bendecir...».

Las luchas, las reconciliaciones, las fusiones, las excomuniones mutuas entre Menfis y Misraim quedan fuera de nuestro propósito.

Un dignatario de la *Orden de Menfis* nos dice que la verdad es ligeramente distinta. Ha tenido a bien, aunque permaneciendo en el anonimato, redactar para nosotros la nota que va a leerse a continuación y que presenta la sucesión de los hechos bajo una perspectiva muy curiosa.

Según este erudito francmasón, la Francmasonería existía en Francia antes del siglo XVIII. Y desde el Renacimiento cobijaba codo a codo a arquitectos de oficio, hermetistas, rosicrucianos y alquimistas que encontraban en las logias un abrigo contra la Inquisición, así como el calor de un ideal común. Tendencia tanto más acusada en el Mediodía de Francia por cuanto allí aún se descubrían supervivencias albigenses y cataras.

Pero estos grupos iniciáticos permanecían rigurosamente cerrados. Por ello, cuál no sería la sorpresa de los dignatarios del Gran Oriente cuando, a finales del siglo XVIII, reveló su existencia un cierto *Rito Antiguo y Primitivo de Narbona.* Era desde hacía siglos patrimonio de la familia de Chef de Bien de Saint-Amant (como en Escocia la Francmasonería de Herodom fue patrimonio del clan de los Roslin durante dos siglos). Sometidos a una crítica severa por el Gran Oriente, se reconoció la autenticidad de los documentos constitutivos del Rito Primitivo de Narbona. La regularidad y autoridad del rito fueron, pues, admitidas sin restricción. En la misma época, Martínez de Pas-qually desvelaba la tradición milenaria de la *Orden de los Elegidos Cohens,* probablemente de origen cabalístico, y la extendía por las logias escocesas.

En unión con el Rito de Narbona, los *Iluminados de Aviñón,* animados por dom Pernety, reanudaban una

tradición hermética y alquí-mica jamás interrumpida desde la Rosa-Cruz del Renacimiento.

Dicho de otro modo, junto a la masonería oficial aparecía una masonería mística rosicruciana, poco numerosa, pero tanto más operante cuanto que el formalismo administrativo no había alterado su espiritualidad.

Por otra parte, los verdaderos animadores de la masonería llamada regular pertenecían casi todos a los ritos secretos. Citemos, por ejemplo, a Willermoz, Cagliostro, Saint-Martin, Dufresnoy, Roettiers de ¡Vlontaleau, el barón de Hund, etc.

Entre los ritos, órdenes y regímenes más o menos aliados a los precedentemente citados nombraremos solamente a los *Arquitectos Africanos,* los *Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa,* los *Filaletas,* los *Caballeros de Oriente*[5]*,* etc.; estos capítulos pronto se federaron en los Supremos Consejos del Escocismo.

El *Rito de Menfis* se remontaría al Rito de Narbona. En 1798 unos oficiales franceses del ejército de Bonaparte, ya dignatarios del Rito Primitivo, tomaron contacto con iniciados egipcios, no musulmanes, sino coptos e isíacos. Vueltos a Francia, crearon Talleres independientes. El animador de este movimiento iniciático fue Marconis de Négre, que en 1814, en Montauban, dio a su logia madre un impulso vigoroso. Reunió, bajo la invocación *Discípulos de Menfis,* un cierto número de conspicuos esoteristas.

Por un fenómeno de psicología colectiva fácilmente explicable, este nuevo rito, al ser muy secreto y no reconocido, sirvió de cobijo a numerosos masones indignados por el servilismo de las logias francesas ante la tiranía napoleónica. Pronto estableció estrechos lazos con los *Filadelfos,* conspiradores militares —a los cuales perteneció el general Malet—, y los Carbonarios, lo que le valió ser perseguido por la policía política bajo la Restauración[6].

A pesar de las intrigas policiales, Menfis guardó su independencia y llegó a ser un lugar de reunión para los Filósofos de la Unidad. Tuvo muy pocos miembros, pero muy influyentes. Así, por ejemplo, se tienen pruebas de que allí se iniciaron H. P. Blavatsky, Annie Besant y Leadbeater, los tres fundadores de la Sociedad Teosófica; el doctor Spencer Lewis, Imperator de la Rosa + Cruz (A. M. O. R. C), recibió en él los grados más altos, lo mismo que Théodore Reuss, Yarker y otros dignatarios de la H. B. of L.[7], sociedad secreta que ha desempe-

---

[5] Cfr. ***infra.***
[6] Cfr. Pierre Mariel, *Les Carbonari* [Los Carbonarios], CAL.
High Brotherhood of Luxor.

ñado un importante papel en algunos movimientos actualmente en plena actividad.

Buen número de los renovadores del ocultismo en Francia pertenecían a Menfis. Como también eran martinistas, un lazo espiritual se tejió entre las dos escuelas iniciáticas.

Un Gran Maestre de la Orden, Constant Chevillon, fue asesinado por la Gestapo en 1943. Pero la Orden no desapareció. «Menfis» vive discretamente, pero de forma intensa, supliendo el reducido número de sus miembros con su valor espiritual y su sabiduría esotérica.

El *Rito de Menfis* comprende simbólicamente noventa y cinco grados; los cinco últimos tienen un carácter exclusivamente administrativo.

Los otros grados implican menos una jerarquía que una división en colegios iniciáticos, y la mayor parte se dan por «comunicación».

De hecho, no existen, aparte de las Logias azules, más que *Capítulos* de Rosa + Cruz (decimoctavo grado), *Senados* de sexagésimo sexto grado y *Consistorios* del nonagésimo grado.

El titular del nonagésimo grado puede válidamente transmitir todos los grados inferiores al suyo, salvo el sexagésimo sexto, que merece una mención especial.

En efecto, este grado teúrgico emana de una Iglesia gnóstica de Oriente, otorga poderes de curación y pertenece tanto a Misraim como a Menfis.

RITUAL DEL GRADO 66 DEL RITO DE MENFIS-MISRAIM

Preparación

1. Creación del Mándala mágico y su animación por las Fuerzas Superiores

El Gran Maestro se encuentra solo en el Templo. Arde el incienso. El Gran Maestro enciende uno a uno

los tres candelabros rituales, que dispone en triángulo en el centro del Taller. Da tres mazazos sobre el Altar de los juramentos y dice:

«A la gloria del Sublime Arquitecto de los Mundos, en el nombre y bajo los auspicios del Supremo Consejo de la Orden Masónica del Rito Antiguo y Primitivo de *Menfis-Misraim,* en el nombre del Gran Hiero-fante, declaro abiertos los trabajos de este respetable Senado, en lo Visible como en lo Invisible».

Da la vuelta al Triángulo, impone las manos a las tres llamas, eleva los brazos y después los baja sobre el Mándala diciendo:

«Que las *Fuerzas supremas* que rigen los destinos de los hombres se dignen en este instante descender sobre este Centro Radiante de Deseo espiritual y lo vuelvan animado, luminoso e incorruptible».

Se inclina, hace entrar a los dignatarios que se recogen ante el Mándala y después se colocan en el Oriente.

A una señal del Gran Maestro se hace entrar al neófito.

Iniciación

2. Preparación del candidato. Meditación y purificación

Luego se hace arrodillar al neófito ante el fuego sagrado. El Venerable Maestro, extendidos los brazos, dice:

«Que este Fuego sagrado nos ilumine, nos abrace y nos purifique. Que destruya en nosotros todo lo que todavía tenemos de imperfecto y que, habiendo llegado a ser mejores y dignos de El, seamos admitidos en el Misterio Inefable».

El Venerable Maestro da cuatro, dos y tres mazazos sobre el altar de los juramentos; después dice:

«Levantaos, hermano».

El neófito se levanta.

a) Purificación mental:

El Venerable Maestro dice:

«Ascenderemos al Altar de la Verdad. Por Ella alegraremos nuestra juventud. Purifiquemos nuestros corazones y nuestras almas para ser admitidos en el Plano de la Elevación. Purifiquemos primero nuestro Pensamiento». Un momento de silencio.

b) Purificación física:

El Venerable Maestro añade:

«Tenemos que llevar ya el peso de nuestras faltas anteriores. Arrepintámonos y tengamos el más vivo dolor de ellas y pidamos a la divina Naturaleza que nos perdone nuestras debilidades pasadas. Escrutemos nuestra conciencia. Sopesemos nuestros actos con severidad. El juez nos escruta desde el centro del triángulo de la llama y sopesa nuestros actos presentes y pasados. Seamos *Puros, Puros, Puros.* Lavemos nuestras faltas en el arrepentimiento y que el Agua consagrada borre todas sus trazas».

El Venerable Maestro toma el cuenco en el que se encuentra el Agua lustral y con ella asperge las manos, la frente y la cabeza del neófito.

c) Purificación astral:

El Venerable Maestro va a coger el Fuego sagrado que arde en el Oriente y dice:

«Purifiquemos ahora nuestra astralidad por el Fuego Sagrado». Da entonces la vuelta alrededor del candidato con el Fuego para rodearle de una barrera astral.

3. Barrera astral

El Venerable dice (creando la Barrera):

«Que este Fuego sagrado sitúe en torno vuestro una protección constante, una Barrera Inefable. Y ahora que hemos borrado nuestras faltas y eliminado nuestras últimas imperfecciones, ascendamos, con corazón alegre, al Altar de la Verdad».

En el Oriente, se ha colocado sobre el Altar del Venerable Maestro un mantel blanco; este vuelve a su puesto detrás de su altar y el neófito es conducido por un Hermano al Oriente y se arrodilla al otro lado del altar del Venerable Maestro.

4. Investidura y consagración

a) Órdenes Menores:

El Venerable Maestro impone las dos manos al neófito y dice: «Recibid, mi muy querido Hermano, el *Poder* de hacer oír por todas partes la Verdad; de propagar la Luz; de apartar los poderes maléficos». El Venerable Maestro desciende las manos hasta colocarlas sobre los hombros del candidato.

b) Ordenes Mayores:

El Venerable Maestro toma el vaso con aceite consagrado y vierte una parte en su mano derecha. Entonces unge la mano derecha del neófito diciendo:

«Recibid la *Potencia* de *Mandar* e *Irradiar* la Plenitud de Aquello que es el Bien».

El Venerable Maestro enciende entonces un Cirio de tres brazos y se lo entrega al neófito, que lo mantiene en su mano derecha. El Venerable dice:

«Recibid la Potencia de Iluminar a otro sobre los tres Planos».

Sacerdocio Integral:

El Venerable Maestro impone las manos al neófito y dice: «Recibid, mi muy querido hermano, el *Poder* de *Reunir* lo *Visible* en lo *Invisible* por los Misterios Inefables conocidos por los únicos Hijos de la Luz».

Unge entonces los dedos de cada mano del neófito, al que se le ha quitado el cirio, diciendo:

«Dignaos, oh Potencias Supremas que regís los

destinos de los Hombres, consagrar y santificar por esta Unción sagrada las manos de nuestro Muy Ilustre Hermano a fin de *que lo que ellas bendigan sea bendito y dichoso y vivificado en el nombre del Sublime Arquitecto de los Mundos.*

»Recibid también, hermano, el *Poder* de *perdonar,* de *consolar,* de *curar* los males de los cuerpos y de las almas.

»Pues *vuestros Poderes son en adelante indelebles: tu es sacerdos in aeternum.* Y todas vuestras imperfecciones han sido consumidas en el Fuego del Amor divino».

Sacerdocio Episcopal:

«Recibid finalmente, mi Muy Querido Hermano, el *Gran* y *Sublime Poder* de *consagrar* [en este momento el Venerable Maestro unge al neófito en el cráneo, en forma de triple *Tau]* otros Hermanos al *Sacerdocio* en los *Tres Planos y* conferirles válidamente los Poderes reales que son su privilegio».

5. Insuflación final

El Venerable Maestro golpea con la maza sobre los hombros del Hermano, le impone las manos y sopla sobre él diciendo:

«Participad desde este momento en el Soplo divino que arrastra, anima y vivifica todo lo que existe en el Universo».

6. Oración radiante

El Venerable extiende las manos y dice:

«Oh, Potencia soberana a quien se invoca bajo Nombres diversos y que riges sola los Destinos de los Hombres y de las Cosas, recibe en este momento nuestro homenaje, nuestro amor y nuestra alegría. Haz de modo que este nuevo Guía de los Hombres esté penetrado de Tu Luz, transportado por Tu Fuerza, devorado por Tu Celo y abrasado por Tu Bondad que consume. Haz de modo que su corazón sea puro, que su espíritu se ilumine, que su alma vibre de esperanza.

»Haz de modo que permanezca siempre digno de Ti y que pase dignamente también la Antorcha Sagrada

que hoy se le ha confiado a aquel de sus discípulos que estime como el mejor, el más puro, el más iluminado, el más digno de este favor supremo.

»Sea bendito por los Hijos de la Viuda y celebrado en la Eternidad por todas las Armonías de las Esferas y las Irradiaciones de los Mundos. *Adonai... Adonai... Adonai...».*

7. Instrucción para el grado

En este momento el Venerable Maestro entrega al neófito los Secretos del grado 66. Después comunica al iniciado que celebrará, en fecha que será escogida por las Potencias del Rito, su primer Sacrificio Iniciático.

Clausura

El nuevo Hermano se coloca a la izquierda del Venerable Maestro.

Ven. Maestro.—Todos en pie y a la Orden, Hermanos.

(Obedecen.)

Ven. Maestro.—III II III. A mí, Hermanos, por el Signo... y por el Contra-Signo, y por la Aclamación Misteriosa. *(¡Adonai! ¡Adonai! ¡Adonai!)*

Hermanos, a la Gloria del Soberano Arquitecto de los Mundos, en el Nombre y bajo los auspicios del Supremo Consejo internacional de la Orden Masónica Oriental del Rito Antiguo y Primitivo de Menfis-Misraim, en el Nombre de su Gran Hierofante y de su Soberano Santuario para la... y para sus Dependencias, declaro cerrados los Trabajos Místicos de su Sublime Senado y Consejo que trabaja en el Cénit de... en el 66 grado del Rito.

Juremos todos guardar el Secreto sobre la Marcha de nuestros Trabajos.

Todos (levantando la mano derecha).—Lo juramos.

Ven. Maestro.—Se levanta la Asamblea. Que los discípulos del Señor se retiren en paz.

ORDEN INTERIOR: RITUALES DE ORDENACIÓN

DEL NACIMIENTO DE LA FRANCMASONERÍA A LA FUNDACIÓN DE LA ESTRICTA OBSERVANCIA TEMPLARÍA

En los albores del siglo XVIII aparece en Londres, el día de San Juan (24 de junio de 1717), una reunión llamada de francmasones especulativos que rápidamente se dará a conocer en la Historia bajo el nombre de Gran Logia de Londres (y enseguida, de Inglaterra). Había nacido la Francmasonería moderna[1].

Estos francmasones, que reivindicaban una tradición heredada de los albañiles y arquitectos constructores de las catedrales de la Edad Media, no pretendían aún abiertamente una filiación con la Orden caballeresca del Temple. Durante varios decenios se vio a estos hombres intrigar la opinión en un siglo ávido de novedades. Desde 1737 están instalados en Francia. Así, leemos en las *Memorias* del duque de Luy-nes —marzo de 1737—: «Entre la juventud se habla a menudo de la orden de los Francmasones». Sin embargo, oficiosamente, antes incluso de esta fecha, los francmasones habían instalado una logia piloto en Francia, en el mismo París. Fundada por la duquesa de Portsmouth y su nieto, el duque de Richmond, inició en las luces masónicas a Mon-

[1] Cfr. *supra.*

tesquieu, célebre autor de *El espíritu de las leyes,* profeta de la moderna sociología.

Mientras se desarrollaba esta joven masonería especulativa e inte-lectualista, que tomaba de los constructores medievales los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, y su simbolismo del Templo de Salomón, nacía en Alemania, quizá al contacto de la supervivencia de las caballerías teutónicas que estuvieron tan ligadas a los Templarios, una masonería que iba a dar todo su sentido caballeresco a la francmasonería espiritualista; nos referimos a la Estricta Observancia Templaría (SOT), del barón Karl Gotthelf von Hund und Altengrokau, de Silesia (1722-1776).

El barón de Hund, admitido francmasón en enero de 1742 en una logia de Frankfurt, se halla en París en el año 1752. Un dignatario masónico, conocido bajo el nombre de *Eques e Penna Rubra* (Caballero de la Pluma Roja), le confiere los secretos de la masonería llamada templaría. Ese caballero podría haber sido el rey de Escocia en el exilio, Carlos Eduardo Estuardo, y los secretos los habría conservado de su lejano antepasado Robert Bruce, que, en 1314, acogió a los templarios que huían de Francia y de las persecuciones de Felipe el Hermoso. Hacia 1760, Von Hund funda una logia regular en Unwerden y un capítulo en Droysich; llega a ser el responsable de la VII «provincia» de la Orden masónica templaría. Desde entonces se hace llamar *Carolus Eques ab Ense*[2]. Sobre esta base va a estructurarse por etapas el sistema masónico y caballeresco que se convertirá en la Estricta Observancia Templaría, la cual se desarrollará hasta el *convent*[3] de las logias de Kohlo en 1764. Posteriormente, tras sucesivas modificaciones, la SOT se convertirá en el Régimen (o Rito) Escocés Rectificado (RER).

Ritos masónicos y órdenes de caballería

El Rito Escocés Rectificado, más que ningún otro rito[4], merece ser llamado el corazón de la francmasonería caballeresca y espiritualista. Su templarismo, su mística de los dos templos, de Salomón y de Zoro-babel[5], sus tres grados simbólicos (Aprendiz, Compañero y Maestro), su grado, llamado «verde», de Caballero Perfecto de San Andrés, sus altos grados de Escudero Novicio y de Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa (CBCS), no tienen otra finalidad que la reinstauración, a través de una mediación masónica, de una verdadera Caballería del Temple en Occidente. Mientras que la masonería especulativa conoció en los siglos XIX y XX muchos errores materialistas, muchos conflictos debidos principalmente al ateísmo militante de los miembros del Gran Oriente de Francia, el Régimen Escocés Rectificado, cada vez que apareció en la historia de la masonería, defendió una ética cristiana[6] y caballeresca. Militando en favor de un juanismo absoluto (valor fundamental, para los miembros de este Rito, del Evangelio de Juan, del Apocalipsis de Juan y de su esoterismo denominado «gnosis yoánica»), se ha entregado, por medio de la acción de sus miembros, a la misión de devolver al mundo moderno el sentido de lo sagrado, del dogma y del rito.

Verdadera sociedad secreta elitista, rehusando la publicidad con que se rodea en exceso una cierta masonería con ambiciones laicas, el Orden Masónico Escocés Rectificado pretende ser, por medio de sus altos grados, supervivencia auténtica —si no histórica, al menos me-tahistórica— de la Orden de los Caballeros del Temple. De esta manera, los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, cuando celebran sus reuniones altamente secretas, ostentan el manto blanco con la cruz

[2] Carlos, el caballero de la espada.

[3] *Convent,* palabra inglesa usada para designar las asambleas generales de los francmasones. (TV. *del T.)*

[4] Por otros ritos entendemos, esencialmente, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA), el Rito Emulación y el rito llamado de York.

[5] Salomón construyó en el 960 a. C. el Templo de Jerusalén. En el 587 a. C, Nabucodonosor, rey de Babilonia, lo destruyó. A la vuelta de la cautividad de Babilonia, los judíos, bajo la dirección de Zorobabel, lo reconstruyeron en el 537 a. C.

[6] El cuestionario para la iniciación de un profano incluye la pregunta: «¿Es cristiano?». Si la respuesta era negativa se rehusaba la iniciación al candidato.

roja de los Templarios y el doble tahalí con la espada de que hablaba san Bernardo de Claraval en sus prolegómenos a la Regla de la Orden de los Caballeros del Temple.

De cuando la Francmasonería se hace caballería

He aquí, brevemente resumida, la historia del Rito Escocés Rectificado, centro de la Francmasonería templaría y caballeresca, la misma en cuya ética no está en modo alguno fundar otra ciudad de los hombres, sino hacer desde hoy, en un perpetuo presente, caballeros animados por las mismas virtudes que las de las milicias de Cristo, milicia que tuvo en Jacques de Molay, en el siglo XIV, el último gran mártir visible.

La francmasonería salida de la SOT del barón de Hund, además de los grados precedentemente citados [7], poseyó en el siglo XVIII, por voluntad del mismo barón de Hund, dos grados más que quiso fueran misteriosos: los de *Eques Professus* (o Caballeros Profesos) y Gran Profeso. Los portadores de estos dos últimos grados, que dirigían todo en la orden, permanecían desconocidos a los de los grados inferiores, de donde les vino su denominación de Superiores Desconocidos.

Implantados en Francia a partir de 1773 bajo la acción del barón de Weiier —que constituyó los Directorios Escoceses de las provincias de Borgoña (Estrasburgo), de Auvernia (Lyon), de Septimania (Mont-pellier) y de Aquítanía (Burdeos)—, estos Directorios quedaron unidos al Gran Oriente por unos tratados concluidos entre 1776 y 1781. El centro de radiación más importante fue Lyon, gracias al ardor desplegado por uno de los masones más activos de la época, Jean-Baptiste Willermoz, que intentó impregnar los rituales, sobre todo los de los Profesos y Grandes Profesos, de las ideas teosóficas de Martínez de Pasqually[8]. Como ya hemos visto, el barón de Hund murió

en 1776. El

nuevo Gran Maestro, el duque Ferdinand de Brunswick, en unión con Willermoz, se esforzó en investigar y precisar los orígenes reales y objetivos de la Francmasonería. Este deseo había quedado ya manifestado en el *convent* de Kohlo.

La cantidad de añadiduras y modificaciones aportadas convirtió a la orden escocesa en un régimen definitivamente «rectificado»; de ahí el nombre que recibió desde entonces, el cual fue definitivamente registrado con ocasión de los dos *convenís* de las Galias (en Lyon) y de Wilhelmsbad(1778 y 1782).

En el *convent* de Lyon hizo aprobar los rituales por él preparados, entre ellos los secretos de la profesión, así como el Código masónico de las Logias Reunidas y Rectificadas de Francia y el Código general de los Reglamentos de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa.

Estas reformas, limitadas a las logias rectificadas de Francia, tuvieron el mayor de los éxitos en los medios espiritualistas.

Habiendo comprobado este éxito, el duque Ferdinand decidió extenderlas a la orden entera. Precisamente a tal efecto se reunió el *con-vent* de Wilhelmsbad en 1782. Allí se aprobaron lo esencial de las reformas del *convent* de las Galias, salvo las instrucciones secretas de las dos clases de la profesión (Profeso y Gran Profeso) que se suprimían, lo mismo que cualquier vinculación a unos Superiores Desconocidos.

Grandeza y miserias de la Francmasonería espiritual

Tras la tormenta revolucionaria, el Rito Escocés Rectificado no resurgió, en Francia, sino de forma modesta, actuando especialmente en París con la Logia El Centro de los Amigos y en Besangon con La Sinceridad y Perfecta Unión; en 1840 estaba adormecido. Entonces el rito vivió en Suiza de forma duradera, donde se constituyó el Directorio y Gran Priorato Independiente de Helvecia.

---

[7] Aprendiz, Compañero, Maestro, Caballero Perfecto de San Andrés, Escudero
Novicio y Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa.

[8] Martínez de Pasqually, teurgo y teósofo, nació en Grenoble en 1727 y murió en
Saint-Domíngue en 1774. Autor del *Tratado de la reintegración de los seres,* construyó una grandiosa doctrina sobre la caída y el retorno, por la iniciación, a Dios. Es, quizá, el fundador de una orden, la de los Elegidos-Cohens, a la que pertenecieron Willermoz y después L.-C. de Saint-Martin, llamado *el Filósofo Desconocido.* Cfr. Van Rijn-berk, *Martínez de Pasqually,* Alean, París, 1935.

Sin embargo, en el interior de la masonería no había muerto el viejo sueño caballeresco. Así, en 1910 despertó del Rito Escocés Rectificado, en el mismo seno del tan agnóstico Gran Oriente de la época, a impulsos del doctor Camille Savoire y Edouard de Ribaucourt. Este último, ante las dificultades que suscitaba la vida de una orden que quería ser cristiana, esotérica y templaría en el seno de una masonería materialista, se independizó rápidamente y creó en 1913 la Gran Logia Nacional Regular e Independiente Francesa. En cuanto a Camille Savoire, permaneció fiel al Gran Oriente. En 1934 una querella intestina en el seno de este último llevó a una escisión que, conducida por Savoire, creó el Gran Priorato Independiente de las Galias en virtud de poderes concedidos por el Gran Priorato de Helvecia.

En 1938 algunas logias rectificadas fueron integradas en la Gran Logia de Francia. En 1939 quedó en suspenso el Gran Priorato de las Galias; reinició sus trabajos desde 1945. En 1958 el Gran Prior André Moiroux, sucesor de Savoire, concluyó un tratado con la Gran Logia Nacional Francesa. Las logias azules (Aprendiz, Compañero, Maestro) rectificadas pasaban a la jurisdicción de la GLNF, la única en Francia que detenta una patente de «regularidad» expedida por la Gran Logia de Inglaterra, que pretende ser dueña omnipresente de la única verdadera Masonería mundial *(sic).* Esta Gran Logia de Inglaterra, que trabaja esencialmente en los ritos de Emulación y de York, prohibió así a gran número de francmasones franceses llamados «no regulares» (cerca de cincuenta mil) visitar las logias «regulares» de Francia y de los demás países. La Gran Logia de Inglaterra fundamenta su autoridad en la filiación directa que la une a la primera Gran Logia de Londres, fundada a comienzos del siglo XVIII.

Lo esencial de los dos rituales que exponemos a continuación se remonta probablemente al siglo XIV, después del inicuo juicio y condenación de los caballeros de la Milicia de Cristo y del Templo de Jerusa-lén, Orden denominada habitualmente de los Templarios.

Estos datos primitivos han sido revisados (y sin duda profundamente modificados) en la segunda mitad del siglo XVIII, bajo la influencia de los Caballeros Teutónicos. Según una venerable tradición oral, pero no verifícable escriturariamente, esas modificaciones habrían sido obra de la misteriosa secta de los Eidechse (lagartos), sociedad secreta

de rebeldes en el seno de la Orden Teutónica. Sobre esta sociedad puede leerse *El nazismo, sociedad secreta,* de Werner Gerson; también se alude a ella en *Goëtz de Berlichingen,* de Goethe.

Bajo el seudónimo de Jean Kostka, el archivero-paleógrafo J. Doi-nel, obispo de la muy secreta Iglesia gnóstica, ha publicado un ritual de los Caballeros de la Ciudad Santa en la polémica obra *Lucifer de-senmascarado.*

Se refiere —sin nombrarlos expresamente— a los trabajos realizados con ocasión del *convent* de Lyon en 1778. Y también, alusivamente, a la *Carta al duque de Brunswick,* de Joseph de Maistre *(Eques a Floribus).*

Hemos podido ver también un texto manuscrito, que puede fecharse verosímilmente en 1901, procedente de los archivos privados de Aurifer, el célebre alquimista comentador de las *Nupcias químicas.* Tra-dicionalmente, todos los caballeros, y en particular los Templarios, se ponían bajo la advocación de la Santísima Virgen María. Pero en los textos que reproducimos no se hace la menor alusión a la Reina del Cielo, Estrella del Mar. Puede deducirse de ello la existencia de supresiones ejecutadas bajo la influencia de los luteranos en el siglo XVI o incluso más tarde. Cuando la Orden Interior recobró fuerza y vigor en 1911, la mayor parte de sus animadores eran luteranos o calvinistas.

INSTRUCCIONES SOBRE LA VESTIMENTA

a) *Escuderos Novicios*

El uniforme general se compone del traje o indumentaria de calle color negro, sobre el cual se llevará el Mantón Blanco de la Orden, simplemente, sin la Cruz *pattée* recortada de gules, privilegio de los Caballeros.

Bajo el Manto[9], el Escudero Novicio lleva al cuello (antigua observancia) la cinta de moaré rojo de ocho centímetros de anchura, y en la

---

Las letras mayúsculas son tan frecuentes a propósito.

punta, la joya de los Maestros Escoceses de San Andrés; o (moderna observancia) el tahalí de moaré rojo, de ocho a diez centímetros de an chura, del hombro derecho a la cadera izquierda, que luce en el extremo la joya de los Maestros Escoceses de San Andrés.

Las manos están enguantadas de blanco. El uniforme se completa con la Espada de guarnición crucial.

b) *Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa*

El uniforme general se compone del traje o indumentaria de calle color negro, sobre el que se llevará el Manto Blanco de la Orden, sobre el que está bordada o pintada a la izquierda la Cruz *pattée* y recortada de gules.

Bajo el Manto, el Caballero lleva al cuello la cinta de moaré rojo de ocho a diez centímetros de anchura, que tiene en la punta la Cruz pectoral de la Orden.

Bajo la cinta, del hombro derecho a la cadera izquierda, lleva además un tahalí de moaré blanco de ocho o diez centímetros de ancho que tiene (bordada o pintada), a la altura del corazón, la Cruz *pattée* y recortada de gules, y, en el extremo, la joya de los Maestros Escoceses de San Andrés.

Las manos están enguantadas de blanco. El uniforme se completa con la Espada de guarnición crucial.

Además, es corriente que los Caballeros lleven un Anillo de oro, de aproximadamente cinco milímetros de ancho, sobre cuyo engaste se hallan grabadas las armas de la Orden. En el interior del anillo está grabada la Cruz del Templo y el nombre *in ordine: «Eques a...».* Estas armas les son entregadas por el Juez de Armas de la Orden Interior y comunicadas antes de ser armados caballeros.

Para las Ceremonias de Recepción a estos Grados, los solicitantes llevarán el Alba y el Cordón blanco. Los Miembros del Capítulo harán lo mismo.

INSTRUCCIÓN SOBRE LA DECORACIÓN DEL TEMPLO

CAPITULAR

El Capítulo está decorado de acuerdo con sus medios materiales y su importancia.

El mínimum consistirá en una mesa, que sirve de altar, recubierta de un mantel blanco, con nueve cirios dispuestos en cruz griega:

un incensario provisto de brasas, una naveta con incienso, un apagavelas, un farol de tipo antiguo en el que la luz puede quedar escondida o resplandecer según se disponga, un candelabro con tres brazos, otro candelabro con nueve brazos, ambos a dos, provistos igualmente de cirios de cera, es decir, veintiuna luces en total. A ello puede añadirse un pendón mitad negro y mitad blanco, recuerdo del *Beaucéant* de los Templarios.

Las espadas, en cantidad suficiente, están dispuestas de antemano sobre los asientos del Capítulo.

Delante de los nueve cirios del Altar hay dos espadas, llamadas «trofeo de armas», formando la cruz de San Andrés. Sobre el cruce de las hojas se encuentra el Evangelio según san Juan abierto en el capítulo primero. A un lado y a otro de las hojas están las espuelas doradas, dispuestas la una en forma de Alfa y la otra de Omega[10].

APERTURA DEL CAPÍTULO DE LA ORDEN INTERIOR

A la hora indicada y tras haberse asegurado por sí mismo que nada falta en la decoración, arreglo e iluminación del lugar y que todos los objetos necesarios están al alcance de la mano de los Dignatarios de la Orden.

Fórmula enigmática cuyo significado ignoramos.



El Maestro de Ceremonias manda entrar al Capítulo a todos los Her manos. Estos deben mantenerse de pie en su lugar durante la entrada del Prefecto y permanecer destocados.

El Maestro de Ceremonias, acompañado de dos Caballeros, se acerca al Hermano Prefecto (o al Comendador) y a los Grandes Dignatarios de la Orden si los hubiere, para advertirles que todo está preparado para la sesión.

Estos son introducidos entonces en el orden siguiente:

1. El Maestro de Ceremonias, *la espada desnuda en la mano con la hoja sobre el hombro.*
2. Un Caballero *llevando el Candelabro de tres brazos que irá a depositar inmediatamente sobre el Altar del Capítulo, hacia el Comen dador.*
3. Otro Caballero *llevando el Candelabro de la Orden, de nueve brazos, que depositará según entra sobre la Mesa Capitular.*
4. Los grandes Dignatarios, *si los hubiere;* los Oficiales provincia les o priorales.
5. El Prior o Comendador *del Capítulo, o su sustituto.*
6. Dos Escuderos Novicios o Caballeros, *un paso por delante del Prefecto, llevando uno la espada de la Orden en su derecha y el segundo llevando el pendón «beaucéant» en su izquierda.*

Según entran, todos van ocupando su lugar y permanecen de pie y descubiertos hasta el momento en que el Comendador declara abierto el Capítulo.

Si el Gran Prior de la Orden ha de estar presente, será recibido bajo la Bóveda de Acero, las espadas ensambladas por grupos de tres puntas reunidas.

Cuando circula el Beso ritual, el Maestro de Ceremonias lo recibe de los dos Caballeros Capitulares y lo lleva a los dos Hermanos que se encuentran al Occidente, de donde vuelve al Prefecto o Comendador.

El Comendador desenvaina su espada y da un golpe con el pomo sobre el altar diciendo:

«A la Orden, Hermanos Caballeros».

Los Caballeros presentes sacan sus espadas y se ponen a la Orden punta en tierra.

El Comendador.—En el nombre de Dios Todopoderoso, Soberano Dueño del Universo, por licencia de nuestros legítimos Superiores, abro esta Asamblea.

El Sénior.—La habéis abierto según la Antigua observancia y con el consentimiento de todos los Hermanos. Que quede, pues, abierta.

El Comendador.—Oh Tú, que por Tu Palabra Todopoderosa has dado el ser a este Universo Físico, que lo sostiene por Tu Acción Vivificante durante los Tiempos que Tú has prescrito de su duración para la observancia de Tus Decretos. Oh Tú, cuya Divina Providencia vela sobre el menor de los Seres de esta Naturaleza Sensible, ¿abandonarás a sus errores al Hombre que Tú habías establecido para ser su Dominador? No, ciertamente, oh Dios Eterno, Todopoderoso. Tú te apiadarás de su ignorancia cuando recurra a Ti para obtener el conocimiento de Tus Leyes; Tú esclarecerás su inteligencia para hacerle conocer y abjurar sus extravíos. Llenos de confianza en Ti, oh Fuente Única de toda Luz, nos reunimos, pues, en Tu presencia para pedirte que nos dirijas Tú mismo en la búsqueda y la práctica de la Verdad. Purifica, pues, Señor, y fortifica el deseo que Tú has hecho nacer en nuestras Almas y condúcenos al término de nuestras esperanzas que nosotros confesamos no poder encontrar más que en Ti. Por Cristo Nuestro Señor,
así sea.

El Comendador.—Hermano Sénior, cumplid con los deberes de
vuestro cargo.

El Sénior (enciende las nueve Luminarias del Altar diciendo).— Esto se hace en memoria de Aquellos que fueron y no existen ya.

(Enciende las brasas del incensario y echa el incienso.) Los Caballeros y los Dignatarios mantienen sus espadas en la mano derecha con la punta hacia arriba.

El Comendador.—Hermanos, borrad de vuestros corazones todo sentimiento maligno y toda enemistad.

El Sénior.—A fin de que la paz y la Luz de la Verdad puedan derramarse entre nosotros.

El Comendador.—Que este incienso, bendecido por Ti, Señor, ascienda hacia Ti y que Tu Misericordia descienda sobre nosotros. Que

mi plegaria ascienda igualmente hacia Ti, con el incienso que te ofrez co, Dios Todopoderoso. Que mis manos, levantadas hacia Ti, oh Eterno, sean como el sacrificio vespertino de otro tiempo en Tu Santo Templo de Jerusalén. Guarda, Señor, mi boca y asegura mis labios. No dejes en modo alguno a mi corazón inclinarse hacia el mal o el error, ni buscar vanas excusas a mis faltas. Que el Señor encienda, pues, en nosotros el fuego de su Amor y la Llama de la Caridad Eterna. Así sea. Hermanos Sénior y Maestro de Ceremonias, aproximaos a mí, a fin de recibir la palabra de paz y el beso de nuestra santa fraternidad, y que uno y otro se transmitan a todos.

El Sénior y el Maestro de Ceremonias se aproximan al Comendador y reciben de él el beso de paz, al mismo tiempo que les murmura la palabra «Emmanuel». *El que lo recibe responde:* «Amén».

El Sénior transmite el beso y la palabra al Caballero que está en cabeza de cada columna. El Maestro de Ceremonias va a transmitirlos a los dos Caballeros que vigilan a una y otra parte de la entrada del Capítulo.

Cuando el Beso y la Palabra han circulado:

El Comendador.—Que la Caridad y la Concordia reinen entre nosotros por siempre.

El Sénior.—Reverendos y bienamados Hermanos, el Capítulo de la Orden Bienhechora de la Ciudad Santa queda abierto. Guardad, pues, un religioso silencio y prestad atención, Reverendos Hermanos.

El Comendador.—Reverendos y bienamados Hermanos, tomad asiento.

Los Hermanos se sientan.

El Comendador da entonces a conocer el Orden del Día de la Reunión Capitular.

RECEPCIÓN DE UN CANDIDATO AL GRADO DE ESCUDERO NOVICIO

Apertura del Capítulo de los novicios

A la hora indicada y después de la entrada ceremonial de los Miembros del Capítulo, como se ha dicho en el apartado anterior «Apertura del Capítulo», *viene el intercambio del Beso ritual. Cuando esta formalidad ha terminado, el* Maestro de Ceremonias *vuelve a donde se sitúa el Prefecto o Comendador.*

El Comendador *desenvaina su Espada y da un golpe con el pomo sobre el altar diciendo:*

«A la Orden, Hermanos Caballeros».

Los Hermanos desenvainan su Espada, la mantienen en la mano derecha con la punta hacia arriba y se descubren.

El Comendador.—En el Nombre de Dios Todopoderoso, Dueño Soberano del Universo, por licencia de nuestros legítimos Superiores, en virtud de mi Oficio y por los Poderes que he recibido, abro este Capítulo de Novicios de la Orden Bienhechora de la Ciudad Santa.

El Sénior.—Que sea, pues, abierta según los Ritos de la Orden.

El Comendador.—Invoquemos, pues, a Dios Todopoderoso.

El Sénior.—A fin de que salve a los que esperan en El.

El Comendador.—Y que nos conceda su socorro.

El Comendador.—Potencia Eterna, Fuente de Todo Bien, de toda Paz y de toda luz, dígnate, Señor, dirigir tu mirada benevolente hacia Tus servidores en la Orden de la Ciudad Santa, reunidos en este lugar para Tu Gloria y para la Felicidad de los Hombres, nuestros semejantes. Encarecidamente te lo rogamos, Señor, haz que con tu ayuda podamos cumplir todas nuestras obligaciones, y que no demos a nuestros Hermanos más que buenos ejemplos, a fin de que la Felicidad, que solo la práctica de las virtudes alcanza, nos sea concedida por el tiempo

que hemos de pasar sobre esta Tierra. Amén.

Guarda silencio durante un momento; después dice:

El Comendador.—Que el Amor y la Concordia reinen siempre en tre nosotros.

Todos los Hermanos responden juntos:

es

—Amén.

El Sénior.—Hermanos, el Capítulo de Novicios de la Orden Bienhechora de la Ciudad Santa queda abierto. Ocupad, pues, vuestro lugar y guardad un religioso silencio.

Todos los Hermanos bajan sus Espadas y ocupan su lugar. El Comendador *da a conocer el Orden del Día de la Ceremonia.*

Recepción de un Escudero Novicio

El Comendador.—Reverendos y Bienamados Hermanos, he reunido el Capítulo para recibir y constituir como Escudero Novicio de nuestra Santa Orden al Hermano N... Se presenta ante nosotros provisto de los títulos necesarios para su admisión al Noviciado de la Orden, y voy a proceder al examen capitular de los mencionados Títulos. Hermano Procurador, entregad, para su verificación, al Hermano Canciller del Capítulo las Actas y Documentos que están en vuestras manos.

El Canciller examina los Títulos y, dada su aquiescencia,

El Comendador.—Conseguidas las pruebas de Orden, ¿persistís en el consentimiento que habéis dado para la admisión al Noviciado de la Santa Orden del Hermano N...?

Los Hermanos hacen signos de aprobación. El

Comendador.—Hermano Procurador, id a buscar al

candidato.

El Procurador va a buscar al solicitante, y al volver, llama a la puerta del Capítulo como Novicio, o sea, dos golpes con el puño y siete golp con el dedo OO ooooooo.

El Comendador.—La entrada a la Orden está permitida a todo Ca-ballero probado que viene según la Fe, la Esperanza y la Caridad, acompañado de un verdadero Hermano. Hermano Maestro de Ceremonias, tened la bondad de ver quién llama a la entrada del Capítulo.

El Maestro de Ceremonias.—Es el Reverendo Hermano Procurador que pide la admisión al Noviciado de un Hermano ya... *(se enuncia la cualidad iniciática del Candidato).*

El Comendador.—Hermano Maestro de Ceremonias, tened la bondad de darles entrada al Capítulo.

El Comendador da un golpe con el pomo de su Espada sobre el Altar y se levanta. Los Hermanos se levantan igualmente. Deja el Altar y va al encuentro del Procurador. Los dos Dignatarios se dan mutuamente el signo de Reconocimiento: a) *se llevan la mano derecha, con dos dedos juntos, de un hombro al otro, izquierdo o derecho, según la cualidad de In-terrogador o de Interrogado;* b) *el toque por dos manos cruzadas, intercambiando las cuatro Palabras del grado: Hugo, Geoffroy, Paga, Saint-Omer*[11]*;* c) *se abrazan.*

El Comendador vuelve a su lugar y dice de pie:

El Comendador.—Hermanos, podéis volver a sentaros.

El Procurador.—Reverendo Hermano Comendador, he aquí un Hermano que desea ardientemente ser admitido al Noviciado de la Santa Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa.

El Comendador.—Hermano, la investigación hecha sobre vos había ya merecido nuestros votos en favor vuestro. El testimonio que el Reverendo Hermano Procurador acaba de dar sobre vos no nos permite dudar ya de que seáis digno de ser admitido entre nosotros. Estamos, pues, prestos a recompensar vuestro celo y vuestra perseverancia si declaráis vos mismo, en presencia de este respetable Capítulo, que persistís libre y sinceramente, sin ninguna segunda intención, con toda lealtad, en querer pertenecer a nuestra Santa Orden en calidad de Novicio.

Alusión a la primera generación de la Milicia del Templo.

El Aspirante responde afirmativamente.

El Comendador.—Hermano, antes de haceros pronunciar vuestro compromiso al Noviciado, es equitativo y leal daros lectura del mismo.

Vos, N..., prometéis a Dios Todopoderoso observar durante todo el tiempo de vuestra vida los Santos Mandamientos de Dios, cumplir exactamente los deberes y las cargas que os imponen o impondrán las Constituciones de la *Santa Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo,* guardar obediencia y fidelidad a vuestro Padrino y a todos vuestros Superiores jerárquicos, practicar hacia todos vuestros Hermanos los sentimientos de caridad y amor de los que Nuestro Señor Jesucristo ha dado ejemplo. Y prometéis del mismo modo satisfacer como conviene por las transgresiones contra la Regla y los Usos de la Caballería.

El Impetrante repite el juramento con el texto en la mano izquierda y la derecha levantada frente al Altar.

El Impetrante.—Yo, N..., prometo a Dios Todopoderoso observar durante todo el tiempo de mi vida los Santos Mandamientos del Señor, cumplir exactamente con los deberes y las cargas que me imponen e impondrán las Constituciones de la *Santa Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo,* guardar obediencia y fidelidad a mi Padrino y a todos mis Superiores jerárquicos, practicar hacia todos mis Hermanos los sentimientos de caridad y amor de los que Nuestro Señor Jesucristo ha dado ejemplo. Y prometo del mismo modo satisfacer como conviene por las transgresiones contra la Regla y la forma de vida de la Orden, cuando para ello sea requerido, según la mencionada Regla y los usos de la Caballería. Haciéndolo así, que Dios me ayude...

El Comendador.—Y yo, si observáis fielmente estas cosas, pido a Dios Todopoderoso que os conceda la Vida Eterna. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

El Impetrante y todos los Hermanos.—Amén.

El Comendador *da un golpe con el pomo de su Espada y*

se levanta. hos Hermanos se levantan, manteniendo sus espadas con la punta hacia arriba, la cabeza cubierta, y *permaneciendo así durante la vestidura del Novicio.*

El Comendador.—Hermano,

arrodillaos. *El Impetrante se*

arrodilla.

El Comendador.—Hermano, quitaos ahora esos vestidos y ornamentos [masónicos] profanos, para recibir estos que vuestras Virtudes y vuestra Perseverancia os han merecido y de los que voy a revestiros...

Mientras el Candidato retira sus Emblemas exteriores a la Orden, el Comendador desciende del Altar y se aproxima al Impetrante.

El Comendador.—Que el Pasado quede, pues, borrado y que todo sea renovado. He aquí que os libero de vuestros votos y juramentos anteriores...

he pone el tahalí de moaré rojo, del hombro izquierdo a la cadera derecha, diciendo:

El Comendador.—Os confiero la cinta roja de los Escuderos Novicios de la *Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa,* a la que añadiréis la medalla de San Andrés, emblema de esa Orden antigua a la cual pertenecemos nosotros mismos desde hace tanto tiempo y que fue la cuna de la nuestra. Que esta cinta y esta medalla permanezcan para vos como los símbolos de la pureza, de la caridad, del sacrificio, de la lealtad y de la fidelidad a nuestros Principios. Que resuman ante vuestros ojos las cualidades requeridas para vuestro nuevo grado: Religión, Beneficencia, Humanidad, Virtud.

he pone ambas manos sobre los hombros y dice:

El Comendador.—Sed, pues, un digno Escudero

Novicio en la *Santa Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.* Que la prudencia y un ape-

go verdadero a las Virtudes que se os han recomendado tan expresamente dirijan todas vuestras acciones. Que no olvidéis jamás la Promesa de Orden que habéis pronunciado hace algunos instantes...

Empuña entonces su Espada con la mano derecha y dice:

El Comendador.—En el nombre de la *Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo,* por los Poderes que yo mismo he recibido, os recibo a vos, N..., como Escudero y Novicio en la Santa Orden...

El Comendador toca entonces la frente del Candidato con el pomo de su Espada y dice:

El Comendador.—Señor, dígnate conceder a Tu Siervo el socorro celeste de Tu brazo...

El Sénior.—A fin de que te busque con todo su corazón y merezca obtener lo que solicita tan dignamente...

El Impetrante y todos los Hermanos.—Amén.

El Comendador le da entonces el espaldarazo; después vuelve a su puesto junto al Altar.

El Comendador.—Hermano, levantaos; voy a daros a conocer ahora los Signos, Batería, Toque y Santo y Seña de vuestra nueva cualidad, así como el conocimiento del simbolismo tradicional de nuestra Orden Venerable.

El Signo se refiere al Cordón Rojo que los Novicios llevaban antaño alrededor del cuello. El Hermano interrogado lleva los dos dedos extendidos de la mano derecha sobre su hombro izquierdo cerca del cuello y los desciende después en diagonal hasta el centro del pecho. El que interroga responde haciendo lo mismo con los dos

mismos dedos de la mano izquierda, del hombro derecho al centro del pecho...

ha Batería se compone de nueve golpes; los dos primeros son espaciados y producidos por el puño; los otros siete, más precipitados, se dan con el dedo. O sea: OO ooooooo...

El Toque: El Hermano interrogado toma con la mano derecha la mano derecha del Interrogador, diciéndole al oído: *Hugo*[12]*.* El Interro-gador responde tomándole la mano izquierda con la suya izquierda y respondiendo: *Geoffroy.* El Interrogado replica: *Paga.* El Interrogador termina: *Saint Omer...*

Las Armas de la Orden representan desde el año 1119 dos Caballeros sobre un mismo caballo en un escudo acuartelado con la Cruz de la Orden...

El Pelícano, con la divisa *Esurientes Nutrit,* es un emblema muy antiguo, conservado en la Orden para recordar que siempre estuvo consagrada a la Beneficencia y a la Caridad hacia todos los Hombres, de cualquier Nación o Religión que sean...

El Signo de Obediencia se da inclinándose ante el Comendador o el Dignatario y tocando con la mano derecha el pomo de la Espada que él le presenta...

Id, pues, ahora a entregar al Hermano Limosnero el primer don caritativo que el Capítulo recibirá de vos para y en el nombre de los pobres que Dios ama. Iréis a continuación a ofrecer el signo de obediencia, primero a mí mismo, después al Hermano Sénior...

El nuevo Escudero Novicio, después de hacer tal, vuelve para escuchar la Instrucción del Grado leída por el Sénior.

El Comendador.—Mi querido Hermano, la Instrucción que acabáis de oír merece las más serias reflexiones por vuestra parte. Estáis, en efecto, llamado a ser posteriormente Caballero. Pero este título y sus cualidades no se dan a la ligera. Antes de recibirlos debéis aportar la prueba de que tenéis voluntad firme de trabajar con nosotros, con todas vuestras fuerzas, y conducir a los Hombres hacia esa unidad de visión y de acción sin la cual no podrán jamás realizar su ardiente deseo de paz y felicidad. Para realizarla, no basta, en efecto, con reconocerse como hijo de un mismo Padre Celeste, sino que es necesario además, a ejemplo de Cristo, saber amar, y sobre todo saber sufrir, cuando se trata del bien Universal y de la Humanidad entera.

---

[12] Alusiones a Hugues de Payns y sus primeros compañeros.

Se os ha enseñado que la Orden era fundamentalmente cristia Esta Unidad superior por la que os invitamos a trabajar con nosotr no reside en una aquiescencia fácil y rápida a vanas fórmulas de Cer monial. El Hombre-buscador no podrá encontrarla más que en 1 práctica constante de la ley de Justicia, de Verdad y de Amor que hemos recibido de Cristo, y que es fuente de dicha para la Humanidad Sed justo, aprended a amar, aprended a sufrir. Y, finalmente, tened confianza en Aquel que dirige los destinos de los Mundos y entonces estaréis seguro de obtener la Victoria...

El Procurador acompaña entonces al Novicio al lugar que ocupará en adelante en el Capítulo.

Clausura del Capítulo de Novicios

El Comendador da un golpe con el pomo de su Espada. Los Hermanos se levantan.

El Comendador.—En el nombre de Dios Todopoderoso, Soberano Dueño del Universo, y en virtud de mi Oficio, cierro este Capítulo de Novicios de la *Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa...*

El Sénior.—Quede, pues, cerrado según los Ritos de la Orden...

El Comendador.—Todo ha terminado; alabemos, pues, al Señor...

El Sénior.—Para que nos salve y nos dé la Vida...

El Comendador.—Que conceda la misma gracia a todos nuestros Hermanos ausentes, y en particular, a todos los que están enfermos o afligidos...

El Sénior.—Oremos, pues, al Señor...

El Comendador.—Señor, Dios eterno, Creador de todas las cosas, Tú que santificas al género humano del que eres el Salvador, dígnate escuchar, te lo suplicamos, la Plegaria que te dirigimos, a fin de extender Tu Divina Protección sobre nosotros, sobre nuestros Hermanos ausentes, enfermos o afligidos. Ilumina nuestras almas, purifica nuestros deseos de toda pasión inferior y dirige todas nuestras acciones hacia el amor del Bien y de la Verdad. Concédenos Tu paz, Señor, para

que ayudados por Tu socorro y guiados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, alcancemos al fin esa patria celeste que te has dignado prepararnos... Por Jesucristo nuestro Señor...

Todos los Hermanos.—Amén.

El Comendador.—Que la Paz, la Alegría y la Caridad estén en nuestros corazones y sobre nuestros labios, ahora y por siempre...

Todos los Hermanos.—Amén.

El Sénior.—Hermanos, el Capítulo de la *Orden de los Novicios de la Ciudad Santa* ha sido cerrado. Así pues, tened la bondad de retiraros en silencio, y depositad vuestras vestimentas según la costumbre establecida.

Los Hermanos se quitan los guantes, depositan sus condecoraciones de Orden y su vestuario sobre el lugar que ocupaban. Si después de la Ceremonia hay ágape, el Comendador lo recuerda a los Hermanos al final de la sesión.

El Comendador debe firmar, con el Caballero, el Acta de la Vestidura de los Novicios recibidos en ese día. Los Escuderos Novicios se retiran todos al Atrio, no quedando más que los Caballeros.

Entonces viene el Ritual de Clausura del Capítulo del Interior, solamente en presencia de los Caballeros.

RECEPCIÓN DE UN ESCUDERO NOVICIO AL GRADO DE CABALLERO

La ceremonia comienza después de la apertura del Capítulo del Interior, cuando el Beso de Paz y la Palabra han sido intercambiados.

El Comendador.—Reverendos y bienamados Hermanos, he reunido este Capítulo para crear y armar Caballero, según los usos y ceremonias de la Orden, al Hermano Novicio N...

Pero primero voy a hacer que se proceda al examen de las pruebas de Orden, sin las cuales no podría ser admitido entre nosotros. Reverendísimo Hermano Procurador, entregad al Hermano Canciller de este Capítulo los Documentos y Actas de las que debéis estar provisto

para justificar que el Hermano Escudero Novicio N… se ha conformado a todo lo que está prescrito por nuestras Leyes y Usos…

El Padrino entrega esos documentos al Procurador, quien los entrega al Canciller, el cual los examina y concluye:

El Canciller.— Reverendísimo Comendador, afirmo la autenticidad y el valor de las pruebas que nos han sido presentadas…

El Comendador.— Reverendos Hermanos Caballeros, ¿las

pruebas de Orden en favor del Novicio N… os parecen suficientes y consentís en su recepción?

Si la respuesta es afirmativa, el Comendador continúa:

Reverendos Caballeros Hermanos míos, en consecuencia voy a proceder a la recepción en la Orden del Hermano Escudero Novicio N… Hermano Maestro de Ceremonias, id, pues, en compañía del Padrino de este Escudero, a aseguraros de sus disposiciones y prepararle según los usos de la Orden. Si en todo os satisface, vendréis entonces

a la puerta del Capítulo a fin de introducirle, y antes nos daréis cuenta de ello. Pero previamente que la Oscuridad aparte toda mirada curiosa e indiscreta… Hermano Sénior, haced vuestro oficio…

El Sénior apaga las nueve Luminarias del Altar y enciende en su lugar una Linterna antigua, diciendo: Ecce tristem templarorium interitum...

El Sénior.—Hermano Procurador, dignaos disponer que el Candidato firme el compromiso preliminar y la promesa de discreción. Hacedle comprender la importancia del vínculo que va a contraer.

El Maestro de Ceremonias y el Procurador, asistidos por el Padrino, cumplen las instrucciones recibidas.

El Maestro de Ceremonias (dirigiéndose al Escudero Novicio). —Mi querido Hermano, el Capítulo está reunido para recibiros en la *Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa.* Las pruebas que ha-

béis suministrado han sido verificadas y el Capítulo os ha juzgado digno de ser armado Caballero. No queda, pues, más que poneros en estado de recibir dignamente esta gracia…

Le hace lavarse las manos y el rostro, diciendo:

El Maestro de Ceremonias.—Como los antiguos Caballeros se bañaban en el curso de la vigilia de armas en signo de purificación espiritual y corporal, debéis igualmente, Hermano, bañar vuestro rostro y vuestras manos como signo de vuestra purificación interior y de vuestras sinceras disposiciones para pronunciar los Votos de Orden por los que vais a quedar ligado para siempre al Estado de la Caballería…

El Procurador y el Padrino le hacen entonces revestirse con el Alba, el Cíngulo y el Tahalí de Escudero Novicio, si no se ha hecho antes.

El Maestro de Ceremonias.—Este Alba, recuerdo de la cota de los antiguos Caballeros de la Orden, es el

símbolo de la pureza de costumbres y de la conducta que exige la respetable Orden a la que deseáis vincularos en adelante, así como de la sinceridad de la Profesión que vais a expresar.

El Maestro de Ceremonias, acompañado del Procurador y del Padrino, conducen entonces al Impetrante y le detienen en el vestíbulo del Capítulo.

El Maestro de Ceremonias se anuncia entonces y entra solo, a fin de dar cuenta al Comendador de su misión. Deteniéndose al pie del Altar, dice:

El Maestro de Ceremonias. — Reverendísimo Hermano, he encontrado al Hermano Novicio en las disposiciones requeridas, le he preparado según los usos de la Orden. Ahora se encuentra, con sus dos Padrinos, en el Vestíbulo del Capítulo, donde espera vuestras órdenes para ser

introducido…

El Comendador. —La entrada a nuestro Templo Interior está permitida a todo cristiano que venga aquí conducido por la Fe y la Cari-

dad, en el Silencio y la Esperanza, presentado por un Caballero que responda de él.

Preguntadle, pues, cuál es su nombre, su edad, su lugar de nacimiento, su domicilio, su cualidad, su religión y de dónde viene. *El Sénior.*—Hermano, ¿cuál es vuestro nombre?

El Procurador (responde en nombre del Impetrante). —Mi nombre es Isché.

El Sénior.—¿De dónde venís? *El Procurador.*—De Nazaret. *El Sénior.*—¿Quién os conduce? *El Procurador.*— El Ángel Rafael. *El Sénior.*— ¿Dónde vais? *El Procurador.* —A Jerusalén.

El Comendador.—¿Los Caballeros consienten en que sea admitido en la Orden Interior?

El Comendador.—Puesto que ninguna objeción se opone a ello, Hermano Sénior, haced entrar al Impetrante.

El Sénior.—Hermano Procurador, haced entrar al Impetrante.

El Procurador hace entrar al Impetrante.

El Comendador.—Hermano, la Beneficencia es un lazo para las almas sensibles y la alegría más pura que el hombre pueda gozar. Enjugar las lágrimas del infortunio, secar si es posible su fuente, consolar al afligido, procurar una subsistencia honesta a los desafortunados, cuidar a los enfermos abandonados, defender a los débiles, servir de padre al huérfano o al niño nacido en la miseria, tales son las obligaciones de la Orden de Caballería en la cual habéis deseado entrar, y que se funda totalmente sobre el ejercicio de nuestra Divina Religión. «Humanidad», ese es el «grito de armas» que une a sus hombres. De vos exigirá celo, buenas costumbres, obediencia, discreción, sacrificio de una parte de vuestra fortuna o de vuestra libertad, que seréis llevado a cumplir en aras de la caridad y la utilidad pública. ¿Tenéis voluntad firme y libre por vuestra parte para comprometeros a ello?...

El Impetrante da su respuesta.

El Comendador.—El Velo de los Símbolos va, pues, a caer para vos, y las sombras masónicas que os rodean van, asimismo, a desaparecer a su vez. Vais al fin a conocer la Orden Respetable que de este modo ha perpetuado su existencia secreta en el seno de Ordenes menos secretas...

El Sénior vuelve a encender entonces las nueve Luces de tal manera que traza una cruz griega. Al mismo tiempo dice:

El Sénior.—Esto se hace en memoria de Aquellos que han existido, que se apagaron y que existen de nuevo...

El Comendador cruza los antebrazos sobre su pecho, en forma de cruz de San Andrés. El Impetrante le responde del mismo modo. Los Caballeros hacen el signo del Interior.

El Comendador.—Hermano, arrodillaos, pues, con la mano derecha sobre vuestro corazón y la mano izquierda plana sobre la hoja de esta Espada. Caballeros, Hermanos, en pie, ¡Espadas en alto!...

Los Caballeros forman la bóveda de acero por encima del Novicio mientras que este va a pronunciar el compromiso de Orden.

El Comendador.—Hermano Sénior, poned a la vista del Impetrante el texto del Compromiso de Orden que va a leer en voz alta en presencia de este Capítulo...

El Sénior presenta al Impetrante el Compromiso de Orden.

El Impetrante.—Yo, N..., prometo solemnemente ante Dios, Soberano Dueño del Universo, tomando como testigos a mis Hermanos aquí presentes, no revelar jamás a nadie y bajo ningún pretexto lo que leeré, oiré y veré en el seno de la Santa Orden que me acoge en este día. Prometo, además, respeto y fidelidad a mi Padrino, asistencia a mis Hermanos y abnegación a toda la Santa Orden, comprometiendo-

me aquí mismo y solemnemente a no conferir jamás el grado caballeresco que se me transmite en su seno a quien no sea digno por su Fe, su Saber y sus Virtudes. Y si a sabiendas falto a ello, que Dios me castigue, que las gentes de bien me huyan y que mis Hermanos me desprecien como perjuro.

El Comendador.—Hermano, levantaos. *(Breve silencio.)* El depósito de la Ciencia Primitiva del Hombre, conservado en los antiguos Misterios, brillaba con todo su esplendor en el famoso Templo que el rey Salomón había construido, en el seno de la Ciudad Santa de Jeru-salén, a la Gloria del Eterno, que se dignó habitarlo. Comparad esta Imagen, trazada ante vos, con aquella de su Santo Sepulcro.

Como más tarde el mismo Hombre-Dios, el Templo de Salomón fue destruido al cabo de treinta y tres años. Entonces los Sabios se retiraron al desierto y prefirieron antes la Verdad que a los hombres del Siglo. Pronto, sin embargo, volvieron al Mundo y desgarraron sus pacientes entrañas para amortiguar el infortunio. El santuario del Templo volvió a ser el Asilo de la Eterna y Augusta Verdad, su atrio, el de la Desgracia. Allí se consolaba a la Viuda y el Huérfano encontraba un padre; el viajero, un defensor; el enfermo, un apoyo generoso.

(Tal es el origen secreto de la Orden del Templo...) ¡De ella es de quien sacamos la nuestra, cuyas virtudes estáis llamados a suceder! La Ciencia oculta, anteriormente al abrigo en apartados reductos donde ponía por encima de la necesidad a aquellos que la profesaban, fue entonces consagrada al bien de la Humanidad. Pero este nuevo Templo se derrumbó y fueron los Masones quienes primero propagaron la existencia y el secreto de esta Orden célebre y quienes lo reedificaron, adaptándolo con una sabia reforma a las necesidades de la situación actual de Europa. Ha vuelto a tomar en este siglo su

nombre primitivo de «Caballeros del Templo y del Santo Sepulcro de Jerusalén en Palestina»... Será, pues, para el resto de vuestra vida una escuela de Beneficencia en todos los aspectos, un hogar de luz y el asilo de la más dulce amistad.

Por el poder que me ha sido conferido, voy a recibiros en la Santa Orden... Hermano, arrodillaos...

El Impetrante se arrodilla ante el Comendador.

El Sénior presenta al Comendador la Espada del Impetrante, Plana sobre las dos manos. Él da las respuestas *durante la bendición de la Espada.*

El Comendador:

P.—«Nuestra ayuda es el nombre del Señor...» *R.*—«Que ha hecho el Cielo y la Tierra...» *P.*—«Señor, escucha mi oración...» *R.*—«Y que mi grito ascienda hasta Ti...»

P.—«Oremos: Señor Dios Eterno y Todopoderoso, te lo suplicamos, escucha nuestras plegarias y dígnate bendecir, con la diestra de Tu Majestad, esta espada con la que tu servidor, N..., aquí presente, desea ser ceñido, a fin de que pueda ser el defensor de las Iglesias, de las viudas, de los huérfanos, de todos aquellos que tengan hacia él malas intenciones. Por Jesucristo Nuestro Señor, así sea...»

«Oremos: Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios Eterno, dígnate bendecir esta espada por la invocación de Tu Santo Nombre, por la venida de Jesucristo Tu Hijo, Nuestro Señor, y por el don del Espíritu Santo Consolador, a fin de que Tu servidor, N..., aquí presente, que la recibe y la ciñe hoy gracias a Tu Bondad, pisotee a sus enemigos y, victorioso en toda circunstancia, permanezca en todo momento sano y salvo para siempre. Así sea...»

«¡Bendito sea el Señor nuestro Dios, que instruyó mis manos para el combate y mi corazón para la batalla! Pues es mi Misericordia y mi Refugio, mi Apoyo y mi Liberador. Es mi Protector y yo he esperado en El, pues me ha entregado mi pueblo. Gloria, pues, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Como era en el Principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, así sea...»

P.—«Señor, salva a tu servidor...»

R.—«Que espera en Ti, oh mi Dios...»

P.—«Sé para él torre inquebrantable...»

R.—«Frente al enemigo...»

P.—«Señor, escucha mi Oración...»

R.—«Y que mi clamor ascienda hasta Ti...»

«Oremos: Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios Eterno ordenas todas las cosas y las dispones con sabiduría, que para rechazar la malicia de los perversos y proteger la justicia has permitido a los hombres, por una saludable disposición de Tu Voluntad, el uso de la Espada aquí abajo, y que has querido que una Orden Militar sea instituida para la protección del Pueblo, Tú que, por el bienaventurado Juan Bautista, dijiste a los soldados que iban a él en el desierto que no molestaran a nadie, sino que se contentara cada uno con lo que le era debido, nosotros invocamos Tu Clemencia, Señor, a fin de que, del mismo modo que a David Tu servidor diste poder de derribar a Goliat, y a Judas Macabeo el de triunfar sobre la ferocidad de las Naciones que no invocaban Tu Santo Nombre, así te dignes, Señor, por Tu divina Bondad, conceder aquí a Tu servidor que viene a someterse al yugo de Tu Milicia con una piedad celeste, las fuerzas y la bravura necesarias para la defensa de la Fe y de la Justicia. Aumenta en él la Fe, la Esperanza y la Caridad. Dale igualmente el temor y el amor de Tu Nombre, la humildad, la perseverancia, la obediencia y una paciencia firme. Dispon en él todo según convenga para que no hiera a nadie injustamente con esta Espada o con otra, y que no se sirva de ella más que para defender la justicia y el Derecho...

»Y del mismo modo que ha abandonado un estado inferior para elevarse al nuevo honor de la Milicia, abandone también al Hombre Viejo en sus maneras de obrar y se revista de Hombre Nuevo. ¡Que Te tema y Te sirva correctamente! ¡Que evite la compañía de los pérfidos y acreciente su caridad hacia el prójimo! Que en todas las cosas obedezca exactamente a quien le tiene bajo sus órdenes y que en todas las circunstancias cumpla derechamente su deber... Por Jesucristo Nuestro Señor, así sea...»

El Comendador entrega la espada al nuevo Caballero

arrodillado, diciendo:

El Comendador.—N..., recibe esta Espada, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sírvete de ella para tu defensa y la de la Santa Iglesia de Dios, para la confusión de los enemigos de la Cruz de Cristo y de la Fe cristiana, y en la medida que te lo permita

la humana fragilidad, no hieras nunca a nadie injustamente con esta arma que se digna confiarte Dios Mismo, Aquel que, siendo Dios, vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos; así sea..

El Comendador introduce la espada en la vaina y se la ciñe al nuevo Caballero, diciendo:

El Comendador.—¡Ciñe, pues, tu Espada sobre tu flanco, todopoderoso! Pero recuerda, sin embargo que los Santos han vencido a las Potencias no por la Espada, sino por la Fe...

El nuevo Caballero desenvaina entonces él mismo la Espada, la blan-de tres veces ante él, la limpia sobre su brazo izquierdo y la introduce de nuevo en la vaina.

El Comendador da el espaldarazo al nuevo Caballero, diciendo:

El Comendador.—¡Pax Vovis!... **Hermano, arrodillaos...**

El Caballero se arrodilla.

El Comendador desenvaina entonces su propia Espada y le golpea en los hombros y en lo alto de la cabeza con la parte plana de la hoja, dibujando de esta manera un triángulo, diciendo una sola vez:

El Comendador.—Sé un Caballero pacífico, valiente, fiel y entregado a Dios...

El Comendador le da un suave revés sobre la mejilla izquierda y dice:

El Comendador.—Sal del sueño de la malicia, vela en la Fe de Cristo y sé alabado por tu buena reputación...

El Sénior y el Procurador ponen las espuelas de oro al nuevo Caballero.

El Comendador.—Recibe las espuelas de oro, símbolo de la Caballería y signo de tu diligencia en el cumplimiento de tus deberes. Pues-

to por Dios en el camino de toda Luz, no cometas en adelante ninguna acción indigna, a fin de no ser jamás arrojado a la Ruta de las Tinieblas...

¡Eres el más hermoso de los Hijos del Hombre! Ciñe, pues, tu Espada sobre tu pierna, todopoderoso... *P.*—El Señor está con vosotros... *R.*—Y con tu espíritu...

El Comendador pone el tahalí de moaré blanco del hombro derecho a la cadera izquierda del Impetrante, diciendo:

El Comendador.—Recibe este tahalí blanco, adornado, como antaño el Manto blanco, privilegio exclusivo de la *Orden del Templo,* con la Cruz Roja, y llévalo hasta la vida eterna. Su color es tradicionalmente el de la Pureza y de la Rectitud, cualidades con que se honra quien es digno del estado de Caballería. A este tahalí ha de añadirse la medalla de la *Orden de San Andrés,* para recordarnos que esta santa Casa fue, en Escocia, el refugio secreto de los Caballeros del Templo durante el tiempo de su proscripción y, después, cuando vinieron tiempos mejores, el vivero de esta Orden Interior que te recibe en este día...

Le pone alrededor del cuello la cinta roja de la que pende la Cruz pectoral, diciendo:

El Comendador.—Recibe este collar rojo, color de la sangre que en otro tiempo nuestros dignos predecesores no dudaron en derramar en defensa de la Fe de nuestros Padres, por la protección de todos nuestros Hermanos y la salud del género humano. Que hoy sea para ti el emblema de la entrega a la Institución y de la fidelidad a la Fe jurada... A este collar añadirás para siempre la Cruz Pectoral o joya de la Orden, símbolo de la dignidad a que accedes en este día. Esta Cruz Roja fue otorgada por el papa Eugenio III a los sucesores de aquellos nueve Caballeros que habían seguido a Godofredo de Bouillon en la conquista de Palestina, y que fueron los fundadores de la Orden, hospitalaria y militar, de los *Templarios,* al principio llamados Caballeros de la *Ciudad Sant*

a. Sobre tu corazón te recordará que debes estar presto en

todo momento al sacrificio, para el bien de la Orden, de sus Principios y para el de todos tus semejantes...

Si el Impetrante ha hecho cincelar su Anillo, que, en tal caso, debe estar ya sobre el Altar, el Comendador continúa:

El Comendador.—Recibe el anillo de Caballería, que en adelante llevarás en el dedo meñique de tu mano derecha. El Anillo de oro era ya la imagen del estado de Caballería entre los antiguos romanos; su origen se pierde en la noche de los tiempos... Lleva en el interior la Cruz de la Orden y en el exterior los símbolos que en adelante serán los de tu vida moral. Que él sea además uno de los eslabones de la inmensa Cadena que debe unir a todos los miembros de nuestra Orden venerable, así como también a todos los hombres...

Oremos: Creador y Conservador del género humano, Distribuidor de todos los Dones Espirituales, Eterno Fundador de nuestra salvación, dígnate, Señor, enviar de los Cielos Tu Espíritu Santo Consolador, y derramar sobre este Anillo Tu santa bendición, a fin de que sea para N... una armadura poderosa contra todas las fuerzas desencadenadas del Mundo inferior. Por Jesucristo Nuestro Señor, así sea.

El Sénior y el Procurador depositan sobre los hombros del Caballero el Manto Blanco con la Cruz Roja.

El Comendador.—Oremos. Dios Todopoderoso y Eterno, dígnate derramar sobre Tu Servidor aquí presente, que acaba de recibir el vestido de la Luz, la gracia de Tu Bendición, y haz que, sostenido por el poder de Tu Diestra, esté armado con Tus Socorros Celestes contra todas las adversidades, a fin de que en este siglo tenebroso no sea nunca inquietado por la borrasca de los combates que habrá de sostener... Por Cristo Nuestro Señor, así sea...

El Sénior y el Procurador hacen levantar al Caballero. El Comendador le pone la hoja de su Espada sobre el hombro izquierdo y dice:

El Comendador.—N..., yo te creo y constituyo *«Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo»,* en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, así sea...

Dígnate, Señor, confirmar esta constitución. *El Sénior.*—En Tu Santo Templo de Jerusalén... *El Comendador.*— Señor, escucha mi oración... *El Sénior.*— Y que mi clamor ascienda hasta Ti...

Clausura del Capítulo de la Orden Interior

El Comendador.—Reverendos Hermanos Caballeros, ¿tenéis alguna cosa que proponer para el bien de la Orden Interior?

El Comendador.—Hermano Hospitalario, haced circular el cepillo de los pobres...

El Hermano Hospitalario hace circular el cepillo de los pobres y, hecho esto, cuenta y anuncia el producto de la Colecta hospitalaria.

El Comendador se levanta. Todos le imitan. Da un golpe con el pomo de su Espada y dice la oración de clausura.

El Comendador.—Supremo Arquitecto del Universo, oh Tú que lees en nuestros pensamientos y en nuestros corazones, Tú sabes el deseo sincero que nos anima y que no pretende más que Tu Gloria y nuestra verdadera felicidad. Dígnate, pues, Señor Dios, recompensarle, oh Fuente única de Luz y de Verdad, Abismo infinito de poderío y perfección... ¡Pues es necesario ser Tú Mismo para definirte y comprenderte! Adoramos, pues, Tu Voluntad Soberana en los límites que has puesto entre Tú y Tu Criatura. Así pues, no permitas de ningún modo que nos extraviemos jamás hasta pretender dirigir una

mirada sacrilega a Tu propia Esencia. Por el contrario, permite, oh Dios Todopoderoso, que osemos contemplarla a través del velo con el que Tú la cubres ante nuestros ojos. Te pedimos con confianza el conocimiento de las cosas que nos rodean en este Universo temporal, a fin de que

por ellas podamos conocer las íntimas relaciones establecidas entre Tú y el Hombre. Con esta ayuda quizá podamos ir hasta Ti Mismo y, de este modo, rendirte mejor el homenaje puro y sincero de Amor, Agradecimiento y Sumisión a Tus voluntades que Te deben Tus Criaturas... Por Cristo, Nuestro Señor, así sea...

En el nombre de Dios Todopoderoso y con licencia de los Legítimos Superiores de la Orden, clausuro esta Asamblea...

El Sénior.—La habéis clausurado según la Antigua Observancia y con el consentimiento de todos los Hermanos; que quede, pues, clausurada...

Apaga las nueve Luces, diciendo: Ecce tristem templaniorium interi-tum!...

El Comendador.—¡Hermanos, el Signo y a la Orden!...

Los Caballeros hacen el Signo y se ponen a la Orden.

El Comendador.—¡Vayamos en Paz, Hermanos, y llevemos al mundo profano unos corazones purificados por nuestras lecciones y por nuestros trabajos!...

Da un golpe con el pomo de su Espada. El Capítulo queda clausurado en ese momento.

10
Recepción de un Caballero de Oriente en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado

La Logia presenta dos decorados. El Primer Habitáculo, tapizado de verde y alumbrado por setenta luces, representa la corte de Ciro en Babilonia. En el centro de la Logia hay una pequeña muralla cuadrangular de madera o de cartón y de pie y medio de altura, pintada con cuadrados, blancos, verdes y rojos; esta barrera simboliza los muros de Babilonia. Dicha muralla está flanqueada por siete torres, tres de ellas al Mediodía, tres al Norte y una a Occidente. Las seis primeras se elevan pie y medio por encima de la muralla; la de Occidente, de siete pies de altura y suficientemente ancha como para contener un hombre, tiene dos puertas, la una hacia el interior del recinto y la otra hacia el exterior.

Estas puertas, cuando están cerradas, no dejan pasar ninguna luz. La puerta exterior está precedida por un puente lo bastante sólido como para soportar a dos hombres y bajo el cual se encuentra un recipiente que contiene una cantidad suficiente de agua como para que agitándola pueda representar un río.

La colgadura que cierra el Occidente une exactamente los costados de la muralla y de la torre, de modo que no pueda verse lo que sucede en el Primer Habitáculo. Contra la muralla de Oriente y en el interior del cuadrado se levanta un trono sobre el que hay un transpa-

rente representando el sueño del rey Ciro ': un león furioso presto a lanzarse sobre el rey de los persas y, debajo del león, la Gloria[2] del Gran Arquitecto, desde cuyo centro se lanza un *águila,* sujetando en su pico una banderola con las palabras: «Devuelve la libertad a los cautivos». Por debajo de estas dos imágenes, el transparente representa a Nabucodonosor[3] y Baltasar (predecesores de Ciro) cargados de cadenas.

El Maestro de la Logia, sentado sobre un trono y empuñando un cetro, representa a Ciro; se le llama Soberano Maestro.

El Primer Vigilante representa a Nabuzardin, primer general de Ciro; el Segundo Vigilante representa al general Mitrídates. Al Secretario se le llama Canciller; al Maestro de Ceremonias, Gran Maestro; a los Hermanos se les llama Caballeros Masones.

El Maestro y los Oficiales de la Logia llevan al cuello un ancho cordón verde de moaré que cae en punta sobre el estómago, sin joya. Los Vigilantes y los Hermanos llevan el mismo cordón en bandolera de izquierda a derecha y un mandil doblado y bordeado de tafetán verde con el peto rojo.

A la apertura de la Logia el Soberano Maestro narra el sueño que ha tenido la noche precedente: un león rugiente se le ha aparecido y se ha precipitado sobre él; ha visto a sus predecesores sirviendo de escabel a una Gloria que los masones designan con el nombre de Gran Arquitecto del Universo; ha oído una voz que salía de la Gloria decirle que, si no devolvía la libertad a los cautivos, su corona pasaría a manos extranjeras. El Soberano hace notar que los setenta años de cautividad han transcurrido y propone devolver la libertad a los Judíos. Los Hermanos hacen un signo de aprobación que consiste en desenvainar la espada, presentarla con la punta hacia tierra y finalmente levantarla.

El Candidato es conducido entonces ante la puerta

exterior de la torre, que está guardada por dos hermanos con la espada al costado y una pica en la mano. Está vestido de rojo, sin armas ni joyas; sus manos están cargadas de cadenas lo bastante largas como para permitirle

---

[1] Isaías, XLIV, 28; XLV, 1.

[2] Un triángulo equilátero radiante.

O Nebucadnetsar.

una cierta libertad de movimientos. Solicita ser conducido ante el Soberano. Encerrado en la torre y arrojado a la más profunda oscuridad, entabla con el Soberano un diálogo en el curso del cual declara llamarse Zorobabel y pide la libertad para él y los Judíos, a fin de reconstruir
el Templo de Salomón.

Una vez admitido en la Logia, se le invita a prosternarse, y el Soberano le promete la libertad si revela los secretos de la Masonería. El Candidato rehusa ser Infiel a sus inviolables compromisos y añade altivamente:
«Si ese es el precio de mi libertad, prefiero el cautiverio». Conmovido por su firmeza, el Soberano le concede la libertad sin condiciones. Entonces se conduce al Candidato alrededor de la Logia tres veces; a continuación se le libera de sus cadenas. El Soberano le arma entonces Caballero de la Espada golpeándole los dos hombros con la parte plana de su espada, le da un triple espaldarazo y después le entrega un mandil y un cordón verde. Nabuzardin encierra a continuación al nuevo caballero en la torre y los Hermanos pasan en silencio al Segundo Habitáculo.

Esta parte de la Logia está decorada con un tapizado rojo y representa el recinto en que «el Templo debe reaparecer con todo su esplendor». Los miembros de la Logia cambian allí de títulos y de insignias. A partir de ahora el Maestro de la Logia se llama Excelentísimo Maestro o Excelencia de la Orden; los Vigilantes se convierten en Poderosísimos y los Hermanos en Venerabilísimos. Los oficiales y los Hermanos se ponen unas cintas rojas y se ciñen con una faja de seda color verde claro, bordeada por una franja de oro, sembrada de calaveras, de tibias en aspa, de cadenas triangulares en oro, y atravesada en el medio por una banda de oro que representa un puente sobre el que están las letras L. D. P. Esta faja es lo bastante larga como para que sus franjas caigan sobre los faldones del traje. La joya, en metal dorado, representa un doble triángulo formado por un nivel y un compás encerrados en un círculo de oro; hay, además, dos espadas enlazadas en aspa por la hoja y cuyas empuñaduras reposan sobre el nivel. Los hermanos no llevan mandil en el Segundo Habitáculo.

El Candidato, al que el Maestro de Ceromonias hace salir de la torre por la puerta exterior, se topa sobre el puente con unos guardias

que le quitan el mandil y su cordón verde y simulan oponerse a su paso. Pero él los ahuyenta y llega a la puerta del Segundo Habitáculo, que se abre ante él. Encuentra a unos Hermanos de pie, la espada en la mano derecha y la llana en la izquierda, que representan a los «Judíos que quedaron en Jerusalén, a quienes Jerobabel viene a anunciar su liberación y su vuelta de Babilonia con los restos desafortunados de la Fraternidad». Al divisarle, el Maestro de Logia grita:

«Hermanos, la Cautividad cesa y nuestro sueño termina. Este cautivo es precisamente el Principe de la Tribu Soberana que debe reconstruir nuestro Templo. Que sea admitido entre nosotros y se le nombre para guiar nuestros trabajos».

Jerobabel cuenta entonces su liberación, la victoria que acaba de conseguir abriéndose paso en el puente tendido sobre el río Starburza-nai; pero su victoria le ha costado las marcas distintivas dadas por Ciro (es decir, el mandil y la cinta verde). A cambio se le entrega la joya colgada de la cinta roja, la banda «marca de la verdadera Caballería ganada en el río Starburzanai con la victoria lograda sobre quienes se oponían a su paso», un lazo verde, una llana y unos guantes blancos. Después presta un juramento por el que se compromete a guardar un silencio inviolable sobre el ritual de su recepción, «bajo pena de que mi cuerpo sea expuesto a la merced de las bestias feroces, que mis sentidos sean privados del olfato y del oído, que el rayo me reduzca a cenizas para servir de escarmiento a todos los indiscretos».

Se le enseña el toque del grado, que consiste en «llevar la mano derecha a su espada como para combatir, después hacer un movimiento con el cuerpo, pie derecho atrás y mano izquierda levantada, aparentando rechazar a su enemigo, de modo que los dos Hermanos unan en esta posición las manos izquierdas, la una enlazada con la otra, y se abracen». Finalmente, el Maestro de Logia concluye:

«Pasad, Hermano, al Tribunal de los Soberanos de nuestras logias. Serviréis de piedra angular del edificio. Reinaréis sobre los obreros, como Salomón, Hiram y Moabón han reinado, mandándolos y aconsejándolos».

11
Los Príncipes de Mercy

La Francmasonería escocesa del Rito Antiguo y Aceptado tiene treinta y tres gradaciones o grados. Ahora bien, actualmente solo un pequeño número de estos grados son efectivamente transmitidos por iniciación; los otros se conceden por comunicación, lo que sencillamente significa que se «saltan». Quizá sean objeto de una instrucción oral... y aun eso lo dudamos.

Así, el iniciado pasa directamente del decimoctavo grado *(Rosa-Cruz)* al trigésimo *(Caballero Kadosh).* Sin embargo, el vigésimo sexto (titulado *Escocés trinitario* o *Príncipe de Mercy)* todavía se practica en ciertas obediencias discretas, «salvajes».

Nos encontramos en posesión de un ritual auténtico perteneciente a este último grado. Las operaciones de la Gran Obra se evocan en él de modo sensible, lo que deja en el candidato una impresión duradera, obligándole a reflexionar sobre una determinada concepción de las armonías en el Hombre, el Cosmos y el Cielo.

Rene Guénon, que ha dedicado a ello varias páginas en su *Esote-rismo del Dante*[1], no se equivoca cuando escribe:

«... El grado de que se trata, como casi todos los ligados a la misma serie[2], presenta una significación netamente hermética y, a este respecto conviene señalarlo muy especialmente, ello presenta la conexión

[1] *Esotérisme du Dante,* Bossard, París, 1925.
[2] Del decimonoveno al vigésimo noveno.

del hermetismo con las órdenes de Caballería… La mayor parte de estos grados, y también algunos de los que se encuentran en otros ritos, aparecen como los vestigios de una organización que en otro tiempo tuvo existencia independiente y, especialmente, de aquellas antiguas órdenes de Caballería cuya fundación está vinculada a la historia de las Cruzadas…».

En una obra que tuvo mucha audiencia en las logias a principios del siglo XIX, *Explicación de los emblemas y los símbolos de los doce grados filosóficos,* puede leerse:

«Todo en este grado [el vigésimo sexto] ofrece el emblema de la Trinidad: ese fondo con tres colores (verde, blanco y rojo), esa figura de la *Verdad,* por todas partes, en fin, ese índice de la *Gran Obra de la Naturaleza,* de los elementos constitutivos de los metales Y , 9 , O, de su fusión y de su separación, en una palabra, de la ciencia de la química mineral de la que Hermes fue el fundador entre los egipcios y que dio tanto poder y extensión a la medicina. Es tan cierto que las ciencias constitutivas de la felicidad y de la libertad se suceden y clasifican con este orden admirable que prueba que el Creador ha provisto a los hombres de todo lo que puede aliviar sus males y prolongar su paso por la Tierra…

»Es en el número Tres donde el sabio observador descubre la fuente primitiva de todo lo que incita el pensamiento, enriquece la imaginación y da una idea exacta de la igualdad social».

Recordemos que el grado precedente, el vigésimo quinto, *Caballero de la Serpiente de Bronce,* es una paráfrasis de los textos bíblicos relativos a Moisés, a la salida de Egipto, y especialmente de este versículo: «Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce y la puso sobre un asta y si alguno era mordido por una serpiente, miraba la serpiente de bronce y vivía» (Números, XXI, 9).

Ello constituye una prefiguración de Cristo Jesús, puesto que en el Evangelio de Juan se lee: «Como Moisés alzó la serpiente de bronce en el desierto, así también es

preciso que el Hijo del Hombre sea alzado a fin de que quien crea en El tenga la vida eterna» (III, 14).

Veamos a continuación unos extractos característicos del ritual de los *Príncipes de Mercy.*

DECORACIÓN DE LA LOGIA

La Logia, denominada *tercer cielo,* estará tapizada de verde y decorada con nueve columnas de las que una será blanca y otra roja alternativamente; en cada columna habrá un brazo que lleva nueve estrellas, lo que hará un total de ochenta y una. Este número puede reducirse a veintisiete.

Por encima de la cabeza del Presidente, al que se llama *Príncipe Excelente,* habrá un dosel tricolor, verde, blanco y rojo. Ante él, sobre su mesa, hay extendido un tapiz del mismo color. Finalmente, sobre su mesa habrá la estatua de una mujer desnuda que representa a la Verdad; de su cabeza saldrá una llama, sostendrá un espejo en la mano izquierda, teniendo la derecha levantada hacia el corazón y sosteniendo un triángulo de oro. Esta Estatua, que es el *Palladium* del grado, deberá estar siempre cubierta por un velo tricolor como el tapiz; tendrá veintinueve pulgadas de altura sin el pedestal. El pedestal que sustentará dicha estatua será triangular y hueco, de modo que pueda contener un cajón de la misma forma; en el cajón habrá un libro, también triangular y cubierto con una envoltura tricolor como el velo de la estatua. Este libro, que es el *Libro de la Verdad,* encerrará la explicación de todos los emblemas del grado.

Habrá, además, sobre la mesa una flecha de tres pies de larga; la madera será blanca y las plumas verdes y rojas. La punta será de oro.

VESTUARIO

El Presidente está vestido con una túnica tricolor[3]; lleva una corona rodeada de tres veces tres puntas de flecha de oro y tiene en la mano una flecha que cumple funciones de maza y de la que se sirve dando con la punta.

El vestuario de todos los otros Hermanos consiste en un mandil rojo adornado en el medio con un triángulo blanco y verde; además,

Verde, blanco, rojo.

cada uno lleva, así como el Presidente, un cordón tricolor, blanco, rojo y verde, como collar, a cuyo extremo está suspendido, como joya, un triángulo equilátero de oro.

TÍTULOS

El Presidente se llama *Principe Excelente;* el Primer y Segundo Vigilantes, *Primer* y *Segundo Excelentes.* Todos los Hermanos, indistintamente, tienen en este grado el título de *Excelentísimo.* Además de estos tres oficiales dignatarios hay un Hermano Secretario, un Orador, un Hermano Introductor, un Tesorero y un Guardián Sagrado, que responde del *Palladium* con su cabeza, y, finalmente, un Hermano Sacrifi-cador.

APERTURA DEL TERCER CIELO

El Príncipe Excelente, con el Hermano Guardián Sagrado a su derecha y el Hermano Sacrifícador a su izquierda, y estando todos los demás Hermanos dispuestos según su grado, pregunta al Primer Excelente si hay algún ignorante entre los adeptos; a estas palabras el Primer Excelente y todos los Hermanos responden:

—¿No sabéis, Príncipe Excelente, que ellos no pueden elevarse hasta la bóveda impenetrable del Tercer Cielo? *(Entonces el Príncipe Excelente da quince golpes sobre la mesa con su flecha. Los Hermanos Primer y Segundo Excelentes repiten el toque.)*

A continuación dice:

P.—¿Qué edad tenéis, Hermano Primer Excelente?

R.—Ochenta y un años.

P.—¿Qué hora es, Hermano Segundo Excelente?

R.—Avisad, Príncipe Excelente.

Luego el Príncipe Excelente se quita la corona y dice:

—La armonía reina, la materia espera; preparémonos para la Obra... El Tercer Cielo está abierto.

Cuadro del Grado

El Cuadro del Grado, que debe desarrollarse sobre el Tercer Cielo incluso el día en que no hay recepción, ha de representar las figuras siguientes (la forma del cuadro es triangular):

1. Una pira encendida.
2. Un brazo armado con un gran machete.
3. Un ángel en una nube.
4. Una gran cruz.
5. Una lanza.
6. Una corona de espinas.
7. Un Arca de la Alianza.
8. Unas tablas de la Ley.
9. Un incensario.
10. Una figura de Mercurio con todos sus atributos.
11. Un hornillo con un crisol encima.
12. Un lingote de oro.
13. Una antorcha ardiente.
14. Un globo que gira sobre su eje.
15. Un triángulo equilátero de oro.

Recepción

Después que el neófito ha sido propuesto y aceptado en la forma requerida y ha llegado a la Cámara de Reflexión —estando el Tercer Cielo abierto del modo habitual—, el Príncipe Excelente, jefe de los Trabajos, ordena al Gran Sacrificador que se traslade a la entrada del Tercer Cielo para hacerse cargo del neófito, y al Hermano Introductor, que vaya a buscarle.

El neófito, con los ojos vendados, llega a la entrada del Tercer Cielo y llama a la puerta con cinco golpes lentos, tres precipitados y uno lento.

El Príncipe Excelente.—Hermano Primer Excelente, informaos de los motivos que pueden mover a un caballero de la Serpiente de Bronce para que venga a perturbar la Gran Obra.

El Hermano Primer Excelente repite el ruego, que es transmitido al Hermano Sacrificador por el Segundo Excelente. El Hermano Sacrifica-dor entreabre la puerta y, tras haber comunicado con el Hermano Introductor, dice:

El Hermano Sacrificador.—Príncipe Excelente, el neófito es, en efecto, un caballero de la Serpiente de Bronce que quisiera elevarse hasta esta región. Se llama *(nombre profano).* Su alma es fuerte, su inteligencia clara, sus manos hábiles, y el Hermano Examinador responde de ello.

El Príncipe Excelente.—Bien, yo alabo su celo; que abandone la atmósfera terrestre y sea introducido en los cielos.

Se abre la puerta y el Hermano Introductor hace entrar al neófito (tiene los ojos vendados), que da nueve pasos serpenteando.

El Príncite Excelente.—Hermano Sacrificador, haceos cargo del neófito que tiene la audacia de querer elevarse hasta nosotros reptando como un vil reptil.

El Hermano Sacrificador se hace cargo del neófito y le dice:

Hermano Sacrificador.—Me doy cuenta de que sois un Caballero de la Serpiente de Bronce. ¿Qué significa esta marcha irregular?

El neófito.—No he conseguido llegar hasta aquí sino penosamente y perseverando en el bien.

El Príncipe Excelente.—Caballero, ¿estáis seguro de vuestras fuerzas como para poder lanzaros hasta la estancia de la Luz?

El neófito.—Sí.

El Príncipe Excelente.—Que se le den unas alas y ascienda al Primer Cielo.

Tras estas palabras se fijan sobre los hombros del candidato unas alas en forma de remo y se le pone en las manos los mangos de estas alas que se cruzan ante el pecho de modo que las pueda mover con facilidad.

El Príncipe Excelente.—Heos aquí dispuesto a emprender el viaje difícil y peligroso que queréis hacer. Caballero, ¿seguís aún con las mismas intenciones?

El neófito.—Sí.

El Príncipe Excelente.—Siendo así, que se coloque la gradilla cerca del abismo y que se haga subir allí al viajero.

Se adelanta una gradilla que debe tener nueve peldaños y una altura mínima de cinco pies, y se coloca entre los Hermanos Primer y Segundo Excelentes, mirando los escalones hacia la puerta de entrada.

El Príncipe Excelente.—Sacrificador, guiad al neófito a la gradilla desde donde debe tomar impulso hacia la bóveda celeste.

Cuando el neófito ha ascendido los nueve grados de la gradilla, sin soltar el mango de sus alas, el Sacrificador le deja solo diciéndole por lo bajo que espere la orden del Maestro.

El Príncipe Excelente.—Caballero de la Serpiente de Bronce, vais a atravesar una ruta que todos nosotros hemos recorrido. Así pues, no está por encima de las fuerzas humanas, ya que nosotros somos hombres como vos. Aunque las alas que se os ha dado estén hechas por un mecánico de los más hábiles, os prevengo que serán para vos débil ayuda si no os sostienen los sentimientos que deben animaros; estos preciosos sentimientos son el deseo ardiente de instruiros para después dirigir vuestros conocimientos hacia un bien digno del hombre virtuoso, la valentía necesaria para vencer todos los obstáculos que entorpecen el camino de la vida y triunfar sobre las pasiones que encadenan a los mortales y los desvían de las cosas grandes; finalmente, una confianza extrema en vuestro proyecto, que debe fundarse en la paz de vuestra conciencia y la pureza de vuestras intenciones.

Si tal es vuestra alma, si tales son vuestras intenciones, podéis partir sin temor; existe en vos una fuerza de ascensión lo bastante poderosa como para elevaros sin peligro más allá de las regiones en que se encuentra circunscrita la atmósfera de nuestro planeta. Este Templo no tiene más bóveda que la de los cielos, y nuestras miradas, junto con

nuestros deseos, os acompañen; pero si, por el contrario, hay vicios vergonzosos que manchan vuestra alma, si vuestra aparente energía no es más que descaro y vuestra aparente valentía una vana ambición, guardaos de abandonar la gradilla que todavía os sirve de apoyo; al menor movimiento que hicierais os precipitaríais en una profunda cisterna en la que encontraríais una muerte inevitable.

¿Continuáis aún con la intención de hacer vuestro primer viaje?

Si el neófito responde sí, el Príncipe Excelente le da la señal de salida, que consistirá en tres palmadas.

El Príncipe Excelente.—A la tercera os lanzaréis al aire moviendo vuestras alas, y Dios hará el resto. ¿Habéis considerado ya todo bien? ¿Estáis dispuesto?

El neófito.—Sí.

El Príncipe Excelente da tres palmadas iguales y despacio; a la tercera el candidato debe saltar.

Observaciones

Hay dos medios de detener al candidato en su caída, que podría ser peligrosa a cinco pies de altura: el primero consiste en colocarle bajo los brazos, por el pecho, una fuerte cincha que se le fija sólidamente al colocarle las alas; esta cincha pende de una cuerda gruesa atada al techo, de modo que, estirada, mantiene al hombre suspendido a medio pie del suelo.

El segundo medio es el más simple; consiste en mantener bajo él, sostenida por seis Hermanos,

una buena manta de lana que se debe mantener estirada con fuerza para que la caída del candidato no la haga hundirse hasta el suelo.

Tras esta prueba, se le quitan las alas y el Príncipe Excelente le dice:

El Príncipe Excelente.—Caballero, estamos contentos de vos y la recompensa que esperabais se ha aproximado mucho a mi promesa.

Os anuncio que en este momento estáis en el espacio del firmamento por donde ruedan las estrellas errantes; la enorme distancia que habéis recorrido sin daros cuenta debe sorprenderos, sin duda, pero no debéis mirar aún más que con los ojos de la fe. ¿Estáis dispuesto a sufrir nuevas pruebas y a elevaros desde el Primer Cielo, en el que os halláis, hasta el Segundo Cielo?

El neófito.—Sí.

El Príncipe Excelente.—Que se le haga subir a la escalera misteriosa para que pueda alcanzar ese deseado estadio.

Llevan al candidato una escalera que tiene tres peldaños y que se mantiene de pie colocando el pie izquierdo sobre el primer peldaño. El Sacrificador le advierte que debe esperar a la respuesta del Maestro.

El Príncipe Excelente.—Caballero, vais a ascender al Segundo Cielo siguiendo esta escalera misteriosa. Ahora es cuando tenéis necesidad de reunir todas vuestras fuerzas y, sobre todo, de conservar una presencia de ánimo que os será más útil que nunca... Recordad el nombre de las tres columnas que sirven de base al edificio de los Soberanos Príncipes Rosa-Cruz y repetid el nombre de una de estas columnas en cada uno de los peldaños sobre el que vais a ascender.

El candidato debe decir mientras asciende:

— *en el primer peldaño:* Fe;
— *en el segundo:* Esperanza;
— *en el tercero:* Caridad.

El Príncipe Excelente.—Caballero, ¿no tenéis valor para ir más adelante? ¿A qué vienen vuestras dudas?

(Tras un silencio.)

Hombre insensato, ¿cómo queréis encontrar otro grado por encima de la perfección? ¿Acaso estos tres peldaños que habéis salvado por el poder de las tres virtudes teologales no son el símbolo del número ternario, el más sublime de los números conocidos? Adelantad

vuestra mano izquierda e intentad ver si encontráis algo por encima de vos, y os convenceréis de que estáis al final del viaje.

En este momento, se acerca una vela encendida a la mano del neófito, que la retira precipitadamente.

El Príncipe Excelente.—¡Tembláis, caballero! No temáis nada, el calor que acabáis de sentir es el que difunden las estrellas fijas; estáis cerca de la región que les fue asignada por el Supremo Arquitecto de los Mundos. Si habéis retirado la mano con espanto, es que no sois aún lo bastante puro como para soportar la atmósfera del Segundo Cielo. Apeaos, pues, de vuestra presunción y pensad que sin nuestra ayuda nunca podríais superar los obstáculos que os rodean.

Dad a beber al neófito el éter del Segundo Cielo.

Se le da un vaso lleno de un líquido amargo del que no puede tragar más que algunas gotas y después se le quita de la escalera para colocarlo sobre el suelo.

El Príncipe Excelente.—El efecto de este precioso licor acaba de manifestarse en vos con la rapidez del relámpago. Veos ahora, caballero, despojado de esas partes impuras que se mantenían unidas a vuestra existencia durante vuestra estancia sobre el globo terrestre. Vuestro cuerpo más ligero ha adquirido la propiedad de resistir a la acción del fuego, pues estáis rodeado de mundos luminosos cuyos rayos no operan ya sobre vuestros sentidos... Aprended que el hombre, al tender a la perfección, se alegra, por así decido, en su alma e inicia una nueva vida.

Caballero, no os queda más que dar un paso para elevaros hasta el Tercer Cielo, término de vuestro viaje. ¿Estáis dispuesto a intentar esta difícil empresa?

El neófito.—Sí.

El Príncipe Excelente.—Me doy cuenta, caballero, de que estáis envalentonado por vuestro éxito, de que la fuerza moral domina al sentimiento físico. Puesto que la resolución del candidato parece ser inquebrantable, haceos cargo de él, Hermano Sacrificador, y sumergidle en el tercer elemento.

Veremos si no sucumbe a la prueba de la inmersión.

El Hermano Sacrificador coge al neófito por medio del cuerpo, le balancea como para arrojarlo y, colocándolo de nuevo de pie, le dice:

El Hermano Sacrificador.—Príncipe Excelente, está en el Tercer Cielo.

El Príncipe Excelente.—Caballero, alabo vuestra perseverancia en el bien, pero ¿no os sentís incomodado por las aguas que os rodean?

El neófito.—No.

El Príncipe Excelente.—Así debe ser; aparentemente ignoráis que las aguas superiores no mojan en absoluto a causa de su extrema rarefacción, pero cuando estéis más versado en las altas ciencias se os enseñará a conocer las causas físicas de los prodigios de la Naturaleza.

Estamos contentos de vos, caballero. ¿Queréis retroceder o avanzar?

El neófito.—Avanzar.

El Príncipe Excelente.—Gozad del fruto de vuestros trabajos; el Tercer Cielo os es abierto.

Pronunciadas tales palabras, el Príncipe Excelente dispara un tiro de pistola; el Hermano Sacrificador arranca la venda al neófito y todos los Hermanos Excelentes le aclaman.

El Príncipe Excelente.—Hermanos Excelentes, retiraos. *(Todos los Hermanos Excelentes vuelven a sus lugares.)* Hermano Sacrificador, haced dar al neófito tres veces la vuelta al Triángulo emblemático y que observe con atención las tres veces cinco figuras que en él están trazadas. *(El Hermano Sacrificador obedece la orden.)* Caballero, habéis llegado al Tercer Cielo. Se ha desarrollado ante vuestros ojos el Triángulo que contiene las tres veces cinco figuras sobre las cuales están establecidos los principios del Sublime Grado de los Príncipes de Mercy y se os van a revelar los Misterios Sagrados que encierra; pero antes de desvelaros este importante Secreto, os exigimos el juramento de aprendiz sobre todo lo que lleguéis a conocer y sobre todo lo que podéis esperar de nosotros. ¡Haced el juramento!

El neófito.—Me comprometo por mi juramento a no descubrir jamás los secretos que me han sido y serán confiados.

Evocación de la Gran Obra (alquímica)

El Príncipe Excelente.—Hermano Primer Excelente, ¿cuál es el primer estudio de un filósofo?

R.—La búsqueda de las operaciones de la Naturaleza.

P.—¿Cuál es el fin de la Naturaleza?

R.—Dios, del mismo modo que es su principio.

P.—¿Qué representa la Luz de los Masones?

.R.—El aliento divino, el fuego central que vivifica todo lo que existe.

P.—¿Qué cualidades deben tener los escrutadores de la Naturaleza, Hermano Segundo Vigilante?

R.—Deben ser tal como la Naturaleza misma; es decir, veraces, simples, pacientes y constantes. Esos son los caracteres esenciales que distinguen a los buenos Masones, y cuando ya en la primera iniciación se inspiran esos sentimientos a los candidatos, se les está previamente preparando para adquirir las cualidades necesarias a la clase filosófica.

P.—¿Cuál es la primera y verdadera materia de los metales?

R.—La primera y principal es una humedad del aire con un aire caliente que se adhiere a toda cosa, pura o impura.

P.—¿Cómo han llamado los filósofos a esta humedad?

R.—Mercurio.

P.—¿Cuál es la segunda materia?

R.—Es el calor de la tierra, es decir, un calor seco que los filósofos denominan Azufre.

P.—¿Cuál es la vida de los metales?

R.—No es nada más que el fuego cuando todavía están acostados en su mina.

P.—¿Cuál es su muerte?

R.—Su muerte y su vida tienen un mismo principio, puesto que mueren por el fuego, pero un fuego de fusión.

P.—¿Los diversos metales conocidos tienen simientes

distintas?

R.—Tienen todos una misma simiente, pero su lugar de formación ha sido la causa de su diferencia.

P.—Hermano Primer Excelente, ¿cómo se forma el oro en las entrañas de la Tierra?

R.—Cuando la primera materia de la que hemos hablado es sublimada en el centro de la Tierra y pasa a los lugares calientes y puros donde una cierta semilla de las emanaciones se adhiere a las paredes, entonces ese vapor, ese Mercurio de los filósofos, se une, se junta a esta semilla que él sublima; de esta mezcla resulta una cierta untuosidad que, sublimándose de nuevo y pasando a otros lugares limpiados por el vapor precedente y donde la Tierra es más sutil, pura y húmeda, rellena los poros de esta tierra, se junta a ella… y entonces es cuando se produce el oro.

P—¿Cuál es el objeto de la búsqueda de los filósofos?

R.—Es el conocimiento del arte de perfeccionar lo que la Naturaleza dejó imperfecto en el género mineral y de llegar al tesoro de la Piedra Filosofal.

P.—¿Qué es esta Piedra?

R.—La Piedra Filosofal no es nada más que lo húmedo radical de los elementos perfectamente purificados y llevados a una soberana fijeza, lo cual permite que produzca cosas tan grandes.

P.—Hermano Segundo Excelente, ¿qué derrotero debe seguir el filósofo para llegar al conocimiento y ejecución de la obra física?

R.—El mismo que el Gran Arquitecto del Universo maduró para la creación del Mundo, observando cómo el caos fue ordenado.

P.—¿Cuántas operaciones hay en nuestra obra?

R.—No hay más que una sola, que se reduce a la sublimación, que no es nada más que la elevación de la sustancia seca por medio del Fuego con adherencia a su propio vaso.

P.—¿Cuándo debe emprender un filósofo la confección de la Gran Obra?

R.—Cuando sepa en teoría sacar de un cuerpo disuelto por medio de un espíritu crudo un espíritu digesto, el cual habrá de reunirse con el aceite vital.

P.—Hermano Primer Excelente, explicadme esa teoría más claramente.

R.—Para hacer más perceptible el asunto he aquí el procedimiento: el filósofo deberá comenzar cuando sepa por medio de una menstruación vegetal lisa y mineral disolver un tercer esencial, con la reunión de los cuales hay que lavar la tierra y exaltada después en

quintaesencia celeste para componer así su rayo sulfuroso, el cual penetra los cuerpos en un instante y destruye sus excrementos.

R—¿Cuántas clases de oro distinguen los filósofos?

R.—Tres, como habéis dicho no hace mucho: el oro astral, el oro elemental y el oro vulgar.

P.—¿Qué es el oro astral?

R.—Tiene su centro en el Sol que le comunica a todos los seres inferiores; es una sustancia ígnea y que recibe una continua emanación de los cuerpos subsolares que penetran todo lo que es sensitivo y vegetativo.

R—¿En ese sentido hay que considerar el Sol pintado en el cuadro de los primeros grados de la Orden?

R.—Sí, Príncipe Excelente; todas las otras interpretaciones son velos para disfrazar al candidato las verdades filosóficas.

R—¿Qué es el oro elemental?

R.—Es la más pura y fija porción de los elementos y de todas las sustancias que componen, de modo que todos los seres comprendidos en los tres reinos contienen en su centro un precioso grano de este oro elemental.

R—¿Cómo está representado este oro en los cuadros de los primeros grados?

R.—Así como el Sol indica el oro astral, la Luna significa su reino sobre todos los cuerpos sublunares que le son subyacentes, conteniendo en su centro el grano fijo de este oro elemental.

R—Explicadme el oro vulgar.

R.—Es el más bello metal que la Naturaleza pueda producir, tan perfecto en sí como inalterable.

R—¿De qué especie de oro es la Piedra Filosofal?

R.—De la segunda especie, ya que es la más pura porción de todos los elementos metálicos después de su purificación.

R—¿Dónde se encuentra la materia que nosotros empleamos?

R.—Se encuentra por todas partes, pero hay que buscarla principalmente en la naturaleza metálica, donde se encuentra más especialmente que en otros sitios.

R—¿Cuál debe preferirse a todas las otras, Hermano Segundo Excelente?

R.—Se debe preferir la más madura, la más apta y la más fácil, pero hay que tener cuidado sobre todo de que la esencia metálica esté no solamente en potencia sino también en acto y que posea un esplendor metálico.

R—Hermano Primer Excelente, sin embargo es necesario socorrer a la Naturaleza a fin de que la obra se haga mejor y más pronto, y ello por los medios indicados anteriormente y empleando el rayo sulfuroso cuyo origen hemos explicado. Por este procedimiento es como se extraerá de la Materia el oro puro filosófico.

El Príncipe Excelente (al candidato).—Podéis ver, Excelentísimo Hermano, por este resumen de nuestra teoría, que nos es conocida la transmutación de los metales. Ha llegado el momento de que conozcáis el fin y el objeto de todos nuestros trabajos. De los filósofos que nos han precedido nos viene el importante secreto de componer el oro, pero los peligros que lleva consigo este conocimiento admirable nos obligan a trabajar sin tregua en la desconfianza de nosotros mismos.

Con pocos días de estudio continuado y siendo el testigo secreto de nuestras operaciones, no tardaréis en cooperar en lo que llamamos la Gran Obra; llegaréis a ser un hábil químico y haréis oro.

Hay una cosa importante que revelaros: ninguno de nosotros tiene derecho a sustraer la menor partícula de este metal precioso. Si los filósofos que me rodean no toman a la Sabiduría como guía de sus acciones, se apropiarían enseguida del oro que confeccionan y se procurarían todos los goces que da la riqueza. ¿Qué resultaría de ello? Que la facilidad de producir llevaría a la facilidad en el gasto; que el público, incluso el Gobierno, estarían interesados en conocer la fuente de tantos bienes, y que al final el imprudente comprometería su persona y su vida, y causaría infaliblemente nuestra pérdida.

Para prevenir todas esas desgracias, he aquí la marcha regular que hemos adoptado: todo el oro que sale del laboratorio en que vais a ser introducido lo depositamos en una caja artísticamente elaborada que contiene alrededor de tres millones de lingotes. La lentitud de nuestras operaciones y las precauciones que debemos tomar con objeto de descartar toda sospecha exigen de nosotros tres años de trabajo para que podamos llenar esta caja. Cuando se ha completado este valor metálico, el más antiguo de nosotros, que se encarga durante tres años de las

funciones de que soy depositario, se lleva esta caja, nos dice un adiós eterno tras haber prestado un juramento terrible y va a gozar en una comarca lejana de los frutos de su trabajo, sus estudios y su discreción. Cada tres años perdemos uno de nuestros colaboradores, que es reemplazado por un nuevo Hermano. Os felicito, Excelentísimo, por haber merecido ser llamado a ello por vuestros conocimientos y vuestras virtudes. Juzgad ahora la importancia de nuestros trabajos y la dicha que os espera si la muerte no os sorprende antes de que os llegue vuestro turno de participar de nuestras riquezas...

12 La Masonería de adopción

Se llama Masonería de adopción la reservada a las mujeres. En un opúsculo editado en los primeros años del siglo XIX, el caballero Guillemin de Saint-Victor afirma que «hace más de cuatro mil años que la Masonería existe bajo diferentes denominaciones». Ciertamente, se guarda de aportar la menor prueba en apoyo de esta audaz afirmación.

Sin embargo, las *Constituciones* de Anderson excluyen formalmente a las mujeres de la iniciación masónica, incluso las rodean de enojosa compañía:

«Los esclavos, las mujeres, las gentes inmorales o deshonradas no pueden ser admitidas [en la Orden], sino solamente los hombres de buena reputación».

Ahora bien, esas *Constituciones* son la carta de la Masonería regular.

¿Pero puede imaginarse en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII una compañía amable sin que figure en ella «la parte encantadora del género humano»?

Yendo más allá de las declaraciones de Anderson, nuestros antepasados se apresuraron —desde que la Francmasonería estuvo implantada en Francia— a

admitir a sus compañeras.

Así, un informe de la policía, de Feydeau de Marville, revela ya en 1337:

«Se han controlado varias logias de *frimaçons*[1] en las que se inicia todos los días a mujeres...».

Innovación tanto más natural cuanto que estaban de moda las sociedades báquicas, jocosas, medio secretas, como la Orden de la Felicidad, los Caballeros y Caballeras del Ancla, la Orden de la Mosca en la Miel, en las que las mujeres eran mayoría.

Estas sociedades más o menos libertinas (en los dos sentidos de la palabra) reunían en la más graciosa confusión a damas de calidad y coristas de la Ópera.

Pero Guillemin de Saint-Victor nos advierte que el fin de la Masonería de adopción era mucho más elevado: era, de alguna manera, «reparador».

En su *Epístola a las Señoras,* escribe:

«Permitidme dedicaros esta obra como una prueba auténtica de nuestro error y de vuestra gloria. Lo bastante injustos como para creer que los placeres fundados sobre todas las virtudes estaban por encima de las facultades de vuestra alma y no podían por menos de disgustar a un sexo con el que suponíamos no tener otra cosa que compartir que la fidelidad, habíamos osado excluiros de nuestras asambleas. Pero, comprendiendo ya, y demasiado castigados por el aislamiento y el tedio que hemos sufrido por vuestra ausencia, estamos convencidos de que el fin de nuestra existencia es vivir con vosotras... Así, Señoras mías, destruyendo los sentimientos ridículos que un falso amor propio podía producir, os reconocemos tan libres y tan razonables como nosotros...».

A pesar de su estilo ampuloso, esta *Epístola* merece una particular atención. Es el primer documento que proclama la igualdad de los sexos, primer ensayo, muy tímido, de lo que pronto se llamará *feminismo.*

Las hermanas masonas tuvieron inmediata intuición de ello. Lo que en principio no fue más que un amable y jocoso divertimiento, se convirtió en algunos años en potencia política e irresistible fuerza social.

[1] Como en el original. Palabra inglesa que correctamente se escribe *freemason;* su equivalente en francés es *francmagon. (N. del T.)*

La cualidad misma del proselitismo de los talleres de adopción ayudó poderosamente a esta transmutación.

¿A quiénes vemos inscritas en los registros de esas logias?

Pues a los nombres más grandes de Francia:

La duquesa Mathilde de Bourbon, prima del rey y madre del duque de Enghien; la princesa de Lamballe; la duquesa de Chartres; la marquesa de La Fayette; las duquesas de Noailles, e incluso burguesas cultivadas, como Madame Helvétius, por no citar más que algunos ejemplos.

La Masonería de adopción, en algunos años, gana la Villa y Corte hasta el punto de que, en una carta del 26 de enero de 1781, la reina María Antonieta escribe:

«Todo el mundo es de ellos» (hablando de los *frimaçons).*

Con la insinuante tenacidad que caracteriza la acción «de la más bella obra del Creador», las mujeres se liberaron rápidamente de la tutela masculina prevista por los primeros reglamentos.

Sus «trabajos» debían ser dirigidos por un Gran Maestro. Pronto no desempeñó este más que un papel decorativo. La admisión dependía de un voto de los hermanos. Finalmente, las hermanas dirigieron a su gusto el propio proselitismo. Más aún: en los procesos verbales de la Logia *El Candor* puede leerse, con fecha de 19 de enero de 1776:

«Se ha acordado que no se admitirá en adelante ningún hermano profano sin el consentimiento unánime de las Hermanas, que serán previamente consultadas sobre la admisión de tal o cual profano o afiliado».

Ahora bien, *El Candor* fue —en vísperas de la Revolución— un centro intelectual. Ella fue la que amparó a Benjamín Franklin, D'Hol-bach, Helvétius, Court de Gébelin, Sebastian Mercier, Lalande, etc.

Con *El Candor* estaba entroncada una Logia militar: *San Juan de la Gloria.* El nuevo articulo del reglamento también le fue aplicado.

La Convención dispersó todas las logias. Roéttiers de Montaleau reconstituyó, bajo el Consulado y el Imperio, los talleres masculinos. Las logias femeninas desaparecieron. Pero tomaron «renovados bríos» al comienzo del siglo XX y desempeñan un papel discreto pero no despreciable en el conjunto del cuerpo masónico francés.

Los rituales de la Masonería de adopción que hemos encontrado, enteramente basados en el Antiguo Testamento, nos parecen más alegó-

ricos que verdaderamente simbólicos. Es dudoso que hayan tenido un origen tradicional y es posible que se hayan redactado en su totalidad por algún masón erudito —quizá el mismo Guillemin de Saint-Víctor.

APRENDIZAJE (PRIMER GRADO)

El venerable Gran Maestro y una Gran Maestra, un orador con hábito capuchino, un hermano inspector, una hermana inspectora, un hermano y una hermana depositarios y una hermana introductora, todos llevando un cordón azul de moaré colgado al cuello, de cuyo extremo pende una llana de oro, están presentes: el Gran Maestro tiene un mazo negro para el mando, así como las hermanas inspectoras y depositarías.

Estas dos últimas, con la hermana introductora, hacen todo el oficio, no siendo la Gran Maestra más que una compañía honorable del Gran Maestro; dicha Gran Maestra ha merecido, por su virtud, ser elevada al más alto rango. Los hermanos y las hermanas que componen la Logia deben tener un mandil y guantes blancos.

La Logia está tapizada en rojo. Bajo un dosel, un trono donde se sientan el Gran Maestro y la Gran Maestra; delante de ellos hay un altar, y a sus costados, ocho figuras pintadas que representan la Sabiduría, la Prudencia, la Fuerza, la Templanza, el Honor, la Caridad, la Justicia y la Verdad. La Logia no debe estar iluminada más que por cinco cuencos llenos de olor con un poco de sal. Los hermanos y las hermanas que componen la Logia están ordenados en dos líneas a cada costado; las hermanas sentadas delante, y los hermanos, detrás con la espada en la mano. Las hermanas inspectoras y depositarías tienen también ante ellas una mesa pequeña sobre la que golpean cuando es el momento.

Al extremo de la Logia se le llama Asia; al lado derecho según se entra, África; al lado izquierdo, América, y a la entrada, Europa.

El cuadro de este grado es un tapiz que se extiende sobre el embaldosado de la sala: representa las cuatro

partes del mundo designadas por cuatro figuras pintadas.

La sala de reflexión está tapizada en negro; una lámpara la ilumina, suspendida por encima de una mesa cubierta por un trapo negro y sobre la que hay una calavera.

El Gran Maestro da cinco golpes para la apertura de la Logia y dice:

El Venerable.—Mis queridas hermanas inspectora y depositaría, exhortad a nuestros queridos hermanos y hermanas para que tengan a bien abrir con nosotros la Logia de aprendiza masona, haciendo nuestro oficio por cinco.

La hermana inspectora.—Mis queridos hermanos y hermanas, sois exhortados, por parte del venerable Gran Maestro y de la Gran Maestra, para que tengáis a bien abrir la Logia de aprendiza masona y hacer vuestro oficio por cinco.

La hermana depositaría repite por su parte estas palabras; a continuación:

El Venerable.—A mí, mis queridos hermanos y hermanas.

Después da cinco palmadas; toda la asamblea le imita y grita cinco veces: «¡Viva!»; entonces el Gran Maestro se dirige a una de las dos oficialas y la interroga:

P.—¿Cuáles son los deberes de una aprendiza masona? *R.*—Obedecer, trabajar y callarse.

El Venerable.—Obedezcamos, trabajemos y callémonos, respecto a todos nuestros Misterios, ante los profanos.

Durante ese tiempo la hermana que debe ser recibida es introducida en la habitación oscura.

El hermano orador, que la conduce y que debe estar solo con ella, le venda los ojos inmediatamente que entra allí; después le dice un discurso sobre la virtud y la caridad y le deja que reflexione.

Tras algunos minutos, golpea cinco veces en la puerta de la Logia; la hermana introductora le responde desde dentro con otros cinco golpes y manda avisar al Gran Maestro que están llamando a la puerta de la casa; el Venerable responde que hay que ver quién llama; el orador dice que se trata de una alumna de la sabiduría que desearía ser admitida como masona; el Gran Maestro pregunta qué parte la presenta, si se sabe que

la candidata tiene todas las cualidades necesarias a una buena masona y si no hay nadie que se oponga a la recepción. Los hermanos y las hermanas que consienten en ello levantan la mano, y cuando no hay oponente:

El Venerable.—¡Benditos sean nuestros trabajos! Vamos a dar una vez más apoyo a la virtud; no podemos sino regocijarnos de ello; aplaudamos, hermanos.

Iras el aplauso, el Gran Maestro ordena a la introductora que se informe sobre el nombre de la aprendiza, sus cualidades civiles y su religión. La hermana obedece. A continuación, el Venerable manda hacer entrar a la candidata. El orador ata las manos de la aspirante con una ca-denita y la entrega a la introductora, que la introduce en la Logia.

Siempre con los ojos vendados, la candidata introducida debe ser colocada a la entrada de la Logia entre las hermanas inspectora y depositaría. El Gran Maestro la interroga sobre el motivo que la conduce y le pregunta qué idea se ha formado de la Masonería. Después de que la aspirante haya respondido a las preguntas, el hermano inspector le hace dar dos vueltas alrededor de los cinco cuencos y la vuelve a llevar al mismo lugar del que la había hecho partir. El Venerable le pregunta si desea que le devuelvan la luz; la interrogada no deja de responder que lo desea. El Venerable da cinco golpes durante los cuales el inspector le descubre los ojos y los hermanos y hermanas cambian de lugar, lo más suavemente posible, de forma que las hermanas estén completamente ocultas por los hermanos, los cuales elevan sus espadas y las cruzan para formar una bóveda.

La candidata en pie queda sorprendida de no ver más que hombres en un lugar donde se imaginaba que iba a encontrar mujeres. El Gran Maestro le reprocha la imprudencia que ha cometido queriendo entrar en una sociedad que no conocía.

—Sin embargo —añade—, queremos creer que ni la inconsecuencia ni siquiera la curiosidad tienen parte alguna en vuestro intento y que la favorable idea que os habéis hecho de la Masonería es el único objeto que os anima a haceros recibir entre nosotros. ¿Persistís en el deseo de ser iniciada en nuestra Orden? ¿Encontraré en vos una mujer fuerte y animosa?

La candidata debe responder: Sí. *Entonces el Gran Maestro dice:*

—Mis queridos hermanos y hermanas: abrámosle **la puerta** de la virtud y libradla de sus cadenas. Es preciso ser libre **para entrar** en nuestros templos.

Después, dirigiéndose a la candidata: —Venid a mí,

señora, atravesando esta bóveda de hierro y acero.

El hermano inspector conduce a la candidata y le manda ponerse de rodillas ante el altar, haciéndole colocar la mano derecha sobre el Evangelio para prestar la promesa que sigue, y que el Venerable pronuncia con ella:

«En presencia del Gran Arquitecto del Universo, que es Dios, y ante esta augusta asamblea, prometo y juro solemnemente guardar y retener fielmente en mi corazón todos los secretos de los masones y de la Masonería que me van a ser confiados, bajo pena de ser deshonrada, despreciada y, además, golpeada por la espada del ángel exterminador. Pero para estar segura de ello, quiera descender una porción del espíritu divino sobre mi alma y hacerme alcanzar el más alto grado de la virtud. Que Dios me ayude. Así sea».

Pronunciada la promesa de esta manera, el Gran Maestro levanta a la nueva prosélita y la hace pasar a su derecha, diciéndole:

—Señora, venid a recibir las señales de nuestra estima. Nosotros tenemos unos signos, una palabra y un toque respecto a los cuales nos hemos puesto de acuerdo para conocernos.

Voy ahora a cambiaros el nombre de señora por el de hermana, dándoos el beso de la paz. *(El Venerable besa a la hermana cinco veces.)* Haga el Cielo que nunca olvidéis ninguno de los deberes que os impone un nombre tan dulce. Id, hermana, a haceros reconocer por las hermanas inspectora y depositaría…

La nueva iniciada obedece, y cuando vuelve el Venerable, la obsequia con un mandil y un par de guantes de piel blanca.

—Permitidme condecoraros con este mandil; los reyes, los príncipes y las más ilustres princesas se han sentido y se sentirán siempre honrados al llevarlo como símbolo de la virtud. El color de estos guantes —añade— os enseñan que el candor y la verdad son inseparables del carácter de una verdadera masona. Tomad asiento entre nosotros y dignaos prestar oído atento a la instrucción que vamos a hacer en vuestro favor.

COFRADÍA (SEGUNDO GRADO)

La Logia representa el jardín del Edén; debe estar artísticamente decorada; incluso debería serlo con follaje. En uno de los rincones se precisa una especie de río que asemeje caer de alguna roca; en el medio del jardín, un manzano, alrededor del cual hay una serpiente de cartón pintado, cuya *cabeza* se mueve por medio de un hilo de hierro y cuya boca se abre y cierra para sostener una manzana, permitiendo cogerla a voluntad; se ilumina tanto como se considere conveniente.

La tela es la misma que en el grado precedente; hay además sobre el altar, ante el Gran Maestro, una gran vela encendida y una pequeña pila que contiene un poco de harina desleída; en la parte baja de la Logia, un infiernillo de cobre, sobre el cual hay un cuenco lleno de alcohol, que se enciende después de haberle puesto un poco de sal; hacia la puerta, frente al Venerable, una mesa cubierta de un trapo negro, encima de la cual hay un transparente donde se representa a Caín matando a su hermano Abel. Es necesario también, para este grado, disponer de granizo y de trueno, que se hacen oír cuando la candidata muerde la manzana.

El cuadro representa las cuatro partes del mundo, como el del grado precedente. Hay además, en el medio, el Arca de Noé sobre la montaña en el instante que la paloma vuelve con la rama de olivo.

La Logia se abre como la precedente; el Gran Maestro tiene en la mano izquierda una rama de olivo y hace varias preguntas sobre el catecismo en espera de que la hermana que debe ser admitida esté presta. La candidata está en la sala de reflexión con el orador, que la exhorta a que soporte todas las pruebas que se le exigirán. Le hace quitarse todos los diamantes y las otras joyas que pueda tener, para señalar su humildad, y le pide su liga izquierda.

Tras haberla recibido, le venda los ojos y la introduce en la Logia. La hermana introductora la sitúa entre las dos oficialas; advierte el Venerable que la hermana que desea ascender al segundo grado está presente -y que, como prueba de su sumisión, ha entregado sus joyas y su liga (el orador las pone sobre el altar). Inmediatamente el Gran Maestro se levanta y dice a la candidata:

—Mi querida hermana, contemplo vuestro celo con extremo placer; sin embargo, aunque nos confirméis en la alta idea que nos hemos formado de vos, me considero aún obligado a comprometeros a no precipitar nada. Sabed que una sola debilidad nos impediría recibiros.

Si la hermana persiste, el Venerable manda al hermano inspector que le haga dar dos veces la vuelta al cuadro y le haga pasar por la prueba del fuego, a fin de persuadir a todos los hermanos de su valentía. Terminadas las dos vueltas, el inspector aproxima a la aspirante a la llama que produce el alcohol. Pero apenas ha sentido ella el calor cuando el Venerable dice:

—Es suficiente; debemos estar contentos de su sumisión. Mi querida hermana, nada temáis: la buena fe es sagrada entre los masones; la venda que tenéis sobre los ojos nos asegura de la vuestra y nos representa el estado de inocencia en que vivían nuestros primeros padres. No os queda más que una prueba para entrar en nuestro santuario; aunque ciertamente sea terrible, no está por encima de la virtud valerosa. Vamos a conduciros al lugar de las delicias; que la sabiduría y la prudencia os inspiren en lo que os queda por hacer y os conduzcan hacia mí con certeras señales de vuestra inocencia.

Terminado este discurso, el hermano inspector conduce a la candidata al Paraíso Terrestre y la abandona a sus reflexiones. En cuanto se ha ido,

algún comisionado para ello le da una manzana y le persuade de la necesidad de que coma para ser recibida, pues sin eso no puede alcanzar el conocimiento de los sublimes misterios de la Masonería, ha aspirante no opone ninguna dificultad; pero, apenas ha comenzado a morder la manzana, se oyen el trueno y el granizo; el instigador se escapa hábilmente y el orador, que se mantiene presto, se adelanta con pasos precipitados, detiene el brazo de la candidata, le desata su venda y grita:

—¡Desgraciada! ¿Qué habéis hecho? ¿Así es como vos practicáis las lecciones de sabiduría que se os han dado? ¡Cómo! Despreciando las promesas que os ha hecho el Gran Maestro de recompensar vuestra valentía y vuestra prudencia, os dejáis seducir por ese monstruo *(le muestra la serpiente a la que se hace mover la cabeza).* ¿Qué premio podéis esperar de semejante flaqueza?

ha sorprendida candidata está demasiado desconcertada como para responder. El orador continúa:

—Seguidme, señora, y salgamos con la mayor rapidez posible de un lugar que os recordaría sin cesar vuestra falta.

Después, conduciéndola al centro de la asamblea, la pone en manos del inspector y va a llevar al Gran Maestro la manzana mordida. El Venerable la recibe y dice a la candidata:

—Demasiado veo, señora, el poco caso que habéis hecho de los sabios consejos que os di; ved el cúmulo de desgracias que vuestra inconsecuencia ha causado.

Se hace volver a la hermana hacia el transparente, por encima del cual debe leer estas palabras: «El crimen ha vencido a la inocencia». Entonces el Gran Maestro, dirigiendo la palabra a la asamblea, dice:

El Venerable.—¿Qué debo hacer, hermanos?

El Inspector.—Consultar vuestra sabiduría y seguir nuestras leyes.

El Venerable.—Os entiendo, hermano.

Y, dirigiéndose a la candidata:

—Señora, hemos visto con dolor vuestra falta; pero, por grande que esta sea, la indulgencia que constituye la base de nuestra sociedad no me permite reprochároslo en exceso; y para daros a conocer el carácter de los verdaderos masones, sabed que todos los hermanos y hermanas aquí presentes os perdonan, y yo el primero, a condición de que estéis dispuesta a prestar, ante nosotros y sobre este altar, un auténtico juramento de no emplear jamás otro tipo de venganza hacia aquellos que sabéis culpables; ¿lo aceptáis, señora?

Tras haber respondido «sí» la candidata, todos los hermanos y hermanas aplauden. Se la hace avanzar hasta el altar en cuatro pasos, comenzando por el pie derecho; el Venerable la hace arrodillarse y pronuncia con ella la promesa que sigue:

«Juro y me comprometo, en presencia de esta respetable asamblea y bajo las penas que me impone mi anterior promesa, no revelar jamás a ninguna aprendiza el secreto de compañera. Prometo amar, proteger y socorrer a mis Hermanos y Hermanas siempre que encuentre ocasión para ello, no comer en modo alguno pepitas de manzana, ya que contienen el germen del fruto prohibido; además, prometo guardar conmigo esta noche la liga de la Orden y no descubrir sus misterios en absoluto a los profanos. Prometo todas estas cosas a riesgo de incurrir en la indignación de mis Hermanos y Hermanas; por ello ruego a Dios que venga en mi ayuda. Así sea».

El Venerable levanta a la candidata y, tomando la llana cuyo extremo ha mojado en la pila sagrada, se la pasa cinco veces por los labios y le dice:

El Venerable.—Es el sello de la discreción lo que os aplico; pronto se os enseñará la moral que encierra. Recoged este fruto: es el símbolo de un gran misterio; recibid también esta liga como emblema.

Entonces, haciendo pasar a la hermana al lado de la

hogia que se denomina África, continúa diciendo:

—Como en el grado precedente, tenemos unos signos y unas palabras para reconocernos en calidad de compañeras.

Habiendo terminado el Venerable, la introductora conduce a la nueva prosélita a las dos oficialas para que se dé a conocer a ellas; tras lo cual la vuelve a llevar hasta el Venerable, que le entrega sus joyas, y cuando se las ha puesto de nuevo, la hace situarse al lado de África; después se inicia el catecismo.

P.—Hacedme el signo de compañera. *R.*—Este es *(se lo hacen). P.*—Decidme la palabra.'
R.—B..., que significa Confusión.
P.—Decidme el santo y seña.
jR.—L..., que quiere decir: Señor, no he pecado sino porque me habéis abandonado.

Tras esta respuesta, el Venerable dice:

—Cultivemos, pues, estas virtudes que nos son tan queridas; y, para testimoniar nuestro consentimiento, aplaudamos, hermanos.

Todos los hermanos y hermanas aplauden, y el

Venerable dice: —La Logia queda cerrada.

has dos oficialas repiten esas palabras.

Maestría (tercer grado)

A la Logia se le llama *taller,* porque se lleva allí a la nueva prosélita para trabajar. Allí debe haber una mesa o banco artesano sobre el que se pondrán cinceles, mazas y

otros útiles. Es necesaria también una caja en forma de piedra con un corazón inflamado dentro; esta caja se cierra con una tapa dividida en dos partes, de modo que pueda abrirse por

medio de un resorte cuando se golpee en medio. La Logia no está iluminada más que por dos velas que se colocan sobre el banco artesano.

El cuadro representa las cuatro partes del mundo, que simbolizan cuatro figuras pintadas: Noé a la salida del Arca, ofreciendo a Dios un cordero como sacrificio; un arco iris; Abraham dispuesto a inmolar a su hijo; la escala de Jacob con los ángeles subiendo al cielo; Jacob dormido; Sodoma abrasada; la mujer de Lot en forma de estatua de sal; una cisterna en la que se ve a José y por encima de él el Sol, la Luna y las once estrellas. A ambos lados de este cuadro se colocarán trece luces, siete a la derecha y seis a la izquierda.

La apertura de esta Logia en nada difiere de las de aprendiza y compañera, salvo que se la designa con el nombre de Maestra y que, cuando el Gran Maestro pregunta cuáles son los deberes de una maestra masona, en lugar de responder: «Obedecer, trabajar y callarse», se dice: «Amar, proteger y socorrer a sus hermanos y hermanas».

La tela de las paredes es carmesí, como en la precedente; es necesario además un arco iris colocado encima del altar; es preciso, también, colocar en el lado denominado Asia hacia la zona de África una pequeña torre en forma de espiral, de aproximadamente un pie de altura y cuya parte superior sea suficientemente ancha como para que la candidata pueda mantenerse en ella.

Hay que poner también sobre la superficie en grandes caracteres esta divisa: *Torre de Babel, monumento del orgullo de los hombres;* se necesita finalmente una escalera compuesta de cinco peldaños.

El orador está en la cámara de preparación con la candidata, a la que dirige un discurso sobre la dignidad del grado que va a recibir; tras lo cual le venda los ojos y la introduce en la Logia observando las formalidades ordinarias. El hermano inspector sitúa a la candidata debajo del cuadro y manda decir al Gran Maestro que allí está la hermana que desea ser recibida como maestra. El Venerable pregunta a la aspirante qué progresos ha hecho en la Masonería y cuáles son las palabras de aprendiz y de compañera. Después de que ella haya respondido, él manda al hermano inspector que le haga dar una vuelta a la Logia, empezando por el lado de África, y que le haga pasar la prueba de la confusión.

Cuando la hermana comienza el viaje, deben llevar, sin ruido, la pequeña torre y colocarla en el lugar de donde ha partido la candidata.

Se cuidará también de contar con una tabla de unos siete a ocho pies de largo, uno de cuyos extremos se apoyará sobre el borde de la torre y el otro sobre el cuadrado por el lado del Venerable, de forma que dicha tabla tenga una pendiente lo bastante suave como para que la can-didata, al terminar su viaje, ascienda a lo alto de la torre sin darse cuenta de ello. Al llegar la hermana a la torre, se retira la tabla; los hermanos inspector y depositario la hacen volverse hacia el Gran Maestro sosteniéndola por debajo de los brazos para evitar que caiga. Entonces el Venerable pregunta a la candidata qué asunto es. el que la ha llevado a la Logia. La hermana responde que el deseo de ascender al grado de maestra.

—Sabed, mi querida hermana —responde el Venerable—, que entre nosotros las dignidades no se alcanzan más que a fuerza de virtud, de trabajo y de humildad; por ello no podemos concederos ninguna sin obrar contra todas nuestras leyes y, para probaros que esta negativa es justa, vamos a daros la luz y a mostraros la temeridad de vuestra petición.

Después, dirigiéndose a los oficiales:

—Hermanos, quitadle la venda y castigadla por su presunción. Al punto, la hermana introductora le desvenda los ojos y los dos hermanos inspector y depositario la levantan por debajo de los brazos, la bajan de la torre y le hacen leer la inscripción. Tras lo cual el Gran Maestro le dice:

—Veis, mi querida hermana, en qué medida precisamos la antorcha *d,e* la sabiduría y de la verdad y a qué errores extremos pueden conducirnos la ignorancia y la ceguera. Os será fácil comprender que habiendo ascendido, aun inconscientemente, al más alto grado del orgullo, nosotros no podemos recibiros en nuestro templo. Pronto conoceréis los misterios que encierra la prueba por la que acabáis de pasar. Contentaos por el momento con someteros a la humildad que se debe practicar para entrar en el santuario de la virtud. Vos, hermano, enseñad a la hermana con qué respeto debe venir al altar.

El Oficial manda quitarse los zapatos a la candidata y, con los pies desnudos, le hace dar cinco pasos sobre la alfombra, alternativamente de derecha a izquierda, de modo que al quinto pueda encontrarse cerca del altar, ante el cual se dispone que se arrodille, con la mano dere-

cha sobre el Evangelio, para pronunciar la promesa siguiente. El Venerable, pues, le dicta a la hermana, manteniendo una espada sobre su cabeza:

—Juro sobre este respetable altar, por los sacrificios de Noé y de Abraham y por la escala de Jacob, no revelar jamás ninguno de los secretos de los masones y no explicar a los compañeros nada de lo que se me enseñará sobre los misterios de la Maestría; renuevo el compromiso que contraje con mis precedentes promesas de amar, proteger y socorrer a mis hermanos y hermanas todas las veces que tuviere ocasión de ello; prometo todas estas cosas bajo mi palabra de honor, y si la ocasión llegara de mostrarme capaz de faltar a ello, consiento caer en la vergüenza, el desprecio y la infamia que todo buen masón reserva al perjuro, y para prevenirlo ruego a Dios que venga en mi ayuda.

Pronunciada la promesa, la candidata se levanta y se pone los zapatos. Tras lo cual, el Venerable le dice:

—Mi querida hermana, como el grado que pretendéis no se merece sino con el trabajo y la constancia, no puedo descubriros aún sus misterios, ya que os queda por cumplir uno de estos deberes; por ello, el hermano inspector va a conduciros al taller de los maestros, donde terminaréis de convencernos, por el celo y el ardor, que habéis de mostrar, de que merecéis el augusto rango que solicitáis.

Terminado este discurso, el inspector conduce a la candidata al taller; el orador que allí la espera se coloca a su izquierda y el hermano inspector a su derecha. Este último toma un cincel, se lo hace sostener a la hermana en la mano izquierda y después, poniéndole un martillo en la derecha, le manda dar cuatro golpes en las esquinas de la caja y uno en el medio. Una vez que la caja está abierta, el orador mira dentro y, mostrando a la candidata el corazón que está en el fondo, le dice:

—Mi querida hermana, esta caja en forma de piedra que veis y el corazón que ha producido vuestro trabajo son el símbolo de la moral de la Masonería, que, por las virtudes que enseña, parece no dejar a los hombres más que la forma común, volviéndolos dulces y compasivos.

Entonces, él toma la caja y la lleva al Venerable, que felicita a la hermana por su trabajo y ordena al inspector que le haga ascender la escala misteriosa. El oficial hace avanzar a la candidata hacia la parte inferior de la escala, que se ha tendido previamente sobre el cuadro;

conduciendo a la hermana de la mano, le manda poner el pie izquierdo y luego el derecho sobre el primer escalón, después sobre los otros; cuando está sobre el último, él anuncia al Venerable que la candidata ha alcanzado la cima de la felicidad. El Gran Maestro se levanta, ordenando a la hermana que se aproxime; le tiende la mano y le dice:

—Mi querida hermana, siguiendo los principios que la sabiduría nos proporciona, nos parece que es demasiado poco conceder a la virtud la estima ordinaria que todo hombre le debe; por ello os decoro con esta joya [la llana] como la marca de la Maestría y el símbolo de un alma valiente y dueña de sí misma.

CUARTA PARTE

ROSICRUCIANISMO Y FRANCMASONERÍA

13 La Rosa-Cruz masónica

La evolución de la Francmasonería, así como el simbolismo de los altos grados, en parte se explica por la influencia de los Rosa-Cruz, o, si se prefiere, de los rosicrucianos.

Pero ¿qué es un Rosa-Cruz?

Nada hay tan difícil como responder a esta cuestión, porque los Hermanos de la Rosa-Cruz han guardado una gran discreción y han borrado intencionadamente las pistas, para protegerse de curiosos y de inquisidores '. Esto es lo que parece, si no cierto, sí al menos probable.

Existe una corriente de pensamiento alejandrino que ha sido jalonada durante la Antigüedad y la Edad Media por los alquimistas, los pitagóricos, los herméticos, los gnósticos, los hermanos del Libre Espíritu, los astrólogos, etc.

En el siglo XVI esta corriente se organizó en una escuela filosófica, la *Pansofta,* que deriva directamente de las investigaciones de Corne-lius Agrippa y de Paracelso. Estos «filósofos de la Unidad», manteniendo una gran discreción, comunicaron entre ellos a través de un lenguaje simbólico.

Los adeptos de la *Pansofía* estaban seguros de haber descubierto por el estudio, la experiencia y, sobre todo, la iluminación, el secreto de la Unidad de todos los fenómenos y de todos los seres. Se creían enviados para salvar el mundo entero y reformar la sociedad humana.

Jean-Claude Frére, *Vie et mystéres des Rose + Croix*, ob. cit.

Anunciaban la venida de un salvador, «Elias Artista», que guiaría a los humanos hacia la Jerusalén celeste. Estudiaban la alquimia universal y espiritual. Esperaban obtener la llave de oro de la Gran Obra que les proporcionaría la dicha y la longevidad (si no la inmortalidad).

La Tabla de Esmeralda resumía la doctrina y el método de estos filósofos.

Para alcanzar la iluminación, estos «Amantes de la Unidad», estos «Filósofos del Fuego», se sometían a una ascesis que podría ser calificada como yoga de Occidente y que se refería al cuerpo físico, a la dietética, a la respiración y a la vida sexual, y que tenía puntos comunes con los «hesiquiastas» de la Iglesia de Oriente.

Esta disciplina no ha sido nunca explícitamente codificada, pues se transmitía oralmente, en secreto; un cierto número de obras herméticas hacen discretas alusiones a ello.

En el seno de la *Pansofía* surgió el rosicrucianismo hacia 1610. Aprovechando las circunstancias históricas, unos adeptos, previamente agrupados en un «capítulo» en Cassel y animados por Valentín An-drae, se dieron a conocer con diversos manifiestos.

En Francia, los Hermanos de la Rosa-Cruz comenzaron a dar que hablar en 1622, fecha de la colocación inopinada sobre los muros de París de carteles manuscritos redactados en estos términos:

«Nosotros, diputados del Colegio Principal de los Hermanos de la Rosa-Cruz, residimos visible e invisiblemente en esta ciudad, por la gracia del Altísimo, hacia el que se vuelve el corazón de los Justos. Mostramos y enseñamos sin libros ni marcas a hablar toda clase de lenguas de los países en que queremos residir, para sacar a los hombres, nuestros semejantes, del error de la muerte».

En Italia, el alquimista Giuseppe Francesco Borri (1617-1685) fue el fundador de una sociedad secreta quizá vinculada a la Rosa-Cruz; su fin era la reforma universal, el restablecimiento del cristianismo primitivo y la unión de todos los

hombres en una religión única.

Se puede comparar también con el rosicrucianismo la actividad del obispo moravo Juan Amos Komensky o *Comenius* (1592-1671), promotor en sus obras teosóficas *Lux in tenebris,* etc., de lo que él llamaba la construcción, según los planos del Gran Arquitecto, del Templo de la Sabiduría.

En Inglaterra el rosicrucianismo encontró su tierra de elección. Robert Fludd, que había sido iniciado durante sus viajes por Alemania, desde los primeros tiempos del movimien

to (hacia 1600) consagró su actividad, que era grande, a difundir las doctrinas rosicrucianas. Entre los rosicrucianos ingleses de la generación siguiente hay que mencionar a William Backhouse, que adoptó al célebre Elias Ashmole como su «hijo espiritual», legándole el secreto de la materia prima de la Piedra Filosofal. Citemos también a los hermanos Henry y Thomas Vaughan, dos glorias de las letras inglesas. Finalmente, nos sentimos bastante inclinados a considerar como un Rosa-Cruz a ese misterioso Ireneo Filaleto, adepto, nacido quizá en Nueva Inglaterra, que viajó sin cesar, fue protegido en Londres por el sabio Robert Byle, y cuya identidad no ha podido jamás ser descubierta.

Pero los conflictos dinásticos y religiosos que ensangrentaron Gran Bretaña en el siglo XVII estuvieron a punto de comprometer la paz de los F. R. C.

Según táctica habitual en las sociedades iniciáticas, transmitieron su mensaje a otra agrupación, la animaron discreta pero eficazmente, haciendo al mismo tiempo correr la voz de su propia desaparición. La agrupación escogida por la Rosa-Cruz fue la Francmasonería, que tenía ya algunos símbolos análogos a los de la Fraternidad y que comenzaba a agrupar entre los «aceptados» a la élite intelectual de Europa.

Establecieron primeramente el grado de *Maestro;* después, para perfeccionar su enseñanza, crearon o codificaron varios altos grados, especialmente el decimoctavo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, grado que, por otra parte, lleva precisamente su nombre. Existen numerosos rituales del decimoctavo grado, pero todos tienen un fondo común y no difieren más que en los matices.

Las explicaciones que van a continuación precisarán su «mensaje».

La doctrina esotérica de los Rosa-Cruz parte del postulado si-guíente: hubo una *caída,* cuya consecuencia fue la atrofia en el hombre ordinario de ciertas facultades. Así volvemos a encontrarnos con el principio fundamental de la alquimia. Esta *caída* es, como en el sistema de Jacob Boehme, una verdadera *catástrofe cósmica* que arrastra a todo el Universo a un estado de degradación; algunas especulaciones re-

cuerdan el maniqueísmo; Fludd nos relata, en su *Tractatus Theologo-philosophicus,* cómo, durante la lucha entre la luz y las tinieblas, una parte de la primera, habiendo penetrado demasiado lejos, fue «capturada» por las tinieblas; de la combinación de estas últimas y de la luz «aprisionada» por ellas han salido todos los seres del Universo.

Segundo postulado: ciertos seres elegidos reciben una iniciación, un método, un entrenamiento que revivifica en ellos esas facultades atrofiadas. La teoría rosicruciana por excelencia es ciertamente aquella según la cual el hombre es un ser que lleva con él los *gérmenes de una perfección,* de un desarrollo extraordinario en potencia, en algunos casos tanto en el cuerpo como en el espíritu. Y tras la *reposición* de las facultades inhabituales desconocidas del «hombre del torrente» (expresión del vocabulario martinista) es cuando el individuo puede encontrarse en el estado de gracia que lleva, con la ayuda del estudio y de la ascesis, a una comprensión del Hombre, del Mundo y de Dios.

De hecho, el rosicrucianismo pretende obtener aún más: la verdadera *reintegración* en el estado «edénico». El pivote de la alquimia de los Rosa-Cruz es la analogía entre el Alma del Mundo y el Alma del Hombre que ellos afirman: las semillas de la regeneración pueden obtenerse de todas las sustancias, pues la Luz divina reside en todas. La Salvación será renacimiento y resurrección. La Alquimia posesora de los secretos de la Naturaleza visible e invisible permitirá operar la Transmutación integral de la que la transformación de los metales viles en oro no es más que un aspecto secundario; el adepto puede adquirir un cuerpo espiritual glorioso, «espléndido como el Sol y la Luna», ya desde esta vida, siguiendo el ejemplo de Enoch y de Elias que, en lugar de conocer la muerte y la corrupción como la mayor parte de los hombres, fueron trasladados al cielo. Así pues, la Gran Obra se concibe de una forma grandiosa; todos los hombres están invitados a ser miembros activos y no simplemente pasivos del «Templo de la Humanidad». Para comunicar a los hombres ordinarios los resultados alcanzados en el estado de gracia Rosa-Cruz, el adepto se encuentra ante las mismas dificultades que

experimenta un vidente deseoso de hacer comprender los colores a un ciego; no puede expresarse más que por aproximaciones y analogías. De ahí la necesidad del ritual de los es-

quemas herméticos y el surrealismo de los textos iniciáticos. No se trata tanto de analizar, de explicar, cuanto de sugerir.

Un libro del siglo XVII, atribuido a Valentin Andrae, *Las nupcias químicas de Christian Rosenkreuz,* es el *itinerarium* simbólico del Rosa-Cruz. He aquí su esquema[2]:

La víspera de Pascua, el santo eremita Christian Rosenkreuz es invitado a una boda real. La carta de invitación está timbrada con una cruz y los símbolos del Sol y de la Luna. Al día siguiente se despierta al alba y hace sus preparativos para el viaje, adornando su sombrero con cuatro rosas rojas. Poniéndose en camino, se da cuenta de que hay cuatro caminos que llevan al Palacio del Rey, mientras que no hay más que una Vía Real. Deberá seguir hasta el final la que haya escogido, sin posibilidad de volver hacia atrás. Queda indeciso, pero al prestar ayuda a una paloma agredida por un cuervo, llega ante un pórtico en el que están grabados unos signos misteriosos.

Se le pregunta su nombre. Responde que es hermano de la Rosa-Cruz, y recibe del guardián del umbral una señal de oro, lo que le permite alcanzar un segundo pórtico guardado por un león. Lo franquea gracias a una marca que paga con sal. Llega al tercer pórtico en el momento en que van a comenzar los festejos nupciales. Tras la ceremonia, se advierte a todos los invitados que al día siguiente se les pesará en la Gran Balanza.

Esta prueba resulta nefasta para la mayor parte de los huéspedes. Beben un filtro que les quita la memoria y se les reenvía al Palacio. Solo se retiene a algunos invitados, entre ellos Christian, que reciben el Vellocino de Oro, y toman parte en un banquete en el que se les muestra algunas maravillas, como el Gran Fénix, emblema de Cristo.

Al día siguiente, nuevo banquete, vestidos de negro. En esta ocasión aparece un hombre de color que mata al Rey y a la Reina e introduce los cadáveres en un ataúd.

Guiados por una doncella, Christian y sus Compañeros acuden a la Torre del Olimpo, de siete pisos; allí dosifican los ingredientes necesarios para la Gran Obra alquímica.

---

[2] Es probable que las «nupcias químicas» sean, además, el esquema de «psico-dramas» en forma ritual.

Resucitan al Rey y a la Reina gracias a la sangre del Fénix y, después, los restablecen en su esplendor y se convierten en caballeros de la Rosa + Cruz.

Este poema en prosa, del que no hemos resumido más que lo esencial, se desarrolla en siete jornadas:

Primera jornada: El Sábado Santo el eremita Christian Rosenkreuz (Rosa-Cruz) recibe, por un mensajero alado, una invitación a las nupcias reales. Tras un sueño, se pone en camino.

Segunda jornada: Duda entre las cuatro vías de acceso. Paso de los tres recintos. Preparación de la cena y cena. Segundo sueño.

Tercera jornada: Juicio de los invitados indignos y entrega a Christian del Vellocino de Oro. Visita del Castillo. Preparación de la pesada colectiva. Tercer sueño.

Cuarta jornada: Preparación de las nupcias. Presentación al Rey y a la Reina. Muerte de los soberanos. Embarque nocturno de los féretros.

Quinta jornada: Visita a la morada subterránea de Venus. Entierro de las personas reales. Viaje por mar y Extraños ritos con diosas marinas. Llegada a la Torre del Olimpo.

Sexta jornada: Los siete pisos de la Torre y la resurrección en siete etapas del Rey y de la Reina. Embarque de los esposos reales. Conversación con un viejo, guardián de la Torre.

Séptima jornada: Nueva puesta en orden de la Piedra de Oro. Crucero de vuelta. Christian es castigado por una falta involuntaria y no explicada. Desenlace enigmático.

Eruditos, filósofos, hermetistas han glosado ampliamente esta serie de alegorías. Ninguna explicación es enteramente satisfactoria.

Desde nuestro punto de vista, es propósito vano intentar explicar racionalmente las «nupcias químicas». Hay que leerlas poniéndose en un estado de ánimo especial y dejar que opere su *encanto*[3], tomada esta

palabra en su sentido primero. Esta fantasmagoría tiene un poder fascinador, análogo al de las estampas que ilustran los tratados alquímicos[4].

---

[3] En francés, *charme,* que proviene del latín *carmen,* cántico, poema cantado. El
sentido primero de la palabra francesa es el de 'encantamiento mágico', sentido que se
trasluce con más acuidad si cabe en el equivalente castellano. *(N. del T.)*

[4] C. G. Jung, *Psychologie et Alchimie* [Psicología y Alquimia], Payot.

UN RITUAL AUTÉNTICO DEL GRADO 18 DE LA FRANCMASONERÍA ESCOCESA

¿Cómo ha asimilado la Francmasonería de los altos grados, llamada Francmasonería escocesa, lo esencial del rosicrucianismo? Ello se comprenderá con un ritual que data de finales del siglo XVIII, pero que aún se practica, sin notables alteraciones, en «capítulos» tradicionales, sobre todo en Escandinavia, Gran Bretaña y una obediencia francesa. Dada su importancia, lo ofrecemos *in extenso.*

En principio, los actores de este «psicodrama» visten de etiqueta para participar en él; la decoración de la Logia y los ornamentos individuales son también bellos y costosos.

Ello explica, sin duda, las «simplificaciones» (por no decir las «alteraciones») que a veces sufre este ritual en las obediencias llamadas democráticas.

El Presidente se llama: *Sapientísimo,*

Los vigilantes: *Primer y Segundo guardianes;* se les llama: *Maestros Perfectos.*

El Secretario: *Canciller;* el Orador: *Caballero de la Elocuencia;* los miembros son: *Caballeros.*

El Templo está tapizado en negro, con un suelo de mosaico negro, rojo y blanco. En el Oriente hay una cortina negra, detrás del Sapientísimo; tras este velo se encuentra un Altar sobre tres gradas, revestido con un paño negro salpicado de llamas rojas y blancas. Sobre el Altar, tres cruces de madera negra: la del medio lleva en el centro una rosa de oro rodeada de una corona de espinas de plata. Las otras dos cruces, de igual tamaño, están inclinadas la una hacia la izquierda y la otra hacia la derecha; llegado el momento, son iluminadas por dos cirios amarillos.

En el centro del Templo hay un cuadrado o una alfombra roja donde hay dibujada una triple línea blanca que comprende tres cuadrados igualmente blancos y dispuestos en triángulo. En cada uno de los cuadrados se encuentra una columna egipcia truncada. Entre las columnas, un cuadrado blanco más grande indica el emplazamiento de una piedra cúbica sobre la que se dispone una rosa roja y un candelero con un cirio amarillo.

A la derecha de la cortina que oculta el Altar hay una pequeña mesa, cubierta con un tapiz negro, sobre la que están el Libro de la Sabiduría, un compás, una escuadra y un triángulo. Hay colocada una espada a través del libro. También, un candelero con un cirio amarillo.

A derecha e izquierda del Altar hay dos cuadros que representan, el de la derecha, una montaña con la palabra «Heredom»; el de la izquierda, el pelícano «en su piedad»[5].

Por encima del Altar, a una cabeza, se encuentra un águila heráldica negra.

A cada lado de la puerta: a la derecha, una rosa sobre una cruz negra vertical, signo de los masones escoceses; a la izquierda, una cruz de San Andrés con la figura del santo cuartelada y cuatro llamas que brotan de las cuatro extremidades de la cruz.

Los Hermanos llevan todos una espada. Solo el Sapientísimo tiene un sitial para sentarse.

Apertura de los trabajos

> *Los miembros están adornados con la cinta puesta por el lado negro con la cruz roja. Ningún signo distingue a los oficiales. No hay ningún estrado para los oficiales y todos están situados en la sala indistintamente y sin observar los lugares tradicionales de la Logia.*
>
> *El Sapientísimo da un golpe con el pomo de su espada sobre la mesa.*

Sapientísimo.—Muy Respetables y Perfectos Caballeros Hermanos míos, ayudadme a abrir el Capítulo Rosa + Cruz.

Primer Guardián.—Caballeros Hermanos, ayudemos al Sapientísimo a abrir el Capítulo.

Sapientísimo.—Excelentísimo Maestro Perfecto

Primer Guardián, ¿cuál es vuestro cuidado?

Primer Guardián.—Ver si el Capítulo está bien cubierto y asegurarme, Sapientísimo, de que los Hermanos aquí presentes son todos Caballeros Rosa + Cruz.

Heráldica.

Sapientísimo.—Aseguraos, pues, y dadme cuenta de ello, Excelentísimo Caballero.

Los dos guardianes circulan entre los Hermanos. Se hace el signo. El Segundo Guardián va a asegurarse de que la puerta está cerrada.

Primer Guardián.—Sapientísimo, todos los Hermanos son Caballeros Rosa + Cruz.

Segundo Guardián.—Sapientísimo, el Templo está abierto.

Sapientísimo.—Respetabilísimo y Maestro Perfecto, ¿qué hora es?

Primer Guardián.-^Sapientísimo, es la hora en que, habiéndose rasgado el velo del Templo, las tinieblas se esparcieron sobre la Tierra, la Luz fue oscurecida y se rompieron las columnas y los útiles de la Verdadera Masonería. Es la hora en que desapareció la Estrella resplandeciente y se perdió la Palabra.

Sapientísimo.—Puesto que la Verdadera Masonería experimenta tal tribulación, empleemos, Hermanos Caballeros, todas nuestras fuerzas para recobrar la Palabra y abramos de nuevo el Capítulo Rosa + Cruz. ¿Qué es preciso para que un Capítulo reemprenda Tradicional-mente sus Trabajos?

Primer Guardián.—La Verdadera Masonería, Sapientísimo, imagen del Universo, está sumida en la tristeza y la desesperación. Del mismo modo que la Luz Santa ha brotado del Caos, fecundando la Naturaleza, y que los elementos nacieron de la arena húmeda, así, como lo dice Hermes Trismegisto, hagamos aparecer por encima de la confusión y el desorden la Santa Luz de la Sabiduría, a fin de que, hallándose todas las cosas separadas por el Fuego, nuestra obra sea promovida por el espíritu, como lo fue la obra de los Divinos Seres circulares.

Sapientísimo.—¡Venga, pues, esta Santa Luz de la Sabiduría a iluminar a los Caballeros aquí presentes a la hora misteriosa en que van a reemprender sus trabajos!

El Primer y Segundo Guardianes se acercan al Sapientísimo y le acompañan al centro de la alfombra, pero solo el Sapientísimo penetra en ella. El Sapientísimo enciende el candelero sobre el Altar entre las tres columnas, al lado de la Rosa. En ese momento el Templo se ilumina un poco.

Sapientísimo (elevando las dos manos).—¡Tus rayos sean glorificados, Dios Único y Vivo, Eterno Vivificador!

Primer Guardián.—¡Alabémoste, Espíritu Puro y Todopoderoso, y Gloria a tu Hijo amadísimo!

*Segundo Guardián.—*Alabad al Dios vivo, y tendréis la Vida. Os anuncia el camino de la Salvación.

*Sapientísimo.—*Respiro el dulce aliento de Tu boca, admiro Tu hermosura cada día, mi deseo es que pueda oír Tu dulce voz incluso en medio del Viento del Norte y que Tú rejuvenezcas mi cuerpo por Tu Amor. Dame Tu mano para que ella me comunique Tu Espíritu y que yo pueda vivir por Él. Llámame a la eternidad a fin de que viva siempre.

Baja las manos y las cruza sobre su pecho: Dirigiéndose al Primer Guardián: «Ave, Frater...».

Primer Guardián.—Rosae et Aurae crucis [salutación de los antiguos R. C.].

El Sapientísimo hace el signo de petición: ojos al cielo, manos a la altura de la frente, dedos entrelazados, y deja caer las manos sobre su vientre. Todos hacen el signo de respuesta: levantar la mano derecha a la altura de la frente, el pulgar y los otros dedos cerrados, salvo el índice, que apunta hacia el cielo. Después el Sapientísimo se pone en el signo del Buen Pastor, brazos cruzados, manos separadas sobre el pecho. Todos le imitan. A continuación abre el Evangelio (o el Libro de la Sabiduría).

Sapientísimo.—Sacra, quorum mysteria sic tractaturi venitis palum dignis, clam profanis sancto. [Palabras de Blas de Vigenéres, alquimista R.C.]

Se vuelve hacia Oriente y hace una ligera genuflexión; todos le imitan. Vuelve a su lugar; los Vigilantes se mantienen de pie en sus puestos normales como si tuvieran unos estrados; los oficiales hacen otro tanto. Todos los miembros quedan situados alrededor del Templo.

El Sapientísimo, en el Oriente, tras su mesa, toma la espada y la levanta por la hoja, la empuñadura en el aire, de modo que levanta una cruz.

Sapientísimo.—Respetabilísimos Hermanos Caballeros, el Capítulo Rosa + Cruz está abierto, y los trabajos del Soberano Capítulo N... toman de nuevo fuerza y vigor.

Vuelve la punta de la espada en el aire y golpea seis veces y una vez con el pomo sobre la mesa. A partir de este instante no se debe jamás entrar o salir, o pasar delante del Oriente, sin apuntar una ligera genuflexión en dirección a Oriente.

Recepción de un Rosa-Cruz (decimoctavo grado)

Sapientísimo.—Respetabilísimos Hermanos Caballeros, ¿qué asunto nos reúne?

Primer Guardián.—Sapientísimo, la propagación de nuestra Respetable Orden y la perfección de un Caballero de Oriente que solicita ser admitido entre nosotros.

Sapientísimo.—Tened la bondad de dar lectura a la solicitud del Postulante.

El Primer Guardián lee la petición:

«El Suplicante N... advierte muy humildemente a los Hermanos de la Rosa-Cruz que, visto su deseo de llegar a la perfección de la Verdadera Masonería, y estando en este momento reunidos, tengan a bien admitirle en el número de los Caballeros Rosa + Cruz. El Suplicante no cesará de hacer votos al Cielo por la prosperidad de la Orden y la salud de todos los Caballeros».

(Firma, grados y títulos, fechas de los aumentos de salario, nombre de la Logia Madre, indicación del Rito.)

Un Hermano abre la puerta del Templo al Postulante, que se mantiene detrás, con los distintivos de su grado. Se le invita a permanecer en el umbral y a ponerse rodilla en tierra.

Primer Guardián (al Candidato).—Hermano, todos nuestros templos están demolidos, nuestros útiles y nuestras columnas están rotos.

La Palabra Sagrada está perdida. A pesar de todas nuestras búsquedas, ignoramos los medios de volverla a encontrar. Puesto que postuláis vuestra admisión entre nosotros, ¿queréis ayudarnos en esta búsqueda?

El Candidato consiente.

Un Hermano abandona entonces el Templo y se reúne con él. ha puerta del Templo se cierra de nuevo tras ellos. En el Templo todo queda en silencio. El Hermano verifica la instrucción simbólica del Candidato; a continuación le conduce a la puerta del Templo y le invita a llamar con los golpes de su grado o, si ha lugar, con los de Caballero de Oriente.

Mientras tanto, en el Templo se disponen tres cuadros a los pies de cada una de las tres columnas. En dichos cuadros hay, sobre fondo negro: la Ve, en blanco; la Esperanza, en verde; la Caridad, en rojo.

Cuando el Postulante ha llamado:

Sapientísimo.—Ved quién llama de ese modo...

El Primer Guardián va a la puerta y la entorna, de modo que el Postulante pueda entrar.

Primer Guardián.—Es un Hermano, un Francmasón extraviado en el Bosque místico, que ha perdido la Palabra cuando la segunda destrucción de los Templos, y que aspira, con nuestra ayuda, a reencontrarla...

Sapientísimo.—¡Que le sea concedida la entrada en nuestro Templo en ruinas! Así comprobará ese Hermano que aquellos a quienes se dirige se encuentran en igual consternación...

El Candidato es introducido y se cierra la puerta tras él. Está de pie entre las columnas y solo.

Sapientísimo.—Hermano, ¿qué queréis ver y oír? ¿Qué deseáis aprender y conocer?

El Candidato responde según su corazón. Tras un corto silencio:

Sapientísimo.—Hermano, a esas cuestiones Poemandrés respondió: «Medita primero sobre la Luz y llega a conocerla».

Y nosotros, los aquí reunidos, aún estamos en esa meditación: ved, pues, que apenas nos es posible concederos lo que pedís, puesto que continuamos buscando.

Sin embargo, no tenemos en absoluto la intención de mantenernos en la ociosidad. El Hombre, dice también Poemandrés, que fue una armonía superior, al haber querido penetrarla, ha caído en la esclavitud. Pero le ha sido dicho: Tenéis una parte de inteligencia; vosotros a quienes se concedió una chispa, conoced vuestra propia naturaleza y considerad vuestra inmortalidad. El amor de vuestra porción corporal sería causa de vuestra muerte.

Así pues, esperamos alcanzar esta iluminación por el espíritu de sacrificio. Buscamos encontrar de nuevo la Palabra por una ley nueva, pues dice también Hermes Trismegisto: «Habrá grandes y memorables trabajos sobre la Tierra, y todas las obras perecederas serán renovadas por la marcha periódica y regular de la Naturaleza. Pues lo Divino es el orden del mundo y su renovación natural, y la Naturaleza se halla establecida sobre lo Divino».

¿Tenéis la intención de seguirnos?

El Candidato responde.

El Introductor le toma entonces de la mano y le hace dar una vuelta alrededor del Templo para llevarle ante la columna Sabiduría, he muestra el cuadro: Fe. Una segunda vuelta le lleva ante la columna Tuerza, con detención ante la Esperanza; una tercera ante la columna Belleza, con detención ante la Caridad. Cada vez que se pasa delante del Oriente se hace una ligera genuflexión. Tinalmente, el Candidato queda de nuevo entre las columnas.

Primer Guardián.—Sapientísimo, los viajes han terminado... *Sapientísimo.*—Hermano, ¿qué habéis aprendido en esos viajes?

Se le susurra la respuesta al Candidato. Respuesta:

¡Tres virtudes para guiarme! Decidme si hay otras.

Sapientísimo.—Hermano, esas inscripciones contienen los principios que nos mueven. Aproximaos y venid con nosotros, para contraer el compromiso de no apartaros jamás de esta ley nueva.

El Candidato es conducido ante el Sapientísimo e invitado a arrodillarse. Sitúa sus manos sobre la espada puesta sobre el Libro de la Sabiduría. El Sapientísimo le aplica la parte plana de la hoja de su espada sobre la cabeza y le hace repetir la promesa:

Candidato.—«Prometo, por mi honor, no revelar jamás los secretos de los Caballeros del Águila, conocidos bajo el nombre de Rosa + Cruz de Heredom, a ningún hermano de grado inferior, ni a ningún profano; tampoco revelar jamás el lugar en que fui recibido, ni por qué personas. Consiento en que las más rudas congojas del alma sean mi suerte, si contravengo las leyes que me van a ser prescritas. ¡Que el Sublime Arquitecto de los Mundos venga en mi ayuda!

Sapientísimo.—Todo está consumado...

Los Hermanos se cubren el rostro con sus manos. El Templo está a oscuras; solo brillan aún en él la luz del Sapientísimo y la del Altar central.

El Sapientísimo quita las insignias de su grado al Candidato y le pone una cinta negra adornada con una cruz roja.

Sapientísimo.—Este hábito, hermano, debe recordarnos por sus ornamentos nuestra creencia y lo que constituye el punto principal de nuestros misterios.

Pasad al Occidente, nos ayudaréis a buscar la Palabra Perdida...

Se lleva de nuevo al Candidato a las columnas.

Sapientísimo (da seis golpes y un golpe).—¿Qué motivo nos reúne, Hermanos Caballeros?

Primer Guardián.—Sapientísimo, la Piedra cúbica está expuesta, por los extravíos de los hombres, a todos los sacrilegios.

Sapientísimo.—¿Qué significa ese misterio?

Primer Guardián.—La Pérdida de la Palabra que con vuestra ayuda esperamos encontrar...

Sapientísimo.—¿Qué hay que hacer para conseguirlo?

Primer Guardián.—Tres virtudes, que permanecen grabadas sobre tres columnas rotas, nos guiarán.

Sapientísimo.—¿Dónde están?

Primer Guardián.—Lo ignoro, pero brillan incluso en la oscuridad más profunda...

Sapientísimo.—¿No ha sido dicho: Buscad, y encontraréis? ¡Viajemos, pues, y no perdamos de vista los sentimientos que nos guían!

El Sapientísimo se pone a la cabeza de la procesión y todos los Hermanos le siguen por orden jerárquico, el Candidato el último. Se dan tres vueltas al Templo. En la tercera, se sale de la sala y se da la cuarta en la habitación contigua; durante ese tiempo, dos Hermanos que han quedado en el Templo preparan unos estrados revestidos de rojo para los oficiales, revisten a su vez de rojo el estrado del Sapientísimo y colocan unos candelabros de manera que, llegado el momento, se puedan encender treinta y tres cirios en tres grupos de once. Las tres últimas vueltas se dan en el Templo, pero sin el Candidato, al que se deja con el Introductor detrás de la puerta cerrada. A continuación cada uno ocupa su lugar, estando siempre el Sapientísimo a la derecha (con respecto al entrante) de la cortina que oculta el Altar de Oriente. Al principio están encendidas solo las dos luces.

El Sapientísimo, desde su puesto, da seis golpes y un golpe. El Candidato es invitado a dar los golpes de su grado.

Sapientísimo.—Ved quién llama de ese modo...

El Primer Guardián entreabre la puerta como al principio.

Introductor.—Es el Hermano N..., que busca la Palabra con el socorro de la nueva Ley y de las tres columnas de la Verdadera Masonería. Espera, tras haber recorrido los espacios más profundos, proporcionarnos el fruto de sus investigaciones...

Sapientísimo.—Que sea introducido...

Se abre la puerta de par en par, es invitado a entrar el Candidato, y se vuelve a cerrar.

Sapientísimo.—Hermano, ¿de dónde venís?

Introductor (responde por el Candidato).—Hemos recorrido el Oriente y el Occidente, el Septentrión y el Mediodía, en busca de la Palabra Perdida. A pesar de las tinieblas que nos rodeaban y de las trabas que el error y la ignorancia han sembrado a nuestro paso, creemos haberla encontrado...

Sapientísimo.—¿A través de qué medios?

Introductor.—Recorriendo las Tres regiones del mundo en que se hallan depositados los tesoros del Conocimiento.

Sapientísimo.—¿Cuáles son esas regiones?

Introductor.—El Antiguo Egipto, la India secreta y la Palestina mística.

Sapientísimo.—¿Quién os ha guiado mejor?

Introductor.—El conocimiento de las Virtudes de la Fe y de la Esperanza y la constante práctica de la Caridad.

Sapientísimo.—¿Qué han producido en vos?

Introductor.—Nuestra regeneración.

Sapientísimo.—¿Qué habéis tenido que combatir?

Introductor.—La ignorancia.

Sapientísimo.—En esta constante búsqueda cuyo resultado nos aportáis, ¿habéis encontrado alguna verdad relativa a nuestros Misterios o al objeto de nuestras búsquedas?

Candidato (se le susurra la respuesta).—Consciente de una verdad que creo haber descubierto, la he grabado en los caracteres indelebles de Egipto sobre el metal más puro: una voz entonces me dictó esas cuatro letras, una voz exterior y que sin embargo me parecía interior...

He depositado en este cofre la placa sobre la que se grabó dicho pensamiento, y os lo traigo a fin de que me aseguréis su significado.

Sapientísimo.—Hermano, ¿podéis decirnos el sentido de ese pensamiento incluido en las cuatro letras?

Candidato.—Creo haber comprendido que alude a una regeneración integral de la Naturaleza por la ignición. Este es el cofre.

Toman el cofre y se lo llevan al Sapientísimo. Él hace saltar el sello de cera roja, desata la cinta en cruz y lo abre. Saca una pequeña placa de metal en forma de triángulo con cuatro letras: I. N. R. I.

Sapientísimo.—¡Hermanos Caballeros, es la Palabra! Hermano, reunid las cuatro letras de la frase que habéis pronunciado hace un momento.

Candidato.—Por la Ignición la Naturaleza se Regenera Integralmente...

Sapientísimo.—¡Sin saberlo, Hermano, habéis reencontrado la Palabra Perdida! Regocijémonos, Caballeros, I. N. R. I.

Todos murmuran las cuatro letras. En ese momento, el Templo se ilumina, se encienden todos los candelabros y los treinta y tres cirios. Un instante de silencio.

Primer Guardián (lenta y gravemente).—Escuchad mi Ley, oh pueblo mío, y prestad atento oído a las palabras de mi boca. Yo abriré mi boca para hablaros en parábolas, os hablaré en enigmas de lo que se hizo desde los comienzos; de lo que hemos oído y conocido, y que nuestros padres nos han contado. [Comienzo del Salmo LXXVIL]

Sapientísimo.—Hermano, si la Palabra Perdida fue, así como se os ha enseñado en el grado de Maestro Masón, el efecto de la Naturaleza enmudecida por el Otoño, la Palabra reencontrada simboliza la Primavera; es decir, la era nueva en la que nosotros, los Verdaderos Masones, hombres perfectamente libres de corazón y de espíritu, trabajamos con la Fe más pura, en la Esperanza constante de su realización integral y con la práctica de la Caridad y del Amor fraternal más desinteresado.

En el simbolismo particular de las religiones profanas, las cuatro letras que acabamos de deletrear hacen alusión a aquellas que, en un tiempo preciso y en un determinado lugar, estigmatizaron un acto que el Universo entero reprobará siempre.

Para nosotros, iniciados o que pretendemos ese título insigne, simbolizan esta gran verdad: *Ignem Natura Regenerando Integrat.*

Los numerosos sentidos que pueden darse a esas cuatro letras, si bastan al profano, en adelante no serían capaces de satisfacernos.

A aquellos a quienes se debe comunicar los misterios sublimes, *«his quibus datum est, noscere mysterium»,* a esos nosotros les damos la clave tradicional: Toda la Naturaleza es renovada por el Fuego; o: la Naturaleza es renovada, íntegra, por el Fuego.

Y ese Fuego es el elemento esencial, Fuego vivificante que abraza toda la Naturaleza espiritual del ser humano. Es el elemento sin el cual todos los otros quedarían fríos e inertes, pues comunica al aire su pureza, al agua su fluidez, a la tierra su inagotable fecundidad.

¿Qué dice el Verbo? «Lo mismo que el oro se purifica en un horno muy ardiente, así el justo será purificado al pasar por el Fuego», ese principio de vida que anima a todos los seres.

En el brillo de ese Fuego, que se manifiesta en el Cosmos por el Verbo y en el hombre por la Palabra, el hombre ha reconquistado todos los derechos de su origen primitivo. El esclavo se ha convertido en igual del hombre libre; la mujer, de su esposo; al resplandor de la Fe, la Esperanza y la Caridad, se llamó a los hombres a formar una sola familia de Hermanos.

Considerad, pues, en ese monograma un símbolo cuyo sentido debe guiaros en adelante, por el sendero de la Sabiduría.

No os pediremos otro juramento: ¿acaso es necesario en quien está iluminado por la Fe, la Esperanza y la Caridad?

Respetabilísimo Caballero, haced ascender al Oriente a nuestro Hermano.

Se conduce al Candidato ante el Altar del Sapientísimo. Se le hace poner la mano derecha sobre el Libro de la Sabiduría. Siete Caballeros vienen a colocarse de pie tras él, con la espada en la mano izquierda, la derecha sobre el corazón, y forman una bóveda de acero por encima de su cabeza.

—A la Orden, Caballeros.

Todos adoptan la postura del Buen Pastor. Se hace arrodillar al Postulante. El Sapientísimo toma en su mano derecha la espada y la levanta con la punta hacia el cielo:

—¡A la gloria del Sublime Arquitecto de los Mundos!

En el nombre de ese Iniciado Perfecto que nos dirige, nos juzga y nos ilumina, en el nombre y bajo los auspicios del Gran Maestro Nacional del Rito, en virtud de los poderes que me han sido conferidos,

(Pone la parte plana de su espada sobre la cabeza del Candidato.) os creo y constituyo:

(A cada título apoya suavemente la espada sobre la cabeza.)

Maestro Discreto, Maestro Arquitecto, Sublime Maestro, Justo y Perfecto Maestro, Caballero de los Elegidos, Caballero Elegido de los Nueve, Caballero Elegido de los Quince, Sublime Caballero Elegido, Caballero Gran Arquitecto, Caballero de la Real Arca, Caballero de la Bóveda Sagrada, Caballero de la Espada, Caballero de Jerusalén, Caballero de Oriente, que son catorce grados intermedios entre el Maestro Masón y el grado que os conferimos hoy. Ya no se confieren por separado, pero conservamos su transmisión simbólica.

(Levanta la espada y la reposa sobre la cabeza.)

Por esos mismos poderes, os creo y constituyo Caballero del Águila, Perfecto Masón libre, bajo la denominación tradicional de Caballero Príncipe Rosa-Cruz de Heredom, decimoctavo de nuestra jerarquía santa, y miembro activo del Soberano Capítulo: N... en el Valle de...

(Apoya la hoja ligeramente sobre la cabeza.) Que la luz de la Ciencia os ilumine.

(La apoya ahora sobre el hombro izquierdo.) Que el fuego de la Valentía inflame vuestro corazón.

(Sobre el hombro derecho.)

Que la Fe, la Esperanza y la Caridad os hagan bendecir por los hombres vuestros Hermanos.

Retira la espada, hace levantarse al nuevo Caballero y le da la acolada diciéndole:

La Paz sea con vos.

Toma una rosa y se la entrega. Debe guardarla.

En ese instante, el incienso, la mirra y el benjuí son arrojados al pebetero, se descorre la cortina que hay ante el Altar del Oriente, se encienden los dos cirios ante los dos cirios amarillos a los pies de las dos cruces inclinadas, la rosa de la cruz central debe resplandecer. Todo esto se hace en el más absoluto silencio y sin comentario alguno; el Candidato debe guardar la imagen de todos estos gestos y meditar sobre su simbolismo.

El Sapientísimo toma un papel y escribe encima el nombre del nuevo Caballero. A continuación lo pincha con la punta de su espada y lo pone a la llama:

—Maestro Pasado, Iniciador de la Rosa-Cruz, recibe en este día a nuestro nuevo Hermano cuyo nombre es este.

(Se guardan las cenizas con la rosa.)

El Sapientísimo comunica él mismo en voz baja la palabra y los sig-do. Después:

—Conducid a nuestro nuevo Hermano a las columnas.

Cada uno vuelve a su lugar. Se conduce al nuevo Caballero al mismo lugar que al nuevo aprendiz en un Taller azul.

—Caballero de Elocuencia, tenéis la palabra.

Discurso del Orador, en el cual se precisa que el 18°

de Menfis debe ser dejada de lado, del mismo modo que hay que apoyarse sobre el Rito de Herodom, el más antiguo Rito de Rosa-Cruz masónico, seguido, por otra parte, en este ritual.

Tras los discursos del Orador, se clausuran inmediatamente los trabajos con un acto de recepción.

grado corresponde al 18° del Rito Francés y del Rito Escocés, y al 46" del Rito de Mis-raim; el orador debe insistir sobre las variantes del ritual y resaltar la significación espiritual de lo que se ha pronunciado, sin aportar nunca, sin embargo, precisiones demasiado acusadas. Ea figura particular del Rito

Sapientísimo.—Respetabilísimo Caballero Guardián, ¿qué meta se proponen los Caballeros Rosa-Cruz?

Primer Guardián.—Combatir el orgullo, Sapientísimo, el egoísmo y la ambición, para hacer triunfar en su lugar la abnegación, la caridad y la verdad.

Sapientísimo.—¿Quién os ha recibido?

Primer Guardián.—El más humilde de todos.

Sapientísimo.—¿Por qué decís el más humilde?

Primer Guardián.—Porque sabía que solamente la Ciencia, la Verdad y la Luz vienen de arriba.

Sapientísimo.—Respetabilísimo Caballero Segundo Guardián ¿qué hora es?

Segundo Guardián.—Aquella, Sapientísimo, en que la Palabra ha sido recuperada, en que la Piedra cúbica se ha transformado en Rosa mística, en que la Estrella resplandeciente ha reaparecido en todo su esplendor, en que ha vuelto la luz con toda su brillantez y en que la nueva Ley masónica reina en lo sucesivo sobre nuestros trabajos.

Sapientísimo.—Hermanos Caballeros, no temamos morir en el deseo de un mejor aprisco, pues ante nuestros ojos aparece como ante un espejo la vida futura. Como esta llama, con similar constancia, hacia ella se elevan nuestros corazones...

Apaga el candelabro que hay sobre su mesa. Se apagan todas las luces en el Templo; solamente quedan encendidas la llama de la mesa del Sapientísimo y la del Altar del centro, como al principio. Eas luces del Altar de Oriente permanecen encendidas si la Cena ha de tener lugar después de la clausura.

El Sapientísimo abandona su lugar, hace una genuflexión hacia el Oriente, y va a dar el beso de la paz al Primer Guardián, diciendo:

—Paz profunda.

Todos se colocan entonces en círculo alrededor de las columnas e indistintamente, salvo el Sapientísimo, que se sitúa en el Occidente frente al Oriente, el Primer Guardián, a la derecha del Sapientísimo, y el Segundo Guardián, a su izquierda. El beso de la paz circula entonces, a partir del Primer Guardián, entre los Hermanos y vuelve al Sapientísimo. Se hace una ligera genuflexión general hacia el Oriente. A continuación, el Sapientísimo, elevando la mano derecha, dice la Plegaria de Akenatón (Palabra de Sabiduría).

—Disco solar, rostro divino, los Iniciados aquí presentes saben que tú eres la imagen visible del Dios Invisible. Revelar a los hombres a Aquel que está oculto, tal es su misión.

Que todos los falsos dioses desaparezcan ante el Único, que todos los lugares de la tierra se acuerden de Él, y que todos los pueblos le saluden.

Hombres, amaos los unos a los otros, amaos y no veréis jamás la muerte.

El Faraón más grande es Amenemkhet, que mandó escribir sobre su tumba: «Bajo mi reinado, los hombres vivieron en paz y en gracia. Bajo mi reinado, los arcos y las espadas permanecieron ociosos».

Habrá guerra mientras haya varios pueblos y varios dioses. Mientras que, cuando no haya más que un solo Dios y un solo pueblo de elegidos, entonces será la paz.

Apaga la luz del altar.

—Que esta llama misteriosa guarde para nosotros su valor simbólico y que no desaparezca jamás de nuestros corazones, pues ella fue un rayo de la Presencia Divina.

Se hace una última genuflexión general hacia el Oriente.

—Caballeros Hermanos, los Trabajos del Soberano Capítulo N... quedan momentáneamente suspendidos...

Primer Guardián.—¡Pero la obra de un Rosa-Cruz no cesa jamás!

Los Hermanos permanecen agrupados y silenciosos mientras se prepara la Cena. Los dos Vigilantes cuidan de que no se pronuncie palabra.

La Cena[6]

Esta ceremonia tiene lugar después de cada recepción y una vez al año en Jueves Santo. En principio debería ser el colofón de cada celebración de un Capítulo.

En el Templo se apartan las columnas y el Altar central, y se pone sobre la alfombra una mesa rectangular recubierta de un tejido blanco adornado con flecos rojos. Sobre la mesa hay dos copas de plata o de cristal, dos bandejas de plata, una con un pan y la otra con un frasco de vino. Pueden añadirse también dos toallas para que el Sapientísimo se seque las manos. Todos estos objetos están en el Oriente de la mesa. En el centro, el Sapientísimo mismo coloca el candelera de su mesa. En el Occidente, un infiernillo con carbones encendidos sobre los que se queman incienso, mirra y benjuí. Sobre la mesa hay tantas varillas blancas como Hermanos presentes. Los miembros están colocados en círculo alrededor de la mesa, por este orden: en el Occidente frente al Oriente, el Sapientísimo; a su derecha, el Primer Guardián, y a su izquierda, el Segundo Guardián. En el centro, frente al Sapientísimo, el último admitido al Capítulo. Un Hermano o el Maestro de Ceremonias entrega a cada uno una varilla blanca.

Sapientísimo.—Respetabilísimos Hermanos Caballeros, vamos a partir juntos el mismo pan y beber en la misma copa a fin de cimentar nuestro amor fraternal más todavía.

---

[6] Este rito de la Cena —conviene precisarlo— no es en modo alguno una parodia sacrilega de la Eucaristía cristiana. No tiene nada que ver con las leyendas de un tal Leo Taxil y las groseras manifestaciones anticlericales de una cierta época en que se comía carne y se bailaba el Viernes Santo. Aquí no se trata más que de un Ágape, es decir, una comida fraternal en la que se evoca el recuerdo de Cristo. Nada más, pero nada menos: este rito no tiene ningún valor sacramental de consagración del pan y del vino como en la misa. Se advertirá que toma de modo bastante curioso algunos ritos litúrgicos, pero que los orienta —es evidente— en una perspectiva por completo diferente.

Caballeros, la observancia de este ceremonial tradicional debe recordarnos la comunidad de bienes entre Iniciados, a quienes nada debe pertenecer como cosa propia.

Nuestra vida es una peregrinación para la que los Sabios se han provisto del símbolo de la vigilancia: esta caña blanca, emblema de la primacía del espíritu, hace alusión, como el ramo de las iniciaciones antiguas, al cetro de los antiguos Patriarcas: signo de mando, permanece, sin embargo, ineficaz si no está acompañado por el amor.

Aproximémonos, Caballeros, a la Mesa fraternal.

Un momento de silencio.

—Señor, aliméntanos con el pan de los Sabios y permítenos beber en la Fuente de la Vida...

Sublime Arquitecto de los Mundos, Tú que provees las necesidades de todos los seres, bendice los alimentos que vamos a tomar; que ello sea para nuestra satisfacción y para tu mayor gloria.

Toma el pan, lo levanta y, tras haber hecho el signo de la cruz sobre él, dice:

—¡Que nos conserve fuertes y sanos!
¡Tomad y comed! ¡Dad de comer a quien tenga hambre!

Parte el pan en tres partes, dos grandes y una pequeña, que deja delante de él. Entrega uno de los dos trozos grandes al Primer Guardián, y el otro al Segundo Guardián, y come el pedazo pequeño. Cada uno de los Guardianes parte el pan a su vez, se queda con un pedazo que se come y pasa el resto a su vecino inmediato. Se sigue así hasta el Caballero que está enfrente del Sapientísimo. Esté come uno de los últimos pedazos y deja el resto ante él.

El Sapientísimo toma la frasca de vino, sirve vino en las dos copas, las levanta y, tras haber hecho el signo de la cruz sobre las dos copas, dice:

—¡Que este vino, símbolo de la inteligencia, eleve nuestro espíritu! ¡Tomad y bebed! ¡Dad de beber a quien tenga sed!

Pasa cada una de las dos copas a los dos guardianes, y las copas circulan como el pan hasta el Hermano que está enfrente del Sapientísimo, que deja una ante él y bebe de la otra.

Todos, siguiendo el ejemplo del Sapientísimo, se ponen bajo la Orden del Buen Pastor.

Sapientísimo.—Salud a Ti, Señor de la Eternidad, el de los nombres múltiples, el de los destinos sublimes, el de las formas misteriosas en los templos. Tu nombre es duradero en la boca de los hombres, alimento y sustancia ante la divina Enéada, Espíritu Perfecto entre los Espíritus.

Es el más Antiguo de la Enéada Divina. Es el que ha establecido la Justicia. El deja al Hijo en el lugar de su Padre.

Salud a Ti, Hijo y Heredero del Señor de la Eternidad, firme de corazón, justificado. ¡El Tribunal de Justicia se reúne para él! La Enéada Divina, el mismo Maestro Universal, los Maestros de Justicia, le dan gracias, honores y ofrendas.

Los caminos están libres, y las vías, abiertas. El Mal huye, el Crimen se aleja, la Tierra es dichosa bajo su Señor. La Justicia se establece para su Maestro.

¡Que se regocije nuestro corazón! El Hijo se ha ceñido la corona. Le ha sido transmitida la función de su Padre. [Se trata de un fragmento de la XVIII dinastía.]

El Sapientísimo da el abrazo a su derecha, diciendo:

—La Paz sea con vos.

El abrazo vuelve a él.

Sobre una bandeja un Hermano entrega al Sapientísimo los restos del pan y del vino, que el Sapientísimo quema en el infiernillo, diciendo:

—Todo está consumado.

Retirémonos en paz, Caballeros, y recordemos que debemos propagar por la tierra las Virtudes que nacen de la Fe y la Caridad.

Un instante de meditación

Apaga *la última luminaria.*

—Que esta luz, símbolo de la presencia perpetua de Aquel que nos ha instaurado, permanezca siempre presente en nosotros y nos guíe en nuestra obra de amor.

Se retiran en el más absoluto silencio.

14 Los Iluminados de Baviera

Adam Weishaupt (1748-1830) era profesor de Derecho canónico en la Universidad de Ingolstadt (Baviera). Hacia 1774 encontró a un personaje misterioso que se convirtió en su director espiritual: un danés llamado Kolmer que había vivido mucho tiempo en Egipto y recorría entonces Europa comunicando a algunos discípulos rigurosamente elegidos los secretos y misterios de los Sabios de Menfis. Kolmer estuvo en comunicación con el conde de Cagliostro y con dom Pernetti, animador del grupo paramasónico de los *Iluminados de Aviñón.*

Sobre Kolmer, que pasó como un meteoro, no sabemos nada más. En Weishaupt reconoció una naturaleza excepcional, pues, por instigación suya, el joven profesor creó en 1776 la sociedad secreta de los *Illuminati Germaniae,* llamados comúnmente los *Iluminados de Gaviera.* Algunos historiadores, erróneamente (error que creemos voluntario), han querido ver en estos Iluminados unos francmasones. De hecho, no hubo ninguna relación directa entre los francmasones y los Iluminados; como tampoco la hubo, por otro lado, con esa otra forma del Iluminismo que se denomina Martinismo. En la *XI Reunión de las Veladas de San Petersburgo,* Joseph de Maistre fue explícito:

«Se da el nombre de Iluminados a esos hombres culpables que, en nuestros días, osaron concebir e incluso organizar en Alemania, mediante la más criminal asociación, el horroroso proyecto de extinguir en Europa el cristianismo y la soberanía. Se da ese mismo nombre al discípulo virtuoso de Claude de Saint-Martín, que no profesa solamen-

te el cristianismo, pero que no trabaja más que para elevarse a las sublimes alturas de esa ley divina...».

Los primeros de esos «hombres culpables» iniciados por Adam Weishaupt fueron unos estudiantes de Ingolstadt. Pero pronto ligó su destino a un iniciado que era a la vez pensador y organizador: el barón de Knigge (1725-1795).

Weishaupt no había recibido todavía en esta época la luz masónica. El barón hizo que le recibieran, en 1777, en la Logia ocultista *Teodoro del Buen Consejo.*

Entonces, con la ayuda de Knigge, Weishaupt estructuró su orden en grados, divididos en dos clases.

La primera clase, o «edificio inferior», era una preparación a la segunda clase, o «edificio superior», que comprendía los *misterios* propiamente dichos.

He aquí la escala jerárquica:

— Postulante (o neófito);
— Minerval;
— Iluminado menor;
— Iluminado mayor;
— Epopte (sacerdote iluminado);
— Regente (príncipe iluminado);
— Mago-filósofo;
— Hombre-Rey.

El iluminado, a medida que avanzaba, veía levantarse los velos que le ocultaban el fin supremo de la Orden: la destrucción de la Sociedad y su sustitución por una organización sin clases, sin más jerarquía que la propia «virtud»' de cada ciudadano...

Los Iluminados llegados al grado de «epopte» sabían que se les llamaba a contribuir al hundimiento del cristianismo y de la *realeza,* reemplazándolos por el ateísmo y la igualdad...

Veamos una profesión de fe reservada a los Epoptes, reencontrada en los archivos de Adam Weishaupt:

«La Igualdad y la Libertad son los derechos esenciales que el Hombre, en su perfección originaria y primitiva, recibió de la Naturaleza... El primer atentado a esa Igualdad vino del establecimiento de la propiedad. El primer atentado a la Libertad vino de la Sociedad y los gobiernos. Los únicos apoyos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes civiles y religiosas. Así pues, para restablecer al hombre en sus derechos primitivos de igualdad y de libertad hay que comenzar por destruir toda religión, toda sociedad civil, y terminar por abolir la propiedad».

Para los neófitos y para los titulares de los grados inferiores (o pequeños misterios) se suavizaba la doctrina fundamental[2].

La Orden de los Iluminados de Baviera cree (y lo repite con insistencia) que la mejora del destino de la Humanidad será fruto no de una revolución violenta, sino de una evolución concertada que conduzca a la reforma de la opinión pública.

«Todas las ciencias y todas las instituciones del mundo —puede leerse en un "cuaderno" de *Minerval*— tienen necesidad de ser reformadas, pero una reforma tan profunda no puede hacerse públicamente, ni puede emprenderse con rapidez; debe ser universal, abarcarlo todo, ocuparse no solo en especulaciones teóricas, sino especialmente en medidas prácticas y eficaces para reintegrar a los hombres *(Menschen)* en el nivel de su dignidad primitiva.»

Para hacerlo, la Orden quería reunir alrededor de los poderosos de la tierra una legión de hombres que, con celo incansable, dirigirían todo, de acuerdo con un plan detallado, hacia el bien de la Humanidad e influirían sobre la opinión pública de todos los países.

Gracias al dinamismo de Knigge, a partir de 1778, la Orden agrupa a alrededor de trescientos afiliados y la calidad de las nuevas hornadas incluso era superior a su

número. Entre los nuevos adeptos no había más que una veintena de estudiantes. El resto (si se exceptúan algunos comerciantes agrupados en Frankfurt) se componía de representantes de profesiones liberales: médicos y farmacéuticos, abogados y gentes de toga, profesores de liceo *(gymnasium)* y de universidad, preceptores

En el sentido de *virtus.*

[2] *Les Illuminés de Baviére* [Los Iluminados de Baviera], tesis doctoral de R. Le Fo-restier, París, 1903.

de las grandes familias, gobernadores de provincias, rectores de escuelas públicas, jueces y, entre ellos, varios miembros de la Cámara Imperial de Wetzlar y también oficiales, pastores y consejeros de consistorio, sacerdotes y canónigos católicos, altos funcionarios de todas clases: bailes, consejeros, escribanos, secretarios personales, encargados de negocios, chambelanes, sin olvidar un escuadrón de barones y condes.

En nuestros días se hablaría de tecnócratas, intelectuales, juristas, universitarios y miembros de gabinetes ministeriales.

Estas diversas personalidades estaban sometidas a sucesivas iniciaciones. Pero se trataba de iniciaciones *verdaderas.* Con ello queremos decir que los ritos iniciáticos eran algo más que psicodramas. Interesaban a la personalidad en su conjunto: alma, espíritu y cuerpo, como las iniciaciones alquímicas rosicrucianas y templarías, lo que habían olvidado (u omitido voluntariamente) los francmasones especulativos.

«Por el cuerpo —escribe R. Le Forestier— era por donde debía comenzar la regeneración que preparaban un régimen ascético y los consejos de la medicina experimental. A esta cura material habría que añadir una cura moral que, mediante el alejamiento de las distracciones, la elevación del alma y la mediación, daría a los verdaderos iniciados la serenidad de los Sabios...».

La jerarquía de los Iluminados bávaros merece un detenido examen, pues ha sido (y es aún) copiada por la mayor parte de las sociedades secretas con finalidad política. Respetaremos la forma de los textos de instrucción redactados por Weishaupt[3]: textos que se recuperaron en los archivos dañados por los bombardeos aéreos de 1942 a 1945. No publicamos aquí más que unos documentos relativos al primer grado[4].

EL HERMANO INSINUANTE

Con el nombre de hermano insinuante (o reclutador) se denomina al Iluminado que trabaja en la captación de prosélitos para su Orden. Las reglas que se dan a ese hermano se dividen en tres grupos: las pri-

[3] Estaban redactados en alemán, latín y francés.

[4] Pierre Mariel, *Les sociétés secretes ménent le monde* [Las sociedades secretas guían al mundo], Albin Michel, París, 1972.

meras le indican los sujetos que deben ser objeto de su elección y los que debe excluir; las segundas, cómo debe llevar a la Orden a quien crea digno de ello; las últimas constituyen el arte de formar a los novicios y adiestrarles, antes incluso de que hayan sido admitidos.

Todo Iluminado debe llevar un diario para conocer mejor a los hermanos posibles. Observará continuamente a las personas con las que se encuentra, amigos, parientes, enemigos. Descubrirá sus lados fuerte y débil, sus pasiones, sus prejuicios, sus relaciones, sus intereses, su fortuna, y cada día tomará buena nota de lo que haya observado; dos veces por mes transmitirá las notas a sus superiores, exponiendo las razones que le llevan a proponer la admisión o la exclusión de las personas que espía.

Mientras se halle en tales ocupaciones, se abstendrá de darse a conocer como Iluminado.

A menudo el candidato no conoce la Orden ni siente interés por ella; es labor del insinuante inspirarle el deseo de ingresar. El insinuante le propone ciertas cuestiones para tratar por escrito. Si las respuestas no son suficientemente válidas, el hermano insinuante renuncia; si, por el contrario, el candidato parece bien dispuesto, se le conducirá a la puerta de los Misterios.

Primer grado preparatorio

El tiempo de prueba es de dos años o de un año. Durante ese tiempo, el neófito no tendrá otro superior que el insinuante al que deba su vocación; a este no le está permitido proporcionarle el conocimiento de ninguno de los otros miembros de la Orden.

Las primeras lecciones giran en torno a la importancia y la extensión del secreto a observar. A continuación aprende el arte de comunicar con sus superiores sin ser entendido por los profanos. Para ocultar sus identidades, los Iluminados se designan en la Orden con un nombre de guerra (Spartacus, Celso, Brutus u otros). El año, los meses, reciben denominaciones tomadas del calendario persa. El nombre de la Orden no debe ser escrito; es reemplazado por un redondel con un punto en el centro, y la palabra Logia, por un cuadrilátero. Finalmente, hay un cifrado especial para representar el alfabeto.

Para el novicio hay una ciencia necesaria: el *conocimiento de los hombres.* Para aprender este arte el novicio recibe el modelo de un diario cuyo uso le enseña su instructor. Provisto del diario, es preciso que aprenda a observar a los hombres con quienes se encuentra, a describir sus caracteres, a darse cuenta de todo lo que ve y de todo lo que oye; es necesario que lleve siempre consigo alguna hoja suelta para apuntar en ella sus observaciones.

El novicio no sabe que él mismo está siendo continuamente estudiado por su insinuante; que este redacta y pasa a sus superiores sus observaciones sobre el lado fuerte y el lado débil de su alumno. Al mismo tiempo, el hermano insinuante le proporciona un modelo de tablillas sobre las que indica su nombre, edad, profesión, patria, residencia, género de estudios, libros, escritos secretos que componen su biblioteca, sus ingresos, sus amigos, enemigos, las causas de sus enemistades, sus conocidos y sus protectores. Otro cuadro contiene los mismos informes sobre su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas.

Mientras que el novicio trabaja de ese modo, el hermano insinuante añade en unas nuevas tablillas lo que descubre sobre su alumno y sus parientes.

El superior decide mediante la comparación de los dos cuadros; entonces llega el momento de las grandes cuestiones:

— ¿Seguís aún con la intención de ser recibido en la Orden de los Iluminados?

— ¿Habéis sopesado suficientemente que arriesgáis una decisión importante al contraer compromisos desconocidos?

— Si descubrís en la Orden algo injusto a realizar, ¿qué partido tomaríais?

— ¿Dais a nuestra Sociedad el derecho de vida y de muerte?

— ¿Os comprometéis a una obediencia absoluta, sin reserva?

— ¿Qué seguridad nos daréis de esas promesas y a qué pena os someteréis si faltáis a ellas?

El juramento del nuevo inscrito es enviado a los archivos de la Orden y el hermano insinuante termina su misión sirviendo de introductor a su alumno.



En el momento señalado, por la tarde, el novicio es introducido en una cámara oscura. Es recibido por dos hermanos; así pues, estos son, después del hermano insinuante, los dos primeros Iluminados que le es dado conocer. Uno de ellos, medio oculto por una lámpara cubierta con un velo, es el Superior (o su delegado); el otro sirve de secretario. Una espada desenvainada está sobre la mesa.

He aquí la fórmula del juramento:

«En presencia de Dios todopoderoso y ante vosotros, reconozco en este momento mi debilidad natural. Confieso que, a pesar de los privilegios del rango, de los títulos, de las riquezas de que pudiera estar revestido, no soy más que un hombre como los otros. Que los otros mortales me pueden hacer perder todo eso, al igual que yo por ellos lo conseguí; que tengo una necesidad absoluta de su estima, y que debo hacer cuanto me sea posible para merecerla… Prometo aprovechar ardorosamente todas las ocasiones de servir a la Humanidad, de perfeccionar mi espíritu, de emplear mis conocimientos en el bien común, en la medida que el bien y los estatutos de mi Sociedad lo exijan.

»Prometo un silencio perenne, una fidelidad y obediencia inviolables a todos los superiores y a los estatutos de la Orden. En aquello que constituye el objeto de esa misma Orden, renuncio plenamente a mi propio juicio. Me comprometo a considerar los intereses de la Orden como los míos; prometo servirla con mi sangre, mi honor y mi fortuna… Si, Dios no lo quiera, por imprudencia, pasión o maldad, obro en contra del bien de la serenísima Orden, me someto a lo que ella tenga a bien ordenar para mi castigo.

»Renuncio en estas promesas a toda restricción secreta y me comprometo a cumplirlas todas de acuerdo con el sentido verdadero que la sociedad les atribuye al prescribirme este juramento. Que Dios me ayude».

Una vez que este juramento ha sido firmado y registrado, el iniciante le anuncia su admisión en la Orden al declararle que todavía no le será permitido conocer a todos los miembros, sino únicamente a aquellos de su mismo grado.

15

LA CLERICATURA TEMPLARÍA

Romanticismo, sobre todo el Romanticismo alemán, estuvo fascinado por el Misterio, bajo todas sus formas, incluso las más aberrantes. Por eso las sociedades secretas iniciáticas proliferaban en los trescientos y pico estados del Santo Imperio Romano Germánico. Esas sociedades (tan pronto amigas como enemigas) estaban animadas por curiosos personajes, a veces sinceros y visionarios, a veces mitómanos y estafadores que se hacían una competencia áspera inventando rituales cada vez más pomposos o aberrantes.

Sus discípulos, en su mayor parte, eran unos vanidosos o unos inocentes, y además, a buen seguro, altos y ricos «buscantes» que podían permitirse grandes gastos de los que una parte desaparecía discretamente en las escarcelas de los Superiores Desconocidos, Grandes Maestros, Imperatores y otros detentores de la Sabiduría. Dicho de otro modo, la iniciación pronto se convirtió en una rentable artesanía.

Entre esos seudo-«grandes iniciados» escogemos al pastor luterano Johann August Starck (nacido en Schwerin en 1741). Los elementos de su biografía los tomamos de Louis Guinet': Iniciado muy pronto en una Logia de Gotinga, Starck emigró a San Petersburgo como profesor de lenguas. Frecuentaba asiduamente las logias, capítulos y areópagos misticoalquímicos. Hacia 1764 le volvemos a encontrar,

---

[1] *Zacharias Werner et l'ésotérisme maçonnique* [Zacharias Werner y el esoterismo masónico], Mouton, La Haya, 1962.

agregado a la Biblioteca Real de París, donde se documenta sobre las diversas corrientes herméticas y sobre las ciencias ocultas. En 1766 vuelve a su patria, donde maravilla su erudición. Funda una Logia en Wismar, donde reunió a la mayor parte de los ricos abstractores de quintaesencia; en ella exalta el mito de la resurrección de la Orden del Temple.

Esta es la leyenda que propagaba entre sus discípulos:

Desde antes ya de la fundación de la Orden del Temple en 1099, existía, afirmaba él, un Capítulo de canónigos del Temple, fundado por Godofredo de Bouillon. Un prior de esta misteriosa congregación llamado Cyrillus Alexandrinus comunicó a los dirigentes de la Orden Templaría los secretos de un milenario y misterioso saber, que dichos canónigos habían recibido de los Siete Sabios Esenios.

Tras la ruina de los Estados latinos, y tras las persecuciones de Felipe IV el Hermoso, unos templarios poseedores del Secreto de los Secretos encontraron un refugio en Escocia, junto al rey Robert Bruce.

La Orden del Temple no habría salido de la clandestinidad hasta el siglo XVIII. Ella confirió la iniciación suprema a J. A. Starck y le otorgó su ritual, el de la «clericatura templaría».

Tras oscuros y poco brillantes altercados con otros Grandes Iniciados, como el barón Gotthelf de Hund, Starck fue abandonado por la mayor parte de sus discípulos socios capitalistas. La edad le dio la sabiduría profana. Se convirtió al catolicismo y se hizo olvidar.

La clericatura templaría no desapareció, sin embargo. La «antorcha» fue tomada por unos discípulos de Starck y por sus continuadores, *junkers*[2] en su mayor parte. En Alemania se extinguió con el advenimiento de Hitler, pero se practica aún en nuestros días en los países escandinavos.

He aquí lo que nos muestra un biógrafo de Starck[3]:

[2] *Junkers:* palabra alemana que designa al joven noble, gentilhombre terrateniente. *(N. del T.)*

[3] Jean Blum, *J. A. Starck et la querelle du crypto-catholicisme* [J. A. Starck y la querella del criptocatolicismo], Alean, París, 1912.

La iniciación tenía lugar en un *templum* tapizado en rojo, ante un altar blanco, adornado en sus cuatro ángulos con un cuadrado negro, timbrado con la cruz roja templaría. En el centro del altar había una lámpara de aceite encendida y un *phallus* estilizado. Conducía la ceremonia el *initiator* y el *conductor noviciorum,* los dos revestidos con una sotana violeta y una sobrepelliz blanca con una cruz roja.

A cada lado del altar se alineaban, inmóviles, unos novicios con alba blanca y una antorcha negra en la mano izquierda. A una señal, cuatro de esos novicios encendían sus antorchas, se dirigían hacia el atrio del templo, donde acogían al candidato, que conducían solemnemente al altar; el candidato referido llevaba unos ornamentos masónicos de los que se le despojaba.

El *initiator* interrogaba al futuro novicio, a quien el conductor dictaba las respuestas. Veamos algunas de las preguntas:

— ¿Sois cristiano bautizado? ¿Queréis seguir siéndolo?
— ¿No habéis derramado jamás la sangre de otros cristianos?
— ¿Sois hijo legítimo?
— ¿No tenéis vínculos adúlteros?
— ¿Estáis decidido a permanecer fiel a nuestra Orden, hasta sacrificarle vuestra vida si los Superiores lo exigen?

Tras haber respondido favorablemente, el neófito prestaba juramento solemne sobre los Evangelios y sobre los objetos expuestos sobre el altar. Se le despojaba de sus ropas exteriores, se le descalzaba, se le retiraban todos los metales que pudiera llevar todavía. A continuación, los cuatro novicios le conducían a un subterráneo oscuro, débilmente iluminado por una lámpara de aceite; allí veía unos esqueletos gesticulantes. Con la cabeza cubierta por un velo negro meditaba largamente.

Después de aproximadamente una hora venían a buscarle, se le volvía a vestir y se le introducía de nuevo en el *templum.* Él salmodiaba el Credo manteniendo una antorcha de cera blanca encendida.

Se le conducía a una sala brillantemente iluminada y tapizada en blanco. Los asistentes cantaban los salmos XXVI y XC. Se hacía una

lectura del capítulo XI del Apocalipsis de San Juan y del Sermón de la Montaña, que escuchaba de rodillas.

Finalmente se vestía al «clérigo» con un hábito violeta ceñido con una cuerda blanca. Los asistentes le daban el beso de la paz, y la ceremonia se terminaba con unos ágapes en los cuales se leía una *Regula Vitae,* análoga a la dada a los Templarios por san Bernardo.

16
EL «CELESTE CULTIVO»

ANTOINE FABRE D'OLIVET

Antoine Fabre d'Olivet nació en Ganges (Hérault) el 8 de diciembre de 1768. Murió en París el 27 de marzo de 1825.

Sus parientes pertenecían a familias de hugonotes que habían dado mártires a la causa protestante.

Su padre le destinaba al comercio; le obedeció, pero desde su juventud consagró su tiempo libre a leer y meditar las obras esoteristas y también a estudiar lenguas, como el árabe y el hebreo. La Revolución arruinó a los suyos; todo el resto de su vida lo pasó Fabre acuciado por preocupaciones pecuniarias y familiares.

Bajo la dirección de Delille de Salles entró en contacto con un grupo de pitagóricos del valle del Rin.

Ferviente admirador de la Revolución que comienza, Fabre se distancia de ella cuando toma un carácter trágico. Ejecuta trabajos de librería para subsistir hasta ser nombrado funcionario del Ministerio de la Guerra en 1799. Por un motivo oscuro se le proscribe en 1801, pero el Primer Cónsul rectifica pronto esta decisión y le reintegra a su puesto administrativo.

En 1805 se casa con Marie Varin, con la que tendrá tres hijos. Su mujer es su médium en experiencias de

magnetismo animal, con las que se entusiasma. Cura ciegos y sordomudos.

La pareja está muy unida al principio. Después, Madame Fabre d'Olivet cree correr el riesgo de dañar la salud de su alma prestándose a experiencias psíquicas. Intenta una separación de cuerpos y bienes; se dictó sentencia en marzo de 1823.

Tras algunos meses de desesperación y de miseria, Fabre encuentra su Egeria \ Madame Faure, que le ayuda en la creación de su «santuario».

Pero esta dicha dura poco. Fabre, el hierofante, muere súbita y misteriosamente al pie del altar que ha consagrado a los dioses del paganismo. Se habló de suicidio, de embrujamiento, de apoplejía.

La obra escrita

La obra filosófica y literaria de Fabre d'Olivet es considerable.

Se deben a él, en primer lugar, unos originales trabajos sobre música; además, una reconstitución del carácter sagrado del hebreo. Según las claves lingüísticas que ha descubierto o perfeccionado, traduce el Génesis y hace de él una exégesis que los trabajos de la filología semítica actual parecen confirmar.

También ha afrontado el problema del origen del lenguaje.

Partiendo del postulado de que el origen de la Palabra es divino, deduce una «gramática absoluta» rica en ideas generales, aunque a veces aventuradas.

La doctrina de Fabre d'Olivet

Debe mucho al pitagorismo y a los Misterios egipcios. Se puede bosquejar un resumen citando al genial autor:

«Podría decirse que por encima de Dios y de la Materia hay "algo" más difícil aún de concebir; "algo" a

que Dios y la Materia deben sus cualidades distintivas: lo que los Antiguos... llamaban el Destino».

El Hombre desempeña el papel de mediador entre la Providencia y el Destino. Todo está sometido a estas tres potencias: el Destino, la Providencia y el Hombre. «Todo les está sometido, salvo Dios, que los contiene sin ser contenido.»

«El Bien nace del acuerdo de la Voluntad con la Providencia; el Mal, de su oposición.»

«El poder y la Dignidad del Hombre se expresan a través de la voluntad que puede subyugar la Necesidad, dominar la Naturaleza, obrar milagros.»

Voluntad y Destino luchan a través de la Historia. «El asesinato de Abel simboliza la eliminación de la Providencia, que, rechazada por el Hombre, no interviene más que mediatamente y deja a Set —órgano de la Fatalidad— luchar contra Caín, representante del libre albedrío... Estas dos fuerzas (Voluntad, Destino), abandonadas a ellas mismas, terminan en conflictos trágicos.» No puede existir nada durable sin la Providencia, arbitro supremo.

[1] Egeria, ninfa de la que el rey Numa, en secreto, recibía consejos. *(N. del T.)*

El «Celeste Cultivo» y la teodoxia universal

Fabre d'Olivet instituyó, en los últimos años de su vida, una religión sincretista que ha formulado en un manuscrito, del que solamente nos ha llegado una parte, y que tituló *La Teodoxia universal*[2].

Realizó unos ritos (que ignoramos) en su *Santuario.* ¿«Aprendiz de brujo» (como la víctima de la balada de Goethe), desencadenó unas Fuerzas misteriosas que después fue incapaz de dominar y le arrancaron la vida? Es una hipótesis que no hay que rechazar.

El ritual

Antoine Fabre d'Olivet instituyó un rito paramasónico al final de su vida: el «Celeste Cultivo», del que aún subsiste una Logia en las fueras de París.

Reproducido por Dorbon el Mayor. 19, Boulevard Haussmann, París.

El ritual estuvo perdido hasta el día en que, preparando su tesis de letras sobre Fabre d'Olivet[3], Léon Cellier encontró una copia en los archivos de la Gran Logia de Francia, 8, Rué Puteaux. Aquí daremos un resumen de ese curioso documento:

La jerarquía está copiada de la de la Francmasonería azul:

— Aprendiz: *Aspirante.*
— Compañero: *Labrador.*
— Maestro: *Cultivador.*

A la Logia se la llama Campo. Es redonda y está dividida en dos por un diámetro que «va de la tierra al cielo».

Una de las mitades del Campo está tapizada en blanco; la otra, en negro.

En medio de la parte blanca (el Oriente) se encuentra el sitial del *Venerable Cultivador.* Este sitial se halla encima de siete escalones sobre cada uno de los cuales hay inscrito el nombre de una virtud:

— Orden,
— Justicia,
— Sapiencia,
— Filantropía,
— Sabiduría espiritual,
— Amor de Dios.

Por encima de este «trono» se ve un triángulo isósceles timbrado con la letra O (Osiris): la Luz.

Enfrente, por el lado opuesto, se ve un triángulo equilátero timbrado en rojo con la letra T (Tifón): las Tinieblas.

A la derecha del Venerable Cultivador, en el límite del Norte y el Blanco, se levanta una columna mitad blanca y mitad negra. Por el lado opuesto, otra columna, blanca y negra también, pero en «negativo» respecto de la primera. Sobre la primera columna está la palabra

JACHIN; sobre la otra, BOHOZ.

La entrada al Campo está dispuesta enfrente del Venerable Cultivador. Está guardada por un hermano Escardador que lleva una

[3] *Fabre d'Olivet: contribution á l'étude des aspects religieux du romantisme* [Fabre d'Olivet: contribución al estudio de los aspectos religiosos del romanticismo], Nizet, 1953-

espada flamígera. Un hermano Sembrador está cerca de la columna Osiris.

El Venerable Cultivador lleva una toga áurea bordeada de blanco con un cordón violeta como banda. Como instrumentos simbólicos tiene una horca de tres dientes y un rastrillo con siete dientes.

El hábito del hermano Escardador es verde. El del hermano Sembrador, violeta.

El Campo está iluminado por dos lámparas que representan el Sol y la Luna.

Veamos cómo se recibe a un Candidato: llega vestido de negro y violeta y lleva una venda sobre los ojos.

El Venerable Cultivador.—Hermano Sembrador, ¿qué hora es? *El Sembrador.*—La hora propicia.

El Venerable Cultivador da dos golpes y después dice: *El Venerable Cultivador.*—¡El Campo está abierto!

Se introduce al Candidato, y bruscamente el hermano Escardador le pregunta:

El Escardador.—¿Quién eres?

El Sembrador.—¿De dónde vienes?

El Candidato.—No sé..

El Sembrador.—¿Dónde vas?

El Candidato.—No sé.

El Sembrador.—¿Qué quieres?

El Candidato.—¡Saber!

El Sembrador.—Cae de rodillas, infeliz ignorante, y, puesto que quieres penetrar nuestros misterios, jura por tu alma guardarlos religiosa e inviolablemente.

El Candidato.—¡Lo juro!

El Venerable Cultivador.—¿Quién es ese ser tenebroso?

El Sembrador.—Creo que es un hombre.

El Venerable Cultivador.—¿En qué lo habéis conocido?

El Sembrador—En la confesión de su ignorancia y en su deseo de saber.

El Venerable Cultivador.—¿Ha prestado juramento? *El Sembrador—*Así lo ha hecho.

El resto de la ceremonia está calcada de la de aprendiz francmasón.

17
La cadena iniciática del Martinismo

En sus orígenes, a finales del siglo XVIII, el Martinismo fue una sociedad iniciática muy secreta. Posteriormente, hacia 1930, sus relaciones con la Sinarquía fueron indudables: precisamente porque poseía unos documentos confidenciales sobre la Sinarquía es por lo que el Gran Maestro Constant Chevillon fue asesinado en Lyon en 1943.

Actualmente, el Martinismo, sociedad que ha evolucionado de secreta a discreta, está escindida en varias ramas, «crísticas», la mayor parte de las cuales son más místicas que íniciáticas. ¿Quedan aún en su seno un núcleo de adeptos que ejercen una influencia política y social en el mundo occidental? No estamos lejos de creerlo.

El misterio que rodea al Martinismo tradicional está preservado por su modo de reclutamiento, modo que, por otra parte, ha tomado de los carbonarios '. En un documento confidencial, editado con tirada muy corta de ejemplares numerados, y que nunca ha estado en manos profanas, hemos recogido lo siguiente[2]:

En el momento de su institución el neófito recibe un número de orden. La jerarquía es: *Iniciado,* y a continuación, *Iniciador.*

Al mismo tiempo «pierde su nombre» y no conserva más que su número de orden.

Pierre Mariel, *Les Carbonari,* ob. cit.

Teder, *Rituel de l'ordre martiniste,* París, 1913. Poseemos el ejemplar del doctor "• Charpy.

Además de su propio número de orden, el Iniciador posee otro formado del número que precede inmediatamente al suyo; este segundo número será el de los Iniciadores que de él recibirán la Luz integral.

Los Iniciados recién recibidos adoptan como número de orden el de su Iniciador, seguido de las letras alfabéticas según su rango.

EL NÚMERO DE ORDEN

Primer ejemplo

El *Iniciador* 92 dará al primer profano que inicia la sigla 92A; al segundo, 92B; al tercero, 92C, etc.

A partir del vigésimo quinto se combina el *nomen* gracias a dos letras: 92AA, 92AB, 92AC...

Si un *Iniciado* se convierte en *Iniciador* pierde su sigla inicial y recibe como número de orden el número que sigue inmediatamente al de su propio *Iniciador.*

El primer *Iniciador* de esta nueva serie recibe el número siguiente sin ninguna otra marca; el segundo recibe ese mismo número precedido de las letras B, o C, o D, o E, etc.

Segundo ejemplo

El *Iniciador* 92 da al primer Iniciador formado por él la sigla 93. Al segundo *Iniciador,* la sigla B93; al tercero, C93, etc.

A fin de diferenciar a los *Iniciados* de una misma serie, la sigla de todo Iniciado está coronada por el *nomen mysticum* de su Iniciación; este *nomen mysticum* está a su vez formado por consonantes del

Tercer

ejemplo

Émile:

EML.

EJEMPLO GENERAL

Un recién Iniciado se llama Juan. Toma el número de su Iniciador (por ejemplo, 26) y le pone encima las consonantes de la palabra Juan: JN, añadiéndose, para hacer un número impar, X'; es decir: x´jn / 26.

El Iniciador 26 asciende a Pierre (Pedro) al grado de Iniciador. Se tendrá entonces: PRR / B26, pues PRR es el segundo «ahijado» de 25.

El Iniciador Juan tiene como *nomen* (según acabamos de ver): x´jn / 26

Los iniciados Pablo, Julio, Emilio:

Pablo tendrá la sigla x´jn / 26.

Julio tendrá la sigla x´jn / 26

Emilio tendrá la sigla x´jn / 26.

Si más tarde Jules (Julio) se convierte en Iniciador, tendrá como nuevo *nomen mysticum* x´jn / 26 , etc.

apellido, tomadas en número impar.

Si falta una consonante para formar un número impar se añade al principio del *nomen* X' (X prima). Se conserva la primera letra del nombre profano, incluso si se trata de una vocal.

Quinta parte

COMPAÑEROS Y «BUENOS PRIMOS»

LA VEHME

18 Los «buenos primos»

En su novela *Los Mohicanos de París,* Alejandro Dumas evoca a los carbonarios políticos, aquellos que fueron presididos por La Fayette y que prepararon numerosas conspiraciones, como aquella, fallida, que terminó con la condenación y ejecución de los Cuatro Sargentos de la Rochelle[1].

No es nuestro propósito hablar de si aún existen carbonarios en Francia.

Esta sociedad secreta —con fines esencialmente políticos— es derivación de un «deber» gremial muy antiguo, del que publicamos el ritual.

Ritual interesante por muchas razones. En primer lugar, a causa de su rareza. A continuación, porque es, que sepamos, el único vestigio de las iniciaciones de los oficios errantes o rurales.

Paralelamente a las tradiciones gremiales de las ciudades, existían unos «misterios» practicados por vendedores ambulantes (o *mercelots)* y por leñadores (o *fendeurs-charbonniers).*

Bajo un barniz cristiano se encuentran en esos rituales huellas inequívocas de tradiciones precristianas, «paganas», en el sentido etimológico de la palabra *paganus.*

En su *Historia pintoresca de la Francmasonería,* F. T. B. Clavel[2] señala cómo las ceremonias practicadas por los trabajadores de los bos-

---

[1] Cfr. Pierre Mariel, *Les Carbonari,* ob. cit.
[2] París, 1844.

ques «tienen un origen muy antiguo y derivan incontestablemente de las iniciaciones de la Antigüedad. Vuelve a encontrarse en ellos las purificaciones impuestas a los candidatos, el mito funerario, los símbolos y el lenguaje enigmático que caracterizaba esas misteriosas solemnidades... La cofradía existe aún [en 1844] en gran parte de Europa y ha conservado el mismo ceremonial misterioso. La Selva Negra, los bosques de los Alpes y del Jura están poblados de estos iniciados. No admiten únicamente entre ellos a hombres que ejerzan la profesión de carbonero; agregan igualmente personas de todas las clases, a las que prestan, llegado el momento, los buenos oficios que de ellos dependan......

Una *Orden de los Cortadores* se creó (o renovó) en París, en 1743, por el caballero de Beauchaine, que transmitió a unos nobles apasionados por el esoterismo una tradición que provenía de los bosques del Borbonesado.

Durante las guerras civiles de los reinados de Carlos VI y Carlos VII habían sido iniciados en ella proscritos de alta estirpe. Beauchaine afirmaba también que Francisco I había sido recibido como «buen Primo» carbonero.

Parece ser que el ritual primitivo fue alterado hacia 1780 con elementos tomados de la Francmasonería.

En el bosque jurásico: un ritual

He aquí un ritual cuyo texto manuscrito data de 1800 y que probablemente proviene de una *vente*[3] del Jura. Se nos asegura que aún se practica.

El Gran Maestro da un golpe con el hacha, golpe que repiten el primer y segundo asistentes.

A continuación llama a la Orden. Ponerse a la Orden es colocar las manos en cruz, la derecha sobre la izquierda. Después pronuncia la oración siguiente:

[3] *Vente* en francés puede significar 'corta' y 'venta', motivo por el que mantenemos el vocablo original en estas páginas y en las siguientes. *(N. del T.)*

—A la gloria de nuestro Primo Maestro del Universo. Os rogamos que nos protejáis en nuestros augustos trabajos. Y haced, ¡Gran Dios!, que la paz y la unión reinen entre nosotros.

Inmediatamente después de los aplausos se dice:

¡Provechosamente, *primera vez;* provechosamente, *segunda vez;* provechosamente, *tercera vez!*

Tras lo cual el Gran Maestro da el golpe misterioso tres veces (?) y los asistentes lo repiten; después, todos hacen el signo y el Gran Maestro dice:

—La *vente* queda abierta. Advertídselo, primer y segundo asistentes, a todos los compadres.

Tras haber dado el aviso los asistentes, el Gran Maestro añade:

—Ocupad vuestros lugares, buenos Primos.

El Gran Maestro (al primer asistente).—¿Dónde se da el primer grado?

Respuesta.—En la barraca de un buen Primo o en la cámara de honor y en la *vente* de los carboneros, Gran Maestro.

P.—¿Qué se hace para conferir el primer grado?

R.—Se extiende un pequeño paño sobre un tronco de árbol sobre el que se colocan las bases: primero, dicho trapo; segundo, el agua; tercero, el fuego; cuarto, la sal; quinto, el crucifijo; sexto, una rama de boj; séptimo, otra rama provista de sus hojas.

Son necesarios tres buenos Primos o más para llevar a cabo una recepción; el candidato, acompañado siempre por un maestro, debe estar fuera del lugar donde se hallan las bases y los buenos Primos.

El buen Primo que se encuentra con el candidato, golpeando tres veces con el pie, grita «Provechosamente», primera vez, segunda vez, tercera vez, y dice:

—Maestros, buenos Primos, necesito ayuda.

Los buenos Primos se aproximan al tronco sobre el que baten su cordón y dan tres golpes por el provecho. A continuación hacen el signo conveniente: llevan la mano derecha del hombro izquierdo a la cadera derecha. Uno de ellos dice después:

—He oído la voz de un buen Primo que pide ayuda; quizá lleva leña para calentar los hornos.

El Gran Maestro responde:

—¡Bien! A trabajar, buenos Primos.

Y los buenos Primos repiten el signo.

El Gran Maestro.—Candidato, buen Primo, ¿de dónde venís?

R.—De un bosque.

P.—¿Adonde vais, buen Primo?

R.—A la cámara de honor.

P.—¿Qué venis a hacer aquí?

R.—Vengo a vencer mis pasiones, someter mis voluntades e instruirme en la respetable carbonería.

P—¿Qué traéis del bosque?

R.—Madera, follaje, tierra, para construir, para golpear, para cocer en el horno.

P.—¿No traéis nada más?

R.—Traigo también la *Fe,* la *Esperanza* y la *Caridad* a todos los buenos Primos de esta cámara de honor.

P.—¿Quién es esa persona que lleváis con vos?

R.—Un hombre que encontré extraviado en el bosque.

P.—¿Qué desea?

R.—Quiere instruirse en los deberes de la respetable carbonería y formar parte de nuestra Orden.

El Gran Maestro.—Hacedle entrar.

El neófito es introducido.

El Gran Maestro hace algunas preguntas al Candidato sobre moral y

m.

A continuación le manda ponerse de rodillas, con las manos en cruz, cerca del trono. El Candidato pronuncia la promesa habitual.

Promesa

Prometo y me obligo por mi honor a no revelar

jamás los secretos de los buenos Primos; a no atentar jamás al honor de sus esposas y no recibirlas entre los buenos Primos; a proporcionar a cada buen Primo

todas las ayudas que mis facultades me permitan; a no hacer ninguna recepción sin estar acompañado de otros dos buenos Primos. ¡Que Dios me ayude!

Los buenos Primos vuelven a tomar sus hábitos; el buen Primo Gran Maestro da la explicación de las bases y del tronco; el orador pronuncia su discurso; se hace correr el saco de las proposiciones y el de los pobres. Después, el Gran Maestro invita a todos los buenos Primos a hacer proposiciones por el bien de la vente, *da tres golpes y anuncia al primer y segundo asistentes que la* vente *está clausurada. Entonces cada uno se retira en paz.*

Catecismo del aprendiz

Pregunta.—¿Dónde se os ha recibido?

Respuesta.—Sobre el pequeño paño, en una cámara de honor y en una *vente* perfecta.

P.—¿Por dónde se os ha hecho pasar?

R.—Por en medio de un bosque sobre el asiento de un horno, sobre carbones encendidos por tres buenos Primos y por una cámara de honor.

P.—¿Qué habéis observado allí?

R.—Un tronco de árbol sobre el que estaban colocadas cinco bases bien puestas y en buen orden.

P.—¿Qué significa el tronco de árbol?

R.—El cielo y la redondez del mundo.

P.—¿Cuáles son las cinco bases?

R.—El pequeño paño, el agua, el fuego, la sal y el Cristo.

P.—¿Qué significa el pequeño paño?

R.—Es quien sirve para recibirnos, secarnos y envolvernos cuando venimos al mundo.

P.—¿Qué significa el agua?

R..—Que sirve para lavarme y purificarme del pecado original.

P.—¿El fuego?

R.—Que sirve para secarme e iluminarme en mis primeras obligaciones.

P.—¿Qué significa la sal? *R.*—Que me ha hecho cristiano. *P.*—¿Qué significa el Cristo? *R.*—Aquel que fue nuestro Redentor. *P.*—¿No habéis observado nada más?

R.—He visto un pañuelo blanco, algunos leños, un poco de tierra, algunas hojas, hilo, una corona de espinas blancas y algunas cintas. *P.*—¿Qué significa el pañuelo blanco?

R.—Que ha sido la ropa que recibió a Nuestro Señor Jesucristo cuando vino al mundo.

P.—¿Qué significan los leños y para qué sirven? *R.*—La materia principal del horno, y sirve para calentarlo. *P.*—¿Para qué sirven las hojas? *R.*—Para cubrir la hoguera. *P.*—¿Para qué sirve la tierra? *R.*—Para cubrir y apagar las brasas. *P.*—¿Qué significa el hilo? *R.*—Es aquel que hiló la Virgen Santa. *P.*—¿Qué significa la corona de espinas blancas? *R.*—Las pruebas y fatigas de los buenos Primos en este mundo. *P.*—¿Por qué la corona de espinas es blanca? *R.*—Para atestiguar el candor de las almas, la pureza y la inocencia de los buenos Primos.

P.—¿Qué significan las cintas?

R.—Los principales atributos de la Carbonería que nos sirven de ropa.

P.—¿De qué longitud son? *R.*—De tres palmos cada una[4]. *P.*—¿De qué color? *R.*—Azul, rojo y negro. *P.*—¿Qué significa el azul? *R.*—El humo del horno. *P.*—¿Qué significa el negro? *R.*—El carbón del hogar.

[4] El palmo romano tiene ocho pulgadas y tres líneas y media.

P.—¿Qué significa el rojo?

R.—El fuego del horno.

P.—¿Sois aprendiz de carbonero?

R.—Así lo creo, y puedo hacer carbones con el consentimiento de mis maestros.

P.—¿Por qué lleváis esa corona durante nueve días?

R.—Para probar mi deseo de ser buen Primo y mi voluntad de cumplir exactamente las reglas, y para que me sirva de noviciado.

P.—¿Dónde debe llevarse la corona?

R.—Lo más cerca posible del cuerpo.

P.—¿En qué debéis trabajar durante ese tiempo?

R.—En el estudio de las reglas de los buenos Primos, a fin de llegar a ser más digno de que se me presente a ellas.

P.—¿Qué significa esta presentación?-

R.—El niño que debe ser bautizado.

P.—¿Quién es el que ha dado lo que no tenía a aquel que no tenía necesidad de ello?

R.—San Juan Bautista, que bautizó a nuestro Buen Primo Jesucristo, Gran Maestro del Universo.

P.—¿Qué día fue bautizado nuestro Buen Primo Jesucristo, Gran Maestro del Universo?

R.—El día de los Reyes y de los Tres Milagros.

P.—¿Cuáles son los Tres Milagros?

R.—La estrella que iluminó el viaje de los tres Reyes Magos a Belén; el agua convertida en vino en las bodas de Cana; y la voz que se hizo oír en el desierto cuando nuestro Buen Primo Jesucristo, Gran Maestro del Universo, fue bautizado.

P.—¿Qué nos enseña el primer paso?

R.—Nos recuerda nuestro nacimiento y nos enseña qué debemos pensar en el transcurso de nuestra vida.

P.—¿Qué observasteis cuando se os vendaron los ojos para ser admitido?

R.—Oí unas palabras y un manoteo que me eran desconocidos.

P.—¿Qué palabras son esas?

R.—«En provecho», una vez; «en provecho», dos veces; «en provecho», tres veces.

P.—¿Qué han traído los que os han recibido? *R.*—Madera, tierra y hojas. *P.* —¿Qué significan esas tres cosas?

R.—Los presentes de los tres Reyes Magos a nuestro Buen Primo, Gran Maestro del Universo.

P.—¿Para qué han traído esas cosas?

R.—Para cubrir, golpear y calentar el horno.

P.—¿De qué se hizo el primer carbón?

R.—De ortigas y heléchos.

P.—¿Para qué sirve?

R.—Para trabajar los anillos de la Buena Virgen.

P.—¿De qué eran?

R.—De metal.

P.—¿De qué metal eran?

R.—Me entrego [es decir, «lo ignoro»]. Decídmelo, y os lo diré.

P.—¿Qué significa el índice presentado horizontalmente?

R.—La entrada en la *vente* y en la Orden.

P.—¿Qué significa el signo retrógrado?

R.—La salida de la *vente.*

P.—¿Qué significa el signo del novicio?

R.—La escuela de los buenos Primos.

P.—¿Qué significa la decoración del novicio?

R.—La vara del horno.

P.—¿Qué significa el sombrero?

R.—El horno cubierto.

P.—¿Qué significa «volcado»?

R.—El horno que tiene necesidad de trabajo.

P.—¿Qué significa la abertura del sombrero?

R.—La entrada del horno.

P.—¿Qué significan las alas?

R.—El sombrerete y el quitavientos.

P.—¿Qué significa el dedo erguido en el interior del sombrero?

R.—La vara del horno.

P.—¿Qué significa el fondo del sombrero rasgado?

R.—El horno agrietado.

P.—¿Cuál es el signo más elevado de los buenos Primos?

R.—El humo.

P.—¿Qué significa el dedo en medio del sombrero, como si uno quisiera servirse de él para hacer un agujero?

R.—El fuego que hay en el horno.

P.—¿Qué significa lo negro del sombrero?

R.—El carbón del hogar.

P.—¿Cómo deben estar cortados los leños?

R.—En trozos como la vara.

P.—¿En cuánto se evalúan los fondos de un buen Primo?

R.—En sesenta y seis libras y tres denarios, o quince ducados de moneda napolitana.

P.—¿En qué consisten esos fondos?

R.—En una barraca, un horno, un jardín y una piedra de comparación.

P.—¿Cuánto la barraca?

R.—Veinte libras.

P.—¿Cuánto el horno?

R.—Treinta libras.

P.—¿Cuánto el jardín?

R.—Dieciséis libras.

P.—¿Cuánto la piedra de comparación?

R.—Tres denarios.

P.—¿Cuánto valen los tres denarios?

R.—Tres décimas; precio por el que fue vendido el buen Primo, Gran Maestro del Universo.

P.—¿Qué significan las tres décimas?

R.—Las tres personas de la Santísima Trinidad.

P.—¿Para qué sirve la piedra de comparación?

R.—Para alejar y reconocer a todo profano, y para distinguir a los buenos Primos. Cuando hay profanos se dice: «Llueve», «Hace viento», o «Hay humo». Y si se hace alguna pregunta por parte de algún buen Primo, y no se comprende lo que quiere decir, se responderá: «Me entrego».

P.—¿Qué significa el acto de sumisión?

R.—La de Nuestro Señor Jesucristo, Gran Maestro del Universo, a la voluntad de Dios Padre, de san José y de la bondadosa Virgen.

P.—¿Qué crece en el jardín de los buenos Primos? *R.*—Perejil, perifollo y acedera.

P.—¿Por qué esas tres hierbas con preferencia sobre todas las demás?

R.—Para mostrar la sobriedad, la temperancia y la frugalidad de los buenos Primos y para designar cuál es la sopa que se cuece más pronto.

P.—¿Para qué hora debe estar dispuesta la sopa de los buenos Primos?

R.—A cualquier hora, pues en todo momento pueden llegar buenos Primos.

P.—¿Cuál debe ser su ocupación? *R.*—El trabajo.

P.—¿Qué significa un árbol con la raíz al aire? *R.*—Si todos los árboles estuvieran así, no *habría* buenos Primos. *P.*—Si un buen Primo es atacado, ¿con qué debe golpear a los profanos?

R.—Con el hacha o el puñal. *P.*—¿Dónde debe golpearle? *R.*—Entre los ojos y el cráneo. *P.*—¿Y si huye? *R.*—Entre los dos hombros. *P.*—¿A qué distancia? *R.*—A veinticinco pies.

P.—¿Cuáles son los tesoros de un buen Primo? *R.*—El bosque, el hacha y la piedra de comparación. *P.*—¿Para qué sirven los signos?

R.—Para confirmar la recepción de los buenos Primos y para honrar a san Teobaldo, nuestro protector.

P.—¿Por qué decís cinco *pater* y cinco *ave* mientras dura esa recepción?

R.—Para honrar la muerte y la pasión de nuestro buen Primo el Gran Maestro del Universo.

P.—¿Cuál es la madre de las cinco bases? *R.*—Las fuentes bautismales. *P.*—¿Dónde estáis vos?

R.—Entre el cielo y la tierra. P.—¿Quién es vuestro padre?

R.—El cielo, objeto de los deseos de los buenos Primos. *P.*—¿Quién es vuestra madre? *R.*—La tierra que me nutre y a la que debo retornar. P.—¿Quién es vuestro padrino? *R.—(Se muestra el pulgar.) P.*—¿Quiénes son los testigos? *R.—(Se muestran los dos dedos que siguen al pulgar.) P.*—¿Qué debe el novicio al padrino durante los nueve días del noviciado?

R.—Pan y vino.

P.—¿Quién os ha instruido sobre estas cosas?

R.—Mi padrino, que me ha hecho estudiar durante nueve días.

19 ENTRE LOS COMPAÑEROS DE OFICIO

Los diversos *deberes* de compañeros, a través de los siglos, han guardado el secreto de sus misterios. Los rituales gremiales jamás se han impreso; se transmiten oralmente de generación en generación ',

Los únicos documentos auténticos que poseemos datan de marzo de 1655.

En esta fecha, los doctores de la Casa y Sociedad de la Sorbona —previa denuncia de la Compañía del Santísimo Sacramento— se inquietaron respecto de la ortodoxia de las cofradías. La policía investigó. Se interrogó a los compañeros con los métodos altamente persuasivos usados en todo tiempo dentro de esta profesión. Se recogieron «testimonios espontáneos» de los que poseemos los atestados.

La Sorbona juzgó «que en esas prácticas hay pecado de sacrilegio, de impureza y de blasfemia contra los misterios de nuestra religión». Los «deberes» fueron, pues, perseguidos por el brazo secular... y, pese a ello, no dejaron de prosperar.

He aquí lo que informan los atestados de 1655:

Los *compañeros guarnicioneros* ponen tres *carolus,* lo que hace treinta denarios, en el libro de los Evangelios y, después del juramento prestado ante los Evangelios con la cabeza descubierta, vienen a la habitación tres o cuatro hombres y uno de ellos pide un altar, un frontal, ornamentos, cortinas, vara, mantel y otras cosas para preparar un altar,

---

Son cantados o salmodiados en las ceremonias.

un amito, alba, cíngulo, estola, manípulo, casulla, todo el ornamento de un sacerdote para decir la santa misa, cirio, candelabros, vinajeras, agua bendita, cáliz y un salero, sal, pan natural, vino natural, y habiéndole dado un mantel que pliega en tres, que hacen los tres manteles del altar, teniendo el borde hacia abajo y una taza o vaso en lugar de cáliz, y un pan y una cruz de cera virgen, y el libro, y los treinta denarios, y dos cirios encendidos, y en lugar de vinajeras dos cuencos y dos botellas, una llena de vino y la otra de agua, y sal en el salero, estando todas esas cosas preparadas y la habitación bien cerrada, se ponen de rodillas y con la cabeza descubierta, y el que ha pedido todas esas cosas necesarias para la santa misa, de rodillas, con las manos juntas, ante ese escabel donde están todas las cosas, dice a aquel o aquellos que van a ser admitidos como compañeros:

«Este pan que veis simboliza el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que estaba en el árbol de la Cruz por nuestros pecados». Dicho eso, toma una miga de ese pan, la pone en el pretendido cáliz y dice:

«La Paz de Dios os sea dada».

Pone sal en ese vaso y hace gotear de un cirio tres gotas, diciendo:

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Después apaga el cirio en el pretendido cáliz.

Después, dice a aquel o a aquellos que están allí como aspirantes de compañero que elijan un padrino y, puestos de rodillas, los bautiza de burla, profanando el santo bautismo del mismo modo que la santa misa al hacer que todos los presentes tomen ese pan y esa mezcolanza de vino.

Después, realizan una nueva acción tomando un pañuelo, cuatro vasos llenos de vino que representan a los cuatro evangelistas y al pie de cada vaso cuatro pedazos pequeños de pan que significan: el mantel sobre que han mancillado, el sudario de Nuestro

Señor; la mesa, el Santo Sepulcro; los cuatro pilares de la mesa, los cuatro doctores de la Iglesia; y hacen todas esas cosas y otras herejías. Los hugonotes son admitidos por los católicos, y los católicos, por los hugonotes.

Los *compañeros sombrereros,* por su parte, simbolizan los diversos instrumentos de la Pasión con objetos corrientes; he aquí lo esencial de la ceremonia:

«... El preboste representa a Pilato, que se sienta en una silla en el lugar más aparente de la habitación; el lugarteniente representa a Ana y se pone cerca del preboste; el escribano Caifas está más abajo.

»E1 preboste tiene en sus manos una varilla que representa la vara de Aarón, al final de la cual hay tres cintas: una blanca, que significa la inocencia de Nuestro Señor; una roja, su sangre; una azul, las magulladuras de su cuerpo.

»Los cuatro pilares de la mesa representan los cuatro Evangelios; la superficie de la mesa, el Santo Sepulcro; el mantel, el Santo Sudario; la encrucijada de las ventanas, la Cruz; los dos postigos de abajo representan, el de un lado, a la Santa Virgen, y el del otro, a san Juan; los dos postigos de arriba, cerrados, el Sol y la Luna; abiertos, la Salutación angélica a causa de la claridad que apareció».

Hacen dar tres pasos al que se trata de admitir, y se dice al mismo tiempo:

«Honor a Dios, honor a la mesa, honor a mi preboste».

Y aproximándose a él, le besa y dice:

«No quiera Dios que este beso sea como el de Judas».

El primero interroga sobre lo anterior y se manda entrar a los otros compañeros para su instrucción.

Chocando la primera vez, responden *Benedicite;* la segunda, *Domine;* la tercera, *Consummatum est.* Y se les pregunta:

«¿Qué buscáis?».

Responden:

«A Dios y a los apóstoles».

El que va a ser admitido aparece ante el preboste con los dos pies cruzados, desaliñado y desmañado; se le pregunta:

«¿Qué representáis vos?» .

Responde:

«No quiera Dios que no represente a Nuestro Señor».

A continuación se le hace sentarse bajo la chimenea en una silla.

El padrino y la madrina que ha elegido le lían al cuello una toalla, le ponen en la boca pan y sal, le hacen dar tres golpes en la chimenea y, en son de mofa, simulando el bautismo, toma un nuevo nombre y dice después:

«No he comido pedazo de pan tan salado ni bebido trago de vino tan espeso, tres golpes en la chimenea, mi padrino y mi madrina me han hecho golpear, en lo que reconozco ser un buen compañero consumado».

La «guilbrette»

Agricol Perdiguier, a pesar de ser muy discreto respecto a las ceremonias gremiales, describe la *guilbrette.*

La *guilbrette* es a la vez un saludo ritual y un modo gremial de reconocimiento.

«Por la mañana temprano, revestidos con nuestras ropas más bellas, adornados con nuestros colores, nuestros bastones engalanados con cintas, nos encontramos caminando por el empedrado el dignatario, el secretario y el rodador. Tenemos nuestro itinerario. Comenzamos por el taller número UNO. Cuando llegamos, nuestros hermanos se apresuran a ponerse sus corbatas, sus chaquetas, y a disponer sus mesas.

»E1 rodador se aproxima al obrero más antiguo. Coloca en el frente de su mesa una escuadra y un compás entrelazados y, en la parte trasera, en un agujero, su bastón, derecho aunque un poco inclinado.

»Paralelamente a esa mesa, el mandado por el frente y el mandado por la parte trasera, bien derechos, mirándose fijamente, sus cuerpos un poco al sesgo, parten los dos a la vez adelantando el píe izquierdo; el derecho le sigue; dan un medio paso hacia atrás, un semigiro sobre el pie izquierdo avanzando el derecho, se dan la mano derecha; uno habla al oído del otro; finalmente se abrazan. Detrás del rodador viene el secretario, y a continuación el primer compañero. Para significar el respeto que se le debe a ese dignatario, se extiende para él un mandil por el suelo sobre el que pone los pies y hace la *guilbrette.*»

20 La Santa Vehme

J_í1 Gran Interregno comenzó en 1250, con la muerte del emperador Federico II. Durará hasta 1273 y será uno de los períodos más sombríos de la historia de Alemania.

El Sacro Imperio Romano Germánico no es ya más que un confuso mosaico de Estados, laicos o eclesiásticos, pequeños o grandes.

Aprovechando la anarquía, los caballeros-bandoleros se multiplican. Surgen numerosas comunidades de campesinos libres, especialmente en las marismas del Norte y en las montañas del Sur. Ciudades comerciales, independientes, crecen a lo largo del Báltico y del mar del Norte, en el valle del Rin, en los cruces de las rutas naturales. Pero los intercambios económicos están dificultados por el bandolerismo.

El único derecho eficaz es el *Faustrecht*[1]*.* Él asegura la «legalidad» de las alianzas efímeras entre ligas señoriales y urbanas, entre ciudades hanseáticas y grupos rurales.

En semejante caos, los derechos más elementales de la persona son pisoteados. Ladrones, perjuros, sádicos, asesinos, están casi seguros de la impunidad, protegidos como se hallan por el cohecho de los jueces y la confusión de las fronteras.

Sin embargo, las clases medias —debido a su

enriquecimiento—• toman conciencia de su importancia. Puesto que los eclesiásticos y los nobles son incapaces de defenderlos, los burgueses se protegerán ellos

[1] *Faustrecht:* derecho del puño, derecho del más fuerte.

mismos, eficazmente, sirviéndose de una estrategia muy germánica: la Sociedad Secreta.

De ese modo nace una sociedad secreta justiciera: la Santa Vehme[2]. Permanecerá en activo hasta el siglo XVII; posteriormente renacerá de sus cenizas en 1919, momento en el que Alemania pasaba por una era de desorden peor aún que el Gran Interregno.

Teóricamente esos tribunales secretos dependían —por una vaga delegación imperial— del arzobispo-elector de Colonia. De hecho, los «jueces francos» no rendían cuentas de sus actos a ninguna autoridad religiosa ni señorial. Se reclutaban exclusivamente por cooptación en la burguesía, permanecían rigurosamente anónimos y castigaban de forma inexorable toda indiscreción, aunque fuera involuntaria. Para ser admitidos a juzgar sin apelación, sufrían una serie de durísimas pruebas, así la de actuar improvisadamente como verdugos; pronunciaban juramentos imprecatorios, se reconocían entre ellos por signos, toques y santo y seña.

En principio, y en los comienzos de su actividad, la Vehme limitó su jurisdicción a Westfalia, que en su lenguaje secreto denominaba la Tierra roja[3]. Pero, rápidamente, se extendió por todo el Imperio hasta las fronteras del Este. Y, sin embargo, parece como si sus jefes, los condes francos[4], fuesen todos de origen westfaliano y de la misma parentela.

Los miembros de la Vehme, tanto para juzgar como para iniciar, no se reunían jamás bajo techo, sino en lugares desiertos, bosques, valles salvajes, islotes de los pantanos, y a menudo en el mismo sitio en que los brujos habían —según la tradición— llevado a cabo el Aquelarre.

El presidente del tribunal de lo criminal, el *juez franco,* estaba secundado por unos *asesores*[5] de los que uno se constituía en acusador tras haber sido magistrado instructor. Jueces francos y asesores francos tenían bajo sus órdenes una policía secreta, los *juramentados*[6] que in-

---

[2] En alemán: *Femé* o *Fembericht;* la misma raíz que el latino *Fama.* ' *Die Role Erde.* En 1920 un diario vengador adoptó ese título.

[4] *Freigraf;* plural: *Freigrafen.*

[5] *Freischóffe;* plural: *Freischóffen.*

[6] *Eidelshelf;* plural: *Eidehhelfen.*

dicaban los crímenes todavía impunes, realizaban investigaciones, y, llegado el caso, ejecutaban las sentencias. Si creemos a las crónicas, habrían sido más de cien mil.

Veamos, a grandes rasgos, cómo funcionaban los tribunales de la Vehme.

El acusado (dondequiera que se encontrara dentro de los límites del Imperio) recibía en primer lugar, por conductos misteriosos, requerimiento escrito para comparecer. A menudo, de noche, se clavaba en su puerta con un puñal un pliego sellado con cera roja. Si no respondía a esta citación, se le presumía culpable y podía desarrollarse el juicio en rebeldía, pero sin apelación.

Si el acusado intentaba huir, todo asesor o juramentado tenía el deber de detenerle y conducirle, de buen grado o a la fuerza, ante un tribunal franco. En caso de rebelión era ejecutado por la cuerda o el hierro.

La Vehme era tan poderosa, tan bien organizada, tan temida, que casi ningún acusado conseguía escapársele; no tenía otro recurso que exiliarse inmediatamente en tierra no imperial. Pues la Vehme se impedía a sí misma actuar fuera de los países germánicos. Todo individuo (incluso pariente próximo) que prestara ayuda o diera asilo a un acusado correría el riesgo de ser procesado por complicidad, crimen castigado con tanto rigor como el delito principal.

El juicio se llevaba a cabo por la noche, de acuerdo con un procedimiento tomado de las costumbres de los antiguos germanos.

Era, de alguna manera, una sobrepuja de testimonios. El número requerido de testigos, de cargo o de descargo, era sucesivamente dos, seis, trece y veinte. Pero como acusado o acusador juraban también, los testimonios, en realidad, seguían una progresión basada en los números sagrados 3,7, 14 y 21.

He aquí un ejemplo de esos debates tan peculiares. Si una de las partes presentaba dos testigos, la otra debía presentar al menos seis para tener posibilidades de ganar. Para volver a tomar a continuación ventaja, la parte adversa debía citar trece declaraciones de veinte testigos. Si el acusador conseguía presentar

veinte testigos de cargo, el acusado no tenía ninguna posibilidad de escapar a la pena capital.

Todo testigo citado que no obedeciera la citación de la Vehme se exponía a temibles represalias. En algunos casos estaba permitido declarar por escrito, pero con la garantía de un notario.

A veces los jueces francos ocultaban su rostro bajo un capirote rojo.

La ejecución capital venía inmediatamente después de pronunciarse el veredicto. Cuatro asesores se hacían cargo del acusado, le aconsejaban que encomendase su alma a Dios y, con un lazo de mimbre, le colgaban de la rama principal del árbol bajo el que el tribunal secreto acababa de celebrar sesión.

Para señalar que no se trataba de un asesinato, sino de un acto de alta justicia, se clavaba un puñal crucifero en el tronco del árbol. El cadáver era presa de las bestias salvajes y de los pájaros del cielo. Desgraciado aquel (aun tratándose de un pariente próximo o amigo) a quien se le ocurriese descolgarlo para enterrarlo en tierra sagrada.

La Vehme condenaba más a menudo en rebeldía que por un juicio contradictorio.

En esas ocasiones, el conde franco presidía una *proscripción secreta '.* En primer lugar, constataba que el acusado, debidamente emplazado, no comparecía. Un asesor llamaba a gritos, volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales; el acusador, después de que tres o siete testigos hubiesen afirmado que era un hombre probo, de buena fe y que no alimentaba rencor personal alguno, especificaba su acusación.

He aquí la forma solemne de veredicto pronunciada entonces por el juez franco:

«Acusado de nombre... En el nombre de la justicia de Dios, por la presente te retiro la paz y los derechos y la libertad otorgados por el emperador Carlomagno y aprobados por el papa León y atestiguados mediante juramento por todos los príncipes, nobles, caballeros y vasallos, hombres libres de Westfalia; yo te declaro y te pongo fuera de toda paz, de todas las libertades y derechos en virtud de la proscripción y de la maldición

del Rey, entregándote a la mayor desgracia y al deshonor; y te declaro indigno, fuera de la ley, privado de tu sello, de-

[7] *Heimliche Acbt:* proscripción secreta (o sesión secreta).

gradado, sin paz y proscrito de la ley común; y te alzo y te pongo bajo la maldición de la Vehme, de acuerdo con la orden pronunciada por esta reunión secreta. Consagramos tu cuello a la cuerda y tu cuerpo a las bestias y a las aves de rapiña para que lo devoren hasta que no quede nada de él. Sometemos tu alma a Dios en el Cielo. Que nuestra Justicia santa te prive de la vida y de tus bienes; que tu mujer se convierta en viuda y tus hijos en huérfanos».

A continuación el juez franco tomaba el dogal trenzado con mimbres y los arrojaba lejos de él. Todos los jueces presentes, de pie ante la Corte, escupían. Después el *Freigraf* recordaba a todos los jueces y testigos sus juramentos como miembros del Tribunal secreto, ordenándoles que, cuando se hicieran cargo del maldito, usaran toda su fuerza y todos sus poderes para colgarle en el árbol más próximo.

El *Freigraf* entregaba a continuación a uno de sus asesores un *pla-cet* sellado con cera roja que confirmaba la sentencia y según el cual todos los miembros de la Vehme eran requeridos a prestarle apoyo.

El portador del documento partía inmediatamente en busca del condenado sin hablar del objeto de su misión a nadie, salvo a otros conjurados, por temor de que el condenado fuese prevenido a tiempo y consiguiera sustraerse al castigo.

Frecuentemente, el condenado residía en una parte alejada de Alemania. ¿Qué importaba? Por todos lados había jueces francos, y una vez recibida la orden, el deber de cada uno consistía en hacer cumplir la sentencia. En primer lugar, debía examinar el documento oficial que llevaba el sello de la Vehme; a falta de ese documento, era suficiente con que otros tres *Freischöffen* jurasen que el hombre buscado había sido condenado por la Vehme. El juez franco delegado debía proceder según lo decidido, aunque el condenado fuera su mejor amigo o su propio hermano.

A veces sucedía que un juez franco, habiendo llegado a sus oídos la condena de uno de sus amigos, intentaba advertirle, con riesgo de su propia vida. La fórmula consagrada era esta: «Más vale que vayas a comer tu pan a otra parte».

El pavor inspirado por la Vehme era tal, que esas simples palabras eran suficientes para hacer huir sin demora a todo subdito imperial, cualesquiera que fuesen sus títulos y sus riquezas, y hacer de él un

proscrito acosado, obligado a pasar el resto de sus días miserablemente, lejos de su hogar y de su familia.

Un hombre puesto fuera de la ley por la Vehme no podía esperar ayuda de nadie, pues se corría riesgo de muerte al ser visto en su compañía.

La lista de crímenes que caían dentro de la jurisdicción de la Santa Vehme era extremadamente larga. En primer lugar, los atentados graves contra la religión y los Diez Mandamientos; a continuación, «los crímenes contra el honor y la ley, la traición, el homicidio, el robo, el perjurio, la difamación, la violación y el abuso de poder».

De hecho, todo hombre que entraba en conflicto personal con un miembro de la Vehme se arriesgaba a ser condenado. Nada resultaba más fácil que sostener una acusación sobre «un crimen contra el honor». Un juez franco no tenía, la mayor parte de las veces, ninguna dificultad en encontrar a otros compañeros dispuestos a testimoniar sobre lo bien fundado de su acusación.

Toda indiscreción de un afiliado era castigada con la muerte, y la ejecución era inmediata.

«Si un *Freischöffe* —dice un texto del siglo XVI— revela los secretos y santo y seña del Tribunal secreto, total o parcialmente, será prendido sin proceso. Sus manos serán atadas delante de él, sus ojos serán vendados, será mantenido contra el suelo, sobre la espalda, y le será arrancada la lengua. Será colgado a siete píes de altura con un dogal de tres hebras.»

Algunos archivos de la Vehme que han llegado hasta nosotros contienen en primera página la advertencia de que todo profano que los abra caerá bajo la jurisdicción de la Vehme. Aún en nuestros días, se encuentran a veces en archivos algunos de esos documentos cuyo sello no ha sido roto. Tienen esta advertencia:

«Está prohibido a cualquiera leer esta carta o mandarla leer si no es un auténtico juez franco del Tribunal secreto del Sacro Imperio Romano»[8].

Esperar que una institución de ese tipo no degenerara sería conocer muy mal a los hombres. Hubo jueces francos que abusaban de los poderes exorbitantes que se atribuían.

Después se forjaron unos *ersatz* de la Vehme compuestos precisamente por curtidos bandoleros.

Finalmente, algunos auxiliares del Tribunal secreto practicaban chantajes dignos de Chicago. A pesar de que la Vehme, a lo largo de los siglos, tras haber inspirado un saludable temor, se cubrió con una aureola de terror y después de desprecio. Tanto más cuanto que algunos jueces francos, degenerados, se convirtieron en e]ecutores de ar glos de cuentas más que de juicios' regulares.

La Vehme se extinguió después de la Guerra de los Treinta Anos. Hacia 1920 unos fanáticos intentaron reconstituirla; el fracaso me completo.

[8] Lo que evoca curiosamente la advertencia legible sobre la guarda del *Pacto sinár-quico:* «Toda detentación ilícita del presente documento expone a unas sanciones sin límite previsible, cualquiera que sea el conducto por el que se haya recibido...».

SEXTA PARTE

MAGIA Y BRUJERIA RITUALES

21
RITO DE BRUJERÍA EN PARÍS BAJO LUIS XIV

Í_m las *Memorias* del duque de Saint-Simón puede leerse: «El espíritu curioso del señor duque de Orleans, unido a una idea equivocada de la firmeza y del valor, le había llevado a ocuparse en hora temprana en intentar ver al Diablo y hacerle hablar.

»Nada olvidaba, hasta las más locas lecturas, a fin de persuadirse de que no hay Dios, y creía en el Diablo hasta el punto de esperar verle y entrevistarle.

»Ese contraste incomprensible se da, sin embargo, frecuentemente. El duque se codeó con toda clase de personajes turbios, y mucho con Mirepoix ', muerto en 1699, subteniente de los Mosqueteros negros, hermano mayor del Pére de Mirepoix, hoy teniente general y caballero de la Orden.

»Pasaban las noches en las canteras de Vanves y de Vaugirard haciendo invocaciones. El señor duque de Orleans me ha confesado que no había conseguido jamás ver ni oír nada, y al fin abandonó esta locura»[2].

Si Saint-Simón no nos enseña nada sobre las prácticas «goéticas» del Regente, por nuestra parte podemos, sin embargo, imaginar lo que hacía con Mirepoix y otros «personajes turbios» remitiéndonos a las confesiones de una bruja que les fue contemporánea, Marie-Anne de

---

[1] Gaston-Jean Baptiste II de Mirepoix, marqués de Leris (1660-1699). [1] *Mémoires,* t. XI, col. Pléiade, Gallimard.

La Ville, «mujer de la vida», a quien el atormentador-jurado arrancó confesiones detalladas.

Nacida en Burdeos en 1680, Marie-Anne pertenecía a una familia honorable. Pero, huérfana de madre, se la había abandonado a sí misma desde su primera infancia hasta los doce años. Había estudiado ella sola y con inteligencia. Habiendo caído en sus manos, desgraciadamente, unos tratados de brujería, se volcó sobre ellos con terror y con delicia. Muy pronto, Larvas y Súcubos acudieron a su invocación. Dio muestras también de innegables dotes de videncia.

A los trece años la encontramos interna en las Salesas del barrio Saint-Antoine; buena alumna, incluso piadosa, a juzgar por las apariencias. Pero a la edad en que las muchachas se hacen juiciosas, Marie-Anne abandona los senderos espirituales. Salta el muro del convento para caer en brazos de un joven lagartón.

El gorrón se cansa pronto de ella, y la abandona. Rechazada por su familia, sin un ochavo, sin estado, la muchacha no tiene otro recurso —para no morir de hambre— que ejercer el más viejo oficio del mundo.

Comienza estableciendo sus reales en el cabaret de las *Tres Tragaderas,* lugar de mala fama del caserío de los Porcherons, actualmente el ángulo formado por las calles de Saint-Lazare y Clichy.

Una «procuradora» la toma bajo su protección interesada.

Conmovida por comer hasta hartarse, Marie-Anne confiesa sus conocimientos de la ciencia tenebrosa. La patrona tiene precisamente entre sus clientes un arquero del lugarteniente-criminal de toga corta, lo que actualmente llamamos un inspector de policía. Al tal Francois Di-vot, emperrado en la búsqueda de tesoros, le era necesario para tener éxito el apoyo del Diablo.

Divot no se contentaba con las ganancias de su cargo de soplón, ayudándose con tráfico de brujería, venta de libros mágicos y hechizos para amantes

versátiles. A reserva de, a continuación, entregar al Châtelet a sus víctimas o a sus cómplices. Había hallado a su digna esposa en un burdel. Demasiado decrépita para ejercer aún su primer oficio, Madame Divot vendía hierbas abortivas a los amantes imprudentes.

He aquí el medio en el que se hunde la antigua alumna de las Salesas. Un prior descarriado, Pierre-Antoine Pinel de la Martilliére,

de degradación en degradación, había llegado a no contar más que con el Diablo para pagar sus deudas, y se conchabó con la banda de Divot.

Con Marie-Anne como cebo para los demonios, iban todos los días a las canteras de Vaugirard, en la misma época, sin duda, que el tío del rey.

Ahí los tenemos a todos, abandonando de noche su tugurio de la Rué Percée, actualmente Rué Grénéta, que no era mejor que hoy en aquella época.

Hacia las once, Pinel, Divot, un tal Brederodes y Marie-Anne se detuvieron en una tasca de Vaugirard, cerca de las canteras.

No bebió cada uno más que un trago porque la muchacha les hizo ver que necesitaba mantenerse lúcida para llevar a cabo sus operaciones. Estas debían comenzar a las once y media, a fin de requerir al Espíritu, provocando su aparición a medianoche. Salió, pues, pronto del cabaret, acompañada por Divot, que la condujo a la entrada de una cantera. Iba provista de una hoja de papel timbrado y de una escribanía que le había dado Pinel a fin de que pudiera redactar su requerimiento y concluir un tratado con el Espíritu.

Según dijo a sus compañeros, para obtener un feliz resultado era necesario que estuviera absolutamente sola; si ellos miraban, incluso de lejos, corría grave riesgo de sufrir daño. Había añadido que se comprometía a terminar su negocio en dos horas. En consecuencia, a Pinel y Brederodes les había parecido más sencillo quedarse tranquilamente en el cabaret. Pronto volvió Divot a reunirse con ellos tras haber dejado a Marie-Anne, y todos se pusieron a cenar.

Una vez que se quedó sola, la joven bruja elevó la voz, diciendo: «Te conjuro por los nombres y caracteres de Dios que tengo entre mis manos y por la virtud del Altísimo. Te ordeno por el potentísimo nombre de Dios, que es digno de alabanza, de admiración, de grandeza, de gloria, de veneración y de miedo, y te encargo enérgicamente que no tardes en hablarme, sin ruido alguno ni tumulto, sino, por el contrario, con gran civismo y cortesía, en forma bella y humana.

»¡Obedece! ¡Obedece!... Y ahora he aquí los signos y nombres del Creador por el poder de los cuales es preciso que toda rodilla se doble y humille, de las cosas celestes, terrestres e infernales. Humíllate, pues,

bajo la potente mano de Dios. Sé dulce y pacífico, y obedece en todo lo que te mande».

Pero aunque Marie-Anne conjurase con voz fuerte al Espíritu volviéndose hacia el lado por donde podía venir, nada percibió, al menos inmediatamente.

He aquí lo que sucedió dos horas más tarde: «Pinel y sus compañeros, estando a punto de reunirse con Marie-Anne, vieron a un hombre a caballo, cubierto con un manto rojo (aunque hiciera muy buen tiempo), que estaba alejado casi una media legua de la mencionada Marie-Anne y, habiéndose acercado un poco hacia ella el prior y los otros, quedaron sorprendidos al ver al caballero junto a ella, a pesar de que un momento antes se hallara tan apartado, lo que los sumió en un estupor tan grande, que se echaron al suelo para no verle, persuadidos de que ese caballero, siendo el Espíritu, iba a maltratarla porque habían cometido la temeridad de mirarle a pesar de las prohibiciones que a tal fin se les habían hecho; una media hora después, la mencionada Marie-Anne vino hacia el lugar donde estaban, y al advertirlo Divot se lo dijo al prior y fueron al mismo tiempo a reunirse con ella, quedando sorprendidos al verla sin toca, con el rostro y la cabeza cubiertos de contusiones que, según les dijo, le había infligido el Espíritu, colérico porque el prior y los otros la habían mirado; los cuales le preguntaron si el Espíritu se le había aparecido en forma de caballero cubierto con un manto rojo, y ella les dijo que sí, y que le había concedido la gracia de no transportarla a algunas leguas de aquel lugar; tras lo cual se fueron todos juntos a reposar a un cuarto de legua de allí, a la sombra de unos árboles, donde trataron del descubrimiento de un tesoro, en una de las casas de Vanves, que ellos querían llevar a cabo, y la mencionada Marie-Anne les dijo que el Espíritu le había dado esperanzas de cumplir sus propósitos la noche siguiente, con tal de que se pudiera entrar en el jardín

e ir al lugar donde se hallaba el tesoro».

Eso es lo que puede leerse en un interrogatorio firmado por el-marqués de Argenson, lugarteniente general de policía que instruyó él mismo el asunto cuando oyó hablar de ella.

Lejos de desanimarse por ese semifracaso, los brujos comenzaron de nuevo sus operaciones una semana más tarde. Pero en esta ocasión escogieron Arcueil como teatro de sus conjuros. Según el público ru-

mor, había un tesoro escondido en el jardín de un tal señor Doujat. Comenzaron por ganarse para su causa al jardinero, prometiéndole una parte del botín.

Pero he aquí lo que supo, algunos años más tarde, el lugarteniente de la policía.

De noche cerrada se pusieron en camino y llegaron a Arcueil entre la noche y medianoche. Al llegar cerca de la propiedad del señor Doujat, Divot hizo una señal y pronto el jardinero apareció por encima del muro. Pasó una escala por la que cada uno a su vez penetró en el jardín. Después fueron a una pequeña bodega, donde la tradición situaba el tesoro.

Divot desdobló su tratado y declaró que quería —antes de ninguna otra operación— hacer que el Espíritu lo aceptara.

Adentrándose, pues, solo en la bodega y llevando en la mano un cirio bendito, comenzó la lectura de lo que había escrito en un pergamino con una pluma de cisne:

«Por el presente tratado que hago y concierto contigo, me comprometo y prometo pertenecerte y ser tuyo desde el día en que lo hubiere firmado para tu seguridad y garantía. De la misma manera que tú me firmarás otro similar con tu nombre para mi propia seguridad y garantía, desde el dicho día durante el tiempo de veinticinco años, los cuales años estarán compuestos de trescientos sesenta y cinco días, de doce meses; los meses de trescientos sesenta y cinco días, de doce meses; noche, de veinticuatro horas; las horas, de sesenta minutos; lo que tú ejecutarás y cumplirás sin engaño ni embeleco; de lo contrario mi presente tratado será nulo. Siendo esto a condición de que tú me proporciones, des y aportes, sin demora, sin engaño ni ilusión, la suma de trescientas mil libras en oro o plata, especies fabricadas por mano de hombre, válidas y corrientes en los estados del rey de Francia donde hoy me encuentro; ordenándote que tomes la suma del fondo del mar, o en otra parte, donde bien te parezca, pero sin causar daño ninguno a mi prójimo, sin lo cual mi tratado será nulo.

»Por el presente tratado, de la mencionada suma que tú me proporcionarás y aportarás sin ningún ruido, sin que nadie te oiga o te sienta, me será permitido hacer el uso y adquisiciones que bien me parezca, lo mismo que podré hacer partícipe a quien se me antoje, sin lo cual el

presente tratado será nulo. Te prescribo que además me será permitido por el presente tratado ir a la iglesia, decir mis oraciones de la tarde o de la mañana, sin lo cual mi presente tratado será nulo.

»Por el presente tratado, te prohibo aparecérteme nunca bajo cualquier pretexto que fuera, a no ser que te llame y te ordene que te me aparezcas, lo que harás la segunda vez sin engaño ni ilusión en cualquier lugar que sea, sin ruido, siempre bajo figura humana; te prohibo además intimidar y aparecerte a los míos como a mí solo, sin lo cual el presente tratado será nulo. Te ordeno además por el presente tratado que, en la medida de tu poderío, me garantices contra todos los accidentes, en especial el de clausura[3], sin lo cual mi presente tratado será nulo. Entiendo y comprendo, para terminar mi mencionado tratado, que por las cláusulas establecidas entre tú y yo, de otra parte, gozaré del dinero por espacio y durante el tiempo de veinticinco años. Yo y mi familia podremos disponer de él a nuestro gusto, como se especifica en el tratado, todo sin engaño ni ilusión; los cuales veinticinco años se contarán desde el día en que hubiere firmado el presente tratado, y no terminarán más que de ese día en veinticinco años totales y completos según el uso de este mundo, sin lo cual mi tratado no será de ningún valor, el cual no firmaré más que cuando tú me hayas dado tu firma para mi seguridad y proporcionado la suma de trescientas mil libras».

Como puede verse, Divot se reservó numerosas escapatorias, y uno se pregunta qué podía encontrar de ganancioso un «Espíritu» esclarecido en semejantes condiciones. Sin duda, fueron estas consideraciones las que impidieron manifestarse al demonio de la pequeña bodega.

Durante una media hora el arquero se agotó vanamente con formulaciones cada vez más autoritarias.

Finalmente, cansado de luchar, llamó a Marie-Anne, que encendió una vela, tomó de las manos de Divot «un libro de conjuros e hizo su llamada, que el prior y los otros no pudieron oír porque se habían alejado de ella, como les había ordenado. Y un instante después, la mencionada Marie-Anne los llamó, y habiéndose acercado hacia ella, les

dijo que el Espíritu acababa de aparecer, que había llevado un barril lleno de monedas de oro, diciéndole: *¿Dónde está tu gente? Yo cumplo mi palabra;* y que como no se habían acercado a ella, se había llevado el barril. Marie-Anne les dijo además que el Espíritu se le había aparecido en una carroza mientras Diyot hacía sus conjuros para hacerle firmar un tratado, y que él le había hablado en estos términos: *Ahí tienes a ese bribón de Divot, que quiere entregárseme, él, que es nuestro desde hace tantos años.* Y como la hora del trabajo, que es la de medianoche, había pasado, se volvieron hacia París».

La vuelta tuvo sus incidentes. Estando en medio del campo oyeron delante de ellos el ruido de una tropa que marchaba, y pronto no dudaron en absoluto de que se trataba de la patrulla. Posteriormente, castañeteando los dientes, se persuadieron de que eran unos emisarios del Infierno.

Los conjurados solo ganaron con sus evocaciones diabólicas el ser denunciados a los señores del Chátelet.

Fue decretada la captura de Divot. Bajo la tortura, habló y denunció a los otros. Fueron severamente condenados.

Quizá fuera su cara bonita lo que permitió a Marie-Anne escapar a la leña del verdugo. Se la condenó por impostura (nosotros diríamos por estafa) y de ningún modo por brujería. Encarcelada en la Salpé-triére, fue indultada en 1725. Entonces desapareció de la escena del mundo y nada se sabe de su muerte.

De prisión.

22 ¿PASCAL, HECHIZADO?

Cuál fue la enfermedad misteriosa, extraña, que atacó a Pascal desde su infancia, que más tarde se manifestó en accidentes tan curiosos, y que terminó por llevárselo antes de los cuarenta años?»

No faltan respuestas al tremendo enigma formulado de ese modo por Brunetiére. Su número prueba, por otra parte, que ninguna es verdaderamente satisfactoria, incluso después de los trabajos de médicos como Chédecal, Lebut, Onfray, Tégnard, Binet-Sanglé, etc.

Se ha hablado mucho sobre los síntomas de la famosa *sima;* se ha discutido, punto por punto, los términos del certificado de la autopsia... ¿Pascal murió de heredosífilis, de tuberculosis cerebral, de jaqueca oftálmica con hemianopsia...?

Por nuestra parte, vamos a emitir una hipótesis.

La basaremos en el testimonio de la sobrina de Pascal, Marguerite Périer, la de la curación milagrosa de la Santa Espina.

He aquí un fragmento notable de sus *Recuerdos:*

«Cuando mi tío tenía un año [en 1624, por lo tanto] le sucedió una cosa extraordinaria. Mi abuela [la mamá del pequeño Blas], aunque joven *[sic],* era muy piadosa y muy caritativa. Tenía un gran número de familias pobres a las que daba una pequeña suma al mes, y entre esas familias a las que hacía la caridad había una mujer que tenía fama de bruja: todo el mundo lo decía. Pero mi abuela, que no era una de esas mujeres crédulas y que tenía mucho ingenio, se burlaba de ese parecer y continuaba dándole limosna.

»Por aquel tiempo sucedió que el niño cayó en una postración similar a lo que en París se denomina *tomber en chartre.* Pero esta postración iba acompañada de dos circunstancias que no eran normales: una, que no podía soportar ver agua sin caer en una gran excitación; y la otra —mucho más extraña—, que no podía soportar ver a su padre y a su madre cerca el uno del otro. Recibía, especialmente, las caricias del uno y de la otra con placer, pero en cuanto se aproximaban juntos gritaba y se agitaba con una violencia increíble.

»Todo eso duró más de un año, durante el cual el mal iba en aumento. Llegó a tal extremo, que se le miraba como próximo a morir.

»Todo el mundo decía a mi abuelo y a mi abuela que seguramente se trataría de un sortilegio que aquella bruja había echado sobre el niño; ellos se burlaban, considerando tales discursos como imaginaciones de visionario, y no prestaban ninguna atención a ello, permitiendo en todo momento a esa mujer que entrara libremente en la casa donde le hacían caridad.

»Finalmente, mi abuelo, agobiado por lo que se le decía, mandó un día entrar a esa mujer en su gabinete, creyendo que la manera en que le hablaría daría ocasión para terminar todos aquellos rumores. Pero quedó muy sorprendido cuando, tras las primeras palabras que le dijo, ella le respondió solamente y con bastante suavidad que aquello no era cierto en absoluto y que no se decía eso de ella más que por envidia, a causa de las caridades que recibía; él quiso meterle miedo y, simulando estar seguro de que ella había embrujado a su niño, la amenazó con mandarla colgar si no le confesaba la verdad.

»Entonces ella quedó aterrorizada y, poniéndose de rodillas, aseguró decirlo todo si le prometía él salvarle la vida. Ante aquello, mi abuelo, muy sorprendido, le preguntó qué había hecho y quién le había obligado a

hacerlo. Le contestó que habiéndole rogado que intercediese por ella, él había rehusado porque creía que su causa no era buena, y que, para vengarse de ello, había echado un sortilegio sobre su hijo, que, según ella veía, él amaba tiernamente; y que estaba muy disgustada de decírselo, pero ese sortilegio era la muerte.

»Mi abuelo, afligido, le dijo: "¡Cómo! ¡Es preciso, pues, que mi hijo muera!". Ella le contestó que era necesario que alguien muriera por él y que se había de transportar el sortilegio. Mi abuelo le dijo:

" ¡Oh! ¡Prefiero que mi hijo muera antes que hacer morir a otra persona!". Ella le respondió: "Puede ponerse el sortilegio en una bestia". Mi abuelo le ofreció un caballo. Ella le respondió que, sin tales dispendios, con un gato bastaría.

»Mi abuelo mandó darle un gato; al llevárselo ella, se encontró con dos capuchinos que subían a consolar a mi abuela por la gravedad de su hijo. Aquellos capuchinos dijeron que ella quería hacer aún algún sortilegio con ese gato. Lo cogió y lo lanzó por la ventana, de donde no cayó más que desde una altura de seis pies, y quedó muerto.

»Pidió otro, que mi abuelo mandó le dieran. En su gran ternura hacia el niño, él no se dio cuenta de que eso no valía para nada, puesto que había que hacer una nueva invocación al diablo para transportar el hechizo. Esta idea no le vino sino mucho tiempo después y se arrepintió de haber dado lugar a todo eso.

»Por la tarde la mujer vino y dijo a mi abuelo que necesitaba un niño que no tuviera siete años para que, antes del amanecer, cogiera nueve hojas de tres clases de hierbas.

»Mi abuelo se lo dijo a su boticario, quien anunció que llevaría allí a su hija, lo que hizo a la mañana siguiente.

»Cogidas las tres clases de hierbas, la mujer hizo una cataplasma que llevó a las siete de la mañana a mi abuelo, y le dijo que había que ponerla sobre el vientre del niño. Mi abuelo mandó ponérsela; a mediodía, al volver del Palacio, encontró a toda la casa en llanto y al niño en su cuna, muerto al parecer.

»Se fue y, saliendo de la habitación, encontró en la escalera a la mujer que había llevado la cataplasma y, atribuyendo la muerte de su hijo a ese remedio, le dio una bofetada tan fuerte que le hizo rodar por los escalones. La mujer se levantó y dijo que veía claramente que estaba encolerizado porque creía que su hijo estaba muerto; ella olvidó decirle, por la mañana, que había de parecer muerto hasta medianoche, y que se le dejara en su cuna hasta esa hora; ella volvería después.

»Mi abuelo entró y dijo que quería de todo punto que se le guardara sin embalsamarle; sin embargo, el niño parecía muerto. No tenía pulso, ni parecía sentir, y se enfriaba.

»Así se le guardó, estando siempre presentes mi abuelo y mi abuela, que no querían fiarse de nadie. Oyeron dar todas las horas, también la medianoche, sin que el niño volviera en sí. Finalmente, entre medianoche y la una, el niño comenzó a bostezar. Ello sorprendió extraordinariamente.

»Le cogieron, le calentaron de nuevo, le dieron vino con azúcar: lo tragó. A continuación su nodriza le presentó el pecho, él lo tomó, aunque sin dar señales de conocimiento y sin abrir los ojos. Eso duró hasta las seis de la mañana, en que comenzó a abrir los ojos y a conocer a alguien. Entonces, viendo a su padre y a su madre cerca el uno del otro, se puso a gritar como de costumbre. Ello era señal de que aún no estaba curado. Pero, al menos, se consolaron de que no estuviera muerto; alrededor de seis o siete días después comenzó a soportar la vista del agua. Mi abuelo, al volver de misa, le encontró divirtiéndose en echar el agua de un vaso a otro desde los brazos de su madre. Quiso aproximarse, pero el niño no lo soportó; pocos días después, lo soportó, y en tres semanas de tiempo el niño estuvo completamente curado, habiendo recuperado su buen aspecto».

Auvernia, por aquellos comienzos del siglo XVII, era una tierra privilegiada para las brujas. Prueba de ello es lo que sucedía aún cincuenta años después en la misma provincia según el testimonio de Fléchier en su relato de los *Grandes Días:*

«Habiéndoles seguido a la iglesia, donde el cura los casó, él [el brujo] echó sobre ellos el más cruel de los maleficios. Las nupcias se celebraron con toda la alegría que el amor inocente puede inspirar... Los jóvenes esposos se retiraron para gozar de todas las dulzuras que su inocencia les hacía esperar y cuyo disfrute les permitía la santa libertad del sacramento. ¡Pero, ay, estuvieron encantados durante seis días y el sacramento

no pudo tener su último efecto!

»Se dirigieron al cura, que descubrió toda la malicia. Él supo que el brujo se había servido de madera de avellano...».

Más adelante, Fléchier cuenta las aventuras de un presidente de la circunscripción de Brioude que había pactado con el Maligno.

Recordemos también que Blas Pascal nació nueve años antes de la ejecución de Urbano Grandier, quemado por crimen de brujería.

Todo el reinado de Luis XIV estuvo entenebrecido por la magia negra. Se hacían maleficios hasta cerca del trono.

Resulta curioso constatar que la enfermedad de Blas escapa a toda nosografía. Los tres síntomas: hidrofobia, consunción y repulsión hacia los padres, no cuadran. Ahora bien, las enfermedades producidas por los hechizos son extrañas y desafían al sentido común.

La bruja, al efectuar un *transfert,* operaba según el arte goético. Pues los seguidores del Diablo no ignoran que un maleficio, si es liberado, se arroja sobre el que lo emitió y le mata. Para evitar su propio óbito es por lo que lanzó el mal sobre un gato.

¿Gato? Animal que no se cita jamás en la Biblia y que la tradición atribuye al Maligno.

El primer gato sucumbe en una extraña muerte. ¿Por qué? Muy probablemente porque, a causa de su indignación, los capuchinos, hombres de Dios, lo han tocado con el dedo. Ese roce de una mano consagrada lo convertía en impropio para las obras del Otro. La bruja, pues, lo mató inmediatamente y pidió otro.

No hay más que leer un libro mágico como el *Enchiridion del papa León* o el *Dragón rojo* para saber que las hierbas mágicas deben ser recogidas, antes de amanecer, por una mano inocente... Es probable que el hígado del pobre gatito entrara en la composición de la cataplasma.

Nos sorprendería que entre las tres hierbas no hubiésemos encontrado la ruda, la verbena o la belladona.

Lo que no entra dentro de las normas de la magia negra es la descripción de esa lenta curación. Habitualmente, el hechizado víctima de un *transfert in extremis* cae, en efecto, en un sueño profundo a imagen de la muerte. Pero sale de él súbitamente; curado, despierta sin recordar nada.

El pequeño Blas «se arrastra». Una parte del Mal le abandona, después otra y, finalmente, al cabo de más de un mes, recobra su equilibrio.

Se pueden considerar varias hipótesis.

¿Enfurecida por la bofetada que recibió, aquella mala mujer intentó dilatar el regreso?

¿O bien el Demonio, viendo que se le escapaba una presa escogida, puso obstáculos, contentándose con un trueque tan mediocre? ¿Esperando a Pascal, contentarse con un gato?

Sri Ramakrishna afirma que si Dios invade un cuerpo humano ocasiona en él tanto destrozo como un elefante al penetrar en una cabana.

El Diablo también quebranta para siempre un cuerpo humano. Esta extraña enfermedad, que martirizó a Pascal y lo mató con menos de cuarenta años, ¿no es, acaso, una continuación, una secuela, de la posesión infantil? ¿No fue Pascal durante toda su corta existencia un poseso mal curado?

¿Objeto de un terrible combate entre el Maligno y su ángel guardián, Pascal, a la inversa de las ciudades de que habla la Biblia, no sería arrojado a la morada de los Muertos para, a continuación, ascender, con el gran impulso de las alas de su genio, «exaltado tan arriba como es posible»?

23
RITUAL DE MAGIA CONTEMPORÁNEA

'n solo hombre, a nuestro entender —escribe Robert Amadou—, osó presentar bajo forma conceptual y reivindicar la actitud mágica fundamental. Ese hombre es el más grande, el más inquietante y quizá el único mago del siglo XX occidental: Aleister Crowley.»

Por contra, el *lord-chief of Justice*[1] pronunció esta oración fúnebre lapidaria:

«Aleister Crowley era el personaje más inmundo y más perverso del Reino Unido».

El escritor Somerset Maugham lo calificó de «Cagliostro de nuestra época», mientras que, según W. S. Gilbert:

«Era el más valeroso de los hombres que vivían entonces en París [hacia 1912]. ¡Lo digo muy alto!».

Lo que nadie puede negar es que Aleister Crowley fue un poeta, uno de los más grandes de la literatura inglesa. El crítico Mayer Prestan lo compara con Arthur Rimbaud:

«Crowley, lo mismo que Rimbaud, quiso obtener poderes sobrenaturales gracias a la poesía. Al abandonarle la inspiración, esperó los mismos resultados de la magia ceremonial».

Dom Alois Mager, OSB[2], decano de la Facultad de

Teología de Salzburgo, veía en Crowley el más infame de los satanistas contemporáneos. Así es su testimonio:

---

[1] Procurador real.

[2] *Satán,* obra colectiva editada por Études Carmélitaines.

«Antes de desaparecer de este mundo, ese brujo septuagenario maldijo a su médico que con razón se negaba a darle morfina: *¡Moriréis inmediatamente después que yo!* Lo cual ocurrió...».

Un entierro luciferino

Esas citas muestran, al menos, cuan compleja, contradictoria e inquietante era la personalidad de Aleister Crowley. Había fanatizado a numerosos discípulos, más o menos psicópatas, y sigue teniendo en Europa central apasionados admiradores.

Habiendo instituido (o restaurado) un ritual de magia ceremonial, reglamentó de antemano sus funerales. Veamos una descripción objetiva:

Crowley murió el 1 de diciembre de 1947 en Hastings. El 5, sus restos embalsamados fueron transportados a Grighton, a fin de ser incinerados.

Al no estar cerrada la caja, pudo verse un cadáver demacrado, revestido con una toga blanca, roja y oro, ceñido con un echarpe en el que estaban bordados los doce signos del Zodíaco. Como un rey, llevaba corona, espada y cetro real.

Situado en el coro de un oratorio contiguo al crematorio, el féretro desaparecía bajo un manto de rosas. Curiosos, periodistas, alborotadores, gentes coléricas o guasonas. Algunos discípulos con recogimiento.

En el paroxismo de la tensión nerviosa, un hombre, con gesto hie-rático, impone silencio. Se le obedece. Era el poeta Marlow, miembro influyente del *establishment,* hijo espiritual del difunto.

Con una voz profunda de actor, Marlow declama el *Himno a Van,* indiscutida obra maestra del difunto, obra inmortal que comienza así:

Tiembla bajo la voluptuosidad gozosa de la Luz,
¡Oh hombre! ¡Hombre mío!
Ven, surgiendo de la noche de Pan,
¡lo Pan! ¡lo Pan!
¡A través de los mares, acudes de Sicilia y Arcadia!
Como Baco, vagabundeando con tu manada de fieras.

De panteras, de ninfas y de sátiros,
Encaramado en un asno de un blanco de leche.
¡ A través de los mares, ven a mí, a mí!
Ven con Apolo con vestido nupcial.
Ven con Artemisa, calzada de seda,
Y lava tu pierna blanca, oh dios espléndido,
En la luna de los bosques, sobre el monte de mármol,
En el agua nueva de la fuente ambarina...

Tras dejar caer las últimas estrofas del himno pánico, Marlow leyó el *Navio,* otra obra magistral de Crowley:

Yo soy aquel que es la llama
Escondida en el arca santa,
Yo soy el nombre que no ha sido pronunciado
En la chispa que no ha sido engendrada.
Yo soy aquel que está yendo siempre,
Siendo yo mismo la Vía, la Vía
Conocida y que, sin embargo, ningún mortal conoce,
Señalada y que, sin embargo, ningún mortal señala.
Yo, la criatura de la noche y del día,
Yo soy Amor y soy Verdad.
Yo soy el Verbo creador,
Engendrador del Cosmos;
Nadie, que no sea yo,
Ha percibido jamás, en el Empíreo,
El eco del plectro del primer pean.
Yo soy el Eterno, alado e inmaculado,
El ramo en flor en la fuente del Sol.

Después, otro discípulo salmodió algunos versículos del *Liber he-gis,* código místico de la Golden Dawn. Algunos términos parecieron tan osados, que la asistencia se agitó y murmuró. Entonces, ante una señal de Marlow, los *undertakers* hicieron su trabajo, y los restos mortales del que se titulaba *The Great Beast* fueron entregados al fuego.

¿Respecto a su alma?...

Un ritual individual

Los discípulos de Aleister Crowley estaban obligados a la consagración de un *templum,* de un oratorio donde celebrarían ritos mágicos, evocaciones de «genios» y de «daimones». Dicho *templum* está minuciosamente descrito en unas instrucciones secretas que han llegado hasta nosotros:

> El iniciado debe disponer de una morada donde no podrá observársele. En esa morada reservará una habitación secreta para su *templum.* Este tendrá al Norte una ventana que dé sobre una terraza, en cuyo extremo se edificará una Logia análoga a la «Cámara del Medio» de los maestros masones.
>
> El oficiante dispondrá de un vestido de lino blanco, una corona, una vara de avellano, una espada, un altar, un pectoral de plata y una naveta para incienso.
>
> Todos esos objetos serán consagrados según las instrucciones del *Libro de Abramelín el Sabio.*
>
> La terraza estará cubierta de arena fina; también ella será consagrada.
>
> El mago se impone, durante cuatro lunaciones, una castidad total, silencio y aislamiento. Reduce su alimentación —estrictamente vegetariana— al mínimo. No bebe más que agua de fuente que saca él mismo. Duerme poco, consagra sus vigilias y sus días a la meditación. Se mantiene en comunicación psíquica con los genios, los «daimones» y los influjos astrales.
>
> Cuando el tiempo de prueba se ha consumido, realiza., de noche, por el plenilunio, el Gran Conjuro. Este será un éxito si aparece un ángel en su gloria. Previamente, el mago habrá trazado y consagrado, según el Arte Real, un círculo mágico en el que se encerrará para soportar —sin abrasarse— la presencia radiante de la Entidad...
>
> El Gran Conjuro lleva consigo la salmodia de numerosos textos mágicos tomados de Cornelius Agrippa, de Hermes Trismegisto, de la *Pistis Sophia* de los cataros.
>
> Y, también, este juramento:
>
> «Yo, X [*nomen mysticum],* en presencia de la Gran Bestia del Apocalipsis, me consagro solemnemente a la Gran Obra, que es descubrir mi voluntad y realizarla. Mi ley es Amor, Amor sometido a mi Querer».

LA PIRÁMIDE MÍSTICA

Crowley era un miembro influyente de la Golden Dawn, asociación que practicaba la magia ceremonial. En ella fue rival del poeta irlandés y premio Nobel William Butler Yeats.

He aquí una traducción de un extracto de un ritual invocatorio de una de las ceremonias de la Golden Dawn. En él se encuentra de nuevo, junto con las obsesiones de Crowley, su vena poética:

¡Los cuerpos de las serpientes tenebrosas saltan hacia el Aquí!
Tú, en la Luz como en la Noche,
Sé Uno, superior a su poder movedizo.

Fustigándose, aspergiéndose con agua lustral, el Mago atestigua:

¡ Agua sagrada, que tu flujo se derrame a través de mi cuerpo, mi alma
y mi
espíritu!] Sangre del sacrificio, limpia mi corazón, mi sexo y mi cerebro.

Tras un largo silencio:

Yo no sé quién soy,
Yo no sé de dónde vengo,
Yo no sé adonde voy.
Yo busco, me busco,
Estoy todavía ciego y encadenado, pero
Oigo una llamada
Resonando desde el fondo de la Eternidad.
Entonces invoco el cuádruple terror
Del Humo, de las Tinieblas, de la Caída, del Abismo.

Después comienza la construcción de la Pirámide mística, *opus magorum* del Arte Real; he aquí un extracto del ritual invocatorio:

El terror de la Oscuridad y de la Muerte, El miedo al Agua y al Fuego, El miedo a la Sima y a la Cadena,

El espanto del Infierno y del Soplo mortal,
El miedo a Él, el demonio maldito
Que, en el umbral de la Nada,
Se mantiene junto a su dragón para destrozar
Al peregrino de la Vía.
Con energía, sangre fría, prudencia,
Avanzo, armado de valor y de silencio,
Por el Sendero recto...
Huyen, los Terribles, los Horrendos, los Larvarios.
¡Victoria!

APÉNDICES

ALGUNOS RITOS GITANOS

Contrariamente a lo que comúnmente se cree, la tradición esotérica de los gitanos no es exclusivamente racial[1]. Sucede que la tribu pro-fética transmite total o parcialmente sus conocimientos y sus poderes a un payo, es decir, a un sedentario, un extranjero.

Así sucede que entre los cíngaros de adopción se cita a uno de los hijos de Johann Sebastian Bach. Y también a un señor de la Beauce, Charles Grossard de Ambreville, que, por otra parte, terminó en la hoguera como castigo a sus «crímenes execrables».

La «Furi-Dai»

Si el poder temporal pertenece al jefe de la tribu, la autoridad espiritual está reservada a una mujer, la «madre de la tribu», la *Furi-Dai,* escogida por algún signo premonitorio (o bien elección), pero no por transmisión hereditaria. Es a la vez consejera, casamentera, comadrona, maga y sacerdotisa. Es una mujer anciana, unánimemente respetada (o temida), a la que se llama *Bibi,* mi tía. Se la inicia en una ceremonia oculta, nocturna, en la que no toman parte más que las mujeres.

[1] Dejemos constancia en este lugar del hermoso libro de Jean-Claude Frére, en la misma colección: *L'énigme des Gitans* [El enigma de los gitanos], Maison Mame.

Los cíngaros rara vez acuden a la justicia de los payos. Cuando se interpone entre ellos una diferencia, los Ancianos se constituyen en tribunal o *Kriss.* Únicamente hombres forman parte de él, inquieren y pronuncian la sentencia; pero la *Furi-Dai* está presente con carácter consultivo. Ella dice la Ley de los antepasados, y representa la Clemencia, por oposición al Rigor de los varones.

La *Furi-Dai* es quien también anuncia el nacimiento de un nuevo gitano, lanzando un tazón de agua, consagrada por ella, sobre las tiendas y los carromatos. Ella escoge el nombre secreto, el *verdadero* nombre de cada niño, ese *nomen mysticum* que los sedentarios deben ignorar y que no figura jamás en las actas del estado civil.

La *Furi-Dai* no constituye la única supervivencia de la organización matriarcal de las tribus gitanas: así, no es la joven desposada quien entra en la familia de su marido, sino que es este quien, en adelante, se integrará en la familia de su esposa.

En los casos (raros) de exogamia tribal, los niños adoptan la lengua y las costumbres de su madre, y no la de su padre.

El mito de la Fragua

Los gitanos se pierden, se desacralizan, porque no están ya en contacto directo con sus dos tótemes esenciales, el Fuego de la Fragua y el Caballo.

Alrededor de la fragua es donde se cumplen los ritos gitanos: casamiento, funerales, asambleas judiciales. Una serie de prohibiciones alejan a la Mujer, y especialmente a la mujer impura, del fuego de la fragua.

Una leyenda balcánica afirma que los cuatro clavos de la Cruz fueron forjados por un gitano. Solo tres de

ellos fijaron al Salvador sobre la Cruz, mientras que el cuarto clavo se convirtió en una espada invencible perteneciente a un califa de Bagdad.

Entre los gitanos del Cáucaso, durante unos pocos días después del entierro de un jefe cíngaro, se ensilla el caballo del difunto y se da a su palafrenero la orden de llevarle tres veces a la tumba y llamar allí tres veces al difunto para que vaya a cenar.

El mismo rito se celebró en el entierro de Bertrand du Guesclin. ¿Se trataba del resurgimiento de una creencia celta?

Los tabúes relativos al caballo son rigurosos; aun muriéndose de hambre, los gitanos no consumen jamás carne de caballo, salvo los restos enterrados durante varias horas de un animal muerto naturalmente.

Entre los gitanos de Moldavia la fórmula de saludo es «Que vuestros caballos vivan mucho tiempo».

Si los ritos que consagran el poder temporal y mágico del jefe de tribu siguen permaneciendo ocultos para los payos, ello no es óbice a que alusiones y cuentos permitan creer que el Caballo desempeña en todo ello un papel esencial.

Las precauciones que toman los iniciados para celebrar los ritos equinos al abrigo de las miradas profanas, su malestar cuando se hace alusión a ello, la abundancia y confusión de las mentiras bajo las que enmascaran la verdad, sugieren la existencia de una analogía entre el rito de investidura y un rito céltico que el cronista Giraud de Cambrie describe así:

«Se lleva al centro de la asamblea una yegua blanca. El futuro rey se adelanta y, a la vista de todos, da pruebas de semental. A continuación la yegua es degollada y descuartizada; sus cuartos se cuecen en un agua con la que se prepara un baño al rey. Este se introduce en él y devora un trozo de carne caballar».

Los gitanos se entregan a la *hipomancia.* Plantean mentalmente una cuestión a su caballo favorito y este responde, sea relinchando, sea moviendo la cola o las patas delanteras. Ello recuerda el relato de He-rodoto: Darío fue designado rey de los persas porque los magos habían predicho: «Será rey aquel cuyo caballo relinche el primero al alba».

RITUAL TAOÍSTA ACTUAL

La secta de los Hong se extiende no solo por las Dieciocho Provincias[2], sino también por las colonias chinas repartidas por toda

---

Las dieciocho provincias que constituyen China.

Asia. Ella es la que, de hecho, dirigía la política exterior e interior desde la proclamación de la República por Sun Yat-sen en 1912. A pesar de las persecuciones de Mao Tse-tung, es probable que en día no lejano los Hong tomen de nuevo en su mano los destinos de China, Asia e incluso... He aquí lo esencial de la ceremonia iniciática de los Hong, tal como la sufrió un tal Chao-Kung y tal como es descrita en un informe emanado del Intelligence Service.

Tuvo lugar en el templo secreto (La Ciudad de los Sauces) de I-Chang el primer día del plenilunio que siguió al equinoccio de primavera.

Chao-Kung fue conducido de noche a un lugar sombrío y subterráneo, donde esperó largo tiempo. Después, a la hora fijada por un astrólogo, se le introdujo en una vasta sala vacía con las paredes pintadas de rojo. Había allí únicamente dos «introductores», enmascarados, ataviados con ropas púrpura y enarbolando enormes sables.

Una vez más, una interminable espera... De repente, la habitación fue invadida por los oficiantes. Chao-Kung fue revestido con una túnica blanca —color de duelo— y calzado con unas sandalias de paja trenzada. Se le lavó el rostro y las manos en una palangana de agua y se le cortó un mechón de cabellos del occipucio. Realizados estos preparativos, dijo uno de los hermanos:

«Voy a conducirte al Lugar Sacratísimo por la Puerta del Este. Recuerda que nuestra Fraternidad se llama también *Hong-Men*[1] Avanza con valor. Al que retrocede se le mata y su cadáver es arrojado como carnaza a los perros».

Chao-Kung fue cogido por el brazo. Franqueó una bóveda de acero hecha con veintiuna espadas cruzadas por encima de su cabeza. A continuación un puente, por cuyo paso se le pidió pagar veintiún sa-peques. Finalmente, una puerta tan baja, que debió inclinar la

cabeza para franquearla. Al fin penetró en el templo, sala cúbica sin ventanas con un enorme depósito de arroz en el centro en el que estaban fijados estandartes multicolores. Sobre un estrado se encontraban tres personajes rodeados de una cincuentena de Hermanos Mayores.

---

[1] *Hong-Men* puede traducirse por «vasta puerta».

«¡Saluda, saluda humildemente!», ordenó el guía.

Chao-Kung se inclinó ante el To-Ko[4] el Eul-Ko y el Hong-Kouen, y escuchó una alocución en chino entrecortado que le revelaba los fines de Hong: «Derribar a los Tsing, restaurar a los Ming»[5]. Sin dejar de prestar oído atento a tales consignas, observaba a los hermanos mayores, cuyos rostros llevaban la marca de una implacable dureza.

Terminado el discurso, su guía le tomó de nuevo por el brazo y le condujo a otra habitación, redonda como una torre, adornada con frescos y que, en lugar de un depósito de arroz, tenía en su centro un altar de madera sin pulir.

«La Ciudad de los Sauces», murmuraron.

Le susurraron al candidato algunas palabras que repitió en voz alta:

«Respetabilísimo Hermano Mayor, el humilde Chao-Kung desea ver a los Cinco Fundadores».

«Tu deseo será satisfecho si eres digno de él. Yo lo decidiré cuando tú hayas respondido a mis preguntas.»

De hecho, Chao-Kung no respondió nada, pues fue el introductor quien dialogó en su nombre con el Hermano Mayor. Trescientas preguntas, otras tantas respuestas, intercaladas con poemas gnómicos. Hablaban de una persecución, de un monasterio de bonzos saqueado, de cinco generales, de cinco tratantes de caballos, de la dinastía legítima de los Ming, de los usurpadores Tsing... Unas hierbas quemadas esparcían un olor acre y un sofocante humo.

«Puesto que has respondido bien —proclamó finalmente el Hermano Mayor—, eres digno de ser admitido en nuestra Augusta Fraternidad. En adelante, en la Ciudad de los Sauces estarás en tu casa[6], donde tú conocerás la Gran Paz[7]... Hermano Chao-Kung, ha llegado el instante más solemne de tu paso por esta tierra.»

---

[4] *To-Ko:* presidente. *Eul-Ko:* vicepresidente. *Hong-Kouen:* guardián.

[5] Derribar a la dinastía manchú de los Tsing y restaurar la dinastía china de los Ming. Pero puede traducirse también: derribar a la tiranía y restaurar la libertad.

[6] Sobre la Ciudad de los Sauces se puede leer *La Grande Tríade* [La Gran Tríada], de Rene Guénon.

[7] Cfr. la «Pax Profunda» del grado 18 de la Francmasonería escocesa.

Tres oficiantes se adelantaron, llevando en su mano izquierda sendas barras de incienso incandescente. Se encendieron los siete cirios rojos de un candelabro y Chao-Kung trazó su nombre sobre un papel amarillo, papel que fue inmediatamente quemado y cuyas cenizas se recogieron en una copa.

El Presidente salmodió una letanía en la que se invocaban a los treinta y seis demonios terrestres y a los setenta y dos genios celestes. Después se sacó un gallo de una caja y lo colocó sobre un tajo.

«¡Córtale la cabeza!», ordenó el introductor, tendiendo un sable a Chao-Kung. Mal habría ejecutado tal sacrificio si una mano vigorosa no hubiera guiado su brazo. La sangre corrió, y algunas de sus gotas fueron recogidas en la copa que ya contenía las cenizas del papel amarillo.

«Pícate el anular de la mano izquierda con esta aguja de plata.»

La sangre de Chao-Kung se mezcló con la sangre del volátil. Finalmente se llenó la copa, hasta el borde, de vino.

«¡Bebe, y de un trago!»

Chao-Kung obedeció. Inmediatamente quedó sobrecogido por una extraordinaria energía. Debía de haber una droga mezclada con el brebaje. Le invadió una paz sobrenatural. A quien estaba tranquilo y era poderoso como él, nada, en adelante, le era imposible.

En el curso de una segunda sesión, Chao-Kung aprendió las palabras, signos y toques de la Fraternidad de los Hong.

Cómo dar la mano haciendo la rúbrica[8].

Cómo coger con tres dedos la taza de té.

Cómo contar...

—¿Ocho veces tres? No veinticuatro, sino veintiuno. Siempre cometer un error de tres unidades.

Si se desconfía de un indiscreto, advertid a los hermanos murmurando: «¡Qué acogida tan fría he

recibido en esa casa!».

Si uno cree encontrarse en presencia de otro Hong, para reconocerle, haced estas preguntas:

—¿De dónde venís?

Signo de reconocimiento análogo al de los maestros masones.

—Vengo del Este —responderá él.

—¿Hacia qué lugar os dirigís?

—A un lugar donde encontraré a millares de hermanos.

—¿Qué pensáis de mí?

—He visto, ya a una cierta distancia, una mancha roja sobre vuestro rostro.

—¿No teméis que un hombre rojo sea tan despreciado como un esbirro? Todos nosotros hemos prestado juramento sobre el gallo rojo.

—Ahora formamos parte de la misma familia.

—¿Dónde habéis nacido?

—He nacido bajo un melocotonero, delante de un pabellón con el techo rojo.

—¿Cuándo?

—El día veintiuno del séptimo mes.

Chao-Kung retuvo con rapidez esta enseñanza secreta… por compleja que fuera, ya que, a cada circunstancia de la vida cotidiana corresponde una mímica o una fórmula Hong. Ascendió, pues, rápidamente varios grados en la jerarquía; pronto fue Guardián de la Puerta Norte, lo que representaba un gran honor.

Ritos eudíacos

Alrededor de 1892, Héctor Durvüle creó en París —23, Rué Saint-Merry— una Escuela de Magnetismo y Masaje, cuyo director adjunto fue el doctor Gérard Encausse (Papus). Esta escuela tuvo en 1895 una anexa en Lyon, cuyo director fue el Maestro Philippe.

Así, Héctor Durvüle mantuvo relaciones de amistad y de trabajo espiritual con la mayor parte de los ocultistas de esta época, entre los cuales citaremos a Sédir, Barlet, Marc Haven, etc.

El hijo de Héctor Durville, Henri, fue el promotor en Francia del Naturalismo; fundó varios centros naturalistas en Villennes y en las islas del Levante.

Después estableció en Auteuil —36, Rué Mozart— una Universidad del Magnetismo que es el «pórtico», la cobertura exotérica de la Orden Eudíaca.

Adormecida durante algunos años, la Orden Eudíaca hoy está a punto de recobrar fuerza y vigor.

Ascesis y armonía

La lectura y la puesta en práctica de las numerosas obras de los hermanos Durville es la propedéutica necesaria para la comprensión de los fines de esta Orden, que se vincula a los cultos faraónicos y, principalmente, al mito de Isis y Osiris.

La doctrina reconoce la evidencia de Dios, pero prescindiendo de dogmas, y se apoya sobre el sentimiento íntimo de la armonía universal, la intuición de que el Cosmos y el Hombre están regidos por leyes sabias y justas. Gracias a una cierta ascesis, el aspirante eudiasta adquiere una visión supranormal de la vida armoniosa, en todos sus aspectos.

Triple ascesis:

Del cuerpo: vegetarianismo, yoga particular de Occidente, recurso a los agentes naturales: Agua, Aire, Luz, etc.

Del espíritu: concentración mental, dominio del inconsciente.

Del corazón: amor universal, don de sí, fraternidad respecto a todas las criaturas vivientes.

Gracias a esta triple ascesis el postulante alcanza la *Eudia,* es decir, la Serenidad. Pero es necesario a continuación someterse a una iniciación gradual. La enseñanza está repartida en ciclos y grados, estando cada uno marcado con ceremonias rituales cada vez más solemnes.

En cada ciclo el postulante perfecciona no solo sus conocimientos librescos, sino además sus poderes físicos

prestar un nuevo juramento, sancionado por una verdadera ordenación, transmitida con ocasión de un ritual grandioso y tradicional.»

cada vez más efectivos.

Veamos las precisiones de uno de los raros documentos escritos relativos a la Orden Eudíaca.

«Al final de cada ciclo se somete al candidato a un examen. Unas pruebas teóricas determinan si ha penetrado el verdadero sentido de la enseñanza; después, unas pruebas prácticas controlan su evolución y unas pruebas morales controlan su entrega a la Orden y a la Humanidad. Si ha pasado victoriosamente esas diversas pruebas, es admitido a

La escala jerárquica

He aquí algunos de los grados de la jerarquía eudíaca:

Docista, o Novicio.

Estomatista, que asegura el dominio de la parte física de la entidad Hombre.

Dianoísta, que prueba que el adepto tiene dones de autogestión y heterosugestión.

Pneumatista, para aquel que, teniendo en sí el soplo divino, puede cuidar su alma y la de los otros.

Así se terminan los Pequeños Misterios.

Pocos iniciados tienen las calificaciones necesarias para abordar a continuación los Grandes Misterios. Estos son, esencialmente, los misterios de los Ritmos, de los Números, del Verbo.

Están marcados por los «escalones»:

Protimo, análogo, en un plano superior, al Docista.

Grammata, que da el don de escribir para el bien de la Orden y de la Sociedad humana.

Logista, u orador sagrado.

Entre los Logistas se recluían los doce miembros del *Sinedro,* o Consejo Supremo.

La insignia de la Orden Eudíaca es una cruz con asas inscrita en un triángulo equilátero, cuyos colores y pequeños detalles señalan el grado exacto de quien tiene derecho a llevarla.

Uno de los principales ritos es el de la Cadena de Oro:

Los asistentes forman dos círculos concéntricos, en los que hombres y mujeres se alternan. Cada uno y cada una pone la mano izquierda sobre el hombro derecho de aquel o de aquella que está a su izquierda y tiende la otra mano hacia el centro de los círculos.

A MODO DE NOSTÁLGICA CONCLUSIÓN

«Si hay alguien dispuesto a escribir un libro en el que pretenda exponer mi doctrina sobre los asuntos que más me importan, creyendo haberlo aprendido de mí o de otro, o haber llegado a ello por sí mismo, sabed que este hombre no comprende nada de tales asuntos.

Pues no existe ningún escrito mío que trate de tales asuntos y no existirá jamás.

Y ese conocimiento no se deja transmitir como una sucesión de teoremas; tras largas meditaciones, tras una íntima convivencia con su objeto es cuando, como por un relámpago, la llama se enciende... y su luz continúa sin necesitar ya de alimento exterior.»

PLATÓN, *Lisis*

«Parece estar determinado que los hombres que se hallan organizados para el desarrollo de las fuerzas superiores no puedan dar a los otros hombres, no organizados para ello, ninguna idea o tan solo una idea oscura de la verdad superior.

Así, todas nuestras disputas y nuestros escritos sirven de poco. Los hombres deben ser organizados para la verdad.

Aunque escribamos folios enteros sobre la luz para uso de los ciegos, no verán mejor por ello. En primer término, se les debe dar el ór-

gano para gustar la luz. Y ese órgano, esa facultad de percepción nueva, es precisamente la Iniciación.»

EL CABALLERO DE ECKHARTAUSEN,
Essais Chymiques'

«El sentido profundo de todos los rituales nos parece claro; para *hacer* bien alguna cosa, o rehacer una integridad vital amenazada, primero hay que volver *ad origem* y después repetir la cosmogonía. La muerte iniciática y las tinieblas místicas tienen, pues, también un valor cosmológico: reintegrarse al estado primero, al estado germinal; y la resurrección corresponde a la creación cósmica.

Utilizando la terminología moderna, por la muerte iniciática es abolida la Creación y la Historia, se produce la liberación de todos los fracasos y de todos los "pecados", es decir, a fin de cuentas, del desgaste inseparable a la condición humana.»

MIRCEA ELIADE,
Forgerons et alchimistes[1]

«La función humana por excelencia, en el arte y en toda actividad creadora, consiste en imitar la Trascendencia, en resucitar, en una genial aproximación, ese Rostro actualmente escondido del que el hombre lleva en su interior un arquetipo imborrable.»

ROGERMUNIER[3]

«¿Qué es Dios?

Él es a la vez longitud, anchura, altura y profundidad. Estos cuatro atributos divinos son el objeto de otras tantas contemplaciones.»

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

[1] [Ensayos químicos], trad. de E. Savoret, Psyché.

[2] [Herreros y alquimistas], NRF.

[5] «Exil ou de l'esprit fini» [Exilio, o del espíritu finito], en *Cahiers du Sud,* febrero de 1961.

BIBLIOGRAFÍA

AUBER, A., *Histoire et théorie du symbolisme religieux,* Féchez, 1884.
BLAVATSKY, H. P., *Les origins du rituel dans l'Église et la Franc-Magonnerie,* Adyar, s/f.
BONNET, J., *Les symboles traditionnels de la Sagesse,* Société francaise du Livre, París, 1970.
BORD, G., *La Franc-Magonnerie en France des origins a 1815,* Librairie francaise, 1913.
BRIEM, O. E., *Les Sociétés secretes des mysteres,* Payot, París, 1951.
CALLOIS, R, *L'Homme et le Sacre,* NRF, 1950.
— *Jeuxet rites,* NRF, 1957.
CAZENEUVE, J., *Les Rites et la condition humaine,* PUF, París, 1958.
— *Sociologie du rite,* PUF, París, 1971.
D'ALVIELLA, G., *La migration des symboles,* Leroux, 1921. DuRAND, G., *L'lmagination symbolique,* PUF, París, 1969. ELIADE, M., *Images et Symboles,* NRF, s/f.
— *Le Sacre et le Profane,* Gallimard, París, 1965.
— *Mythes, revés et mysteres,* Gallimard, París, 1967.
— *Naissances mystiques,* Gallimard, París, 1967.
— *Traite d'histoire des religions,* Payot, París, 1968.
EVOLA, J., *La Tradition Hermétique,* Études Traditionnelles, s/f.
— *Le yoga tantrique,* Études Traditionnelles, s/f.
— *La doctrine de l'éveil,* Adyar, 1955.
FRÉRE, J.-C, *Les Sociétés du Mal,* CAL, 1973.
— *Vie et mysteres des Rose + Croix,* Maison Mame, Tours, 1973.
GRYKA, M., *Le Nombre d'or,* t. II, NRF, 1931.
GuÉNON, R., *Apergus sur l'initiation,* Payot, París, 1964.

GuÉNON, R., *Initiations et pouvoirs spirituels,* Charcornac, 1965.
HUNT, C. C, *Masonic Symbolism,* Iowa (EE.UU.), 1940.
HUXLEY, J. (dir.), *Le comportement rituel chez l'homme et Vanimal,* Galli-
mard, París, 1971.
JUNG, C. G., *Psychologie et Alchimie,* Buchet Chastel, París, 1970. KEPES, G. (dir.), *Signe, Image, Symbole,* La Connaissance, 1913. KlRCHGASSNER, A., *La puissance.des signes,* Maison Mame, Tours, 1962. LANOE-VILLENE, G., *Le Livre des Symboles,* Bossard, 1930. LE COEUR, C, *Le Rite et l'Outil,* PUF, París, s/f. MARIEL, P., *L'Europe paienne au XX*e *siécle,* La Palatine, 1964.
— *Dictionnaire des Sociétés secretes,* CAL, 1970.
— *Les Carbonari,* CAL, 1971.
— *Les authentiques Fils de la Lumiére,* Courrier du Livre, 1973.
MARQUÉS-RIVIÉREJ., *Histoire des doctrines ésotériques,* Payot, París, 1950.
MASSON, H., *Dictionnaire iniciatique,* Belfond, 1940.
NAUDON, P., *Les Loges de Saint-Jean,* Dervy, 1967. OTTO, R, *Le Sacre,* Payot, París, s/f.
PAPUS, *Rituels,* Le Prisme, París, 1973.
ROSOLATO, G., *Essai sur le symbolisme,* NRF, 1969. SAUNIER, M., *La légende des symboles,* Sansot, 1911. STERCKX, D., *Symboles,* Zodiaque, 1966.
URECH, E., *Dictionnaire des symboles chrétiens,* Delachaux, 1972. VAN DER LEEUWE, G., *La religión dans son essence et ses manifestations,* Payot, París, 1970. VV.AA., «Rite», en *Encyclopaedia Universalis,* t. XIV, París, 1973.

RITUALES

E INICIACIONES EN LAS

SOCIEDADES SECRETAS

Pierre Mariel

Los seres humanos somos rituales por naturaleza. Los ritos son manifestaciones de la necesidad del hombre de sentir que ejerce algún control sobre la vida. La creación de un tiempo y un espacio «sagrados» o superiores, distintos del tiempo y el espacio normales o «profanos», sería un ejemplo de esa necesidad de controlar la vida y el destino. Los estudios realizados por etólogos como Julián Huxley y Konrad Lorenz han demostrado que los rituales podrían tener componentes biológicos, pues determinados tipos de comportamiento pautados y repetidos se observan también en algunos animales. Los rituales iniciáticos, que marcan la entrada de un nuevo miembro en una sociedad secreta -Francmasonería, Rosicrucianismo o cualquiera de sus variantes-, están especialmente diseñados para crear una especie de mundos paralelos y desempeñan un papel fundamental como reforzadores del sentido de pertenencia a un grupo y como manifestación de adhesión a sus normas, valores y creencias.

